
Una
JUGADA de
amor y odio
ZONA DE COLISIÓN
DESPRECIADA POR EL MARISCAL DE CAMPO
ADRI LUNA

Una JUGADA de amor y odio

ZONA DE COLISIÓN

DESPRECIADA POR EL MARISCAL DE CAMPO

ADRI LUNA

Sumário

Nota de la autora
Dedicatoria
Sinopsis
Prólogo
01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59

60
61
62
63
64
Agradecimientos

Nota de la autora

Antes de que te sumerjas en las páginas de este libro, necesito contarte algo:

Esta historia va de opuestos que chocan, se hieren y, contra todo pronóstico, empiezan a sanar.

Va de presión, fama, cicatrices invisibles y de una chica que no acepta ser comprada. Va de rechazo. Deseo. Rabia. Y de ese tipo de amor que nace justo cuando menos lo queremos.

Un Lance de Amor y Odio no habla de un romance fácil. Habla de orgullo, de redención y del valor que supone amar a alguien que todavía no sabe cómo ser amado.

Vas a conocer a Austin Mason, el chico que creció escuchando que debía ser perfecto, y a Lauren Morgam, la chica que solo quería pasar desapercibida, pero que se convirtió en el mayor desafío de su vida.

Esta historia te va a irritar, te hará reír, suspirar y quizá incluso enfadarte. Pero te lo prometo: te vas a enamorar de esta pareja igual que yo.

Ah, y un aviso importante: ¡este es solo el primer casal de este viaje! Muy pronto llegará otra pareja arrolladora para completar esta serie increíble en colaboración con otras dos autoras a las que admiro muchísimo. Juntos, los libros forman la serie: Zona de Colisión.

Son libros independientes, así que puedes leerlos en cualquier orden, pero te confieso que, juntos, se vuelven todavía más especiales.

Gracias por confiar en mi caos

Con cariño,

Adri Luna

Copyright © 2025 Adri Luna
Revisión: Sonia Carvalho
Maquetación: Adri Luna
Lectoras beta: Carla Freitas, Samanta Marinho y Branda Pacheco
Libro registrado en la Biblioteca Nacional de Río de janeiro, en abril de 2025.
Recife – Pernambuco, Brasil, 2025.
Todos los derechos reservados. Informamos que todos los derechos de esta obra están reservados y protegidos por la ley 9.610 de 19/02/1998. Ninguna parte ni personajes de este libro, sin la autorización previa de la autora por escrito y registrada, podrá ser reproducida ni transmitida, sea cuales sean los medios empleados: electrónicos, mecánicos, fotográficos, de grabación o cualquier otro.
Esta es una obra de ficción, cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

CONTACTO:
E-mail: adrianalunagaldino@gmail.com
Instagram: @autoraadriluna

Dedicatoria

Para las lectoras que disfrutan cuando él es un capullo al principio, pero acaba de rodillas al final.

Este libro es para vosotras.

Sabéis lo deliciosa que puede ser la caída**.**

Sinopsis

New Adult + Enemies to Lovers + Chico malo en redención + Embarazo inesperado

Austin Mason tiene todo lo que el dinero puede comprar, menos el amor de su propio padre. Quarterback de la UCLA, **rostro de campañas millonarias y estrella del equipo, fue moldeado para ganar.** Entrenado para impresionar. Presionado para no fallar nunca. Pero detrás de los focos vive un joven solitario, roto por la exigencia de ser perfecto y por la constante sensación de no ser suficiente.

Lauren Morgam no quiere llamar la atención. **Becada en Psicología**, reparte sus días entre las clases, el cuidado de su hermano enfermo y un pasado que todavía duele. Su regla es sencilla: sobrevivir en silencio. Pero todo cambia cuando presencia **un secreto capaz de destruir la imagen perfecta del equipo más popular de la universidad.**

Austin decide callarla. Primero con dinero. Después con encanto. Y, al final, **con una apuesta que debía ser solo otro juego sucio.**

Un embarazo inesperado. Un rechazo devastador.

Ahora, el chico malo más idolatrado de la UCLA tendrá que luchar por todo lo que tiró a la basura.

—Ya no importa, Austin. Dejaste bien claro que lo nuestro fue una mentira. Enhorabuena, ganaste la apuesta.

Prólogo



Austin Mason

A veces pienso que mi padre me habría querido más si hubiera nacido como mi hermana. Guapa, obediente, maleable, la hija perfecta para mantener la imagen de la familia.

Soy el quarterback de la UCLA, el niño mimado de la afición, estrella de la ESPN universitaria, rostro de campañas de suplementos, y por eso el mundo cree que he ganado.

Pero el hombre que me dio la vida y que decide todo desde que tengo memoria solo ve en mí un problema que necesita ser arreglado.

En su cabeza, yo soy un producto, una inversión mal aprovechada, y todo lo que hago, cada pase, cada entrenamiento, cada logro, no es más que un intento frustrado de valer algo.

—Un par de fotos más, Austin —dijo el fotógrafo, ajustando la lente para el último disparo de la nueva campaña de Nike.

—Claro —respondí, estirando la sonrisa como si fuese parte del uniforme. Porque eso es lo que esperan de mí, ¿no? Barbilla erguida, mirada altiva, expresión de quien nació rico y lo sabe.

La luz del estudio golpea fuerte en mi cara.

—Perfecto, aguanta esa mirada, campeón —dice el asistente de producción—. Un poco más serio ahora, menos sonrisa, más actitud. Eso. ¡Eso! ¡Eso es lo que vende!

Respiro hondo. Crujo el cuello. Me giro de lado, como me enseñaron. Asumo la pose. Hago lo que quieren.

—Austin, ¡una más! Ahora con el balón, ¿vale? Arrodíllate, muestra firmeza, confianza.

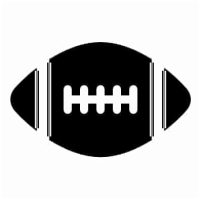
El clic de la cámara resuena.

—¡Listo! Ha quedado brutal, tío —dice alguien al fondo—. La campaña va a petarlo. Saldrá en ESPN, en las redes de Nike e incluso EA quiere ponerte en el tráiler del nuevo Madden. La gente ya te ve como el futuro draft de la NFL.

Todos sonríen. Todos celebran. Yo me levanto, me limpio las manos en el pantalón y pido un vaso de agua.

—A tu padre le va a encantar esto —comenta alguien.

Lo dudo.



Lauren Morgam

Solía despertarme de madrugada, jadeando, sudada, con el pecho oprimido y la garganta cerrada. Soñaba con los gritos. Con el olor a cerveza y sangre. Con las veces en que tuve que esconderme en el armario.

Mis manos temblaban mientras cerraba la puerta de madera por dentro, intentando controlar la respiración como mi madre me había enseñado. Me quedaba allí, entre perchas y ropa vieja, con las rodillas raspadas y el corazón desbocado.

Recuerdo la primera vez que vi la sangre escurriendo de la boca de mi madre y el grito que intentó contener con el paño de cocina, y el ruido de la silla rompiéndose.

Aquella noche, se me cayó el plato con la comida, no fue a propósito, tropecé, pero él me agarró del brazo con fuerza y me tiró, golpeé la espalda contra la esquina de la pared, la boca en el suelo. Sentí el sabor a hierro invadir mi lengua.

—¿Tú crees que podemos andar tirando el dinero? —gritó él.

—Lauren, vete a tu cuarto, tu padre está nervioso —la voz de mi madre se quebraba—. La culpa fue mía —dijo, girándose hacia él—. Dejé la alfombra mal puesta y ella tropezó.

Me arrastré hasta el armario, con la cabeza martilleando y la respiración corta. Allí dentro, encogida, me tragué el llanto, aprendí a no hacer ruido y escuché a mi madre llorar bajito, como siempre hacía.

Tenía ocho años cuando entendí lo que era el miedo. No ese miedo infantil, a la oscuridad o a los monstruos, sino el que te enseña que el amor puede doler y que, a veces, quien debería protegerte es quien te destruye primero.

Mi madre nunca habló de aquello. Pasó a vivir en automático, cambió el miedo por silencio y yo aprendí a no preguntar.

Por eso, años después, cuando descubrí que Jesse iba a venir al mundo, no cuestioné nada. Ella lloraba en el baño y yo le pasaba la mano por la espalda, sin saber si la estaba consolando o rogándole que no se derrumbara también.

Él nació pequeño. Frágil y, aun así, se convirtió en el centro de todo.

Yo estudié. Me maté por una beca y entré en la UCLA cargando a la espalda la expectativa de cambiar algo. De ser más que una repetición de su historia. De tener el control de mi vida.

Pero cada día alguien me recuerda que vengo de Crenshaw, que mis zapatillas son baratas, que mi mochila tiene un agujero en la base y que nunca voy a ser como ellos, por mucho que me esfuerce.

Solo que lo aprendí muy pronto: cuando creces rodeada de monstruos, aprendes a ser peor que ellos.

01



Lauren Morgam

De verdad quería entender el motivo de tanto alboroto por ver a un grupo de chicos arrogantes matándose por una pelota. En serio, los gritos histéricos son ridículos, y esa adoración colectiva roza lo patético.

—¡Pase perfecto! —suspira Rebeca, mi mejor amiga, vibrando como si estuviera en un concierto.

—Es solo un entrenamiento, Rebeca —replico, poniendo los ojos en blanco.

—No es "solo un entrenamiento". Es Austin, Lauren —me corrige, como si eso lo explicara todo, antes de soltar otro suspiro encantado.

No la culpo. Casi todas las chicas del campus llevan camisetas con su nombre estampado en la espalda. Algunas tienen su cara como fondo de pantalla. Otras coleccionan fotos que salieron en revistas deportivas.

Él no es solo el quarterback. Es Austin Mason. El chico propaganda de Nike, de Gatorade y de la vida perfecta.

Yo, en cambio, me escondo detrás de un ejemplar gastado de *Comportamiento Humano y Procesos Cognitivos*, intentando leer en medio de la histeria colectiva.

—¿Puedes al menos fingir que estás viva? —Rebeca me da un codazo en el brazo.

—Lo estoy. Por dentro. Con el cerebro estimulado por contenido académico, no por músculos sudados.

Ella pone los ojos en blanco.

—Eres imposible. Estamos viendo a uno de los mejores quarterbacks del país y tú ahí, metida en tu libro de psicología como si él no fuese, yo qué sé, una obra de arte esculpida genéticamente por dioses atléticos.

—Prefiero el arte que no escupe arrogancia en cada jugada —murmuro, sin apartar los ojos de la página.

—Ay, Lauren… —susurra, medio encantada, medio derrotada.

—Ha mirado.

—¿Eh?

—Austin. Ha mirado hacia aquí. Justo ahora.

—¿Y qué?

—Y que él nunca mira a la grada. Nunca. A no ser que algo le llame la atención.
—Quizás esté intentando entender por qué alguien está leyendo *Procesos Cognitivos* en medio de un entrenamiento.

Rebeca se ríe.

—Nadie se fija en la becada de Crenshaw que lleva una mochila remendada y se sienta lejos de las cámaras —concluye.

Cierro el libro despacio, ignorando otro suspiro colectivo de la grada cuando él acierta otro pase. El silbato del entrenador corta el campo. Me levanto, cuelgo la mochila del hombro y miro a Rebeca.

—Me voy ya. Intenta acordarte de respirar entre pase y pase.

Ella se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Un día admitirás que es guapo.

Tv —Un día admitirás que la belleza no tapa un ego inflado.

Y me voy sin mirar atrás.

Rebeca sabe perfectamente que no tengo intención de estar en los focos; fue igual con Aiden y, aun así, insiste en que estoy dejando pasar buenas oportunidades.

Él es hijo del gobernador, quarterback de la universidad rival. Deseado por medio país y adulado por la otra mitad. Yo solo quería pasar desapercibida, pero él no lo permitía.

Aiden era insistente. Obsesivo, incluso. Aparecía donde yo estaba. Mandaba flores que nunca pedí, sabía mi horario de clases antes de que yo misma lo supiera. Hacía parecer que todo era casualidad. Nunca me lié con él y aun así actuaba como si yo le perteneciera.

Juré que nunca más dejaría que alguien así se acercara. Con demasiado estatus. Demasiado poder. Demasiado ego. Esos tíos siempre se esconden detrás del apellido y del brillo fácil.

Me senté cerca del Spaulding Field, el campo de entrenamiento de la UCLA, un poco apartada de la zona de aficionados, y me quedé allí mucho rato.

Las gradas se fueron vaciando, pero yo seguía con mi libro en el regazo y los ojos vagando entre las líneas y los pasos de los

últimos jugadores que salían del césped.

No tardé en escuchar la voz de un hombre en el lateral, cerca de la entrada restringida a los atletas.

Levanté la mirada. Austin estaba de espaldas, quieto, mientras el hombre frente a él gesticulaba con fuerza. Incluso desde lejos, percibí el tono: irritado, controlador, impaciente. El hombre se acercó más y reconocí su cara de varias entrevistas: el famoso empresario deportivo, el padre de Austin.

—¿A eso lo llamas lanzamiento?

—Fue un pase de cuarenta yardas con presión en el *pocket* —respondió Austin, contenido.

—Y aun así, has conseguido parecer mediocre. De nada sirve tener talento si no tienes cabeza.

—Fue una jugada limpia. Y es solo un entrenamiento —replicó Austin.

—Justo. Si en el entrenamiento ya fallas, imagina en el partido.

Él dio un paso al frente, acortando aún más la distancia.

—Puedes tener el brazo correcto, pero sigues siendo una inversión mal aprovechada.

—Quizá porque nunca pedí ser una —contestó Austin.

El padre rió.

—No lo pediste, pero naciste debiendo. Estás en el centro de todo, chaval. Eres la cara de esta universidad. Tienes patrocinadores, contratos y una expectativa sobre los hombros. Si sigues así, te lo quitarán todo y se lo darán a alguien que sepa jugar.

Austin no respondió. La mandíbula tensa, los ojos clavados en algún punto del suelo. Sujetaba el balón con fuerza.

El padre se alejó primero, con el teléfono en la mano. Austin se quedó allí unos segundos más.

Cerré el libro y el sonido del mundo volvió despacio. Habría preferido no ver aquello, pero ya era demasiado tarde. Retrocedí dos pasos, lista para girarme, pero su voz me alcanzó por la espalda.

—¿Te ha divertido?

Me quedé helada.

—Espiar. Mirar. No sé, lo que estuvieras haciendo ahí.

Me giré despacio, apretando el libro contra el pecho.

—No he espiado a nadie. Solo estaba sentada.

Sus ojos se entrecerraron, y no había en su cara la sonrisa cínica que siempre lucía.
—No sabes lo que has visto —dijo, por fin—. Mi padre es exigente con mi rendimiento. Solo eso.

Respiré hondo, luchando contra el impulso de decir lo que de verdad pensaba.

"Eso no fue exigencia, Austin. Fue humillación."

Pero me tragué las palabras como me trago tantas otras, todos los días.

—No he visto nada, no te preocupes —dije, con voz tranquila, casi apática, antes de darme la vuelta.

02



Austin Mason

"*No he visto nada, no te preocupes*." La frase jugaba en mi cabeza antes de arrancarme una sonrisa burlona.

—No te preocupes —repetí en voz baja—. ¿Quién se cree que es?

—¿Ella quién? —preguntó Christopher Barker, mi mejor amigo, compañero de equipo y uno de los dos tíos con los que comparto este piso.

Jaxon Reed apareció justo detrás, lanzando una botella de Gatorade al sofá antes de dejarse caer a su lado.

—¿Otra vez hablando solo? —preguntó Jaxon.

—¿Te has dado un golpe en el entrenamiento? —añadió Chris, sonriendo.

Puse los ojos en blanco.

—Solo estaba pensando en voz alta, relaja.

—Eso es porque necesitas salir, hermano. Vamos a la fiestecilla de los novatos de biomedicina, ¿te acuerdas? —dijo Jaxon, echándose una camiseta limpia al hombro—. Ya me estoy

imaginando el tipo de fiesta en la que nadie recuerda su propio nombre, pero todo el mundo recuerda que tú estabas allí.

Chris sonrió.

—La última vez que dijiste eso, te liaste con la sobrina del entrenador de defensa.

—Detalles —replicó Jaxon—. Solo fue un beso, una foto. Y un *story*. Nada del otro mundo.

—Sois un caso perdido —murmuré, levantándome despacio.

—Y tú estás raro —observó Chris, señalándome con la botella—. Desde el entrenamiento, de hecho. ¿El viejo te ha machacado otra vez?

—Lo de siempre. Nada a lo que no esté acostumbrado.

—Pues ponte esa cara de quarterback chulito y vámonos ya. Tienes que dejarte ver sonriendo antes de que Nike piense que la campaña va a hacer agua.

—El míster va a flipar si la volvéis a cagar —refunfuñé, pasándome la mano por el pelo.

Jaxon rió con esa sonrisa suya de cabrón.

—El míster no tiene por qué enterarse, Mason. Solo son unas birras y unas tías dispuestas a bajarse las bragas en el baño. Al final de la noche, todos contentos.

Christopher se desternilló en el sofá, dando golpes con la botella en el muslo. Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar soltar una risa baja.

—La última vez que dejé que una novata se arrodillara para mí en un baño, me estuvo persiguiendo todo el semestre —repliqué, tirando la gorra al sofá.

Jaxon soltó una carcajada cínica.

—El chico de oro fingiendo que no le gusta el caos.

—Hazme caso, Mason —dijo, abriendo la nevera sin mirarme —. Si ellas te persiguen no es solo por tu cara en la portada de Nike. Es porque, a oscuras, eres mejor en otras cosas que con la pelota en la mano.

Chris casi se atragantó de la risa.

—Sois un desastre para la reputación del equipo.

—La reputación del equipo es que nunca decimos que no a una invitación —remató Jaxon con una sonrisa torcida—. Y la noche no ha hecho más que empezar, Mason.



Las fiestas en la UCLA siempre terminaban igual: alguien demasiado borracho, alguna chica llorando, algún jugador jurando no volver a beber hasta la próxima vez. Estaba cansado de ese guion previsible. Necesitaba un segundo para respirar.

Me abrí paso entre la multitud de estudiantes colocados, ignorando miradas y sonrisas insinuantes. Jaxon y Chris estarían en algún rincón exprimiendo la noche como si no hubiera mañana. Para ellos quizá no lo hubiera. Para mí, el mañana traía facturas que pagar.

Salí por la parte trasera, dejando que el retumbar de la música se apagara a cada paso. Respiré hondo, apoyando la espalda en la pared fría de la terraza. Un movimiento discreto llamó mi atención. A pocos metros, junto al garaje trasero, Carter y Ryan cuchicheaban algo, y aquello no podía ser bueno. Cuando la luz floja del poste los iluminó por un instante, vi la bolsita de plástico pasando de mano en mano.

¡Joder!

Idiotas. Si los pillaban con eso, estaban acabados. Y yo, de rebote, también. Mi cara era la imagen de la universidad; mi carrera dependía de ese equipo.

Antes de poder reaccionar, giré la cabeza y entonces la vi: la misma chica de antes, y por segunda vez, en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Sus ojos oscuros estaban abiertos de par en par, clavados en Carter y Ryan. Apretaba con fuerza un vaso de plástico vacío. ¿Por qué siempre tenía que estar justo ahí, cuando no debía?

Nuestras miradas se cruzaron. Durante unos segundos eternos, nos quedamos así, congelados. Ella sabía lo que había visto, y yo sabía que no era de las que callaban por simpatía.

Bajó la mirada, apretando los labios en una línea firme antes de darse media vuelta y desaparecer dentro de la casa.

—Mierda —susurré, cerrando los puños.

Si abría la boca sobre lo que había visto, la explosión sería inevitable. Carter y Ryan serían suspendidos, quizá expulsados. Mi nombre estaría en todas las portadas por el motivo equivocado. Todo lo que mi padre decía de que yo era una decepción se convertiría en verdad absoluta.

Esa chica aún no sabía con quién se había metido. Si había descubierto mis puntos débiles, ahora yo tendría que encontrar los suyos.

Volví dentro de la casa y la busqué con la mirada. ¿Quién coño es esa tía?

—¡Lauren! —la voz chillona me hizo girar de inmediato. Era ella. Nuestros ojos se cruzaron otra vez.

La chica a su lado agitó la mano, emocionada, convencida de que mi mirada era para ella. Le devolví el gesto y me acerqué. Estaban apoyadas contra la pared, justo enfrente de la escalera.

Ella llevaba un vestido sencillo, el pelo recogido, sin maquillaje cargado. Parecía no darme ninguna importancia. Su amiga, en cambio, deslumbrada, tonta, lista para arrodillarse si yo le hacía un gesto con la barbilla.

—¿Qué estáis bebiendo? —pregunté, mirando los vasos vacíos en sus manos.
Lauren apartó la mirada, impaciente.

—Vámonos, Rebeca. Ya es tarde.

La amiga, rubia, bajita y visiblemente ilusionada, ignoró la indirecta y contestó con una sonrisa:

—Refresco.

Arqueé una ceja, mirando el vaso y después escaneando la sala. Botellas de cerveza, de tequila, barriles improvisados, neveras a rebosar. Ni rastro de refrescos.

—Vale… refresco —murmuré con una media sonrisa burlona —. La fiesta entera nadando en alcohol y tú vas y encuentras un refresco. Qué suerte.

—Quizá porque no necesitamos alcohol ni nada de lo que usáis para divertiros —dijo Lauren sin ni siquiera mirarme.

—Tenemos que hablar —solté, directo, apartando rápido la mirada de la rubia que aún sonreía como si viviera un sueño universitario.

Ella seguía encantada. Lauren, en cambio, parecía lista para marcharse.

—Podemos tener esa conversación en otro momento — respondió ella.

—Ni de coña —repliqué antes de que pudiera dar un paso.

Mi cuerpo ya se movía por instinto. Un avance leve. Un bloqueo sutil, sin llegar a tocarla.

—Voy a por el refresco —dijo Rebeca, lanzando una mirada cómplice a su amiga antes de perderse entre la multitud.

Nos quedamos solos. O tan solos como se puede estar en una fiesta abarrotada.
—¿Cuánto quieres? —pregunté de golpe, sin fingir delicadeza.

Lauren arqueó una ceja, entornó los ojos y me miró.

—¿Cuánto quiero?

—Sí. Por cerrar la boca.

Mis ojos recorrieron su cuerpo de arriba abajo. Necesitaba dinero, era obvio.

—Dios, qué arrogante eres —dijo, con una sonrisa cínica.

—Solo estoy siendo práctico.

—Estás siendo un gilipollas.

—Estoy siendo realista. Has visto algo que puede joderle la vida a mucha gente. Mi nombre, mi equipo, mi carrera. ¿De verdad crees que voy a dejarlo todo en manos de la buena voluntad?

No respondió de inmediato.

—No me interesa lo que tú o los críos de tu equipo hagáis —dijo al fin.

Di un paso más, obligándola a retroceder, exhalando fuerte por la nariz, intentando contener la paciencia que nunca tuve.

—Entonces dime cuánto y lo resolvemos ya.

Ella soltó una risa corta, negando con la cabeza.

—Guarda tu dinero, Austin. Estoy bien.

—No puedes probar lo que viste —disparé, apretando la mandíbula.

Ella inclinó la cabeza, conteniendo una sonrisa confiada.

—Con un análisis de sangre bastaría. Pero ya lo he dicho: lo que hagáis no me interesa. No es mi problema.

—Pero lo viste. Eso te convierte en parte del problema.

Se giró sin contestarme, dejándome allí, quieto, con los puños cerrados.

—¿Por qué miras tanto a la becada? —preguntó Christopher, alargando un vaso de cerveza mientras seguía mi mirada.

Cogí el vaso, pero no bebí.

—Ryan y Carter estaban metiéndose algo al lado del garaje. ¿Sabes lo que significa si alguien abre la boca?

Chris se quedó helado.

—Cabrones. ¿Ella lo vio?

Asentí, breve.

—Es solo una becada, Austin. La tumbamos rápido.

—Me ha puesto de mala hostia.

—Entonces haz lo que haces con todas. Ponla de rodillas. Eres un cabrón con suerte; siempre acaban queriendo eso contigo.

—Se está haciendo la difícil —respondí, todavía clavado en el punto de la casa donde la vi por última vez.

—¿Crees que lo contará? —Chris dio un trago a la cerveza.

—Si tiene un mínimo de sentido común, no.

Cerré los dedos en torno al vaso.

—Tranquilo. Yo me encargo de la becada. Se va a enamorar y olvidará todo.

03



Lauren Morgan

—¿Qué dijo después de que te fuiste? Lauren, ¿qué te dijo? ¿De qué hablasteis? —preguntó Rebeca con los ojos muy abiertos y esa euforia que siempre le salía cuando se trataba de Austin o de sus amigos.

Suspiré, cansada hasta los huesos.

—Beca, en serio, esos tíos no valen nada.

—¿Pero qué te dijo?

—Nada que merezca la pena repetir —contesté ya impaciente—. Se cree que puede comprar a todo el mundo. Que con chasquear los dedos la gente obedece.

—Ay, Lauren, sé clara.

—Solo te diré una cosa: ese chico es una farsa y, sinceramente… no sé qué es peor, lo que esconde o la certeza de que nadie le ha dicho "no" en su vida.

—¿Decirle "no" a qué, Lauren? ¿Quién estaría loca para rechazar a Austin? —Rebeca se rió, como si la idea fuese demasiado absurda para tomarla en serio.

Puse los ojos en blanco, ajustándome el bajo del vestido.

—No flipes. Quédate si quieres, yo ya me voy.

—Te está mirando —dijo ella, inclinándose disimuladamente para espiar por encima de mi hombro.

—Adiós, Beca —respondí seca, girándome antes de que Rebeca pudiera inventarse alguna idea aún más estúpida.

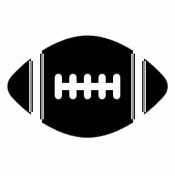
Salí del ruido de la fiesta; los gritos se fueron apagando junto con las miradas, las bromas y esa sensación asfixiante de estar en un sitio al que no pertenezco.

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta justo cuando vibró, la pantalla encendida.

Aiden: *"Sigues ignorándome como si no supieras que todo lo que hice fue por ti."*

—¿Qué hiciste exactamente, Aiden? —murmuré para mí, sintiendo el cuerpo entero temblar de rabia—. Ah, ya sé: perseguirme durante dos semestres como si fuera tu puta sombra.

No contesté. Eso solo haría que volviera a darme la lata como hacía antes.



Cerré la puerta girando despacio el pomo. La luz del pasillo estaba apagada y el silencio reinaba en la casa.

Dejé la chaqueta en el rinconcito de siempre, me quité las zapatillas sin hacer ruido y fui directa al cuarto de Jesse. La puerta estaba entornada y la lámpara encendida. Él estaba tumbado, tapado hasta la barbilla, los ojos pesados de sueño mientras la

tableta aún mostraba alguna escena de superhéroes en modo silencioso.

Me acerqué despacio y toqué su brazo con cariño.

—Eh, ¿todavía despierto? ¿Dónde está mamá? —susurré.

—Está dormida —respondió con un tono casi arrastrado.

—¿Y tú, has cenado bien?

Jesse asintió despacio, los ojos cerrándose ya.

—Hum rum, me lo comí todo. Lo juro.

Besé su frente y acomodé la manta sobre él.

—Buen chico.

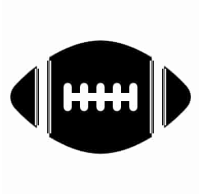
Salí del cuarto en silencio y, en el pasillo, respiré hondo antes de apoyarme contra la pared.

Ellos lo tienen todo tan fácil y, aun así, necesitan actuar como si el mundo fuese un juguete desechable.

Me quedé allí un momento, intentando frenar los pensamientos. Crucé la sala en silencio y entonces vi el papel sobre la mesa, un folleto cualquiera, de esos que aparecen metidos por debajo de la puerta.

En grande, el nuevo lanzamiento de Nike y, justo en el centro, el rostro de Austin Mason. La mirada seria. La sonrisa contenida, casi cínica. La barbilla en alto, como si ya supiera que el mundo estaba a sus pies.

Cogí el folleto y, por un segundo, pensé en romperlo. Pero no valía la pena. Él no me conocía ni tenía idea de que yo ya había aprendido a callar para poder seguir en pie.



Austin Mason

Bajé las escaleras del piso con la mandíbula tan tensa que podía sentir el dolor irradiando hasta las sienes. Ryan y Carter estaban tirados en el sofá, completamente despreocupados, viendo algún partido idiota en la tele. La imagen de ellos tan relajados no hizo más que aumentar mi cabreo.

—¡Hijos de puta! —gruñí, dándole una patada fuerte al lateral de la mesa de centro—. ¿Queréis joderlo todo de golpe, o qué?

Ryan levantó los ojos lentamente, molesto por haber sido interrumpido.

—Venga ya, Austin, relájate. Estás igual que tu padre.

Cerré los puños, respirando hondo. Carter, a su lado, solo sonrió con burla.

—¡Estabais metiéndoos mierda en la fiesta, imbéciles! Si eso sale, no solo os hunde a vosotros, hunde a todo el equipo —escupí con rabia.

Ryan bufó, poniendo los ojos en blanco hacia el techo.

—Nadie vio nada.

—¡La becada lo vio! Lauren Morgam os vio a los dos comportándoos como unos completos irresponsables. ¿Tenéis idea de lo que puede costar eso?

Carter por fin se incorporó, frunciendo el ceño.

—¿Quién coño es Lauren Morgam?

Antes de que pudiera contestar, escuché pasos bajando las escaleras. Christopher apareció con una tablet en la mano y el gesto serio, lo cual era raro en él. Caminó hasta nosotros, tecleando rápido en el dispositivo.

—Esta de aquí es Lauren Morgam —dijo Christopher, girando la pantalla hacia nosotros. Apareció una foto de ella junto a una ficha detallada de la universidad—. Becada completa en Psicología, mejor media del departamento, está metida en un proyecto grande. Parece del tipo que se toma las cosas en serio.

—Fantástico. Otro problema más —murmuré, apretando el puente de la nariz—. No va a callarse solo por dinero.

Christopher deslizó la pantalla hacia abajo, con el ceño fruncido.

—Está organizando un evento académico sobre psicología deportiva. Van a participar profesores, especialistas y algunos atletas hablando de rendimiento psicológico a alto nivel.

Ryan soltó una risa burlona.

—Suena a coñazo.

Pero yo, poco a poco, empecé a sentir el interés despertar. Un evento académico con atletas. La oportunidad perfecta para acercarme a ella, entender mejor sus debilidades y quizá darle la vuelta a toda esta situación.

—Vamos a participar en ese evento.

Christopher arqueó una ceja, intrigado.

—¿Tú? ¿En un evento académico?

—Sí, yo. Nosotros —lancé una mirada dura a Ryan y Carter —. Vais a arreglar la cagada que habéis hecho, y yo me voy a asegurar de que Lauren Morgam no abra la boca sobre nada de esto. A partir de ahora, ella es prioridad.

Se había convertido en un problema personal. Y ahora lo iba a resolver a mi manera.

Me dejé caer en el sofá después de que los dos idiotas salieran de la sala, refunfuñando sobre "no tener culpa de nada". Christopher seguía allí, con la tablet en la mano, seguramente leyendo más sobre la becada prodigio.

—Psicología deportiva —murmuré, mirando al techo—. Eso explica la mirada de juez.

—Es brillante —dijo Christopher—. No es solo una becada. La facultad prácticamente la usa como vitrina de superación. Tiene artículos publicados, ya ha dado charlas a los de primero y mira esto. —Volvió a girar la tablet—. Ha creado un programa de apoyo psicológico para deportistas de base en comunidades humildes. Está intentando presentarlo en el congreso estatal.

—Y yo que pensaba que solo era una borde —murmuré.

Christopher se rió.

—Te odia, fijo. Pero eso solo lo hace más interesante, ¿no?

Me levanté despacio, cogiendo una botella de agua.

—Es un riesgo.

—Claro que lo es —sonrió de lado—. Y por eso vas a hacer exactamente lo que ella menos espera.

04



Lauren Morgan

La cocina olía solo a café recién hecho y pan en la sartén. Me movía con prisa, colocando una botellita de agua en la esquina de la fiambrera, un inhalador extra en el bolsillo lateral de la mochila de Jesse y la medicación de la hora en la cajita.

Oí la puerta del dormitorio abrirse y unos pasos arrastrados en el pasillo. Mi madre apareció en la cocina con los ojos entrecerrados y la cara marcada por el sueño. Llevaba el uniforme de la casa de los Mason, el pelo recogido a toda prisa en un moño flojo. Las ojeras le surcaban el rostro.

—Buenos días, querida —murmuró, sentándose despacio en la silla de la punta.

—Buenos días —respondí, intentando sonar más animada de lo que realmente estaba—. Ya preparé la fiambrera de Jess, lo llevaré al cole antes de ir a la uni.

Asintió, frotándose la cara con las manos antes de coger una rebanada de pan y untar margarina.

—Gracias, hija. Hoy va a ser duro, la señora Mason decidió dar una cena de última hora y allí estamos todos, como robots. Ni parece que nos pague un sueldo, parece que le debamos la vida entera.

—¿Ya eligió el color del mantel a juego con el collar de la perra? —pregunté, sarcástica.

Mi madre bufó, casi sonrió, pero no le duró.

—Lo peor es que no me extrañaría que se le ocurriera antes de que acabe el día.

Comía despacio, incluso con prisa. Su cuerpo estaba allí, pero su mente parecía en otro lugar. Era la mirada de alguien que ya había sobrevivido a demasiadas cosas. A un matrimonio que dejó cicatrices invisibles. A una rutina que desgasta.

Suspiré, fregando la sartén.

Ella no tenía ni idea. No sabía que anoche su mayor advertencia se había materializado delante de mí.

Austin Mason.

El nombre que repetía desde que supo que estudiaría en la misma universidad.

"Mantente lejos."

"No te metas."

"Esos chicos no miran a chicas como tú con intención de quedarse."

Y ahora él había mirado. Había hablado. Me había sostenido la mirada como si el mundo girase alrededor de su propia arrogancia. Si ella supiera eso, se pondría histérica.

Pero, de momento, lo guardaría para mí. Ella ya tenía bastantes preocupaciones.

—¿Te da tiempo a tomarte el té? —pregunté, tendiéndole la taza.

—Tendrá que dar. —Cogió la taza con las manos temblorosas.

Jesse carraspeó desde la habitación, señal de que ya estaba despierto.

Cogí su mochila, lista en la silla, comprobé el inhalador de repuesto en el bolsillo lateral y metí la nota del cole en el frontal. Luego abrí mi propio bolso y añadí dos inhaladores más. Siempre llevaba varios encima, no me gustaba confiar en la suerte.

Fui hasta su cuarto: Jesse estaba sentado en la cama, los ojos medio cerrados y el pelo desordenado como un nido de pájaros.

—Buenos días, héroe —dije bajito, agachándome a su lado.

Él sonrió con ese aire soñoliento, pero ya curioso.

—¿Hoy toca cole?

—Sí, pero pasará rápido. Y luego, para cenar, hay lasaña —dije, aunque ni siquiera sabía si podríamos comprar los ingredientes. A veces la esperanza iba antes que la planificación.

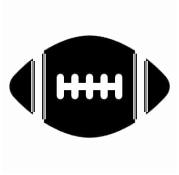
—¿Con queso extra?

—Claro. —Sonreí, aun sabiendo que no podía comer demasiado queso—. ¿Y ahora, vamos a lavarnos los dientes?

Asintió y se deslizó fuera de la cama, los pies descalzos en el suelo frío. Cogí sus chanclas antes de que se olvidara y, en minutos, la rutina siguió: cepillo de dientes, medicación, inhalador, beso en la frente.

Di una última mirada al salón antes de salir. Mi madre seguía sentada a la mesa, ahora con la cabeza apoyada en las manos.

Cerré la puerta despacio y, con Jesse a mi lado, bajé los estrechos escalones del edificio.



Solía llegar a la universidad e ir directa a la biblioteca. Era mi refugio, pero hoy el plan era distinto.

El coordinador del curso me había asignado preparar una presentación en el evento estatal de Psicología Deportiva y necesitaba reunirme con él para alinear los detalles del panel. Caminaba por los pasillos con la cabeza llena de temas, pero al girar la esquina hacia el bloque administrativo, mi atención se desvió en el mismo instante en que vi a Austin y a sus inseparables escuderos.

Apoyados cerca de la escalinata central, riendo a carcajadas como si el mundo orbitara a su alrededor. Y quizá orbitara, si dependía de toda la facultad.

No podía negar que él era absurdamente guapo. De ese tipo que irrita.

La sonrisa blanca, la barba corta y bien recortada que marcaba la mandíbula cuadrada. La piel ligeramente bronceada, las mejillas sonrojadas por el frío de la mañana y esos ojos castaños. Llevaba una chaqueta con forro de lana a la vista y, debajo, una camiseta que se ajustaba perfectamente a su pecho ancho. El pelo oscuro estaba despeinado a propósito, como si se hubiera despertado guapo.

Irritantemente guapo.

Casi como una valla publicitaria andante de una campaña de Nike, lo cual, en su caso, no era ninguna exageración. Intenté apartar la mirada, pero no pude evitar el breve cruce de ojos. Él me vio y entonces la ligera sonrisa de su cara desapareció, como si hubiera leído exactamente lo que pasaba por mi cabeza.

Apreté la correa de la mochila y seguí caminando, sin dejar margen a aproximaciones. Tenía un evento que preparar y él era justo el tipo de distracción que me había prometido no permitirme.

Volví a centrarme en lo importante: el evento. Lo tenía todo anotado, todo ensayado, pero aun así la responsabilidad era enorme.

El evento estatal de Psicología Deportiva era grande. Iba a contar con atletas, entrenadores, especialistas invitados y el coordinador pensó que sería una gran idea ponerme como representante del grupo de investigación.

Gran idea para él. Presión doble para mí.

Llamé suavemente a la puerta de cristal esmerilado del despacho del coordinador.

—Adelante —oí la voz amortiguada al otro lado.

Empujé la puerta y encontré al profesor Dr. Bennett, un hombre de mediana edad, calvo, con las gafas colgando en la punta de la nariz y la camisa social medio arrugada. Me miró por encima de las lentes y sonrió levemente.

—Lauren Morgam.

—Buenos días, profesor. Traigo los borradores de la presentación y la propuesta de dinámica que sugerimos para el panel.

—Excelente. Siéntate, por favor.

Me senté, entregándole los papeles. Él los revisó, asintiendo de vez en cuando con aprobación.

—Has hecho un trabajo excelente, Lauren. En serio. El estudio sobre el impacto psicológico de la competitividad en atletas universitarios está muy bien. Especialmente la propuesta de

intervención. Esa idea de rueda de conversación con deportistas reales es atrevida, y me gusta.

Asentí, intentando controlar el rubor.

—Quería traer algo más directo. Que implicara a quienes realmente viven la presión.

—Y lo has conseguido. De hecho… —levantó la vista del papel—. He mencionado tu propuesta al rectorado. Han sugerido que intentemos involucrar a alguien del equipo de fútbol americano de la universidad. Ya sabes, da visibilidad. Al público le encantan esos nombres.

Equipo de fútbol americano.

Mi corazón tropezó un poco.

—Puedo intentar contacto con el entrenador. No sé si estarían dispuestos. Si conseguimos aunque sea un testimonio o una participación simbólica, ya ayuda. Esos chicos viven lo que tú estás estudiando. Y si aceptan participar, esto puede abrirte puertas, Lauren. Incluso profesionalmente.

—Entiendo…

Él sonrió, satisfecho, y añadió una última nota.

—Confío en ti. La presentación está en buenas manos.

Salí del despacho unos minutos después, intentando no entrar en pánico.

Involucrar al equipo significaba involucrar a Austin Mason.

Respiré hondo, ya imaginando la ironía del destino.

El chico-propaganda de la superficialidad convertido en objeto de estudio de mi investigación sobre presión psicológica.

Perfecto.

05



Austin Mason

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó el entrenador Miles, con la mirada desconfiada.

Estábamos en el campo, el sol golpeando fuerte en el casco colgado de mi brazo. Me miraba como si estuviera a punto de descubrir alguna jugada sucia.

—Pensé que se alegraría de verme metido en eventos académicos, de esos de los que siempre dice que "forman carácter" y "muestran compromiso fuera del campo".

—Lo estoy —admitió, frunciendo el ceño—. Eso me deja bastante satisfecho, pero…

—¿Pero? —arqueé una ceja.

—Tengo mis dudas sobre las verdaderas intenciones detrás de todo esto.

Sonreí. Una de esas sonrisas cínicas, de quien ya ha escuchado acusaciones peores.

—¿Está diciendo que tengo segundas intenciones?

—Estoy diciendo que a ti nunca te han importado estos eventos, Austin. Nunca. Y de repente apareces queriendo participar justo en el evento coordinado por una becada…

Me giré, mirando el campo por un momento.

—Es solo un evento, míster. Psicología Deportiva. Yo soy atleta. Formo parte del objeto de estudio.

—Desde luego, porque tú mismo te encargaste de recalcar —y bien alto, por cierto— las ventajas de ser "un atleta participativo, comprometido con los pilares académicos de la universidad".

Él arqueó una ceja, aún con desconfianza. Yo seguí con el tono casual de quien no le debe nada a nadie:

—Pensé que estaría bien demostrar que también sé hablar bonito fuera del campo. Quién sabe, a lo mejor eso me da unas cuantas líneas extra en el informe final, ¿no?

—Esto no es solo para ganar puntos, Austin. Es serio. Se trata de salud mental, de presión deportiva, de responsabilidad.

Incliné la cabeza, sonriendo como si me hubiera pillado por sorpresa.

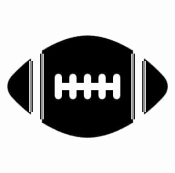
—Guau. Ahora parece que me he ofrecido voluntario para hacer una operación a corazón abierto.

—No hagas bromas —advirtió—. Y no juegues con los que intentan construir algo de verdad en este campus.

—Tranquilo, míster. Me voy a portar bien.

Me sostuvo la mirada unos segundos antes de soltar un suspiro pesado.

—Te estoy entregando la cuerda. Si decides ahorcarte con ella, será tu problema —dijo al fin.



Entré en la sala donde ella estaba sentada en la tercera fila, frente al portátil, completamente absorta con ese gesto serio y concentrado.

Era la primera vez que me fijaba de verdad en ella. Su pelo oscuro caía suelto sobre los hombros, con algunos mechones que le cubrían el rostro y que apartaba de vez en cuando. Su piel tenía ese tono cálido y delicado, y los labios, ligeramente rosados, estaban entreabiertos como si estuviera a punto de soltar sus pensamientos.

Llevaba un abrigo de tela gruesa, algo gastado en los bordes. Tenía presencia, aunque no lo supiera. Mientras todas las demás intentaban destacar, ella hacía todo lo posible por pasar desapercibida… y quizá por eso mismo llamaba la atención.

Me quedé allí, quieto, observando, y odié la sensación de sentir curiosidad. Lauren no era interesante. Era solo la becada que se cruzó en mi camino.

Choqué levemente contra la pata de la silla al acercarme, y ella giró tan rápido que pensé que iba a salir volando de allí.

El susto duró apenas medio segundo. Después llegó la mirada de siempre, esa que parecía medir cada célula de mi cuerpo con desprecio. Ella era la insignificante aquí, no yo.

—Ah… eres tú —dijo, con un tono cargado de desdén que casi me hizo reír.

Me apoyé en la mesa de al lado, sin prisas.

—Qué gusto verte también, Morgam. He venido a ponerme a disposición para el evento. Yo y mi equipo, en realidad.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿En serio?

—Muy en serio. Estoy comprometido con la causa, ¿sabes? Salud mental, presión competitiva, atletas sobrecargados… —me llevé la mano al pecho como si hiciera un juramento—. Todo eso me ha tocado profundamente.

Se rió. No porque le pareciera gracioso, sino de ese modo que dice: *"Eres ridículo."*

—Tú y tu equipo. Ajá.

—Queremos apoyar. Marcar la diferencia. Inspirar. —Me aseguré de soltar el último verbo como si estuviera grabando uno de esos anuncios interminables de Nike.

—Esto no es una campaña publicitaria, Austin. Es un estudio serio. Y aquí no hay espacio para bromitas de vestuario ni para egos inflados.

—Perfecto. —Sonreí de lado, inclinándome un poco hacia ella —. Porque hoy no he traído el ego.

Me miró como si dudara entre echarme de la sala o ignorarme, pero no me ignoró.

Un punto para mí.

—¿Vas a participar de verdad? —preguntó más seria, como intentando entender si aquello era una provocación disfrazada de buena voluntad.

Incliné la cabeza y sonreí como siempre hacía con todo el mundo.

Con todo el mundo, menos con ella.

—Morgam, estoy aquí, ¿no?

Ella cerró el portátil con calma, como si guardara los pensamientos junto con la pantalla.

—Lo estás. Y espero que sea con buenas intenciones —dijo sin apartar la mirada—. Que esto no tenga nada que ver con lo que vi en la fiesta ni con algún intento patético de sabotear mi trabajo.

Era directa. Fría. Difícil de manipular. No era como las demás, y eso empezaba a interesarme demasiado.

—¿Sabotear? —arqueé una ceja, acercándome un poco.

—Creo que tíos como tú odian no tener el control. Y odian aún más cuando alguien ve lo que no debería.

—Lo viste, y aun así no dijiste nada —observé—. No avisaste al rectorado, ni armaste un escándalo. De momento, sigues calladita.

Ella apretó los labios, como tragándose una respuesta más ácida.

—Eso no significa que vaya a dejar que convirtáis mi proyecto en otra broma interna del equipo.

—¿Quién ha dicho que quiera convertirlo en broma? —me acerqué un paso más y bajé el tono de voz—. A lo mejor solo quiero verte de cerca. Entender cómo funciona esa mente brillante de becada de Crenshaw que se cree mejor que todo el mundo.

No retrocedió. Ni pestañeó.

—A lo mejor lo que pasa es que estás aburrido y necesitas una distracción nueva.

—Quizá. —Me encogí de hombros—. O quizá de verdad me interese. El evento, claro.

—Claro —murmuró, sarcástica.

—Entonces, ¿qué? ¿Me vas a dejar participar o le vas a decir al coordinador que la estrella del equipo es un riesgo para tu

PowerPoint?

Respiró hondo.

—Vosotros participáis. Pero bajo mis reglas. Una falta de conducta, una bromita machista, una actitud de mierda, y yo misma os saco del evento. Sin rodeos.

—Me gustan las mujeres que ponen límites —respondí, sonriendo.

Cogió la mochila, se la colgó al hombro y dijo por encima:

—A ti solo te gusta el reto hasta que no abre las piernas. Después ya pierde la gracia, ¿verdad?

—Ni había pensado en ese tema… No contigo.

—Me alegra saberlo. Me ahorra el trabajo de vomitar —escupió las palabras y salió de la sala.

Me quedé quieto, sintiendo la rabia crecer en el pecho.

Maldita becada.

06



Lauren Morgan

Llevaba más de media hora intentando concentrarme en la clase de neurociencia, pero mi cerebro parecía estar en bucle, incapaz de procesar nada más que las palabras de la profesora escritas en la pizarra. Palabras que, por cierto, parecían estar en un idioma que en mi vida había visto.

¿El motivo? Fácil: Rebeca Santiago.

Mi mejor amiga, o mi mayor dolor de cabeza en ese momento, había decidido que era una idea genial machacarme la poca paciencia que me quedaba. Todo porque me había visto salir del aula donde, durante exactamente siete minutos, me quedé a solas con Austin Mason.

Siete minutos que ella había decidido convertir en un romance épico de tres temporadas.

— Vale, ¿pero ¿qué te dijo exactamente? —susurró por quinta vez, fingiendo que apuntaba algo en el cuaderno.

— Que va a participar en el evento —respondí entre dientes, intentando aparentar que seguía atenta a la diapositiva de la profesora.

— ¿Solo eso?

— Ajá.

— ¿Y crees que de verdad quiere ayudar o simplemente busca verte más veces?

Puse los ojos en blanco y cerré el cuaderno de golpe.

— Sabes perfectamente que él es justo el tipo de tío del que quiero mantenerme lejos, ¿no?

— Claro que lo sé. Alto, guapo, popular, con pinta de problema. Tu tipo favorito. Vamos, el tipo favorito de todas aquí. —Sonrió.

— Rebeca, por el amor de Dios.

— Vale, perdón —alzó las manos, rindiéndose—. Pero es que saliste con esa cara, ¿sabes? Tu cara de "no lo voy a admitir, pero por dentro estoy flipando".

— Esa cara la tengo siempre.

— Para nada. Solo cuando alguien de verdad te remueve algo. Como Aiden…

— Ni lo menciones.

— Vale, vale.

— Eso ni tiene sentido —murmuré, más para mí que para ella.

— Sí que lo tiene. Pero tu cerebro está demasiado ocupado recordando el olor del perfume de Austin.

Me giré indignada hacia ella.

— ¡Rebeca!

— Estoy de coña.

Me hundí en la silla, convencida de que Rebeca no iba a parar hasta sacarme una confesión que no existía.

El aula estaba cargada, Rebeca insoportable, y el nombre de Austin Mason martilleándome la cabeza como una alarma de peligro, lo cual no ayudaba nada.

Metí las cosas en la mochila, agradeciendo mentalmente cuando la profesora nos soltó antes de lo previsto, y salí del edificio a toda prisa. Pero me frené en seco al ver a Aiden, con el pelo castaño claro brillando al sol y esa sonrisa engreída que ya no soportaba ver. Me vio y, como siempre, actuó como si hubiéramos hablado ayer.

— Lauren —dijo acercándose, con una sonrisa ladeada.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Esperarte, quizá? —respondió con ese tono irónico que antes me confundía y ahora me daba asco.

— Pensé que ya habías superado esa fase de aparecer de la nada.

Dio dos pasos largos y se plantó delante de mí, obligándome a mirarle.

— No estoy apareciendo "de la nada". Te vi salir y pensé que podríamos hablar.

— ¿Hablar? —arqueé una ceja—. ¿De qué, Aiden?

— No sé, podríamos simplemente sentarnos y hablar.

— ¿Dónde? —pregunté directa, con un tono afilado. Parpadeó, confuso, claramente sin esperarse una apertura, aunque fuese irónica. Estaba demasiado acostumbrado a mis negativas.

Desvió la mirada y señaló con la cabeza hacia un coche negro aparcado un poco más adelante. Claro. Siempre los sitios escondidos.

— ¿Sigues teniendo miedo de que te vean con una becada sin apellido? —pregunté.

— Lauren… —dijo en un tono cansado.

Yo también estaba cansada de él.

— Así fue, ¿verdad, Aiden? ¿Lo recuerdas?

Abrió la boca, pero continué:

— Me viste en una cafetería cualquiera, cerca del campus. Del tuyo, por cierto —remarqué—. Conseguíste mi número, me escribías, aparecías de repente… pero sin comprometerte nunca, ¿no? Porque el hijo del gobernador no podía arriesgarse con alguien como yo.

Se pasó la mano por la cara, nervioso.

— Has montado esa película en tu cabeza. No fue así.

— Ah, claro. Entonces, vamos a ver: inventé una teoría conspiranoica. El hijo del gobernador me ve tomando café, decide que necesita demostrarse a sí mismo que puede tener a alguien "de su mundo", pero en secreto, porque sería fatal para su apellido. Y aun así me persigue durante dos semestres enteros, porque su ego herido no soporta un no por respuesta.

Di un paso al frente y concluí:

— Punto. Fin de la historia. O mejor dicho, de tu delirio.

— No lo entiendes, Lauren. Yo solo quería protegerte.

Solté una risa corta, sin pizca de humor.

— Te voy a contar un secreto, Aiden. —Me incliné un poco más, para que lo oyese bien—. Llegué a plantearme darte una oportunidad. De verdad. Pensé que quizá, detrás de toda esa pose, había un tío que merecía la pena.

Sus ojos se abrieron, sorprendido. Casi pude ver cómo la esperanza se encendía y se apagaba con la siguiente frase:

— Pero eso fue antes de que tus amigos del equipo soltaran bromitas asquerosas sobre mí. Antes de que se rieran cuando me vieron llamándote delante de la universidad y tú fingiste no saber ni cómo me llamaba.

Su garganta tragó en seco.

— Yo intentaba protegernos. Era complicado, la prensa, mi padre…

— No había "nosotros". Nunca lo hubo. Y lo complicado solo era para ti. Yo ya crecí siendo invisible y, sinceramente, prefiero seguir así antes que ser el secreto de alguien.

Me giré.

— Y, por favor, la próxima vez que te dé por "hablar", mándame una nota oficial. A lo mejor el gobernador la aprovecha para lanzar su candidatura.

Ya tenía suficientes problemas que cargar. Mi vida se desordenaba sola, sin ayuda de nadie.

Aiden pertenecía a un mundo donde todo se solucionaba con un apellido, una influencia o un gesto del padre famoso. Un mundo en el que nunca habría un lugar real para alguien como yo.

Igual que Austin, hecho de focos, fama, gente que se inclinaba cuando sonreía. Un chico que podía tenerlo todo, menos sentido de la vida real.

Yo cargaba inhaladores en el bolso, leía artículos de madrugada y repartía mi tiempo entre cuidar de mi hermano y tratar de no venirme abajo junto con la casa. No podía permitirme el lujo de enamorarme de alguien como ellos. No iba a ser el capricho de un niño mimado. Ni hoy, ni nunca.

07



Austin Mason

Conforme pasaban los días, dos cosas ocupaban espacio en mi cabeza: poner a la becaria en su sitio y ganar el partido contra la USC.

El partido era la prioridad, claro. Siempre era la prioridad.

Mi rendimiento en el campo era lo que mantenía mi beca, mi estatus, mis posibilidades de ir a la NFL y, más que nada, lo que me daba las raras palmaditas en la espalda de mi padre.

Ganar. Siempre ganar. Ser el mejor como si, al final, eso bastara para ser aceptado. Era un ciclo jodidamente agotador.

Clarissa, mi hermana, lo hacía parecer fácil. Ella siempre sabía qué decir, cómo comportarse, cuándo sonreír y cuándo recular. Boletines impecables, postura ejemplar, perfecta para la vitrina de familia ideal que a mi padre le encantaba enseñar.

Y sí, quiero a Clarissa. A mi manera torcida, posesiva, impulsiva, quizá más de lo que logro demostrar. Pero a veces parece que ella pertenece a un mundo al que yo nunca fui bienvenido. Ella nació para ser aceptada y yo para ser moldeado.

Y aun así, aquí estoy, persiguiendo una mirada de aprobación. Buscando gloria en un campo donde todos me aplauden, menos quien de verdad quería impresionar.

La becaria seguía irritándome, pero el partido era más urgente.

— ¿Ese no es el coche de tu madre? — preguntó Christopher, frunciendo el ceño en cuanto aparcamos frente a la casa del entrenador.

— No. Es solo el mismo modelo. Vamos, que tiene visita.

— Espera, tío… — insistió, inclinándose en el asiento para mirar mejor. — Es su coche, seguro. Ella tiene ese osito de peluche colgado del retrovisor, ¿te acuerdas?

Puse los ojos en blanco, notando la mandíbula tensarse.

— Ya te he dicho que no, joder.

— ¿Y no te da ni un poco de curiosidad? — Christopher me miró de lado, provocando. — Tu madre. Sola. En la casa del entrenador.

Hizo una pausa.

— De noche.

— Vete a la mierda, Chris.

— Eh, solo digo, ¿no te parece raro? Vamos, que se conocen de toda la vida, pero esto es raro. ¿Qué crees que está haciendo ahí?

— Nada. No creo nada.

Metí la marcha y pisé el acelerador, dejando esa casa y las preguntas atrás.

Estaba curioso de cojones. Intrigado. Molesto.

Aparqué frente a la casa de mis padres. Clarissa estaba en el porche, con las piernas cruzadas y un libro de romance en el regazo. Sonrió nada más verme.

— Es un poco tarde para una visita sorpresa, ¿no? — bromeó, cerrando el libro.

— ¿Dónde está mamá? — pregunté, subiendo los escalones.

— Salió en cuanto papá se durmió.

Se levantó, se colocó el abrigo sobre los hombros y se acercó.

— Estaba raro hoy, ¿sabes? Irritado por algo, se tomó los calmantes y se quedó frito.

— ¿Dijo adónde iba?

— No, ¿pero por qué?

— Por nada — respondí demasiado rápido.

Me observó unos segundos y luego sonrió de lado.

— Estás mono cuando intentas esconder que echas de menos el abrazo de mamá.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar una media sonrisa.

— Que te jodan.

— Yo también te quiero, bobo.

— Voy a entrar. La esperaré.

Asintió con la cabeza, dejándome pasar.

Nada más puse un pie en el salón, escuché a Christopher detrás, sonriendo como el idiota que era.

— Oye, Clarissa. Estás guapísima como siempre. Ese libro, ¿qué es? ¿Romance picante o drama? — preguntó, apoyándose en la barandilla.

Ella soltó una risa ligera, demasiado simpática para mi gusto.

— Es drama, seguro — respondió, guiñando un ojo.

Christopher se acomodó, mostrando su sonrisa de jugador en modo seducción.

— Ella no es para ti. Ni lo intentes.

Él arqueó las cejas.

— Tranquilo, tío. Solo estoy charlando.

— Charla con cualquiera otra. Clarissa está fuera de tu alcance.

— Eres muy controlador, ¿lo sabías?

— No. Solo conozco el tipo de gilipollas que eres, así que ni mires a mi hermana.

Christopher levantó las manos en señal de rendición, pero esa sonrisita seguía ahí.

— Todavía no ha entendido que ya he crecido — dijo Clarissa, sonriendo. — Y que pronto voy a presentar un novio.

Giré el rostro despacio, la miré como si acabara de decir que iba a tirarse de un precipicio.

— Dime el nombre del hijo de puta — hablé seco. — Te juro que mando cortarle las pelotas. Una a una.

Ella rió.

— Eres ridículo.

— Soy realista. Esos niñatos no valen nada.

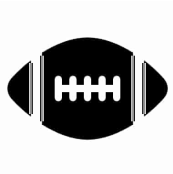
Christopher carraspeó al fondo.

— ¿Hola? Sigo aquí.

— Y vas a seguir exactamente donde estás, bien lejos — retruqué sin apartar la vista de Clarissa.

— Vas a infartar antes de los treinta, hermano.

— Y tú vas a perder los dientes antes si sigues mirando a mi hermana así.



Me revolví por tercera vez en la cama, mi cabeza no paraba.

Mi madre no había vuelto hasta la hora en que yo salí. Y eso fue suficiente para no dejarme descansar.

Cerré los ojos, intentando desconectar el cerebro. Tenía un partido importante por la tarde. Necesitaba dormir. Descansar. El partido era contra la USC. El estadio iba a estar a reventar y tenía que dar resultados.

Vi amanecer y me levanté hecho polvo. No solo físicamente. Era ese cansancio que empieza en la mente y se esparce por todo el cuerpo.

Me arrastré hasta la cocina, ya escuchando la risa de Jaxon mezclada con el olor a café quemado.

— ¿Quién ha dejado esta mierda en el fuego y se ha olvidado? — grité.

— Christopher — respondió Jaxon con la boca llena de cereales.

— ¡Eh! ¡Solo fui al baño! — se defendió Christopher, apareciendo con una toalla al hombro y el pelo mojado. — ¿Preferís café quemado o mear en el fregadero?

— Voto por lo segundo — murmuré, tirando el café negro por el desagüe.

Cascqué un par de huevos en la sartén y me senté de mala hostia a la mesa, una pierna encima de la otra, mirando a la nada.

— ¿Y esa cara? — Jaxon me pinchó.

— Es la única que tengo.

— Jugamos contra la USC, Austin. Por primera vez esta temporada. ¿Y me apareces así? Joder.

— Tranquilo. Estoy bien — solté sin mucha convicción. — Solo cansado.

Christopher me observaba en silencio, hasta que largó:

— ¿Esto tiene que ver con Lauren? ¿O con tu madre entrando y saliendo de casa del entrenador?

Le lancé una mirada a Christopher como si pudiera matarle solo con eso.

— No empieces.

— Estás más insoportable que de costumbre. Suéltalo ya.

— Que os follen — repliqué, echando los huevos al plato.

Necesitaba centrarme en lo que importaba, Yo era Austin Mason. Quarterback. Capitán. El que tenía que ganar.

— ¿Cuál es tu problema, Austin? — la voz del entrenador Miles retumbó justo detrás de mí, mientras me ponía su mano pesada en el hombro.

— Yo nunca tengo problemas — contesté sin ni siquiera girar la cara.

— Ven. A mi despacho. Ahora.

Puse los ojos en blanco, soltando una risa sarcástica.

— Voy a calentar.

— A mi despacho, Mason — repitió con más autoridad.

Solté una maldición entre dientes, me quité el casco y lo lancé con fuerza contra el sofá arrimado en la esquina. Entré en su despacho como si pisara un ring, y él cerró la puerta detrás de mí.

— ¿Cuál es tu problema? ¿Piensas salir al campo con todo ese peso a cuestas? ¿Quieres jugar así?

Le encaré de frente.

— ¿Qué hacía mi madre en tu casa anoche?

El entrenador se quedó helado. El cambio fue casi imperceptible, pero yo conozco de sobra la cara de alguien intentando tapar mierda.

— Solo pasó a hablar.

— ¿Hablar? ¿A las nueve de la noche? ¿En tu casa? — Di un paso adelante. — Joder, ¿te estás follando a mi madre?

— Cuidado con lo que dices, chaval. Un poco de respeto no te vendría mal.

— ¿Respeto? — solté una risa sin humor. — Ella y mi padre no tienen la mejor relación, pero eso no convierte su cama en campo abierto para que el entrenador también quiera jugar.

Miles frunció el ceño, claramente conteniéndose.

— Está preocupada por ti, Austin. Y con razón. Vas acelerado, fallando jugadas fáciles, y montando escenas como ahora.

— ¿Y pensó que resolverlo en tu salón era la mejor idea?

— Solo quería hablar. Protegerte. Eso fue lo que me pidió.

— No necesito que le pida eso a ti. Y mucho menos que tú... — me mordí la lengua antes de terminar. — Da igual. Dime una cosa: ¿estáis juntos?

Miles respiró hondo.

— Sal de mi vista, Mason, y entra al campo limpio. Deja esta mierda fuera del partido y respeta a tu madre.

No respondí. Di un portazo al salir.

08



Lauren Morgan

De verdad debería aprender a decir que no a Rebeca. Aún estaba en ese proceso, fallando miserablemente, porque siempre encontraba la manera de arrastrarme a donde quisiera. Y ese día, me costó estar sentada en una grada a rebosar, rodeada de gritos, palomitas y testosterona, viendo a Austin Mason enfrentarse a Aiden Dalton.

Definitivamente, no era mi plan favorito para la tarde.

— Esto va a ser histórico — dijo Rebeca, vibrando a mi lado como si aquello fuese la Super Bowl.

— Histérico, querrás decir — murmuré, cruzando los brazos y hundiéndome en la sudadera.

El campo ardía. El ambiente era de pura rivalidad, de esa energía que hace que cualquier fan del fútbol americano se quede sin voz. Gritos, banderas ondeando, chavales enormes chocando cascos como si estuviesen en guerra.

No entendía mucho de reglas. Aún confundía un *touchdown* con una jugada bonita y no estaba segura de si la puntuación iba por yardas, pases o magia. Pero sí entendía de personas. Y Austin Mason estaba fuera de sí.

Fallaba pases simples. Insultaba a sus propios compañeros. El casco voló al suelo más de una vez, y caminaba por el campo como alguien a punto de explotar.

— No está bien — murmuré, más para mí que para Rebeca.

— ¿Quién, Austin? — preguntó ella, jugueteando con la botella de agua. — Bah, será solo presión.

— No dudo que lo presionen — respondí, dejando que la mirada se deslizara hasta el palco central, donde un hombre de traje oscuro y semblante rígido observaba el campo como quien presencia un fallo personal en tiempo real.

Austin parecía masticar piedras en el campo, y su padre parecía masticar guindillas allá arriba.

La afición intentaba mantener el entusiasmo, pero el marcador no mentía: 21 a 6 para la USC y el tiempo estaba en su contra.

— Va a romper algo — solté, casi sin pensarlo.

Rebeca me miró de lado.

— ¿Desde cuándo te importa Mason?

— No me importa — mentí. — Pero cuando alguien se hunde y nadie lo ve, eso dice más del mundo que de la persona.

El marcador del primer tiempo mostraba una diferencia brutal. La USC dominaba el partido, y el equipo de la UCLA parecía perdido. Aunque todas las miradas estaban en él, Austin parecía ciego.

En la banda, el entrenador gritaba. Los jugadores se miraban entre ellos intentando entender qué estaba pasando.

Pero yo ya había visto esa mirada antes. Era la misma que veía en el espejo en los días en que el mundo me pesaba demasiado.

Confusión. Rabia contenida. Cansancio de fingir.

— Esto no va a acabar bien — susurré, apretando la sudadera contra mi cuerpo como si así pudiera proteger mi corazón de importarle.

La segunda parte empezó con el mismo ritmo que la primera: tensión, errores y la grada impaciente. El equipo de la USC presionaba como una tormenta, y la UCLA apenas lograba mantenerse en pie.

Austin estaba distinto. Más que eso, estaba errático.

Falló dos pases seguidos. Luego, se encaró con uno de los *wide receivers*. Tiró el casco al suelo, gritó al entrenador de defensa, y fue cuando la grada empezó a abuchear.

— Fuera del campo, Mason. Ahora — gritó el entrenador.

— ¿Qué? — Austin dio un paso adelante. — Aún tenemos tiempo, puedo arreglarlo.

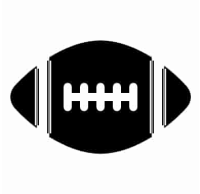
— Has perdido el control. Y esto es un juego de equipo, no un ring.

La multitud murmuraba. Algunos gritaban. Otros grababan con el móvil. Y ahí estaba él: el ídolo, el *quarterback* estrella siendo mandado al banquillo.

Sin decir nada, Austin se quitó el brazalete de capitán y lo tiró al suelo.

Yo lo veía todo desde la grada y, por primera vez, no pude animar en su contra.

Porque había algo en sus ojos que dolía de ver, pero nada que consiguiera bajar mi guardia con él.



Austin Mason

El ruido del partido seguía al fondo, apagado por las paredes del vestuario. Yo debería estar ahí fuera, con mi equipo. Pero no. Estaba encerrado aquí dentro, mirando mi reflejo en el espejo y sintiéndome un fracasado.

"Fuera del campo, Mason."

"Has perdido el control."

¿Perdí? Me eché agua en la cara. Resbaló helada, pero no apagó la rabia. Ni la frustración. Las manos me temblaban.

¿Había jugado mal? Sí. ¿Pero hacía falta exponerme así? ¿Delante de todos?

El sonido de pasos por el pasillo hizo que mi mandíbula se tensara.

— ¿Vas a quedarte ahí lamentándote? — La voz del entrenador Miles cortó el silencio.

No contesté. Cogí la toalla y la lancé contra el banco con tanta fuerza que rebotó en la taquilla de metal. Casi resbalé en el suelo mojado. Respiré hondo. Una, dos, cinco veces. Pero no servía de nada.

— ¡Austin! — llamó más firme ahora.

Le ignoré. Seguí andando hasta que se plantó delante de mí, bloqueando el paso. Nuestros ojos se encontraron.

— ¿Qué coño te ha pasado hoy?

— No lo sé — gruñí, bajo, con la rabia aún ardiendo por dentro. — Empecé fallando y eso me cabreó.

— ¿Quieres que le diga a tu padre que deje de venir a los partidos?

Mis hombros se tensaron.

— ¿Y eso qué tiene que ver?

— Dímelo tú, Austin. — Cruzó los brazos. — Entras al campo como un soldado entrenado y hoy pareces un crío con crisis de identidad.

— Eso no tiene nada que ver con él.

— ¿No? Porque estás desestabilizado. No es físico. Es la cabeza.

Guardé silencio. Pero no por estar de acuerdo.

— ¿Sabes lo que creo? — continuó. — Creo que lo estás proyectando en todos. En el equipo. En mí. Y ahora hasta en tu madre.

— ¡Tú eres más culpable que él! ¡Joder! — exploté. — ¡Es mi madre, hostia!

Miles dio un paso atrás, sorprendido por mi estallido.

— No tengo nada con tu madre, Austin. Somos amigos de la adolescencia. Estudiamos juntos, solo eso.

— Ah, claro. — Solté una risa corta, amarga. — ¿Amigos de infancia con derecho a visitas nocturnas?

— ¿De verdad quieres ir por ahí? — Su tono subió. — ¿Vas a dejar que el pasado de tu madre joda tu futuro?

— Que se joda el futuro — solté.

— El futuro es la NFL. Es lo que siempre dijiste que querías. La gloria. El reconocimiento. El mundo a tus pies. ¿Lo vas a tirar todo?

— ¡Solo no estoy teniendo un buen día!

— No controlas todo. Quizá deberías hablar más con Lauren. Tiene un proyecto estupendo. Podrías participar, distraerte, hacer algo bueno para tu imagen y, quién sabe, también para tu cabeza.

La risa salió antes de poder contenerla. Casi una carcajada.

— ¿Me estás sugiriendo que sea la cobaya de la becada de Crenshaw? — Le miré con sarcasmo. — ¿Una chica que ni siquiera puede comprarse los libros que necesita para estudiar?

— A veces, quien menos tiene ve más.

— Mi imagen es perfecta, soy bueno en lo que hago. Juego bien, la disciplina nunca ha sido un problema. — Di un paso hacia él. — En el próximo partido voy a aplastar a esos hijos de puta.

— ¿Sabes cuál es tu problema, Mason? — preguntó sin alterarse. — Crees que ser bueno es suficiente. Que ganar lo arregla todo.

— ¿Y no lo arregla?

— No cuando estás ganando por las razones equivocadas. Tu talento es innegable, pero lo estás usando como un escudo para tapar lo que realmente te jode por dentro.

— ¿Ahora también eres psicólogo?

— No, pero conozco a una que quizá pueda ayudarte. — Se refería a Lauren sin siquiera decir su nombre. — ¿Vas a seguir huyendo de todo o vas a usar ese proyecto como una oportunidad para crecer?

Puse los ojos en blanco.

— Esto es fútbol, entrenador. No una terapia de grupo.

— No, Mason. Esto es la vida. Y si sigues fingiendo que solo necesitas jugadas perfectas para sobrevivir, vas a acabar perdiendo el partido más importante.

Caminó hasta la puerta y, antes de salir, se giró una última vez:

— Piénsalo. Y la próxima vez que abras la boca para menospreciar a alguien como Lauren, recuerda que ella está intentando cambiar el mundo mientras tú estás aquí fingiendo que el tuyo no se desmorona.

La puerta se cerró.

09



Lauren Morgan

— ¿Qué coño ha pasado aquí? — murmuré, más para mí que para Rebeca, mientras las luces del estadio empezaban a apagarse.

— No me creo que Austin haya perdido — dijo ella, todavía con la boca abierta, como si intentara encontrarle sentido al marcador.

— Ha perdido el equipo, Rebeca — la corregí, aunque las dos sabíamos que, a ojos del mundo y sobre todo a los de aquel hombre en el palco, Austin Mason era el único responsable de cualquier fallo.

Mi mirada fue directa al piso de cristal sobre la grada. Vi cómo su padre se levantaba, arreglándose el traje con fastidio, los dedos arrancándose la corbata de un tirón brusco. Incluso desde lejos, la tensión era evidente en los hombros rígidos, en la mandíbula apretada. Si nunca ve mérito en su hijo cuando brilla, hoy, con la derrota, directamente le va a devorar el hígado a Austin en la cena.

— ¿Qué te ha parecido el partido, Lauren? — Me giré hacia la voz. Aiden estaba de pie, aún sudado, el casco en la mano y el pecho subiendo y bajando con la respiración acelerada.

— No soy comentarista deportiva — respondí seca, intentando ignorar la forma en que me analizaba, como si buscara en mi cara algo más que una respuesta.

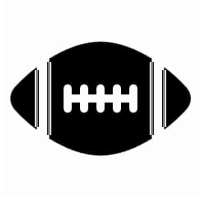
— Pero lo has visto hasta el final — dijo él, con esa sonrisilla de quien cree tener derecho a descifrar mis intenciones.

— Estaba con mi amiga. — Me encogí de hombros. — ¿Quieres algo, Aiden? Porque sinceramente, no tengo energía para ti ahora.

Él dio un paso adelante, con los ojos aún pegados a los míos, pero de repente desvió la mirada. La sonrisa arrogante reapareció, una de esas que suenan más a provocación que a simpatía.

Seguí su mirada y encontré a Austin, parado un poco más lejos. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta del equipo, el gesto sombrío y la expresión indescifrable. Sus ojos estaban fijos en nosotros. En mí.

Austin no se movió. No sonrió. Solo observaba, como si estuviera a punto de cruzar el campo por impulso o guardando la escena para cobrársela después.



Austin Mason

Salí del vestuario con Christopher a mi lado, la cabeza hirviendo y los pensamientos haciendo demasiado ruido. Sus pasos se frenaron de repente y, cuando paró, seguí su mirada hacia la grada: la becada estaba hablando con Aiden.

— ¿Se conocen? — preguntó Christopher.

— Ni idea — respondí entre dientes.

— Joder, Austin, ¿hasta eso vas a perder contra ellos?

Mis ojos seguían fijos en la escena delante de mí.

— ¿Eso es lo que piensas?

— Es lo que estoy viendo. La becada llama la atención hasta del capitán rival. Tiene algo, tío. Y tú la estás dejando escapar.

Me reí, sin pizca de humor.

— Nada en ella me interesa. Si antes quería tenerla encantada, ahora la quiero de rodillas. Y a poder ser, con los ojos bien abiertos, mirándome mientras me la chupa.

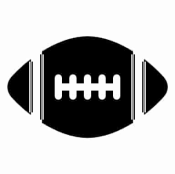
Christopher soltó un silbido, sorprendido y divertido.

— ¿Puedo empezar las apuestas? Quiero ver quién acierta cuánto tarda la becada en ponerse de rodillas.

Puse los ojos en blanco, pero una comisura de mi boca se levantó.

— Hazlo. Solo necesito unas semanas.

— Arrogante de mierda. — Se echó a reír.



Días después…

El equipo estaba en éxtasis con la apuesta. El grupo de WhatsApp no hablaba de otra cosa: códigos, porcentajes, comentarios indecentes. Algunos decían que caería en un mes. Otros, más optimistas, le daban dos semanas. Y hubo quien apostó que aguantaría hasta el final de la temporada. Ese claramente no tenía miedo de perder pasta o confiaba demasiado en la moral de la becada.

— Cien dólares a que antes del próximo partido ya se ha subido a su coche — dijo Carter, dejando las pesas en el suelo del gimnasio.

— Doscientos si la ven salir de su cuarto — añadió Jaxon, riéndose mientras apuntaba las apuestas en una hoja oculta en el móvil.

Yo lo observaba todo desde lejos con una sonrisa torcida. No participaba en el jaleo, pero tampoco lo prohibía.

— ¿Y tú, capitán? ¿Nos vas a hacer un spoiler? — preguntó Christopher.

— ¿Tienes fecha marcada o lo vas a dejar en el misterio?

Le guiñé un ojo, con sorna.

— El míster me puso a coordinar el evento con ella. — Alcé la barbilla, viendo cómo a los tíos se les encendía la cara de entusiasmo. — Así que, además de mejorar mi imagen con la directiva y los patrocinadores… me lo pone más fácil para acercarme.

Christopher soltó una risita baja.

— Eso sí que es una jugada maestra.

— Esa becada no sabe dónde se ha metido — comentó Jaxon, negando con la cabeza. — Va a caer como todas las demás.

— No — corregí. — Va a caer de una forma en la que ninguna otra cayó, porque para ella voy a ser el tío perfecto.

Christopher arqueó una ceja, curioso.

— ¿Perfecto cómo? ¿El príncipe azul?

— Exacto. — Sonreí de medio lado. — Educado, interesado, atento… hasta voy a elogiar ese trabajo coñazo de investigación.

— Cambio mi apuesta a una semana — dijo Christopher, dándole un trago a la cerveza. — Con ese plan, no aguanta ni al segundo sonrisa.

Eso era lo que me gustaba. El gustillo de estar en el centro de todo, el sabor de la victoria formándose antes incluso de empezar el partido.

— Una semana — repetí en voz baja, con una sonrisa cínica. — O menos.

10



Lauren Morgan

Pasé la madrugada en vela con Jess. Su tos no daba tregua, y yo me turnaba entre tazas de té, inhaladores y plegarias para que aquello se le pasara pronto. Aun así, a las siete de la mañana ya estaba en pie, porque la vida no espera. La uni no espera. Y el proyecto, mucho menos.

Todavía con el cuerpo en modo automático, me puse mis vaqueros desgastados, me até el pelo en un moño improvisado y me enfundé cualquier camiseta por encima. Cogí mi bolso con los papeles del proyecto, los inhaladores extra por reflejo, y salí.

Hoy tocaba montar el equipo, delegar funciones, repartir tareas para que el proyecto avanzara como debía, aunque en el fondo una parte de mí solo quería dormir.

En cuanto entré en la sala de reuniones, el universo me respondió con sorna. Austin Mason estaba ahí, desparramado en la silla como si hubiera nacido para mandar. Camisa negra lo bastante ajustada como para hacer que cualquiera perdiera el hilo, reloj caro en la muñeca, móvil en la mano y esa mirada displicente de quien pasa de todo.

Algunas chicas se pararon en seco. Otras se recolocaron el pelo.

Yo solo pensé: *"Mierda."*

Hice como si no existiera y fui hasta la cabecera de la mesa, donde solía sentarme para organizar los papeles.

— Buenos días, Lauren — dijo arrastrando cada sílaba.

Tardé unos segundos en contestar. No por hacerme la interesante, sino porque el sueño me tenía lenta.

— Buenos días, Mason — respondí sin emoción, tirando de mi silla.

— ¿Lista para nuestra colaboración? — Sonrió como si fuese la estrella invitada.

"Colaboración." La palabra sonaba tan mal en su boca que casi me dio la risa.

— Esto no es un curro de verdad — murmuré, cogiendo las hojas impresas con los cronogramas.

— Perfecto. — Se recostó, brazos cruzados detrás de la cabeza, con una sonrisa en los labios. — Solo dime qué puedo hacer.

Suspiré, sin paciencia.

— Puedes empezar ayudando con la organización de los grupos de atención. Habrá entrevistas con atletas de base y necesitamos dividirlo en frentes.

— Grupos de atención… atletas de base… — repitió como si tradujera de otro idioma. — Eso implica hablar, ¿no?

— Sí — contesté con ironía.

— Yo sirvo para sonreír a las cámaras. Ponme a conseguir patrocinadores.

— Esto no va de imagen — respondí, intentando mantener la compostura.

Austin me miró un instante, como si tratara de entender por qué yo aún no había caído en su encanto como todo el mundo.

— Entonces dame una tarea de verdad, Lauren.

— ¿De verdad quieres ayudar? — pregunté, escéptica.

— Quiero, para eso estoy aquí.

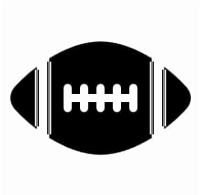
— Pues vas a hablar con las chicas del equipo femenino de atletismo. Tienen problemas de apoyo y visibilidad. Vas a escuchar, tomar nota de sus necesidades, organizar los datos y entregarme un informe.

— ¿Un informe?

— Sí. A mano, si lo prefieres.

— Vale, conozco a algunas chicas de atletismo, creo que puedo arreglarlo.

— Perfecto.



Austin Mason

Fui a la cafetería y traje un combo de café con leche frío, un muffin de plátano con nueces y un cruasán relleno.

Ella parecía más lenta aquella mañana. Pálida. Los ojos entrecerrados y una blusa demasiado ajustada para la concentración de un hombre con malas intenciones. El sujetador ligero dejaba poco

a la imaginación. Los pechos erguidos bajo la tela parecían pedir atención, aunque ella ni se diera cuenta del efecto que causaba.

Y, joder, lo causaba.

— ¿Qué es eso? — preguntó, levantando los ojos cuando arrastré la bandeja hasta el extremo de la mesa.

— Cafeína. Y comida. ¿Has comido algo al salir de casa?

Frunció el ceño, desconfiada.

— ¿Qué clase de pregunta es esa?

— Una pregunta normal. ¿Nunca nadie se ha preocupado de si comes bien?

Me miró unos segundos, como si intentara atravesar todas las capas de mi sarcasmo hasta encontrar alguna verdad escondida.

— ¿Y por qué te preocupa eso?

— Porque tienes ojeras, los dedos te tiemblan y parece que te vas a desmayar si sigues ignorando tu propio cuerpo.

— ¿Eso es una observación médica o solo otro de tus encantos baratos?

— Observación masculina, Lauren. Y tampoco fue tan barato.

Esbocé una sonrisa torcida mientras ella miraba la bandeja y luego volvía a mirarme.

— Come — dije, animándola. — Vas a necesitar energía. Aún nos queda mucho por hacer.

No respondió. Solo cogió el vaso despacio, como si cualquier movimiento brusco significara ceder terreno.

— No tengo hambre — murmuró, aun así.

— El trabajo exige energía. Y la vas a necesitar si quieres seguirme el ritmo.

Me incliné un poco, cogí el muffin, abrí el envoltorio con calma y lo puse más cerca de ella.

— ¿Vas a comer sola o quieres que te dé yo de comer?

Bufó y miró hacia un lado, intentando disimular el rubor que le subía por las mejillas. La blusa volvió a llamar mi atención. Ajustada. Ceñida. Demasiado cerca de la piel.

— Puedo hacerlo yo sola — dijo, intentando mantener la compostura.

Sonreí de lado, volviendo a coger el muffin y tendiéndoselo como si le ofreciera un premio.

— Qué pena. Ya estaba listo para metértelo en la boca.

Me miró con los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos, como si estuviera decidiendo entre pegarme o reírse de mi atrevimiento.

— No puedes parar, ¿verdad?

— ¿Parar qué?

— De actuar como si todo y todos estuvieran aquí para entretenerte.

Me incliné sobre la mesa hasta quedar demasiado cerca, mi respiración rozando su mandíbula.

— ¿Y si te dijera que tú eres justo el tipo de distracción que me gusta?

Ella no se echó atrás. Solo desvió la mirada y cogió el muffin de mi mano con cierto desdén.

— Entonces siento decepcionarte — empezó, en voz baja —, pero no soy del tipo que da entretenimiento a tipejos como tú.

Incliné la cabeza ligeramente, con una sonrisa torcida.

— ¿Eso ha sido un no? ¿O más bien un "convénceme mejor"?

— Estás acostumbrado a conseguir lo que quieres, ¿no?

— Casi siempre.

Ella soltó una risa sin humor y volvió los ojos al portátil.

— Qué bien. Además de creído, también eres un pozo de humildad.

— Prefiero ser un pozo de otras cosas. Persistencia, por ejemplo — dije, arrastrando una silla y sentándome sin pedir permiso. — Y hoy tengo tiempo.

11



Austin Mason

Ya habían pasado horas y no aguantaba más mirar esas paredes ni fingir que de verdad estaba leyendo los informes. De vez en cuando, mi mirada se escapaba sola, acabando en ella.

Estaba concentrada, los ojos fijos en la pantalla del portátil, mordiéndose suavemente la comisura del labio inferior mientras tecleaba con agilidad. El pelo recogido de cualquier manera dejaba el cuello al descubierto y, joder, ¿por qué me estaba fijando en eso?

No se podía negar. Era guapa. Ese tipo de belleza que no necesita esfuerzo para llamar la atención. Y, sinceramente, ganar esa apuesta no iba a ser ningún sacrificio. Al contrario, iba a ser un placer.

— Deberías dejar de mirarme y hacer las anotaciones que te pedí — soltó, sin ni siquiera mirarme.

Sonreí de lado. La chica era atrevida. Y molesta. Pero me gustaba.

— Yo creo que deberías tomarte un descanso — repliqué, recostándome en la silla solo para provocarla.

Al fin levantó los ojos y me lanzó esa mirada afilada que, por algún motivo, me daban ganas de reír. Y de tirar de su cuello para

besarla.

— En serio, vamos a ver. ¿Qué vas a hacer después de la uni? — preguntó, como quien lanza un reto al aire. — Hablo de futuro. Planes.

Puse los ojos en blanco.

— Mi padre ya está preparando mi entrada en la NFL en cuanto me gradúe. Hasta entonces, sigo acumulando patrocinios. Cuando me retire, la empresa de mi padre quedará bajo mi mando.

Arqueé una ceja.

— ¿Y qué tiene que ver eso con que te tomes una pausa?

— Todo — replicó firme, volviendo a la pantalla. — Yo solo voy a respirar cuando tenga mi futuro asegurado. El tuyo ya lo está, Mason. Así que enhorabuena, estás oficialmente liberado para tu pausa.

Debería reírme. En cualquier otro momento lo habría hecho. Pero la forma en que se mordió el labio inferior, volviendo a concentrarse en lo suyo, me distrajo.

— Eres guapa, ¿lo sabías? Deberías invertir más en tu imagen personal. Igual encuentras un marido rico y te conviertes en esposa trofeo.

Dejó de teclear, levantó la mirada y me fulminó.

— Y tú eres un idiota. Pero aun así consigues contratos millonarios, así que supongo que el mundo realmente recompensa al peor tipo de gente.

Incliné la cabeza, sonriendo mientras ella se levantaba deprisa, ordenando la mesa como si yo fuese contagioso. El modo en que mantenía todo bajo control me daba ganas de verla perderlo por completo… conmigo.

— He terminado por hoy — dijo, sin mirarme, mientras guardaba los papeles en la carpeta.

— ¿Vas a verme jugar esta noche? — pregunté, solo para pincharla.

Se detuvo medio segundo. Solo medio. Pero lo suficiente para que me diera cuenta.

— Adiós, Austin. — La respuesta fue seca, desinteresada.

Saqué el móvil del bolsillo al notar la vibración.

Notificaciones: 4 mensajes nuevos en el grupo "Touchdown"

Jaxon: Broooos, han confirmado el after en casa de Shelby. Open bar y cheerleaders incluidas.

Christopher: La mitad del equipo de basket va a caer también después del partido.

Ryan: Austin, tráete a la becaria contigo.

Jaxon: ¿Llevarla a ella y no a Ashley para que se arrodille? Sacrilegio.

Negué con la cabeza con una sonrisa torcida.

Austin: Ashley ya se arrodilla sin invitación. La becaria… aún estoy calentando el partido. Necesito que atrayáis a su amiga, la tal Rebeca.

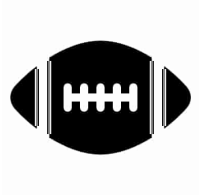
Ryan: Tranqui, solo prepara las tequilas y tu sonrisa torcida. El resto es cosa nuestra.

Jaxon: Rebeca parece de las que caen fácil con un piropo.

Christopher: Yo me encargo. Me río, finjo interés y ella arrastrará a la becaria.

Austin: Bien. Quiero a Lauren en la fiesta.

Volví a guardar el móvil, recostándome en la silla con una sonrisa burlona.



Lauren Morgan

Debería ignorar esa sonrisa. Joder, cómo debería. Fingir que no me afecta, que no me hace querer perder la cabeza cinco minutos. Que no revuelve el estómago como si por un segundo hubiera olvidado el tipo de lío que él representa.

Pero confieso que así, tan de cerca, es tentador. Como cometer un error a propósito. Como probar un veneno sabiendo lo que viene después. Y por un instante pienso si valdría la pena, cagarla. Una vez en la vida. Solo para saber cómo sería.

Pero no es solo la sonrisa, es la manera en que inclina el cuerpo, como si ya estuviera dentro de mi burbuja de aire. Sé que es un desastre, de esos que te quitan el suelo, te destrozan las certezas y acaban contigo con el corazón roto y la dignidad arrastrada por el asfalto.

— ¿Qué se siente estar tan cerca de Austin Mason? — Rebeca apareció de la nada, con esa sonrisa cargada de intenciones.

— Hola para ti también, Rebeca — respondí, guardando los papeles en el bolso.

— No seas sosa, Lauren. Solo quiero saber si de cerca es tan irresistible como parece de lejos.

— Tengo prisa. Tengo que ir a por Jesse.

— ¿Y después?

— Después me voy a casa y espero a que llegue mi madre… pero, siendo realista, seguramente me pase la noche leyendo hasta quedarme dormida.

— ¿Y el partido?

— No recuerdo haber sido convocada a ningún equipo, Rebeca.

— Pues la fiesta, entonces.

— No hay fiestas hoy. Ni mañana. Ni nunca. Y menos si implican tíos con el ego inflado y amigos que se ríen de todo.

Rebeca puso los ojos en blanco, riéndose.

— Vale, ya veo que estás de mal humor, así que ni insisto.

— Perfecto, mi paciencia te lo agradece — respondí con una media sonrisa cínica mientras empezaba a caminar.

12



Austin Mason

Estaba ansioso por el partido. Más que ansioso, estaba nervioso.

El campo hervía, todos estaban expectantes, pero nada era más incómodo que sentir su mirada desde arriba. Mi padre, en el palco reservado, con el gesto tenso y exigente, como si estuviera allí solo para evaluarme, y sé que era así. Como si cada jugada fuese una prueba de que merezco el apellido que llevo.

Las rodillas me temblaban, el sudor me corría por la nuca antes incluso del pitido inicial.

"Amo el fútbol. Amo mi vida. Tengo una legión de fans. Y todavía ni he llegado a la NFL".

Ese era mi mantra. Lo que repetía cada vez que el cuerpo dolía, cuando la mente pedía descanso. Cuando la presión me aplastaba.

Mi padre me necesitaba. La agencia me necesitaba.

Yo era la cara de los anuncios. La referencia. El modelo a seguir. Las marcas me querían. Los medios me alababan. Las universidades me usaban de ejemplo. Todo por culpa de él.

"Al menos para eso sí que sirve tu hijo".

Le había oído decir eso a mi madre tantas veces que ya había perdido la cuenta. Como si yo no fuese suyo. Como si solo fuese un producto moldeado para rendir. Y, por mucho que doliera, por mucho que me rompiera por dentro, seguía intentando, porque lo único que quería era servirle. Ser suficiente. Ser visto. Ser aceptado.

Christopher me dio una palmada en el hombro.

— Vamos, capitán. Hora de demostrar quién manda en esta mierda.

"Tenía que ganar".

El árbitro pitó. Sujeté el balón y corrí, atravesando la defensa.

— ¡Touchdown! — gritó el narrador.

La grada se vino abajo. Ni siquiera lo celebré, solo miré al palco.

El equipo rival intentó reaccionar. Vinieron con todo, pero yo estaba poseído, por la rabia, el rencor y la humillación de los últimos días.

— ¡Segundo touchdown!

Desde el banquillo, Miles me miraba aliviado, pero aún podía ver el surco de preocupación. Sabía que no estaba jugando por el equipo, ni por la gloria. Jugaba para sobrevivir.

Último minuto. La ventaja era nuestra, pero yo quería más.

— Vamos a cerrar esta mierda con estilo — grité.

El balón voló, perfecto, como una flecha.

Touchdown final, el marcador explotó. Me levantaron por los aires. Los gritos se mezclaban con el rugido ensordecedor de la afición.

Pero yo no veía a nadie, solo a mi padre aplaudiendo, frío y tranquilo.

Jaxon se lanzó encima de mí, sudado y eufórico, como siempre.

— ¡Has jugado de puta madre, Mason! — gritó, abrazándome con fuerza. — ¡Esa última jugada, tío, la grada casi se cae!

Esbocé una sonrisa. Una de esas automáticas. Porque estaba demasiado cansado para celebrar de verdad.

— Enhorabuena, Austin — dijo el entrenador Miles, dándome una fuerte palmada en el hombro. — Enhorabuena a todo el equipo. Habéis jugado con garra.

Más aplausos. Más gritos. Más palmaditas en la espalda.

Mis ojos fueron directos al palco vacío.

Mi padre ya no estaba allí. Ni al final del partido. Ni para celebrar mi mejor actuación del semestre. Ni para darme esa mirada de aprobación que, en el fondo, sabía que nunca llegaría.

Porque solo aparece cuando pierdo.

Porque solo le sirvo cuando tiene algo que criticar.

Seguía intentando cavar un hueco donde nunca habría sitio para mí.

Ya en el vestuario tiré la toalla al banco y me pasé las manos por la cara, apagando los pensamientos.

— ¿Qué, capitán, vamos a celebrarlo? — Christopher apareció con una sonrisa animada. — La peña te está esperando.

— Id vosotros. Ahora os alcanzo.

Christopher soltó un silbido, pero no insistió. Se perdió por los pasillos con el resto del equipo.

— Cuando juegas… — la voz del entrenador Miles sonó a mi lado. — Me veo en el campo.

Giré un poco el rostro para mirarle.

— Me impresiona cada vez — añadió.

— Usted es mi entrenador. Es normal que tengamos jugadas parecidas — repliqué, un poco seco, pero sin querer sonar desagradecido.

Miles sonrió, y odié que actuara como si supiera más de mí que yo mismo.

— Claro. Es muy común que el entrenador moldee a sus jugadores.

Me dio un par de palmadas en el hombro, pero no se fue.

— No eres solo reflejo de mi entrenamiento, Austin. Ahí hay algo tuyo. Tu sangre, tu rabia, tu hambre.

— ¿Y cree que eso es una virtud?

— Creo que es lo que te diferencia. Pero también puede ser lo que te destruya, si no sabes dónde guardarlo. Has jugado bien hoy. Muy bien. Pero la forma en que celebraste, la forma en que miraste al palco…

Me miró fijo.

— Todo es por él, ¿no?

— Eso es problema mío, míster.

— Sí. Pero soy tu entrenador. Y un viejo amigo de tu madre. Así que creo que ya empieza a ser un poco mío también.

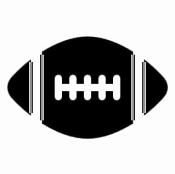
Solté una risa sin humor.

— El Austin Mason del campo ya ganó. Tal vez sea hora de que el Austin Mason de fuera empiece a intentarlo también.

No sabía qué esperaba de mí, si me estaba dejando la piel todos los días.

— Me voy a la fiesta, míster.

— Diviértete.



La música estaba a tope y podía sentir el suelo vibrar. La fiesta estaba en su punto, vasos, cuerpos y caos, justo como nos molaba.

— Ha llegado la amiga de la becada — apareció Christopher con una sonrisa presuntuosa y un vaso de cerveza en la mano, que me pasó en seguida.

— ¿Y dónde está Lauren? — pregunté, yendo directo al grano.

— Creo que esta vez ha venido sola.

Puse los ojos en blanco y me bebí la cerveza de un trago.

— Menuda mierda — murmuré, dejando a Chris con la palabra en la boca y yendo hacia donde Rebeca trasteaba con el móvil, un poco perdida.

Levantó la mirada, sorprendida, ajustando el tirante del bolso con un gesto nervioso.

— ¿Austin?

— ¿Tu amiga viene o no?

— No, no ha querido venir.

— ¡Joder! — solté entre dientes. Había ganado ese puto partido, tenía derecho a divertirme un poco.

— Te mola mucho, ¿eh? — preguntó Rebeca. — Si es así, puedo ayudarte.

Incliné la cabeza, desconfiado.

— ¿Y cómo piensas hacerlo?

Sonrió, mordiéndose el labio.

— Tienes que prometerme que de verdad te interesa. Quiero ver a Lauren feliz. Con novio. Disfrutando un poco. Cosas normales que nunca hace.

Crucé los dedos a la espalda y sonreí, falso y encantador.

— Vale. Lo juro. Estoy completamente pillado por tu amiga.

— Entonces, voy a prepararte una lista con todo lo que le gusta. Una especie de "manual del tío perfecto". Si la sigues al pie de la letra, caerá contigo.

— ¿Y eso lo haces gratis?

— Lo hago por ella. Al fin y al cabo, tú eres Austin, ya me lo agradecerá luego. — Se encogió de hombros, echándose el pelo a un lado.

Sonreí de medio lado, fijando la mirada en la chica.

— Entonces acepto tequila, una ronda por cada punto de esa lista.

— Trato hecho.

13



Austin Mason

La notificación llegó mientras yo estaba tirado en el sofá, mirando el techo como si mágicamente fuese a resolver mis problemas. Rebeca, la becada entrometida, charlatana y ahora también consejera amorosa. Menudo currículum.

Abrí el archivo ya con media sonrisa, listo para descojonarme de todo aquello. Pero la verdad es que no estaba preparado para leer lo que me había mandado.

"Manual del Chico Perfecto para Conquistar a Lauren. Misión casi imposible. Buena suerte, Austin Mason."

Puse los ojos en blanco, riéndome en alto.

—¿Un manual, Rebeca? ¿Piensas que no me las apaño sin tutorial?

Volví a rodar los ojos y seguí leyendo.

1.
Escúchala de verdad.

¿Eso significa "finge interés hasta que se lo crea"? Vale, fácil.

2.
Tráele café y un dulce SIN preguntar.

Ya lo hice. Y la forma en la que mordió ese muffin se me quedó grabada en la memoria. Siguiente.

3.
No la toques sin permiso.

Demasiado tarde. Ya la toqué, y no se quejó. Solo mordió el labio de una forma deliciosa. Punto para mí.

4.
Halaga algo que no sea su cuerpo.

"Vaya, Lauren, organizas tan bien tus documentos. Muy excitante." Vale, quizá tenga que entrenar mejor esta parte.

5.
Pregunta por Jesse, el hermanito enfermo de Lauren.

Ni siquiera sabía que tenía un hermano.

6.
Muestra interés por el proyecto. De verdad.

Lo estoy mostrando, ¿no? Solo que el proyecto no es lo que realmente me interesa.

7.
Nada de bromitas sobre que sea becada. Demasiado tarde,

Rebeca. Siguiente punto.

8.

Lee algo que ella haya recomendado.

Si es corto, puedo intentarlo. Más de cien páginas, olvídalo.

9.

No te exhibas delante de los demás mientras hablas con

ella.

Ahí me pillaste. Yo existo para exhibirme. Pero intentaré controlarme.

10.

Cuando esté a la defensiva, no la presiones. Espera.

—¿Y si nunca baja la guardia, Rebeca? ¿Me vas a devolver el tiempo perdido?

Ya estaba casi cerrando el archivo, cuando llegué al final. El dichoso bonus y la sonrisa se me borraron de la cara.

BONUS:

"Lauren todavía no ha superado lo que pasó con Aiden. Si haces lo mismo que él, te juro que te mato yo misma. No lo dudes."

¿Aiden? La rabia me entró de golpe.

¿Qué coño le había hecho ese niñato de gobernador arrogante?

—¿Qué cojones hizo, Rebeca? ¿Cómo voy a evitar algo que ni siquiera sé qué es? —murmuré al aire, demasiado alto.

—¿Ahora hablas solo, Mason? —La voz burlona de Christopher apareció en la puerta con una lata de energético en la mano.— ¿O estás tan enamoradito que ya ni procesas en silencio?

—Vete a la mierda —gruñí, sin paciencia.— Estaba leyendo una cosa. Nada importante.

Dejó la lata en la encimera y levantó una ceja.

—¿Y hace falta lanzar el móvil al sofá como si te hubiera puesto los cuernos?

Rodé los ojos y me levanté. Caminé hasta la ventana, inquieto, manos en los bolsillos, la cabeza a mil.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, girándome hacia él.

—Mientras no sea sentimental, dispara.

—¿Puedes averiguar qué fue exactamente lo que pasó entre la becada y Aiden?

Christopher frunció el ceño.

—¿Qué?

—Rebeca dejó caer una indirecta. Dijo que él la jodió de una forma que no debería repetir. Pero no sé qué fue. ¿Cómo voy a evitar repetir un error si ni sé cuál es?

Christopher me lanzó una mirada escéptica, medio riéndose, medio desconfiado.

—¿Desde cuándo te preocupa eso, Austin? Pensaba que el plan era usar, ganar la apuesta y después mandarla a paseo.

—¿Tú crees que quiero ser igual que Aiden?

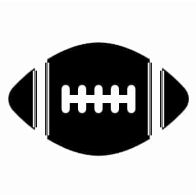
—Yo creo que te estás metiendo más de lo que quieres admitir. —Se encogió de hombros.— Apuesta o no, estás dando vueltas en círculo por esa tía. Estás distinto. Hasta dejaste a Ashley.

Puse los ojos en blanco, molesto.

—Ashley no tiene nada que ver en esto. Solo nos liábamos en las fiestas… y al final me cansé. Nada más.

—Vale. Preguntaré a unos tíos que van con el equipo de Aiden. Esos gilipollas siempre hablan más de la cuenta después de unas cervezas.

Asentí con la cabeza.



Lauren Morgan

El móvil vibró encima de mi mesa y lo cogí solo porque estaba intentando escapar de otra maldita hoja de cálculo. "Austin", decía la notificación. Genial. Ya empezamos.

Austin: Lauren, he conseguido un posible patrocinador, pero necesito que estés conmigo para presentar el proyecto. Hoy, a las 18h. Te mando la dirección.

Leí dos veces, solté un suspiro largo y tecleé:

Lauren: ¿Esto va en serio?

La respuesta llegó en segundos.

Austin: En serio. Y es importante. Este tío puede cubrir la mitad del proyecto. Y quiere escuchar de ti la mente brillante que lo ideó todo.

Me mordí el labio. Respiré hondo. Yo tenía un compromiso con este proyecto. Conmigo misma. Y con Jesse. Si había una oportunidad de financiación, no iba a desperdiciarla. Ni siquiera al lado del chico-propaganda de la arrogancia universitaria.

Lauren: Mándame la dirección. Y procura no llegar tarde.

Austin: Nunca llego tarde a cosas importantes.

Genial, estaba en manos de un niñato sin alma ni corazón.



Jesse veía una peli en su cuarto y mi madre se había ido antes del trabajo. Me puse mi camisa blanca más decente, unos vaqueros oscuros y me até el pelo.

La dirección me llevó a una cafetería pija cerca del centro de la ciudad. El típico sitio donde el café cuesta lo mismo que mi cena de toda la semana, y donde todo el mundo parece sacado de un anuncio de Calvin Klein. Suspiré y empujé la puerta de cristal, ignorando el arrepentimiento que ya me estaba entrando.

La claridad era acogedora, el olor a café se mezclaba con perfume caro, mis ojos recorrieron las caras hasta dar con él: Austin. Estaba sentado como si fuese el dueño del lugar, con esa sonrisita torcida, la camisa desabrochada en el cuello y el aire aburrido de siempre. Levantó la mirada y me vio.

—Lauren —dijo, levantándose como si fuésemos viejos amigos—. Has llegado justo a tiempo.

Antes de que pudiera soltarle alguna ironía, mis ojos siguieron el movimiento de Austin cuando se giró de lado, dejándome ver al hombre sentado frente a él. Allí, delante de mí, estaba Nick Harrington.

Exjugador de la NFL. Influyente, polémico y respetado por media liga profesional. El tipo de hombre que salía en programas de tele, documentales deportivos y que podía, con una firma, cambiar el rumbo de cualquier carrera universitaria.

Tragué saliva.

—¿Lauren Morgan, verdad? —preguntó con una sonrisa elegante, como si ya me conociera—. Siéntate. Austin me ha hablado mucho de ti.

Miré a Austin y luego a Harrington. De algún modo, el idiota egocéntrico me había puesto cara a cara con una de las mayores figuras del mundo deportivo.

—Un placer, Lauren. Austin me ha contado tu proyecto con tanto entusiasmo que confieso que me ha picado la curiosidad. ¿Tienes un minuto para explicármelo? —Harrington me tendió la mano, impecable.

¿Entusiasmo? Claro. Tragué la acidez y me obligué a estrecharle la mano.

—Claro —dije, sentándome con cuidado en la silla libre al lado de Austin—. Me sorprende que tenga tiempo para escuchar a estudiantes normales.

La mirada de Harrington se estrechó un poco, pero la sonrisa no se borró.

—Suelo escuchar a quien tiene buenas ideas. Y, según Austin, las tuyas tienen potencial para transformar la forma en que los atletas universitarios se relacionan con la salud mental.

Abrí los ojos un segundo. ¿Austin de verdad había hablado del proyecto? Notó mi mirada y se encogió de hombros, sonriendo.

—Bueno, pensé que querías apoyo, ¿no? Estoy haciendo mi parte.

Hijo de puta.

Respiré hondo y me enderecé en la silla, ignorando los ojos de Austin devorándome con ese orgullo idiota.

—La propuesta es sencilla. Crear un circuito de charlas y actividades interactivas centradas en la salud emocional de los

atletas, con la participación de psicólogos, exjugadores y profesionales del área. La mayoría de estos chavales no sabe qué hacer cuando la presión empieza a ahogarles. La idea es hablar de ello antes de que se derrumben.

—Interesante. ¿Y qué esperas conseguir con este evento?

—Concienciación y un cambio de mentalidad. Si consigo que al menos un chico entienda que no tiene que fingir que todo va bien todo el tiempo, ya habrá valido la pena.

Asintió lentamente.

—Directa. Y práctica. —Después se volvió hacia Austin—. Dijiste que era brillante. Pensé que era solo encanto.

Austin sonrió con un orgullo disimulado.

—Ella sorprende.

Harrington sacó una tarjeta del bolsillo y la deslizó sobre la mesa hacia mí.

—Mándame una propuesta formal. Si tienes los números, la planificación y el equipo adecuado, puedo ayudarte con el patrocinio.

Mis manos se quedaron congeladas antes de tocar la tarjeta. Austin me lanzó una mirada satisfecha. Cogí la tarjeta, pero ya sabía que ningún favor de Austin Mason venía gratis.

14



Lauren Morgan

— Vale, has ganado — solté en cuanto salimos de la cafetería.

— ¿Era una competición? Joder, ni me había enterado — contestó él, con esa sonrisa que daban ganas de soltarle una bofetada.

— Sí, claro… — puse los ojos en blanco. — Has demostrado tu habilidad para usar tu carita bonita, Mason. Enhorabuena.

— Eh, no fue solo mi cara guapa. Eso funciona mejor con mujeres, en su caso fue el peso de mi apellido. — Me lanzó una mirada de reojo. — Pero está bien saber que me consideras guapo. Aunque, sinceramente, no conozco a nadie que piense lo contrario.

Solté una carcajada fuerte, sin poder evitarlo.

— Eres tan creído. Resulta irritante.
— Irritantemente guapo. Me gusta, suena bien. — Se inclinó, acercándose lo suficiente a mi cara como para cortarme la respiración. — Hoy me lo debes.

— ¡Lo sabía! — exclamé, como si acabara de recordar que había olvidado cobrar un billete premiado de lotería. — Venga, suéltalo ya. ¿Qué quieres?

— Nada del otro mundo. — Sonrió, y esa sonrisa sabía a problemas. — Simplemente celebrarlo.

Abrió la puerta del coche e hizo un gesto con la cabeza, indicándome que entrara.

— No pienso ir a ningún sitio contigo — solté sin pensarlo.

— No seas desagradecida.

— Que no voy, Austin.

— Solo vamos a sentarnos, tomar algo y celebrar. No te estoy secuestrando.

— ¿No tienes nada mejor que hacer? — arqueé una ceja.

— Sinceramente… sí. Pero por algún motivo estoy aquí, parado, mirándote y teniendo que rogarte para que tomes un par de míseros chupitos de tequila conmigo.

— Pues vete. Seguro que tienes una cola de chicas deseando hacerlo.

— Joder, qué desagradecida eres.

— ¿En serio, Austin? Estás actuando como un adolescente caprichoso montando un drama.

— Y tú como una vieja gruñona y desagradecida.

Solté un suspiro profundo.

— Vale… si te hace tanta ilusión — refunfuñé, entrando en el coche.

Cerró la puerta con una sonrisa de victoria, como si acabara de marcar un touchdown.

— ¡Eso! Sabía que, en el fondo, te gusta mi compañía.

— No te flipes — murmuré, mirando por la ventana. — Aún puede ser la peor decisión de mi semana.

Puso el coche en marcha, y por un momento el silencio llenó el aire. Pero sentía su mirada de reojo. Sabía que me estaba analizando.

— ¿Puedes centrarte en la carretera en vez de mirarme? — protesté.

— Difícil no mirar cuando la vista es buena — murmuró, con esa maldita sonrisa ladeada.

Puse los ojos en blanco.

Minutos después, el coche se detuvo frente a un edificio alto y moderno, con portería acristalada y entrada iluminada.

— Ni de coña voy a entrar a un piso contigo — solté en cuanto vi dónde había aparcado.

Él se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás.

— Relájate, Morgan. Ni siquiera eres mi tipo.
Arqueé una ceja.

— ¿Y cuál sería tu tipo?

— El que no me llama adolescente caprichoso. — Me guiñó un ojo y salió del coche, aún riéndose.

Antes de que pudiera replicar, ya estaba en la portería, dando nombre y DNI como si nada. El portero solo asintió y le dejó pasar. Contra toda lógica, mis piernas me llevaron hasta allí.

El ascensor subió en silencio hasta la última planta. Cuando las puertas se abrieron, él me agarró la mano, solo un segundo, y me guió hacia una puerta de emergencia. Subimos unos cuantos tramos de escaleras hasta llegar a la azotea.

— La mejor vista nocturna de Los Ángeles — anunció, extendiendo los brazos como si acabara de enseñarme el paraíso.

La ciudad brillaba bajo nosotros. Una alfombra infinita de luces bailando contra el cielo oscuro.

— Guau… — murmuré, realmente impresionada.

Sonrió satisfecho y sacó de la mochila una botella de tequila aún sin abrir y dos vasitos de chupito.

— Ahora sí, la noche puede empezar.

— ¿Has planeado todo esto?

— Digamos que soy el tipo de tío que siempre está preparado para todo.

— Creído — murmuré, pero cogí el vaso de todos modos.

Él levantó el suyo.

— A nosotros. O mejor dicho, a la peor decisión de tu semana.

Choqué mi vaso con el suyo con un chasquido.

— Que siga siendo solo esa.

Bebimos el primer chupito, luego el segundo y el tercero. El tequila bajaba ardiendo, pero no tanto como la mirada que me lanzaba cada vez que hablaba. Ya sentía las mejillas encendidas, culpa del alcohol y de Austin también.

— ¿Desde cuándo conoces este sitio? — pregunté, todavía embobada con las luces que formaban una alfombra dorada a nuestros pies.

— Desde hace tiempo. Me gusta venir aquí y recordar lo enorme que es el mundo — respondió, apoyando los codos en la barandilla. — Aunque todo lo que vea desde aquí sea solo una parte. Cuando mi padre dice que no seré nada sin él, subo aquí y recuerdo que hay otros caminos. Muchos.

— ¿Y cuál de esos caminos te gusta más? — pregunté, girando un poco la cara para mirarle.

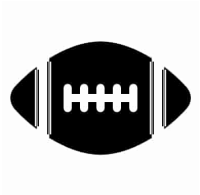
Tardó en contestar.

— Hoy… solo sigo el que me han trazado.

— Eso debe de ser muy triste.

Austin me miró con una sonrisa torcida.

— Lo tengo todo, Lauren.



Austin Mason

— Y nada al mismo tiempo — dijo ella, sin dudar.

— ¿Y tú? — devolví la pregunta, desafiándola.

Suspiró, mirando hacia el cielo.

— ¿Yo? No tengo lo que tú tienes. Pero estoy intentando construir algo con lo poco que tengo. Quiero ayudar a mi madre, cuidar de mi hermano, tener paz. Y, igual que tú tienes que esconderte de tu padre, yo también me escondí del mío. La diferencia es que tú te encerraste dentro de ti, y yo, dentro de un armario, intentando protegerme de las peleas y de los gritos.

Ella no lloraba. Pero había dolor en sus palabras.

— Desde aquí arriba el mundo parece pequeño — murmuró. — Pero ahí abajo, te devora entero si no aprendes a luchar.

Me acerqué un poco más. Por reflejo. Instinto. Ganas.

— ¿De verdad piensas que me escondo dentro de mí? — pregunté, mirándola de reojo.

— Sí. Y eso se refleja en tus acciones — respondió tranquila. — Yo no confío en la gente y tú finges que no las necesitas.

— ¿Me estás analizando, Morgan?

Sonrió de lado.

— Perdona. Me sale automático.

Respiré hondo, volviendo la vista hacia la ciudad a nuestros pies.

— Sólo te he contado lo de mi padre porque sé que ya lo sabes — confesé, más bajo.

Vi cómo se estremecía. El viento soplaba suave, pero lo justo para erizarle la piel. Sus brazos se llenaron de piel de gallina y los pezones se marcaron a través de la blusa fina. Por un instante, mi mirada cayó ahí, y el instinto habló más alto.

Me quité la chaqueta y la puse sobre sus hombros. Un gesto común, pero la forma en que me miró, como si estuviera viendo algo inesperado, casi me ofendió.

— Soy un hombre que sabe tratar a una mujer — murmuré, con una sonrisa torcida.

Ella no respondió, solo ajustó la chaqueta sobre sus hombros.

Giró el rostro hacia mí, seria, parecía sobria a pesar del alcohol.

— Eres amable cuando quieres algo. Encantador cuando estás en control. Pero me pregunto si puedes seguir siéndolo cuando no estás ganando.

— No estoy jugando a nada contigo, Lauren. Solo estamos bebiendo. Deberías relajarte — respondí, llenando nuestros vasos y bebiéndome el mío de un trago.

Ella me siguió, y sonreí al ver sus mejillas ya rosadas por el alcohol. Incliné el cuerpo un poco más hacia ella, lo justo para oler su aroma dulce mezclado con tequila.

— Si te besara ahora, mañana podríamos culpar al alcohol.

Ella se mordió el labio, apartando la mirada un segundo.

— No creo que sea buena idea — contestó, aunque la voz le falló al final. Mi mano ya subía por su brazo, deslizándose despacio hasta llegar a su rostro.

Le acaricié los labios con el pulgar y sentí la tensión en ella.

— Podría ser la segunda peor decisión de la semana — murmuré, con la cara a centímetros de la suya.

Respiró hondo. Quizá preparaba otra protesta, pero no dijo nada. Y eso era todo lo que necesitaba.

Me acerqué más. Despacio. Dándole tiempo a echarse atrás si quería. Pero Lauren no lo hizo.

Sus ojos me sostenían, y podía jurar que su corazón latía tan fuerte como el mío. Cuando mis labios rozaron los suyos por primera vez, fue suave. Un toque de prueba, de curiosidad.

Ella todavía dudó, dos segundos. Tres, como mucho. Pero cuando mi mano sujetó su nuca y mi boca profundizó el beso, cedió. Completamente.

Sus dedos se aferraron a mi camisa y aquello fue bueno, mejor de lo que podía imaginar.

Demasiado bueno.

El sabor de ella mezclado con el alcohol, el calor de su cuerpo, la manera en que resistía solo hasta el momento en que ya no podía más. Mis manos bajaron por su cintura, atrayéndola más, y encajó perfecta. Sus piernas se enredaron con las mías.

Gimió bajo contra mi boca, y eso me hizo perder el control por completo, lo suficiente para que mi lengua explorara la suya con más urgencia, como si lo necesitara para respirar.

— Esto es una pésima idea — susurró cuando nuestras bocas se separaron por milímetros.

— Hemos bebido, echemos la culpa al alcohol — murmuré, antes de besarla otra vez, más intenso, más profundo.

Pero giró la cara en el último segundo.

— No — susurró, apartándose deprisa, con los ojos abiertos de par en par, como si hubiera despertado de un trance.

Tan deprisa que tropezó con sus propios pies. El zapato chocó contra una irregularidad del suelo, y antes de que pudiera sujetarla, cayó de lado.

— ¡Joder! — Me agaché a su lado. — ¿Estás bien?

Se incorporó rápido, apartando mi mano cuando intenté ayudarla.

— ¡Estoy bien! — dijo, con la voz temblorosa. — No debería estar aquí.

— Lauren… tranquila — hablé bajo, frustrado con su reacción.

— Todo esto fue un error. Tú… esto… — señaló entre nosotros. — Eres tú siendo tú. Y yo, casi siendo una idiota. Gracias por la chaqueta. Y por las vistas. Pero… ya no soy el tipo de chica que se deja llevar sólo porque un guapo dice cuatro palabras bien dichas.

No me dio tiempo a responder. Bajó apresurada. Solté una maldición, bajo, frustrado.

Pateé una de las sillas de la azotea, haciéndola chocar contra la barandilla con fuerza. Cogí la chaqueta del suelo, cerré la botella de tequila a medias y me senté en el borde.

Aún no había terminado con Lauren Morgan. Ni de lejos.

15



Lauren Morgan

Tenía resaca. La cabeza me latía, el estómago se me revolvía, pero lo que más me molestaba era la presión en el pecho.

Cedí. Besé a ese idiota.

Fui solo otra tonta rendida a la sonrisa insolente de Austin Mason.

Pasé la mañana evitando mi reflejo en el espejo y el móvil. Él no había mandado ningún mensaje. Y yo tampoco quería ver ninguno.

"Fue el alcohol. Solo el alcohol. La tequila, el ambiente, las vistas absurdas de Los Ángeles."

Me repetí esa excusa en la cabeza como un mantra, intentando convencerme de que aquello no significaba nada. Pero cada vez que mi memoria volvía a la sensación de su boca en la mía, de su mano subiendo por mi brazo, la mentira se tambaleaba.

En el comedor de la uni, intenté esconderme detrás de mi carpeta de apuntes. El olor a comida, el ruido de las conversaciones y el ir y venir de estudiantes no lograban quitarme la poca concentración que me quedaba. Rebeca apareció a mi lado, hablando como siempre, pero yo apenas la escuchaba.

— Mira quién viene por ahí — dijo, levantando la barbilla con una sonrisilla maliciosa.

Me asomé por encima de la carpeta y el estómago me dio un salto.

Era Austin.

Y no estaba solo. Sus amigos del equipo lo rodeaban, riéndose a carcajadas y llamando la atención como de costumbre.

— Buenos días, chicas — dijo con esa confianza irritante, arrastrando una silla junto a nosotras como si ya formara parte del grupo.

Las miradas alrededor no tardaron. Las becadas no se mezclan con los niños mimados de la élite. Y mucho menos con Austin Mason.

Algunos de los amigos se dispersaron, pero Christopher y Jaxon también se sentaron, como si fuera lo más natural del mundo.

— Pues… — empezó Christopher, con una sonrisa presuntuosa. — Hoy hay fiesta. Privada. Pocos invitados. Y, según Austin, vosotras estáis en la lista.

Miré a Austin, que solo sonrió.

— Según Austin — repetí, negando con la cabeza con una risa seca.

Christopher arqueó las cejas por mi tono. Pero antes de que dijera algo, Austin le dio una palmada en el hombro y contestó con ese aire de quien nunca pierde la pose:

— Lo que quería decir es que, para mí, tu presencia es bastante importante.

Entrecerré los ojos. Quería responder, cortar el rollo, decir algo que le hiciera retroceder dos pasos. Pero la verdad es que el corazón se me aceleró.

— Habrá barra libre también — añadió Jaxon, intentando aliviar la tensión. — Y piscina. No es que necesites incentivo, Lauren, pero nunca viene mal, ¿no?

Rebeca me dio un codazo, impaciente, pero yo aún no sabía qué contestar.

— Qué escena tan adorable — dijo Ashley, apareciendo de repente y colgándose de la espalda de Austin. — ¿Reunión benéfica a la hora de comer?

Sentí mi cuerpo tensarse. Pero respiré hondo. Ya sabía lidiar con esa gente, siempre habían existido, solo cambiaba el código postal.

Ashley me lanzó una mirada llena de desprecio.

— No sabía que la universidad estaba abriendo plazas para proyectos sociales tan… intensivos. — Se rió sola. — Pero felicidades, Lauren, lo has conseguido. Debe de ser todo un reto salir de Crenshaw y sentarte con la realeza, ¿eh?

Rebeca se movió a mi lado, lista para soltarle de todo, pero no hizo falta. Austin apartó las manos de Ashley de encima.

— Basta, Ashley. Ya está bien.

Lo dijo tan alto que hasta los sonidos de los tenedores a nuestro alrededor se detuvieron.

— Oh, venga ya. — Intentó reír. — ¿De verdad estás perdiendo el tiempo con ella?

El aire me salió del pecho despacio, y aunque no quisiera demostrarlo, mi deseo era desaparecer de allí.

— Bueno, yo me voy — dije, levantándome deprisa, intentando escapar del peso de las miradas y de la incomodidad que Ashley había dejado.

— Espera. — Su voz sonó firme, y su mano tocó mi brazo en cuanto llegué al pasillo.

— ¿Qué pasa, Austin? — pregunté, incapaz de esconder el cansancio.

— Sobre lo de ayer… bueno…

— ¿Qué pasó ayer? — le corté antes de que terminara, alzando una ceja con la frialdad que había ensayado toda la mañana.

Abrió los ojos de par en par, y por un segundo vi la pura frustración apoderarse de su rostro.

— ¿Me estás vacilando, Lauren?

— Adiós, Austin.

— ¡Eh, nos besamos ayer!

— Sí, lo sé. Me acuerdo. Fue culpa del alcohol, ¿te acuerdas?

Antes de que pudiera dar otro paso, volvió a agarrarme del brazo, lo bastante fuerte para detenerme, no para hacer daño, y me empujó dentro de un aula vacía del pasillo. La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros.

— Perfecto, fue culpa del alcohol — repitió, ahora tan cerca que sentí su aliento caliente en mi cara.

Intenté empujarle del pecho, el corazón demasiado acelerado como para disimular.

— Austin, para ya…

Pero no retrocedió. Su boca estaba a centímetros de la mía. Su mirada era un huracán a punto de engullirme.

— Dilo mirándome a los ojos, que no sentiste nada. Que fue solo alcohol — susurró. — Porque yo puedo mentir bien, Lauren, pero ayer disfruté ese beso.

Tragué saliva, sintiendo mis defensas temblar. Era difícil pensar con él tan cerca, con esa voz ronca y caliente envolviéndome, pero no podía caer en eso.

— Fue solo el alcohol — dije, aguantando su mirada. Intenté sonar firme, aunque por dentro temblaba.

Su mandíbula se tensó, y vi cómo sus ojos perdían el brillo por un instante, pero no dijo nada.

— ¿Y sabes qué, Austin? No me importa si lo disfrutaste o no. No significa nada. Tú no significas nada. No para mí — añadí, empujando su pecho con la fuerza suficiente para abrir espacio entre los dos.

Me giré, lista para salir, pero antes de llegar a la puerta, me detuve y miré por encima del hombro:

— Espero que no haya una próxima vez, Austin. O me replantearé tu participación en el proyecto.

Salí del aula con el corazón disparado, pero si había algo que no podía permitirme era perderme justo por alguien como él.

— ¡Joder! — Pateé la silla con rabia.

Respiraba entrecortado, y el maldito sabor de su beso seguía en mi boca.

El móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Respiré hondo, tragué la rabia y contesté intentando sonar normal.

— ¿Diga?

— ¡Hermanito! — Era Clarissa, con ese tono dulce de siempre. — ¿Qué te parece un cine? Plan de hermanos. Ya sabes… palomitas, refresco y un poco de paz.

Cerré los ojos, dejando que el sonido de su voz aliviara un poco mi mal humor.

— Vale. — Carraspeé. — Mándame la hora. Paso a por ti.

— ¿Todo bien? Tienes la voz rara.

— Solo estoy hasta las narices de la uni. Y de la vida en general.

— Hum, voy a fingir que lo de "vida en general" no incluye a papá.

Puse los ojos en blanco, pero acabé sonriendo de lado.

— Cine, Clarissa. No interrogatorio.

— Está bien, está bien. Pero quiero chocolate, ¿eh?

— Compra dos. Uno para ti y otro para mí.

— Hecho. Te veo a las tres.

— Te estaba buscando. — Christopher apareció en la puerta del aula, apoyándose en el marco.

— ¿Has averiguado qué coño hizo Aiden con Lauren? — pregunté, directo.

— Lo averigüé, jefe — dijo con sorna. — Fue fácil, se lo pregunté a Rebeca. Tiene la lengua más suelta que un tornillo viejo.

— Pues suéltalo ya.

— Aiden estuvo detrás de Lauren durante dos semestres. No oficialmente, pero se le echaba encima en todas partes. Luego bajó un poco el ritmo, pero nunca se rindió de verdad.

— ¿Perseguirla? — Fruncí el ceño. — ¿Hablas en serio?

— Sí. Y peor — continuó. — Le daba vergüenza. Fingía que ni la conocía delante de los amigos. Todo para mantener la pose de hijo del gobernador con la reputación limpia.

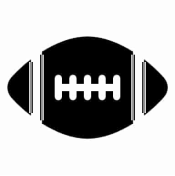
— Así que era eso. Le gustaba y actuó como un cobarde.

— Si tu padre se entera de esto… — Christopher arqueó una ceja. — No creo que acabe bien para ti tampoco.

— Yo no soy Aiden.

— Pero hay una apuesta en marcha, ¿te acuerdas? La misma que, si se filtra, lo jode todo.

— Después de ganar, me da igual lo que venga después — contesté.



Al final de la clase, fui directo a casa de mis padres. Clarissa estaba tirada en el sofá, rodeada de libros y apuntes, empollona como siempre.

—¿Austin? —La voz de mi madre sonó sorprendida, casi como si mi presencia allí fuese una aparición sobrenatural.

—Hola, mamá —respondí seco, dejando la mochila en un rincón.

—¿Y así es como me hablas? —Abrió los brazos—. Ven, dame un abrazo.

Mis ojos fueron directos a la maleta apoyada cerca de la puerta.

—¿Has viajado otra vez? —pregunté, alzando una ceja—. ¿Acabas de llegar?

—Hace unos treinta minutos. Todavía con las maletas hechas.

—Genial —murmuré—. ¿Te lo has pasado bien?

—Ya no me divierto con nada, Austin. Nada me anima.

—Entonces quizá ha llegado el momento de buscar ayuda de verdad, mamá. Terapia. Necesitas volver a tener ganas de vivir.

Ella respiró hondo, desviando la mirada.

—Aprovecha que estás aquí y comamos algo juntos, una comida con mis dos hijos. —Sonrió.

Clarissa levantó los ojos de los libros, arqueando una ceja.

—Mamá, ni siquiera sabes si él come comida de verdad o sólo suplementos del equipo.

—Muy graciosa, Clarissa. —Puse los ojos en blanco, dejando las llaves sobre la encimera—. Y sí, todavía como comida. Carne, incluso, con sangre —añadí, provocando.

—Y luego te preguntas por qué no tienes novia —replicó ella, volviendo a su libro de física.

—La comida está casi lista, según Elisa.

—Estoy terminando de poner la mesa —avisó Elisa, apareciendo en la puerta.

—¿Iban a comer sin mí? —Mi padre entró en la sala. Parecía de buen humor, lo cual ya era raro de por sí.

—Pasas más tiempo encerrado en el despacho o persiguiendo a tus deportistas representados que aquí en casa, querido. Ni sabía que estabas cerca —dijo mi madre.

Él besó a Clarissa en la frente, repitió el gesto con mi madre y, al pasar junto a mí, me puso la mano firme en el hombro.

—Es una novedad verte por aquí, Austin —comentó, como quien lanza un reproche.

—Clarissa y yo vamos al cine —avisé.

—Deberías buscarte una novia, hijo —soltó mi madre, de repente.

—Señora, la mesa ya está lista —avisó Elisa.

—Hum… Elisa tiene una hija guapísima, ¿te acuerdas? Estudia en la misma universidad que vosotros. ¿Cómo se llamaba, Elisa? —Mi madre forzó la memoria.

La empleada sonrió, visiblemente incómoda.

—¿Qué clase de conversación es esta? —interrumpió mi padre, molesto. Era obvio que, para él, la hija de la criada no era

digna ni de ser mencionada como opción en "mi futuro".

—Lauren Morgan —dijo mi madre, como si fuese un detalle sin importancia, ignorando el enfado de mi padre.

Mi expresión cambió en el acto. Abrí los ojos, sorprendido al oír ese nombre salir precisamente de la boca de mi madre, y aún más por la coincidencia… o quizá no lo fuera tanto. Una cosa estaba clara: si su madre trabajaba aquí desde hacía tanto tiempo, entonces Lauren sabía mucho más de mí de lo que yo había imaginado. Mucho más de lo que cualquier chica corriente de la universidad debería saber.

—Basta, Graziela —cortó mi padre, ahora visiblemente más irritado—. Puedes irte, Elisa.

—Con permiso, señor —murmuró ella, saliendo rápido y con la cabeza baja.

—No entiendo por qué tanto enfado —replicó mi madre, acomodando la servilleta en el regazo—. Puede que ahora tengas millones, pero cuando te conocí no eras más que el hijo arruinado de un empresario quebrado. No olvides que fue el dinero de mi familia lo que te levantó.

Y adiós al intento de una comida en paz, si es que alguna vez tuvimos algo parecido. Mis padres discutían con clase y veneno, y yo sólo podía mirar la bandeja de té que temblaba en las manos de Elisa mientras colocaba las tazas.

Terminé de comer y me levanté. Elisa fregaba los platos cuando entré en la cocina.

—Conozco a Lauren —dije, directo. En el mismo instante, dejó caer varios cubiertos que iba a guardar.

—Perdone, señor —dijo, agachándose para recogerlos, y yo hice lo mismo, poniéndome en cuclillas a su lado.

—Estamos trabajando juntos en un proyecto.

—Hum… —desvió la mirada, dudosa.

—¿Eso te molesta? —pregunté.

Elisa titubeó un instante y luego levantó los ojos hacia mí.

—Lo que me molesta es lo que este mundo hace con personas como mi hija.

Respiró hondo, como si llevase años con esas palabras atrapadas en la garganta.

—Señor Mason… Lauren es fuerte, pero ya ha sido rota demasiadas veces. Sólo deseo que acabe la carrera y pueda cumplir sus sueños —dijo, antes de levantarse con la bandeja en las manos, dejándome solo en el suelo frío de la cocina.

Me puse de pie despacio, limpiándome las manos en el pantalón. No tenía ni idea de cómo lidiar con aquello.

16



Lauren Morgan

Estaba poniendo la mesa del desayuno cuando mi madre apareció en la cocina, más temprano de lo habitual. Se sentó, apoyando los codos en la mesa, con esa mirada cansada que ya formaba parte de las mañanas.

— ¿Qué tal la universidad? —preguntó, sin rodeos.

— Todo va bien. El proyecto está saliendo como planeado y... creo que voy a conseguir la plaza en el máster —respondí, intentando disimular la ansiedad tras una sonrisa contenida.

— ¿Ninguna novedad? ¿Chicos? ¿Novio? —preguntó ella.

Dejé lo que estaba haciendo y la miré.

— ¿Quiere preguntarme algo en concreto, doña Elisa? —provoqué, ya sabiendo que tenía algo atragantado.

— Solo quiero aconsejarte, Lauren. Ya sabes todo lo que pasé con tu padre… y después con Jess.

— Que, por cierto, nunca dijo quién es. Nunca explicó de dónde viene el dinero que paga sus medicinas.

— Trabajo mucho para que él tenga lo mejor. Hago lo que puedo.

— ¿Pero quién es el padre de Jess, mamá? ¿Quién es?

Vaciló.

— Te tuve muy joven… y Jess… bueno…

— Fue un hombre rico, ¿verdad?

— No me enorgullezco de cómo pasaron las cosas con Jess.

— ¿Él sabe que tiene un hijo?

— Lo sabe. Pero prefiere fingir que no.

— ¿De dónde es?

Antes de que respondiera, una voz somnolienta resonó en el pasillo:

— ¿Mami?

Era Jess, arrastrando los pies hasta ella. La conversación murió allí. Mi madre se secó las lágrimas que amenazaban con caer y fue hasta él con la misma sonrisa que usaba siempre que quería esconder el dolor.

Pero yo ya había entendido lo suficiente y encajado todas las demás pequeñas conversaciones sobre el tema. Las piezas se estaban juntando. Ya sabía que era un hombre casado que se separó varias veces de su esposa y en una de esas separaciones hubo una única noche. Y de ella, nació Jess.

Mi móvil vibró sobre la mesa y puse los ojos en blanco al ver el nombre de Aiden en la pantalla.

— ¿Algún problema? —preguntó mi madre, con una mirada desconfiada.

— No es nada —respondí, bloqueando la pantalla con rapidez.

Después del desayuno, dejé a Jess en el colegio y seguí mi camino habitual hasta la universidad. Pero justo al bajar del autobús y doblar la esquina cercana a la parada, Aiden estaba allí, apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en mí.

— No contestaste mis llamadas —dijo, acercándose.

— Estaba ocupada con Jess —respondí, sin detener el paso.

— He oído que tú y Austin estáis trabajando juntos en un proyecto.

— Sí. ¿Y eso qué tiene que ver contigo?

— ¿Está ligando contigo?

— ¿En serio, Aiden? ¿Has cruzado la ciudad solo para preguntarme eso?

Avanzó un paso más y me agarró del brazo, empujándome contra la pared lateral de un edificio pequeño.

— ¿Vas a darle una oportunidad a ese niñato de mierda, Lauren?

— Suéltame —exigí, intentando zafarme, pero me apretó más. Sus dedos se clavaron en mi muñeca con fuerza. Su respiración estaba acelerada, me miraba con rabia.

— Eso es, ¿no? Hasta tú piensas que él es mejor que yo.

— ¿De qué coño hablas?

— ¡De mí, joder! —gruñó.

— ¡Suéltame, te has vuelto loco! —protesté, intentando soltarme a la fuerza.

— ¡Hostia, Lauren! —gritó bajo, entre dientes. — A ese idiota sí le dejas estar contigo, pero a mí… a mí nunca me diste una puta oportunidad.

— ¡Porque nunca la mereciste! —escupí las palabras, mirándole directamente a los ojos. — Tuviste la oportunidad de ser decente. De respetarme. Y preferiste tratarme como si fuera invisible.

Tensó la mandíbula, aún sujetándome la muñeca con fuerza.

— Él no sabe quién eres de verdad. Solo quiere usarte, Lauren.

— ¿Y tú qué quieres, Aiden? ¿Jugar a arrepentido ahora? Porque yo ya no soy la misma idiota a la que intentaste hundir para parecer grande delante de tus amigos.

Finalmente me soltó.

— Mantente lejos de él. Es un aviso.

— ¿Y eso es una amenaza? —pregunté, enderezando los hombros.

— Es un consejo —dijo, antes de alejarse y volver al coche.

Me quedé allí unos segundos, intentando recuperar el aliento, intentando no venirme abajo. Y luego empecé a caminar hacia la universidad.

El apretón aún marcaba mi piel, y mis dedos temblaban como si revivieran un trauma antiguo que me esforzaba cada día por enterrar. Esa sensación de impotencia… era como volver a estar encerrada en el armario, intentando sofocar el llanto con la palma de la mano para no hacer ruido.

Mi padre estaba en prisión. La Justicia dijo que yo estaba a salvo. Pero la seguridad no borra la memoria.

Tragué saliva y respiré hondo, como había aprendido en las sesiones de terapia. Cinco segundos para inspirar. Cinco para soltar. Yo ya no era aquella niña. Era lo bastante fuerte como para no permitir que ningún hombre, por frustrado o cobarde que fuera, me hiciera sentir pequeña otra vez.

— ¿De dónde vienes? ¿Y por qué esa cara de fantasma? — La voz de Austin me alcanzó en la entrada de la universidad.

Fingí no oírle. Seguí caminando, cabeza baja, pero él bloqueó mi camino con el cuerpo.

— Lauren, te estás frotando las muñecas. ¿Qué coño es eso?

Miré mis propios brazos, como si me hubiera olvidado de los moratones. Intenté esconderlos, pero ya era tarde.

— Me hice daño —murmuré.

Austin soltó una risa sin humor, llena de rabia, pasándose la mano por la cara como si quisiera controlarse.

— ¿Quién coño te ha puesto así?

— ¿Por qué finges que te importa?

— ¡Porque me importa, joder! ¿Quién fue?

— No te metas en mis asuntos. Esto no tiene nada que ver contigo.

— ¿Aiden? —escupió el nombre y pasó por mi lado con los hombros tensos de rabia.

— Se te ha caído el móvil. —Vi a Aiden justo detrás, con el aparato en la mano extendida.

— Gracias —respondí rápido, cogiéndolo y dándole la espalda.

— ¿Has sido tú? ¡Pedazo de mierda de los cojones! —el grito de Austin hizo que varios alumnos se giraran. En segundos, estaban rodeados de miradas curiosas.

— Aléjate de Lauren, Austin, o esto no va a acabar bien para ti.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer, eh?

Austin avanzó dándole el primer empujón. El segundo, más fuerte. Aiden respondió, dándole en el hombro y casi tirándolo al suelo.

— ¡BASTA! —grité, pero ninguno de los dos me escuchó.

Austin agarró a Aiden por el cuello de la camisa, los dientes apretados.

— Si vuelves a tocarla, te juro por Dios que no va a quedar ni tu apellido para identificarte.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarme delante de todo el mundo? ¿Quieres ver cómo tu carrera se va a la mierda?

Austin lo soltó despacio, pero no sin antes darle otro empujón, haciéndolo tropezar hacia atrás.

Los guardias de seguridad se acercaban a lo lejos, y solo entonces Austin dio un paso atrás.

Me miró, con la respiración agitada.

— ¿Pero qué coño hacéis? ¿Os habéis vuelto locos? — murmuré, con el cuerpo aún temblando.

Austin desvió la mirada por un segundo y luego, como si le cayera la ficha, carraspeó y se giró hacia mí con otro tono.

— Vamos dentro, Lauren. Tenemos una reunión con tu coordinador sobre el proyecto.

Asentí, todavía aturdida. Caminamos hasta el edificio sin decir una palabra. El pasillo parecía larguísimo. En la puerta del despacho del coordinador, él sostuvo el pomo, atrapándome entre su cuerpo y la puerta.

— He perdido la cabeza… —dijo, intentando controlar su respiración. — Pero no me arrepiento. Nadie pone la mano encima a una mujer así. Tengo una hermana, y pobre del hijo de puta que se atreva a hacerle daño.

— Yo no soy tu hermana.

Se rió. Una risa que no encajaba con la rabia en su mirada.

— Menos mal. Porque lo que quiero contigo no lo podría tener con ella.

Antes de que pudiera decir nada, la puerta del despacho se abrió.

— ¿Lauren? ¿Austin? Entrad. Vamos a hablar sobre el avance del proyecto.

17



Austin Mason

El GPS parecía dudar de mi capacidad cuando puse la dirección de Lauren. Como si dijera: ¿Seguro que quieres ir hasta allí?

Pero después de descubrir que su madre trabajaba en la casa de mis padres, fue fácil dar con la dirección. El barrio quedaba lejos de mi mundo. Casas estrechas, niños corriendo por la calle y perros ladrando a cualquier coche diferente.

El GPS pitó cuando giré en la última esquina y la voz robótica anunció: "Ha llegado a su destino."

Aparqué delante de la casa y solté una risa baja. Era un poco distinta a como la había imaginado, pero seguía siendo pequeña, con la pintura gastada, aunque tenía un jardincillo estrecho y la verja oxidada torcida hacia un lado. La mayoría de las que había visto hasta entonces ni siquiera tenían flores en la entrada.

Antes de que pudiera decidir si tocaba el timbre o simplemente mandaba un mensaje, la puerta se abrió con un crujido leve. Lauren salió con prisa, acompañada de un chaval flacucho cargando una mochila más grande que él. El hermano, sin duda. Rebeca ya me había hablado de él.

— ¡Joder! — exclamó al verme, con los ojos bien abiertos. — ¿Qué haces aquí?

La pregunta vino acompañada de un movimiento rápido, intentando cerrar la puerta como si quisiera ocultar un secreto.

Bajé del coche con calma, las manos en los bolsillos, apoyándome en la puerta y con una sonrisa formándose ya en mi cara.

— ¿Estás casada? — pregunté con toda la tranquilidad.

— ¿¡Qué!? — casi se atragantó. — ¡Claro que no! ¿Qué mierda de pregunta es esa?

— Pues yo qué sé. — Me encogí de hombros. — Parecías bastante desesperada por esconderme de alguien. A lo mejor el maridito se levanta para ir a trabajar y piensa que soy el amante. O igual es tu padre, de esos bravos que no quieren ver a su hija liada con un jugador problemático.

La miré con una sonrisilla burlona.

— Puedo presentarme. Decir que puedo darle un buen futuro a su hija. Quién sabe, igual hasta me invita a cenar.

Lauren bufó, furiosa.

— ¿Se te ha ido la cabeza después del beso o te diste un golpe en el último partido?

— Diría que fue el beso. Pegó más fuerte que cualquier placaje que me han hecho en el campo.

Ella puso los ojos en blanco y me lanzó una mirada que, sinceramente, me dieron aún más ganas de reír.

— Eres insufrible.

— Pero irresistible — completé, dando un paso más hacia ella.

Miró al chaval y suspiró. Estaba guapísima. Incluso con esa expresión de fastidio, incluso llevando una de esas camisetas anchas que claramente escogía para no llamar la atención. Había algo en ella que gritaba "no te acerques", lo cual, irónicamente, solo me hacía querer acercarme más.

— Jesse, ¿no? — murmuré, agachándome un poco para hablarle directamente. — Yo soy Austin. Tu nombre mola mucho.

Lauren dio un paso al frente, a la defensiva.

— No intentes acercarte a él.

— Tranquila, Morgan. Solo estoy siendo educado. Algo raro en mí, pero deberías aprovecharlo.

— He venido a buscarte — respondí, apoyándome en el capó con mi mejor cara de inocente. — Pensé que podía llevarte en coche.

— ¿Has cruzado toda la ciudad solo para darme la lata?

— He cruzado la ciudad para llevarte. — Me encogí de hombros, relajado. — Podrías, no sé, ser simpática cinco segundos y simplemente darme las gracias.

Ella suspiró, impaciente, y miró el reloj de su muñeca. Después, lanzó una mirada rápida hacia su hermano.

— Llegamos tarde. Y me estás estorbando.

— ¿Tarde para qué?

— Tengo que llevar a Jesse al cole.

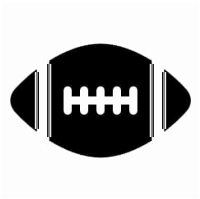
— Ah, eso está chupado. Os llevo yo. Mi coche es rápido. Y soy de fiar en el 70% de las situaciones.

Lauren arqueó una ceja.

— ¿Y en el 30% restante qué eres? ¿Un desastre?

— Demasiado encantador como para resistirse. — Le guiñé un ojo. — Vamos ya, antes de que pierdas la hora y tengas otra

razón más para odiarme.



Lauren Morgan

Después de pasarse todo el camino actuando como si Jesse fuese su mejor amigo de la infancia, Austin se bajó del coche y todavía tuvo el detalle de acompañar a mi hermano hasta la puerta.

— ¡Adiós, Austin! — dijo Jesse, saludando con la mano antes de entrar en el colegio.

— Tu hermano es mil veces mejor que tú — comentó él, volviendo hacia mí con esa sonrisa descarada en la cara. — El chaval es simpático, educado.

— Tiene suerte de no ver a las personas como realmente son.

— Admítelo, Lauren, no soy tan malo cuando me esfuerzo en ser majo. Y, mira, me esfuerzo mucho para no ser la peor persona del mundo contigo.

Le sostuve la mirada ante esa sonrisa torcida.

— Te agradezco la sinceridad. Y admiro esa rara capacidad tuya de autoconocimiento. Eres, de verdad, un ejemplo de arrogancia consciente. Enhorabuena, Mason. Y gracias por haber traído hoy la versión menos desagradable de ti mismo.

Él se rió, sacudiendo la cabeza.

— Me gusta cuando hablas bonito solo para insultarme. Casi suena a cumplido. Ahora me merezco un besito.

— ¿Tanto por un beso que sabes que no vas a conseguir?

— No pierdo nada por intentarlo — murmuró.

Y antes de que pudiera contestar, se inclinó despacio. Tenía la cara tan cerca que sentía el calor de su respiración en mi boca. Mi intención era girar la cara, empujarlo, decirle que parase. Pero mi cuerpo no reaccionó y cuando su mano rozó levemente mi cintura, casi como si preguntara si podía, mi piel se encendió.

— ¿Entonces voy a conseguir un beso? — susurró con los labios rozando ya los míos, tentador.

Pero no dije nada. Quedarme en silencio era el único control que aún tenía, o que creía tener. Porque cuando apoyó sus labios sobre los míos, despacio, casi como si probara los límites, mi cuerpo ya había decidido por mí.

El beso, que empezó lento, hizo que el suelo pareciera lejano. Su mano se deslizó por mi cintura, tirando de mí con suavidad, sin forzar, como si me dejara la opción de apartarme, pero yo no lo hice.

Me dejé llevar por su sabor, por la forma en que me besaba como si hubiera estado esperando ese momento durante días. Y quizá sí. Quizá yo también. Solo que no quería admitirlo.

Me aparté un segundo, sin aliento, sin atreverme a mirarle a los ojos.

— Esto… no significa nada — murmuré, intentando recuperar la razón que él siempre se empeñaba en destrozar.

— Claro que no — respondió con una sonrisa engreída. — Solo un beso de agradecimiento.

Puse los ojos en blanco.

— Idiota.

— Pero un idiota al que dejaste besar. Eso ya me da ventaja.

— No te acostumbres, Mason.

— Demasiado tarde, Morgam.

18



Austin Mason

¡Joder! Si había algo mejor que besar a esta chica sentada a mi lado, yo lo desconocía. Tenía que admitir que mis ganas de besarla y de ir más allá me consumían a un nivel que hacía que me dolieran los cojones.

— Para el coche — dijo de repente.

Frené por instinto, confuso.

— ¿Qué pasa ahora?

— Primero, no quiero que me vean llegando contigo a la universidad. Segundo, no tengo ni idea de cómo descubriste dónde vivo, pero no vuelvas a aparecer allí. Nunca más.

Puse los ojos en blanco y solté una carcajada.

— Primero, ¿qué problema hay en llegar juntos? ¿Te da miedo manchar tu reputación ejemplar con el chico modelo de la uni? Segundo, tu madre trabaja en la casa de mis padres, Lauren. Allí tienen los datos de todos los empleados. No tuve que ser un genio para dar con tu dirección.

Me incliné en el asiento, fijándome en su perfil.

— Ahora, lo que de verdad me jode es que me hayas ocultado eso. Me imagino que debió de ser muy divertido fingir que

no sabías nada mientras conocías toda la mierda que es mi vida con mi padre.

Ella giró la cara despacio, con los ojos muy abiertos.

— ¿De verdad me estás acusando de espionaje? ¿Crees que me dedico a husmear en tu vida a tus espaldas? ¿Que tengo una carpeta secreta con tus traumas archivados porque mi madre limpia el suelo de tu mansión? Despierta, Austin. No eres tan importante. Ni tú ni tus dramas familiares, ni tus amigos yonquis, ni tu ego del tamaño de la ciudad. Nada de eso me interesa. Eres el menor de mis problemas.

— ¿Sabes cuál es tu problema, Morgan? Quieres aparentar que eres intocable. Que nadie puede contigo. Pero ¿la verdad? Temblabas entera en aquella azotea. Temblabas cuando te toqué. Temblabas cuando me besabas. Y ahora estás temblando otra vez, pero por otro motivo.

Desvió la mirada, pero no dijo nada. Yo me acerqué un poco, sin llegar a tocarla, solo lo justo para ver cómo se le aceleraba la respiración.

— Puedes fingir que ese beso no significó nada. Puedes fingir que solo soy otro niñato rico de tu lista de rechazo.

Ella se mordió el labio, con fuerza, pero siguió en silencio, respirando acelerada.

— ¿Quieres bajar aquí o te dejo delante del campus? — pregunté, en frío.

— Bajo aquí — respondió rápido.

— Prometo no acercarme. Ya he pillado el mensaje.

Se bajó del coche sin mirar atrás. No dijo "gracias". No pidió perdón. No explicó una puta mierda sobre ese arrebato.

Apreté el pie, el coche rugió al arrancar, y ni siquiera miré por el retrovisor.

19



Lauren Morgan

Yo estaba actuando como siempre, a la defensiva. Intentando no encariñarme. Intentando no hacerme daño. Evitando agarrarme a palabras y gestos que, por un segundo, me hacían querer flaquear. Solo me estaba protegiendo. Otra vez.

Austin arrancó el coche con mucha rabia. Vi las venas marcársele en el cuello, los puños cerrados en el volante, y me descubrí preguntándome si volvería e intentaría otra vez. Pero yo no podía ceder. No podía darme el lujo de creer.

— ¿Era Austin? — Rebeca apareció de la nada, me puso la mano en el brazo y ajustó el paso al mío.

— Era.

— ¿Todavía no le has dado una oportunidad?

— ¿Qué oportunidad, Rebeca? ¿La de usarme y luego tirarme a la basura?

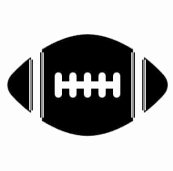
Ella soltó un suspiro, impaciente.

— No puedes vivir con miedo a lo que pueda pasar todo el tiempo, Lauren. ¿Y si resulta que es el amor de tu vida?

— ¿El amor de mi vida? — solté una risa sarcástica. — Eso no existe. La gente se enamora y se desenamora como quien cambia de ropa. Las relaciones se acaban todos los días, Rebeca. Un día puede estar diciéndome que soy todo para él, y al siguiente estar enamorado de otra.

— Hablas como alguien amargada

— No. Hablo como alguien que ya ha muerto unas cuantas veces intentando ser amada — respondí, sin mirarla.



La clase parecía más larga de lo normal. El profesor hablaba sobre distorsiones cognitivas, pero mi cabeza estaba en todo menos en las diapositivas proyectadas. Fui apuntando por inercia, palabras sueltas, conceptos fragmentados. Cuando dijo "evitación experiencial", sentí como si estuviera describiendo mi estado actual.

Evitar sentir. Evitar encariñarme. Evitarle a él.

Solté un suspiro hondo, intentando alejar los pensamientos, pero era como querer contener una riada con las manos. Austin Mason. Entraba en mí como un virus silencioso, persistente. Y lo odiaba.

Cuando por fin terminó la clase, guardé el material deprisa y caminé hasta la sala reservada para el grupo del proyecto. El equipo ya estaba casi al completo. Rebeca organizaba papeles. Un jugador del equipo de baloncesto masticaba algo. Uno de los becados ajustaba la presentación en el portátil.

Y Austin estaba apoyado en la ventana, con los brazos cruzados, observando el movimiento de fuera como si todo aquello no importara en absoluto.

— Hola — murmuré al entrar.

Nadie respondió de inmediato. Hasta que Rebeca sonrió y rompió el hielo.

— Solo faltabas tú.

Austin giró el rostro hacia mí, me analizó con los ojos entornados y simplemente asintió, un gesto educado, como quien saluda a un desconocido.

Me senté en la otra punta de la mesa, lejos de él. Y aun así, sentía como si estuviéramos pegados.

— Podemos revisar la parte de la introducción antes de mandarla al coordinador — dijo Rebeca, intentando sonar entusiasmada.

Austin cogió el cuaderno, hojeó y leyó en voz alta los puntos principales. No sonreía, no provocaba, no soltaba ninguno de sus comentarios sarcásticos de siempre. Solo leía. Devolvió el cuaderno a la mesa con la mirada fija en cualquier sitio menos en mí. Eso dolía más que cualquier idiotez que solía decir.

— Vale, gracias por leer — murmuré.

— De nada — respondió él, con frialdad.

Al final recogí mis apuntes en silencio. Austin fue el primero en salir, y, aunque no quisiera, mis ojos lo siguieron hasta que desapareció por la puerta.

"Mejor así, Lauren. Mejor así."

Fue lo que repetí mentalmente, como si decirlo bastara para convencerme.

Entonces escuché pasos rápidos y una voz demasiado dulce para mi gusto.

— ¡Austin! — Era una de las animadoras, que se colgó de su brazo. — Me debes una cita.

— ¿Ah, sí? — contestó con un tono aburrido, sin emoción alguna.

— ¡Claro que sí! ¿Recuerdas aquella noche en el baño de la fiesta de la fraternidad?

Puse los ojos en blanco mientras pasaba junto a ellos.

"Ahí tienes la confirmación, Lauren. La que necesitabas. Tienes razón en mantenerte lejos."

Pero entonces dijo algo que me hizo parar.

— No va a pasar.

Me quedé quieta. Literalmente.

— Estoy muy pillado por una chica — añadió, con el mismo tono despreocupado.

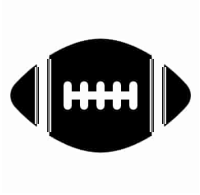
El corazón se me desbocó. Sentí las manos sudorosas. Joder.

— ¿Austin? ¿Cómo que pillado? — preguntó ella, incrédula.

— Si salgo contigo, nunca va a creer que puedo ser fiel. Que voy en serio.

Seguí andando, fingiendo que no me importaba, porque no debería importarme. La verdad es que no sabía qué hacer con aquello. ¿Austin Mason diciendo que estaba pillado por alguien? ¿Que quería ser fiel? ¿Que iba en serio?

Era ridículo. Increíble.



Austin Mason

Tiré la llave contra la encimera con fuerza. Todo lo que quería era un entrenamiento duro, un golpe en el pecho que apagase esta puta rabia que me crecía por dentro.

Me pasé la mano por el pelo, caminando de un lado a otro en la sala.

Llevaba tiempo haciéndolo todo bien, joder, ¿y para qué? ¿Para ver a Lauren pasar de mí como si fuera un gilipollas más?

Fui hasta la nevera, abrí una cerveza y me apoyé en la encimera. Mis colegas no estaban, lo que me dejaba con más espacio para darle vueltas a pensamientos que debería mandar a la mierda.

Que le den.

No quería que me gustara esa tía. No entraba en el puto plan. Yo quería el premio, el reto. Y ahora estaba aquí, rechazando a otras, controlándome, pensando antes de mover un dedo.

Cerré los ojos, dejé que el cuerpo se deslizara hasta el suelo frío de la cocina, la botella todavía en la mano. No quería compañía, solo la quería a ella

20



Lauren Morgan

Una semana después…

— ¿Qué? — Me levanté de la silla, indignada, como si el mundo se hubiera vuelto completamente loco.

El coordinador me miró por encima de las gafas, sorprendido por mi reacción. Austin, claro, seguía callado a mi lado, con esa expresión tranquila de siempre, como si nada en el universo pudiera afectarle de verdad.

— Es solo un viaje de fin de semana, Lauren — explicó, como si fuese lo más normal del mundo. — Para que presentes el proyecto. Y, como Austin es la cara del campus, te acompañará, representará a la universidad y ayudará en la presentación.

Me tragué las ganas de dar un puñetazo en la mesa.

— ¿Es que no tiene partido? Pensaba que estos chicos vivían ocupados todo el día, entrenando, en el gimnasio y jugando. ¿No es así como funciona el glamour deportivo?

Austin soltó una risa corta, pero no dijo nada. El coordinador solo suspiró.

— La universidad le ha dado permiso para esto. La presencia de Austin refuerza el peso institucional del proyecto. Será bueno para todos.

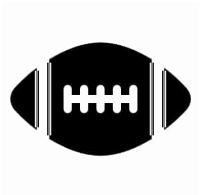
"Menos para m", pensé.

— Genial. Pues está decidido — murmuré, volviendo a sentarme con la rabia a punto de desbordarse.

— Perfecto, entonces voy haciendo la maleta — dijo él por fin, levantándose de la silla.

Desde la maldita vuelta en coche, hablábamos solo lo justo. Cordialidad forzada, frases cortas, miradas esquivas.

— Va a ser un fin de semana largo — murmuré.



Austin Mason

— ¿Viaje? — Jaxon arqueó una ceja, dejando el mando de la consola en el sofá. — ¿Te vas a pasar un finde fuera con la becada?

— Sí, nuestro proyecto fue seleccionado para presentarlo en un evento en Santa Bárbara — respondí, tirando la mochila al suelo del salón y dejándome caer en el sillón.

— Tío, esto va a ser buenísimo. — Christopher se descojonó desde el otro lado de la barra, abriendo una cerveza. — Un finde con la chica que no conseguiste ligarte. Eso sí que es entretenimiento.

— Cállate, Chris — gruñí, pero era inútil. Ya estaban todos partiéndose de risa.

— Hermano, la apuesta era clara. — Jaxon dio un golpe con la botella en la mesa. — Un beso, una noche y se acabó. Estás

perdiendo el toque.

— Hubo beso. Dos, si queréis contarlos bien — repliqué, echando la cabeza hacia atrás.

— Y luego salió corriendo como si hubiera besado al mismísimo demonio — añadió Chris, riéndose y dándome una palmada en la pierna.

— Ella no es como las demás, ¿vale? — solté, cabreado.

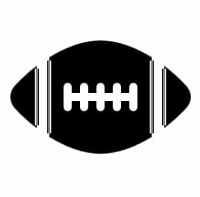
— ¿Mason pillando sentimientos por la becada? — Jaxon abrió los ojos con dramatismo.

— Anda, que te jodan — mascullé, levantándome del sillón.

— Solo ten cuidado de no acabar siendo meme en el grupo de los jugadores: *Austin Mason, el tío que perdió contra una becada con falda vaquera y boli en el moño*.

— Ni siquiera usa falda vaquera, joder.

Cerré los ojos, respiré hondo y fui directo a la nevera. Pero necesitaba ese maldito fin de semana. No para ganar una apuesta. Sino para entender de una vez por qué cojones esa chica me ponía del revés.



Lauren Morgan

¿Un finde? ¿Fuera de la ciudad? ¿Con él? — Rebeca casi se atragantó con el batido, los ojos bien abiertos de pura emoción. — ¡Eso es prácticamente un retiro espiritual con tensión sexual incluida!

— Para ya, Rebeca. Es un viaje académico. Proyecto. Presentación. Nada más.

— Claro. — Puso los ojos en blanco, sarcástica. — ¿Y vas a ir con sudadera ancha, pelo recogido y evitando el contacto visual?

— Estoy considerando justo eso. — Dejé caer la cabeza contra el respaldo del sofá. — No estoy preparada para esto. La última vez que nos quedamos solos casi… En fin.

— ¿Casi caíste en la tentación y volviste a besar a ese hombre con cara de pecado?

— Le besé, Rebeca. Y luego actué como una idiota.

Solté un suspiro cansado.

— No puedo permitirme sentir nada por él.

Rebeca se sentó más cerca y cogió mis manos.

— Lo entiendo, pero quizá ya va siendo hora de dejar de protegerte todo el rato.

— Es arrogante, impulsivo, un niño mimado…

— Y cuando te mira, parece que está pilladísimo por ti.

Mi mente volvió al momento en la azotea. A cómo me protegió en el campus. Y, claro, al beso.

Joder.

— Solo necesito mantener el foco.

— Pues lleva tus apuntes, pero no te olvides del pintalabios adecuado. Por si el "foco" decide volver a besarte.

— No va a pasar.

21



Lauren Morgan

Le di un beso en la frente a Jesse, que todavía dormía tranquilo, arropado entre las mantas. Su respiración era lenta, el pecho subía y bajaba con un ritmo sereno.

Fui a la cocina y encontré a mi madre preparando el desayuno. La mesa ya estaba puesta con café recién hecho y ese olor a pan tostado que llenaba la casa.

Era su día libre. Y, de algún modo, parecía que el destino había conspirado para que todo estuviera en el lugar y en el momento exacto. Ninguna emergencia. Ninguna excusa de última hora. Nada que me impidiera vivir este fin de semana.

— Estás guapa — dijo sin mirarme, removiendo la cuchara en la taza.

— Es solo un viaje de la uni.

Salí después del desayuno y llegué a la universidad con la mochila colgada del hombro. La furgoneta blanca con el símbolo de la institución estaba aparcada frente al edificio de Psicología. El motor apagado, las puertas cerradas y sin rastro del conductor.

Miré el reloj. Estábamos dentro del horario. Quizá había bajado a por un café.

— ¿Lauren? — me llamó una de las asistentes del proyecto, acercándose deprisa. — Acaban de avisar de que la furgoneta se ha estropeado. Han dicho que mandarán otro transporte, pero puede tardar.

— Genial. ¿Y ahora qué?

— El coordinador ha dicho que Mason ya está listo y que irá en coche. Te lleva él.

— ¿Cómo? — retrocedí un paso, frunciendo el ceño. — No. ¿Estás segura? ¿No puedo ir más tarde? ¿Sola?

— Lauren, tenéis que presentar juntos. La coordinadora ha dicho que no podemos arriesgarnos a que llegues tarde.

Antes de que pudiera protestar, escuché el motor de un coche y vi el coche negro de Austin parando justo frente a la acera. Las ventanillas bajadas, el codo apoyado en la puerta. Llevaba gafas de sol y una sonrisa torcida.

— ¿Vamos? — dijo, sin moverse del coche.

— No tengo elección, ¿no?

— La tienes, pero ninguna tan cómoda como esta. El asiento de copiloto está libre — contestó, abriendo la puerta con un gesto de cabeza.

Miré a la asistente, luego a él. Y, al final, al cielo, como si pidiera paciencia a los dioses de la madurez emocional.

— Si haces algún comentario idiota por el camino, salto del coche en marcha.

— Vale, princesa. Prometo conducir despacio para que no te hagas daño al saltar.

Austin conducía en silencio, lo cual era, a la vez, un alivio y una tortura. El silencio dejaba demasiado espacio a mis propios pensamientos, que se atropellaban como en una carrera caótica dentro de mi cabeza.

Él iba con la vista fija en la carretera, los dedos tamborileando en el volante al ritmo de alguna canción que solo él escuchaba. Yo mantenía la cabeza vuelta hacia la ventanilla, intentando concentrarme en las señales, en los edificios que pasaban, en cualquier cosa que no fuera él.

— ¿Estás incómoda? — preguntó sin mirarme.

— Estoy perfecta — respondí seca.

Él soltó una risa baja.

— Mientes fatal.

— Y tú pareces jugar siempre con la gente.

Al fin me lanzó una mirada breve.

— ¿Hablas de la noche del beso? ¿O del beso de la mañana, o de tu ataque de nervios, o…?

— Hablo de todo, Austin — le corté. — No tuve un ataque de nervios, solo intento protegerme de otra decepción.

— Entonces, ¿ya has decidido que te voy a decepcionar?

— He decidido que no puedo darme el lujo de arriesgarme con alguien como tú.

No dijo nada durante unos segundos. Luego soltó un suspiro largo, pesado.

— No soy un tío fácil, Lauren. Nunca lo he sido. Pero contigo… te juro que lo intento. Aunque tú no lo veas.

Quise responder. Decirle que intentar no era suficiente. Que los de su tipo siempre intentan hasta conseguir lo que quieren. Y luego desaparecen. Pero las palabras se me atragantaron en la garganta.

Seguimos en silencio el resto del camino, lo cual fue un alivio.

— Hemos llegado — dijo al fin, aparcando frente a una posada demasiado mona para lo que yo esperaba de un finde académico.

Bajé del coche con prisa, más por alejarme de él que por emoción. Entramos en la recepción y una mujer simpática nos recibió con una sonrisa.

— ¡Buenas tardes! — saludó con entusiasmo.

Austin se adelantó, apoyando los codos en el mostrador mientras se identificaba. La recepcionista tecleó algo en el ordenador y su sonrisa se ensanchó.

— La habitación de ustedes ya está lista. Es la 204, en la segunda planta. Desayuno a partir de las siete.

Me quedé helada.

— ¿Habitación de ustedes? — repetí, casi atragantándome con las palabras.

Austin se giró hacia mí, arqueando una ceja.

— ¿Hay algún problema?

— ¡Claro que hay! Yo pensaba que cada uno tendría su habitación. Esto es un viaje académico, no una luna de miel.

La recepcionista se mostró visiblemente incómoda.

— Lo siento, pero la reserva llegó con una única habitación, cama de matrimonio. El evento informó de que los representantes vendrían juntos.

— Duermo en el sofá o donde sea. Tranquila — dijo él, con una calma que me ponía de los nervios.

— Esto es un disparate.

— Es solo una habitación, Lauren. No voy a atacarte mientras duermes. Quédate con la cama, yo duermo en el suelo si quieres — añadió, cogiendo ya la llave.

— Yo no… — empecé, pero me callé. Era inútil discutir con alguien que parecía disfrutar de mi incomodidad.

Subimos en silencio, otra vez. Podría jurar que él se estaba divirtiendo con todo aquello, y eso me ponía aún más nerviosa.

Cuando abrió la puerta, allí estaba: un único espacio acogedor, cama de matrimonio en el centro, un sillón en la esquina y ninguna barrera entre nosotros.

— Bienvenida a la tortura oficial del fin de semana — murmuré para mí misma.

Austin dejó la mochila en el suelo, echó un vistazo y dijo:

— Si te consuela, yo también estoy incómodo. Por otros motivos, pero incómodo igual.

Puse los ojos en blanco.

— Podemos alquilar otra habitación. Tienes dinero, Austin, pide otra.

Él se encogió de hombros.

— Lo pensé… pero, ¿sabes? Es incómodo, pero tampoco tanto. Me vale con el sillón.

— Perfecto. Porque si depende de mí, duermes en el pasillo.

— Eso ya sería pasarse — contestó, tirando la mochila sobre el sillón como si ya fuera suyo. — Pero tranquila, Morgan, no voy a intentar nada. A menos que me lo pidas.

Le lancé una mirada asesina, y él sonrió con sorna.

— Es broma.

Solté un suspiro hondo y fui hacia la ventana, descorriendo las cortinas con fuerza. No iba a ser fácil sobrevivir a este fin de semana compartiendo cuarto con Austin Mason.

22



Austin Mason

Era última hora de la tarde cuando volví a la habitación. La puerta se abrió y, por un segundo, pensé que estaba soñando. Lauren salía del baño, con el pelo mojado cayéndole por los hombros y una toalla ceñida al cuerpo. Piel húmeda, piernas al aire.

Joder, qué tía más buena. Debería dar media vuelta e irme. Pero claro que no lo hice.

—Así es imposible mantener el autocontrol, Morgan —solté, apoyándome en la puerta sin disimular cómo mis ojos recorrían sus curvas.

Pegó tal susto que tropezó con la alfombra, resbalando con un gritito ahogado. Corrí a sujetarla, pero demasiado tarde: el golpe la lanzó contra mí y acabó cayendo sobre mi pecho, tirándome al suelo.

—¡Ay! —jadeó, con las manos apoyadas en mi torso.

—¿Intentas matarme? —bromeé, ofegante, con el peso delicioso de su cuerpo encima del mío.

Se quedó congelada un instante. El pelo aún chorreaba sobre mi cara. La toalla apenas cubría lo justo. Y sus ojos… bueno, estaban clavados en los míos.

—Me has asustado y he resbalado —susurró, inmóvil.

—No es que me queje —murmuré con una sonrisa canalla. Mis manos estaban en su cintura por reflejo. Y ahora no tenía ninguna intención de apartarlas.

Intentó incorporarse, pero la toalla amenazó con deslizarse. El pánico en sus ojos era tan real como el deseo ardiendo en los míos.

—Quédate quieta —le dije bajo—. Como se caiga esa toalla, no voy a fingir que no he visto nada.

—Eres insufrible —masculló, colorada, intentando sujetar la tela con una mano mientras aún estaba sobre mí.

—Y tú peligrosa, Morgan. Así me vas a volver loco.

Por fin consiguió levantarse, torpe, con el pelo pegado al rostro y la respiración acelerada.

—Sal de la habitación. Ahora. —Me señaló, aunque sin mucha firmeza.

Me puse de pie despacio, sin apartar los ojos de ella.

—Vale, me voy. Pero te juro que la próxima vez que te caigas encima de mí, no me voy a conformar solo con sujetarte.

Salí riendo, y oí el portazo con el cerrojo echado detrás de mí. Estaba a punto de irme al pasillo cuando escuché de nuevo el clic de la cerradura. La puerta se abrió.

Lauren apareció aún con las mejillas encendidas, ahora vestida con un pantalón ancho de chándal y una camiseta. Pero el daño ya estaba hecho.

—Ahora ya puedes entrar y arreglarte —dijo, cruzándose de brazos, apoyada en el marco como si fuera la dueña del mundo.

—Te agradezco la amabilidad —solté, entrando con una sonrisilla ladeada.

—No seas sarcástico.

—Y tú podrías intentar dejar de ser tan borde, ¿no? —le respondí mientras cogía mi mochila y me quitaba la camiseta. Vi cómo sus ojos bajaban fugaces por mi cuerpo antes de girarse.

Ella también luchaba por resistirse.

—Nos besamos —seguí, quitándome las zapatillas—. Fue la hostia. Pero insistes en fingir que no pasó nada. Siempre con esa cara seria, como si estuvieras de mal humor.

—¿Qué quieres de mí, Austin?

Me quedé quieto en medio de la habitación, respirando hondo, mirándola de frente.

—Joder, ¿qué pregunta es esa? —Avancé un paso—. Te quiero a ti, Lauren. Entera. Para mí.

Parpadeó rápido, como si quisiera borrar lo que acababa de oír.

—Ni siquiera sabes qué hacer con algo entero —me soltó.

—¿De verdad crees que esto es un juego? —señalé el espacio entre nosotros—. Si lo fuera, ya habrías perdido. Porque estoy aquí. Contigo. Y por ti. Y cada vez que me miras fingiendo que no sientes nada, más claro tengo lo que quiero.

Me miró unos segundos y después soltó una risa amarga. Yo solo quería una respuesta clara, una rendija, un motivo para entender por qué seguía manteniéndome lejos. Pero lo que vino fue lo último que esperaba.

—Sufrí violencia doméstica cuando era niña —dijo, sin rodeos.

Se me tensó el cuerpo. No estaba preparado para oír aquello.

—Mi padre me pegaba. Y a mi madre le hacía cosas peores. Ahora está en la cárcel, no solo por eso, por un montón de mierda más.

No me miraba. Y yo me quedé callado.

—Después mi madre se quedó embarazada de Jesse. Nació con asma crónica. El tratamiento es carísimo. Pero de alguna forma se está pagando, ni yo sé por quién.

Respiraba hondo entre frase y frase, como si cada palabra le arrancara un pedazo de piel.

—Así que me centré. Estudiar, conseguir un buen trabajo, hacer carrera. No depender de nadie. Vivir tranquila, segura.

Y entonces me miró.

—Pero conocí a Aiden. Me dejé sentir por un segundo y fue suficiente para recordar que soy pobre. Él es rico. Igual que tú. Yo pobre. Tú rico. Y con eso ya basta para saber cómo termina.

La observé largo rato. No tenía respuesta, ni frases hechas, nada que pudiera estar a la altura de lo que acababa de confiarme. Solo sabía una cosa: si alguien había roto a esa chica, yo no iba a repetir el error. No con ella.

—Yo… —empecé, tragando saliva, totalmente fuera de mi eje —. Yo… joder, no sé qué decir.

—Ya lo imaginaba —contestó con voz baja, a punto de darme la espalda.

Di un paso hacia ella.

—Yo tampoco sé para qué coño nací, Lauren —confesé con un nudo en la garganta—. Me lo he preguntado tantas veces que dejé de intentar entenderlo. Nunca tuve el puto cariño de mi padre. No me pegaba con las manos, pero me hacía daño de otras formas. Cada vez que me mira, parece que ve un error.

Se detuvo. No se giró, pero se detuvo.

—Después de que naciera mi hermana, quedó claro. Me desprecia. Y yo… yo solo quería que me mirara como la mira a ella. Sentir que soy suficiente. Que soy su hijo de verdad. Pero hay días

en que ni siquiera sé si lo soy. A veces pienso que mi madre pudo liarse con otro tío, quedarse embarazada y volver. Esa teoría me atormenta. ¿Y lo peor? Que tiene demasiado sentido.

Ahora sí me miraba.

—Una vez me dijiste que actúo como si no necesitara a nadie… Y tenías razón. Porque es más fácil que admitir que sí necesito. Que sí quiero. Que duele. Igual que tú no confías en nadie, yo finjo que no echo de menos a nadie.

Respiré hondo.

—Pero contigo es distinto. Quiero ganarme tu confianza, Lauren. Quiero que sepas que pienso en ti todo el tiempo. Que siento esta puta necesidad de verte cada día. No es solo deseo, y eso acojona de cojones.

23



Lauren Morgan

Solo date la vuelta y vete, Lauren. Él tiene problemas, tú tienes problemas, y al final solo el más débil sale herido. ¿Más débil en qué sentido? Joder, ¿de qué estoy hablando?

—Lo siento —solté sin pensar.

"¿Qué coño dices, Lauren? ¿Lo siento?"

—¿Lo sientes? —preguntó, mirándome como si intentara descifrar lo que pasaba por mi cabeza.

—Sí… es realmente triste, ¿sabes? Esta situación. Todo esto.

Y entonces sonrió. No era la sonrisa engreída ni esa medio ladeada, cargada de segundas intenciones. No. Era una sonrisa de verdad. Sincera. Casi demasiado bonita para esa cara acostumbrada a la arrogancia.

—¿Y esto ahora? ¿Sonriendo de verdad? —pregunté, intentando desviar el foco. —Para ya. Vuelve a tu sonrisa sarcástica. O despectiva.

Dio un paso hacia mí. Debería retroceder. Era lo lógico. Pero me quedé donde estaba.

—Quizás solo sonrío así contigo. —Su voz, casi ronca, me desmontó. —Quizás seas la única que me hace querer ser diferente.

El corazón me latía a mil. Tenía las manos frías, la respiración entrecortada. Todo en mí decía que lo sensato era mantener la distancia, pero mis pies no se movieron.

—Lauren… —murmuró, y solo el sonido de mi nombre en su boca me hizo temblar por dentro.

—Si me besas otra vez, Austin… —empecé, sin saber cómo terminar la frase.

Él se acercó un paso más. Nuestros rostros ya estaban tan cerca que podía sentir su aliento cálido.

—Si te beso otra vez… —repitió—. ¿Vas a huir?

Cerré los ojos un segundo. Intenté reunir fuerzas. Recordé el pasado. Pero al abrirlos de nuevo, seguía ahí, mirándome como si solo existiera yo en el mundo.

—No lo sé —respondí.

Y eso fue suficiente.

Iba sin camiseta, la piel morena, el abdomen marcado y esa maldita sonrisa torcida formaban una combinación demasiado peligrosa para mi autocontrol. Yo todavía llevaba mi viejo pantalón de chándal y una camiseta ancha, pero por la forma en que sus ojos recorrían mi cuerpo, parecía como si estuviera desnuda.

—Eres jodidamente guapa, incluso así, ¿lo sabías? —dijo él, con los ojos clavados en los míos.

—¿Así cómo?

—Así, exactamente así —murmuró, avanzando otro paso.

Retrocedí instintivamente, pero mis espaldas ya estaban contra la pared. Él se acercó despacio, el pecho desnudo casi rozando el mío, y apoyó una mano firme junto a mi rostro. La otra

se deslizó posesiva por mi cintura, donde el chándal estaba flojo, apretando mi piel, y mi cuerpo entero se estremeció.

—Déjame besarte otra vez, Lauren.

—No deberíamos… —mi voz salió débil, sin convicción, y él sonrió con esa confianza presuntuosa que solo él sabía usar tan bien.

—Pero quieres.

Antes de que pudiera negarlo, rozó mis labios con los suyos. Y otra vez, no resistí.

El beso era exigente, posesivo. Austin sujetaba mi cara como si temiera que huyera de nuevo, su lengua se entrelazaba con la mía con un hambre que me hizo gemir contra su boca. Mis manos, sin control, subieron por su pecho, sintiendo cada músculo duro y caliente bajo mis dedos.

—Lauren… —susurró ronco, entre besos que ahora bajaban por mi cuello. —Dime que pare ahora o no voy a parar.

En lugar de contestar, enredé los dedos en su pelo y lo atraje de nuevo hacia mis labios.

Austin gimió contra mi boca, levantándome con facilidad. Mis piernas se enroscaron en su cintura casi por instinto, mientras sus manos firmes apretaban mis muslos. Sentí la pared fría contra mi espalda y el calor abrasador de su cuerpo pegado al mío.

Sus dedos impacientes se deslizaron bajo mi camiseta, subiendo despacio, desesperantemente lentos, provocando cada centímetro de mi piel hasta llegar a mis pechos. Jadeé, echando la cabeza hacia atrás, mientras él me tocaba.

—Vas a acabar dejándome follarte, Morgan —murmuró con la voz áspera, mordiendo suavemente la piel sensible bajo mi oreja.

—Eres insoportable, Mason —contesté casi sin voz, sintiendo su sonrisa formarse contra mi cuello.

Austin se apartó solo lo suficiente para quitarme la camiseta, dejando mi cuerpo expuesto, sus ojos oscuros y hambrientos recorriéndome de arriba abajo.

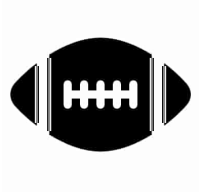
—No tienes ni idea de cuánto he esperado esto —dijo, bajando la boca por mi cuello, por mi escote, dejando un rastro húmedo y ardiente.

Mi cuerpo entero temblaba, deseando más, pidiendo más. Cuando sus labios por fin atraparon mi pecho, gemí alto, aferrándome a él con desesperación.

—Austin…

Él no respondió con palabras. En su lugar, mordió suavemente mi pezón, arrancándome otro gemido roto. Todo mi cuerpo se arqueó contra el suyo, implorando por más. Sus manos bajaron rápidas, empujando mi pantalón de chándal hacia abajo, revelando mis piernas temblorosas.

Sentí su aliento caliente contra mi piel, mientras su boca trazaba un camino lento y tortuoso entre mis pechos y mi abdomen, dejando cada poro de mi cuerpo encendido.



Austin Mason

Su respiración se aceleró contra mi piel, mientras yo bajaba despacio, saboreando cada centímetro de su piel erizada y caliente, cada curva deliciosa. Mi mente ya no pensaba con claridad.

Me incorporé despacio, encontrando sus ojos oscuros, y sin apartar la mirada, deslicé mi mano lentamente dentro de su braguita, tocándola suavemente, sintiendo cómo ya estaba completamente preparada para mí.

—Joder, Lauren… —susurré, totalmente entregado a la sensación de ella contra mis dedos—. Estás tan mojada, tan caliente…

Ella gimió bajito, mordiéndose el labio inferior, los ojos entornados mientras mis dedos la exploraban con lentitud, provocando y acariciando justo donde más lo necesitaba. Cada movimiento arrancaba de ella nuevos gemidos.

Apoyé mi frente contra la suya, respirando con fuerza, sintiendo su aliento caliente y descompasado mezclarse con el mío. Apreté mi polla con la mano libre, intentando controlar el deseo que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—¿Lo notas? —murmuré, guiando su mano hasta mi erección dura, palpitante bajo el pantalón—. Me vuelves completamente loco.

Ella respiró hondo, apretándome suavemente, y casi perdí todo el control en ese instante. Hundí más mis dedos, intensificando el ritmo, sintiendo su cuerpo reaccionar bajo mi toque.

—Austin… —gimió contra mi boca, tirando de mí hacia un beso desesperado.

—Córrete para mí, Lauren —susurré en su oído, aumentando aún más la presión y la velocidad de los movimientos, sintiendo cómo temblaba contra mí—. Quiero sentir cómo te deshaces en mis dedos.

Ella me agarró con fuerza del brazo, echó la cabeza hacia atrás y gimió alto mientras se corría en mis dedos. La sujeté con firmeza, mirando con puro deseo cómo el placer se apoderaba de ella y su cuerpo temblaba deliciosamente bajo el mío.

Yo estaba a punto de quitarme la ropa cuando unos golpes fuertes sonaron en la puerta.

—¿Lauren? ¿Austin? ¡Necesitamos hablar con vosotros sobre el evento! —una voz llamó desde el otro lado.

La miré, jadeante y visiblemente frustrado. Lauren estaba sonrojada, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada. Inspiré hondo, intentando controlar el impulso de volver a atraparla.

—Mierda —murmuré, pasándome la mano por el pelo.

—Será mejor que vayamos ya —dijo ella, apresurada.

—No. Solo unos minutos más. Mírame, Lauren, mira mi situación —repliqué, señalando mis pantalones apretados.

Ella lanzó una mirada rápida hacia abajo y luego me volvió a mirar con una sonrisa medio traviesa en los labios.

—Bueno, pareces bastante capaz de arreglar eso tú solo.

—¿En serio? —gruñí, incrédulo, todavía sin apartar los ojos de los suyos.

—Sí —repitió, con un leve rubor extendiéndose por sus mejillas.

Di un paso más cerca.

—Lo terminamos rápido y bajamos —propuse, con una sonrisa descarada en los labios.

—Es mi primera vez, Austin —dijo ella, en voz baja—. No quiero que sea rápido.

—¿En serio? ¿Tu primera vez?

Ella asintió, apartando la mirada. Me acerqué despacio, tocando su cara con cuidado.

—Deberías habérmelo dicho —murmuré—. Yo habría… joder, Lauren, lo habría hecho todo diferente.

Ella levantó los ojos, intensos, y se mordió el labio inferior.

—Aún estamos a tiempo… ya que ahora no vamos a hacer nada —susurró, con una voz tan dulce que me hizo perder la cabeza.

24



Austin Mason

Ella hablaba con el coordinador, y lo único en lo que podía pensar era en cómo coño alguien puede dejarme en este estado.

Mis dedos todavía parecían sentir su coño, caliente, empapado. El sabor seguía en mi boca. Si ese cabrón no hubiera llamado a la puerta, ahora mismo estaría dentro de ella.

Se movía, pero lo único que yo veía era a Lauren mordiéndose el labio, jadeando en mi regazo, diciendo mi nombre como si yo fuese el puto único hombre en el mundo. Y yo quería serlo.

Virgen. Hostia puta. La revelación aún ardía en mi cabeza como gasolina en llamas. No era solo el hecho en sí… ella era perfecta. Si hubiera entrado, si me hubiera dejado… me cago en todo, no habría querido salir. Nunca. La idea de ser el primer hombre en tocar cada parte de ella, y el único que recordaría al cerrar los ojos, me ponía cachondo a rabiar.

Si la noche nos da una oportunidad, si la puerta vuelve a cerrarse, voy a saborearla entera. Y esta vez, nadie nos va a interrumpir.

—Austin… ¿Austin?

—¿Eh? ¿Qué? —Parpadeé, arrastrado de golpe al presente. La imagen de Lauren jadeando bajo mí aún golpeaba demasiado fuerte como para borrarse.

Ella me miraba con las cejas arqueadas, y el coordinador delante de nosotros carraspeaba, visiblemente esperando una respuesta.

—El coordinador quiere escucharte —susurró ella.

—Ah, claro. Perdón, me despisté.

Mentira. Estaba completamente fuera de control.

—¿Puedes comentar el impacto del deporte en la integración entre los proyectos? —preguntó el coordinador.

Me acomodé en la silla, intentando ignorar la presión palpitante dentro del pantalón y forzar una respuesta coherente. Todo lo que quería en ese momento era sacar a Lauren de allí, cerrar la puerta y terminar lo que habíamos empezado.

Respiré hondo y respondí:

—Sí, claro. El deporte acerca a la gente, también en los proyectos sociales. Y ese es el objetivo aquí, la integración. La misma que —la miré de reojo—, cuando de verdad funciona, lo cambia todo.

El coordinador asintió satisfecho y siguió con las indicaciones. Lauren mantenía los ojos fijos en la tablet, como si anotar cada palabra fuera cuestión de vida o muerte.

Terminamos la presentación y salimos del salón principal. La cena de bienvenida sería servida en breve, y la organización recomendaba que los participantes asistieran. Perfecto, más horas fingiendo que no estaba a un paso de llevarla de nuevo a la habitación y enseñarle cómo se termina lo que habíamos empezado.

—¿Vas a bajar? —pregunté en cuanto entramos en el ascensor.

—Sí —contestó, simple, sin mirarme.

Pero sus ojos recorrieron mi cuello, deteniéndose un segundo más de lo necesario en el borde de la camisa, y sentí cada maldito segundo de esa mirada.

Llegamos a la habitación. Ella cogió ropa limpia y se metió al baño. Cuando volvió, llevaba un vestido negro sencillo, ajustado a sus curvas, con un escote discreto que me dejó la boca seca. El pelo aún húmedo caía sobre sus hombros y, por un instante, todo lo que pensé fue en empujarla contra la puerta, cerrarla y hacer todo lo que la tarde nos había robado.

Pero en lugar de eso, cogí mi chaqueta y dije:

—Estás guapísima.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

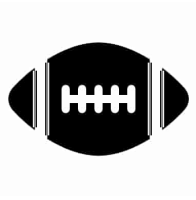
—Gracias. Pensé que soltarías algún comentario sarcástico.

—Lo haría, si no estuviera conteniéndome para no desnudarte a mordiscos.

Desvió la mirada, pero una pequeña sonrisa se le escapó. Ganar un centímetro con Lauren era como ganar el partido de la temporada.

—¿Vamos? —preguntó, ajustándose el vestido.

—Por mí, nos quedábamos aquí. Pero ya que quieres cenar con los demás, vamos.



Lauren Morgan

Austin y yo extendimos un edredón en la terraza de la habitación. Desde allí, la vista era perfecta. El cielo abierto, lleno de estrellas, me daba la sensación de estar lejos de todo. Él apareció con una botella de vino y dos copas, como si esperase que el alcohol me ayudara a continuar lo que habíamos empezado. Quizá hasta ayudara.
Pero, esa noche, más que el vino, lo único que quería era dejar de pensar en el mañana, en el después, en el "y si".

Quería vivir el ahora.

Me senté a su lado, escuchando el sonido lejano y apagado de la ciudad. Tan distinto de mi rutina acelerada, de los miedos que siempre me acompañaban, de las decisiones que tenía que tomar a diario.

Mi cabeza no paraba.

Sabía que, en el momento en que perdiera el control otra vez, en el instante en que dejara que el cuerpo hablara más alto que la razón, estaría cediendo a alguien que quizá solo quisiera sexo.

Y el sexo era normal, era bueno y ni siquiera debería ser tan burocrático. Pero mi mente sí lo era. Estaba hecha de reglas antiguas, de alertas constantes y de cicatrices.

Austin me pasó la copa de vino, sus dedos rozaron los míos y fue suficiente para encenderme la piel.

—¿Todo bien ahí? —preguntó, mirándome como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos.

Asentí con la cabeza, bebiendo un sorbo antes de responder.

—Solo intento no pensar demasiado.

Él sonrió de lado, esa sonrisa torcida que me desarmaba más de lo que quería admitir.

—Tranquila, Lauren. Si dices que quieres y no estás lista, yo espero.

—Yo solo… —empecé, mirando la copa en mis manos—. Estoy intentando entender qué es lo correcto, qué es lo seguro.

—¿Siempre intentas controlarlo todo?

—No es control. Es supervivencia —solté en un tono bajo.

Austin se acercó un poco más, apoyando el cuerpo de lado, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Y si… solo esta vez, sobrevivieras de otra manera? Conmigo. Soltándote, sin miedo al futuro.

Soltar. Confiar. Entregarme. Eran cosas que nunca supe hacer, pero que con Austin empezaban a parecer posibles.

25



Austin Mason

— Te deseo muchísimo.

Ella no respondió nada, pero su mirada era todo lo que necesitaba. Su cuerpo se acercó más al mío, y mis manos agarraron con fuerza su cintura, tirándola sobre mi regazo, encajándola perfectamente contra mí.

Mi boca tomó la suya, saboreando su gusto dulce y cálido mientras nuestros cuerpos se apretaban, cargados de deseo. Lauren gimió contra mis labios, y eso encendió todo en mí.

Mis manos recorrieron su cuerpo de forma posesiva, apretando sus curvas mientras el beso se hacía más intenso. Se movió despacio sobre mí, haciendo que mi erección palpitara con más fuerza contra su calor, y el poco control que aún tenía se rompió.

— No tienes ni idea de cuánto te deseo — gruñí bajo, mordiéndole el labio inferior con la fuerza justa para que lo sintiera.

Lauren tembló, dejando escapar un gemido, sus dedos apretando mis hombros. La tumbé sobre las mantas, encajando mi cuerpo entre sus piernas.

Le quité la ropa con prisa, con desesperación, y quedó desnuda bajo la tenue luz de las estrellas. Sentí mi corazón latir más rápido, mi cuerpo reaccionando a cada detalle suyo.

Me desnudé y volví a concentrarme en ella; mi mano se deslizó dentro de sus bragas, encontrándola empapada y lista para mí. Su cuerpo se arqueó al contacto de mis dedos, mientras exploraba cada centímetro de ella.

— ¿Estás segura? — pregunté, con mis ojos fijos en los suyos.

— Sí — murmuró, el pecho subiendo y bajando rápido.

No necesitaba nada más.

Mis labios tomaron los suyos con intensidad. El gemido suave que escapó de su boca fue combustible, ardiendo dentro de mí.

— Relájate, Lauren — susurré contra su boca, separando sus piernas con mi rodilla mientras me colocaba allí.

Se aferró con fuerza a mis hombros, su cuerpo reaccionando al primer roce de mi polla presionándola.

Entré en ella lentamente, oyéndola gemir alto, sus uñas clavándose en mi piel al mismo tiempo que su cuerpo me estrechaba, adaptándose a mí. Su respiración se volvió irregular y me detuve unos segundos, dejándola acostumbrarse.

— Austin… — murmuró mi nombre en un suspiro.

— Voy despacio, con calma — le susurré al oído.

Empecé a moverme lentamente, entrando en ella con cuidado, sintiendo cada centímetro apretado que me recibía. Mis manos sostenían firmes sus muslos, manteniéndolos abiertos mientras mis caderas iban más hondo, ajustando el ritmo.

Lauren gimió bajito, clavando las uñas en mis hombros, su cuerpo respondiendo más y más a mi toque, relajándose, abriéndose, entregándose por completo. La sensación era tan buena que tuve que contener el impulso de ir más rápido.

Bajé mi boca a sus pechos, chupándolos, lamiendo y succionando hasta hacerla arquear el cuerpo con fuerza, sus gemidos cada vez más altos, más desesperados. Sus pezones, duros y sensibles, eran perfectos bajo mi lengua, y cuanto más gemía, más mi cuerpo pedía de ella.

— Joder, Lauren, estás buenísima — gruñí ronco, apretando su cintura mientras la penetraba más profundo, sintiendo cómo me atraía con sus piernas, pidiendo más. — Tu coño sabe a gloria.

— Austin… no pares, por favor… — suplicó jadeante, moviéndose contra mí, desesperada por más placer.

Sonreí con malicia, acelerando las embestidas, llenándola por completo mientras mi boca seguía provocando sus pechos. Succioné más fuerte, mordiendo suavemente sus pezones, oyéndola gemir aún más alto.

— Eso es, Lauren, así — susurré ronco, sintiendo sus piernas rodearme con fuerza, arrastrándome más hondo. — Quiero sentirte correrte muy fuerte para mí.

Lauren arqueó la espalda, apretándome con más fuerza, temblando contra mi cuerpo mientras aumentaba el ritmo.

— Córrete para mí, Lauren — ordené, acelerando más, sintiendo su cuerpo contraerse.

Gritó mi nombre, sus uñas hundiéndose más en mi piel mientras su orgasmo explotaba, corriéndose deliciosa sobre mi polla.

— Ponte a cuatro, Lauren — ordené, tirando de ella hacia mí. Era una orden.

Se sonrojó, pero obedeció sin protestar, girándose lentamente, ofreciéndome su culo redondo y perfecto. No pude evitar gemir bajo, excitado, al contemplar esa visión.

Deslicé mis manos por sus muslos, apretando su culo con ganas, antes de volver a colocar mi polla dura y empapada en su entrada caliente y estrecha.

— Antes te dije que iría despacio… — murmuré, inclinándome sobre ella, mordiendo suavemente su hombro. — Pero ahora voy a ir hondo, muy hondo dentro de ti.

Lauren gimió alto, agarrando con fuerza la sábana improvisada cuando la penetré otra vez, esta vez sin contenerme.

— Austin… — jadeó.

Perdía el control rápido, mi cadera chocando fuerte contra la suya, entrando y saliendo. Le tiré del pelo, oyéndola gemir aún más alto.

— Eso es, Lauren, me encanta cuando gimes así, es tan jodidamente bueno.

Apreté con fuerza su cadera, empujando hondo unas últimas veces hasta que mi cuerpo entero se contrajo en un orgasmo intenso, corriéndome dentro de ella mientras gritaba su nombre.

Besé su espalda, su piel caliente y sudada, y dejé que mi mano se deslizara lenta por su cintura antes de caer a su lado, aún jadeando.

— Ha sido demasiado bueno — dije, girándome para mirarla.

Tenía las mejillas encendidas, el pelo pegado a la frente y las sienes, húmedo de sudor. Respiraba rápido, los labios entreabiertos, como si todavía intentara recuperarse.

Alargué la mano, apartando con cuidado un mechón de su cara, y dejé que mis dedos acariciasen su mejilla.

— Te voy a denunciar — murmuré con una sonrisa torcida — por dejarme enganchado así.

Ella rió.

— En serio, Lauren. No quiero salir más de esta habitación. No quiero salir más de dentro de ti. — Me acerqué un poco más, la voz baja, intensa. — Y quiero que me mires ahora mismo y me digas que has sentido lo mismo.

Sus dedos rozaron suavemente mi pecho, dibujando círculos.

— Yo… — empezó bajito. — Lo he sentido cada segundo.

— Y no me pidas que diga nada más ahora o voy a acabar queriendo otra vez.

— ¿Y quién ha dicho que eso sea un problema?

Su risa se perdió en mi cuello cuando la atraje más cerca. Yo ya estaba deseando alargar ese fin de semana.

26



Austin Mason

Lauren aún dormía, tumbada de lado, con el pelo desparramado sobre la almohada y la sábana cubriéndole solo hasta la cintura. La imagen era tan jodidamente buena que casi ignoré el móvil vibrando en la mesilla.

Salí despacio de la cama, cogí el aparato y fui hasta la terraza antes de contestar la videollamada del grupo.

— ¿Qué pasa? —dije, con la voz aún arrastrada por el sueño.

— Tienes cara de haberte pasado toda la noche follando — se burló Ryan, riéndose a carcajadas al otro lado de la pantalla.

Cerré la puerta de la terraza a toda prisa, echando un vistazo rápido a la habitación antes de mirar la pantalla de nuevo.

— Cállate de una puta vez.

— Ya lo dije, no pasabas del fin de semana —metió baza Jaxon, encantado consigo mismo—. He ganado la apuesta.

— Eh —corté su risa de golpe—. Ella no es ninguna zorra. Así que dejad de tocar los cojones con esa mierda.

— Oye, relájate, tío —dijo Ryan—. Solo era una coña.

— Pues buscad otra cosa con la que hacer coñas, ¿vale?

— ¿Estás pillado? —preguntó Jaxon con una ceja arqueada.

— Solo respetadla.

Se miraron entre ellos y soltaron una carcajada, como si nada fuera en serio nunca.

— Vale, Austin. Queda dicho —respondió Christopher, aunque no pudo evitar pincharme—. Y… ¿está buena, o qué?

Apreté los dientes, notando cómo la rabia me subía junto con el calor a la cara.

— Te juro que te reviento la cara en cuanto llegue.

— ¡Mason… celoso! —gritó Jaxon, y todos rompieron a reír como la panda de gilipollas que eran.

Puse los ojos en blanco y respiré hondo, pero mi paciencia ya se había ido a la mierda.

— Vamos a dejar esta mierda ya.

— Vale, vale. Perdona, pero yo he ganado la apuesta — murmuró Ryan, medio incómodo.

— Idos a la mierda —rematé, con la mandíbula todavía tensa.

Antes de colgar, eché una última mirada a la habitación. Lauren seguía dormida, guapísima de cojones.

Había follado con otras chicas antes. Muchas veces, sin pensar, sin importarme una mierda. Pero con Lauren… joder, con Lauren había sido distinto. Ella confió en mí. Me dejó entrar. Y ahora no podía dejar de pensar en lo que significaba.

No quería que fuese solo una noche, pero tampoco sabía cómo cojones manejarlo, porque al final tenía razón: venimos de mundos distintos, y el mío suele aplastar al suyo.

La puerta detrás de mí chirrió despacio.

— ¿Austin? —su voz ronca y adormilada me golpeó el pecho. Me giré despacio y ahí estaba Lauren, apoyada en la puerta de la terraza, con los ojos medio cerrados, llevando solo mi camiseta ancha y el pelo despeinado.

¡Hostia! Guapísima.

— Buenos días.

— ¿Está todo bien? —preguntó, acercándose descalza y mirándome a los ojos.

— Solo pensaba… En lo de anoche. Fue increíble, en el mejor sentido posible.

Ella se sonrojó, pero no apartó la mirada.

— A mí también me lo pareció —murmuró—. Pero no quiero que eso cambie el enfoque del proyecto. Aún nos queda el último día hoy.

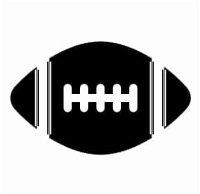
— Lo sé. Y vamos a darlo todo.

— Vamos a bajar a desayunar. El evento empieza en nada.

— Claro —respondí, y antes de entrar, la atraje de la cintura, pegando nuestros cuerpos y besándola.

— Vamos, Austin.

— Vale. Me pego una ducha rápida.



Lauren Morgan

El último día del evento pasó demasiado rápido. Las presentaciones fueron seguidas, y yo puse toda mi atención en lo que tenía que decir. Usé lo mejor de mi oratoria, defendí el proyecto

con firmeza y hasta conseguí sonreír cuando los profesores elogiaron nuestro trabajo. Austin también hizo lo suyo. Habló bien, fue claro. Pero, a diferencia de los otros días, no soltó ni una broma. Ningún comentario sarcástico. Ninguna provocación.

Estaba callado.

Y por más que eso debería haberme gustado —al fin y al cabo, siempre me quejaba de su forma de vacilarme—, ese silencio me incomodaba. Era demasiado contenido. Demasiado preocupado.

Durante la comida, casi no hablamos. Y de camino de vuelta, dentro del coche, el silencio era casi ensordecedor. Yo miraba por la ventanilla, fingiendo que todo iba bien, pero en realidad el estómago se me encogía. Quizás se había arrepentido de lo de anoche. Quizás el peso de lo que pasó entre nosotros le había caído ahora, y estaba buscando la manera de alejarse.

Solté un suspiro bajito, intentando que no se notara. Nunca se me han dado bien los sentimientos, ni mucho menos la sensación de rechazo.

Él fue el primero en romper el silencio.

— ¿Qué pasa?

Giré el rostro hacia él. Seguía con los ojos fijos en la carretera, la mandíbula tensa, los dedos apretando el volante con fuerza. Como si estuviera tratando de controlarse.

— Nada —respondí. Mentira, claro. Pero era más fácil así.

— Puedo dejarte en casa… o prefieres que tu madre no me vea contigo.

— Déjame en casa —murmuré.

— Vale —contestó seco, girando hacia la avenida que llevaba a mi barrio.

El silencio volvió a ocupar todo el espacio entre nosotros. Solo el ruido del motor y las bocinas a lo lejos recordaban que el mundo seguía girando fuera.

Le miré de reojo. Tenía la mandíbula rígida, la expresión cerrada. Austin parecía distante… o quizá estaba protegiéndose, igual que yo. Después de todo lo que pasó, era como si hubiéramos retrocedido dos pasos, evitando admitir que lo nuestro podía ser real.

Cuando el coche se detuvo frente a mi casa, se soltó el cinturón y giró un poco el cuerpo hacia mí.

— Lauren… —empezó, pero se detuvo a mitad de frase. Se pasó la mano por el pelo, nervioso—. Da igual.

— ¿Qué? —pregunté, sin estar segura de querer oírlo.

Él sonrió sin humor.

— Nada. Nos vemos en la uni.

Asentí, sintiendo el pecho encogerse. Abrí la puerta y salí sin mirar atrás.

En ese momento, quise que hubiera insistido. Que dijera lo que estaba a punto de decir. Pero no lo hizo.

27



Austin Mason

Llegué a la empresa de mi padre y fui directo a su despacho. El móvil estaba lleno de llamadas perdidas y mensajes, pero intenté ignorarlo todo de camino hasta allí.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor exclusivo de presidencia, la secretaria se levantó de inmediato.

—Su padre le espera, señor Mason —dijo.

Asentí con un gesto breve, y ella misma se adelantó para abrir la puerta.

—¿Dónde has estado? —disparó en cuanto entré.

—En un evento de la uni, acabo de llegar —respondí, manteniéndome de pie frente a la mesa.

—¿Y el entrenamiento? La semana que viene vuelves a jugar contra el equipo de Aiden. No olvides que perdiste contra él en el último partido.

—El míster dice que estoy en plena forma. Me dio permiso para asistir a la presentación del proyecto.

—Sal de ese proyecto. Céntrate al cien por cien en los entrenamientos y en los partidos. No pienso meterte en un equipo de la NFL si no estás en condiciones reales para ello.

—Fue el entrenador Miles quien me metió en esto. No puedo dejarlo ahora, además, todos los del equipo están implicados de una forma u otra.

Soltó un suspiro impaciente y, solo entonces, levantó la vista para mirarme.

—¿No has dormido esta noche? Tienes una cara horrible. ¿Sigues con esa mierda de fiesta y alcohol como un crío?

—Estoy en la universidad, papá. Solo intento ser normal.

No contestó. En lugar de eso, cogió el teléfono e hizo una llamada corta.

—Ven a mi despacho —ordenó.

Menos de dos minutos después, llamaron a la puerta y entró su asistente.

—Lleva a Austin al camerino. Quiero que esté presentable para el evento de Nike de hoy. Nada de ojeras ni cara de resaca.

—Claro, señor Mason.

Suspiré hondo. Mi padre apenas me miraba a la cara, pero se aseguraba de convertirme en el hijo perfecto delante de las cámaras. El niño bonito de Nike, sonrisa entrenada, imagen vendible.

—Han llegado unos modelos nuevos que te van a gustar, Mason —dijo el asistente, ese cuyo nombre nunca recordaba, pero que siempre me tenía pegado en estas ocasiones.

—Lo único que me gustaría ahora mismo es dormir —repliqué, dejándome caer de hombros.

—Kya va a estar en el evento.

—¿Quién coño es Kya?

Vaciló, y solo con eso ya me tocó los cojones.

—¿Tu padre no te lo comentó? Ha cerrado unas campañas con vosotros dos.

—¿Cómo? No me digas que pretende que parezcamos una pareja.

El asistente me lanzó una mirada incómoda y empujó la puerta del camerino como quien huye de la conversación.

—No, tío, te estás montando películas. Es solo una campaña con ropa masculina y femenina. Una especie de "pareja deportiva", ya sabes: energía, conexión...

Puse los ojos en blanco.

—Ah, claro. Todo muy natural. Dos desconocidos fingiendo química. Maravilloso.

Él rió, incómodo.

—Míralo por el lado bueno, la ropa mola. Y Kya… bueno, es bastante guapa también.

—Genial. Entonces vas tú en mi lugar, ya que pareces tan emocionado.

—Sabes que no puedo, Mason. Ponte ya la chaqueta y sonríe.

—Lo que tú digas.



Cheguei ao local do evento olhando o relógio contando os malditos segundos para me deitar na cama e hibernar por uns dois dias.

— Mason! — alguém gritou meu nome com entusiasmo. Um produtor, talvez.

Passei os olhos pelo espaço tinha câmeras posicionadas nos ângulos perfeitos e, claro, os "rostos da marca" se movimentando como se estivessem num desfile particular.

Vi uma ruiva que estava em pé ao lado de um stylist, vestindo um macacão justo da nova linha, colado no corpo de bailarina. Patinadora artística, segundo o que escutei. E bonita. Muito bonita, não dava para negar.

Ela me olhou de cima a baixo com um sorriso que não sei se era interesse ou desdém.

— Então você é o famoso Austin Mason?

— Depende. Famoso por quê?

— Boatos dizem que é insuportável nos bastidores, mas irresistível nas câmeras — ela respondeu.

— E você é a tal Kya?

— Em carne, osso e patins. — Ela sorriu e estendeu a mão. — Não se preocupe, eu também não gosto muito disso aqui.

— Então por que está aqui?

— Porque é publicidade, dinheiro e visibilidade. Mas, principalmente, porque meu pai também acha que isso constrói imagem.

Assenti com um riso.

— Enfim, estão dizendo que seremos um "casal esportivo". Bonito, atlético e com carisma.

Ela se aproximou de mim.

— Eu consigo fingir muito bem, Mason.

Ela piscou e se afastou, indo direto para a área de fotos. Fiquei parado por um instante, assistindo o rastro de perfume caro que ela deixou no ar. Bonita. Segura. Mas nada que se comparasse ao olhar confuso e teimoso da Lauren. Aquilo, sim era um problema real.

— Pronto, Austin? — perguntou alguém da produção.

Dirigi por horas depois de uma noite maldormida, o corpo cansado, a cabeça latejando, e os malditos flashes da câmera estavam me irritando. Minha paciência, que já vinha por um fio desde o café da manhã, foi arrancada de vez no momento em que o fotógrafo começou a dizer:

— Isso, Mason! Mais descontraído, mais sorriso!

Sorriso? Eu queria socar alguém.

Inclinei o queixo, forcei um meio sorriso torto e encarei a lente como se pudesse fulminar o fotógrafo com o olhar.

— Você tá parecendo um psicopata, não um galã da campanha — murmurou Kya ao meu lado.

— E você parece feliz demais — rebati, tentando ignorar o suor escorrendo pelas costas.

Ela deu uma risada baixa, jogando o cabelo para o lado fazendo mais uma pose.

— Eu finjo melhor do que você, Austin, eu disse, lembra?

Quase revirei os olhos, mas o diretor de cena gritou:

— Ok, agora se aproximem mais, toquem as testas, isso, Kya, segura no braço dele, Austin, envolva a cintura dela com mais intimidade!

Envolvi a cintura dela com a mão firme, talvez mais firme do que o necessário. Kya colou nossos rostos e sussurrou:

— Se sua namorada estiver vendo isso, vai morrer de ciúmes.

— Não tenho namorada.

Mas, porra, eu tinha a Lauren. O gosto da pele dela ainda estava na minha boca. O calor do corpo dela ainda grudado na minha pele.

"Filho da puta do meu pai", pensei, forçando mais um sorriso torto para a câmera.

28



Lauren Morgan

Inconscientemente, allí estaba yo esperando encontrar a Austin apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y esa mirada burlona de siempre. Pero no estaba.

En su lugar, el móvil vibró en mi mano y una notificación encendió la pantalla.

Número desconocido: *"Muñequita, papá tiene ganas de verte."*

Solté el aparato como si me hubiera dado un calambrazo. El corazón se me desbocó, la respiración se atascó y los recuerdos que tanto me esforcé en enterrar empezaron a retorcerse dentro de mí.

—¿Lauren? —Giré al reconocer la voz familiar.

Aiden había bajado del coche y caminaba rápido hacia mí.

—¿Qué pasa? Estás blanca. —Se agachó, recogiendo el móvil del suelo antes de que pudiera impedírselo.

—¿Qué haces aquí, Aiden? —Le arrebaté el teléfono de la mano con un movimiento brusco.

—Puedo llevaros al cole. Charlamos por el camino, ¿qué te parece?

—No hace falta.

—Lauren...

—¡¿Qué?! —Mi voz salió más alta de lo que debería.

—Perdóname por el otro día. Por haberte hecho daño. Perdí el control.

—Ya pasó —mentí, mirándole con frialdad—. Ahora déjame ir. Jesse se va a retrasar.

Di un paso, pero las piernas me flaquearon. El suelo pareció tambalearse un segundo.

—¿Lauren? —Aiden me sujetó del brazo—. ¿Qué sientes?

—¡Nada! —repliqué, apartando su mano con impaciencia.

Pero era mentira. Algo iba mal. Había vuelto.

El infierno que creí haber superado estaba a punto de tragárseme otra vez.

—¿Quieres ir en coche al cole, campeón? —Aiden le preguntó a Jesse con esa sonrisa que engañaba a todos, menos a mí. Mi hermanito me miró con los ojos brillando, pidiendo permiso sin decir nada.

Aiden no era el peor hombre del mundo. Era guapo, encantador, educado, pero obsesivo y, después de la última vez, con las marcas moradas en mis muñecas, yo no quería tenerle cerca.

—Jesse, vamos en bus, ¿vale? —dije, con una sonrisa forzada.

Aiden frunció el ceño.

—No soy lo que piensas, Lauren. Solo quería disculparme.

Tragué saliva. El mundo podía creerse sus disculpas, pero mi cuerpo recordaba la fuerza con la que me agarró, la rabia en sus ojos, el miedo que me heló la espalda en aquella esquina.

—No estoy pensando nada, Aiden —contesté, dándome la vuelta—. Solo quiero paz. Déjame tenerla.

Vaciló, pero acabó volviendo al coche. Subí al bus con el pecho encogido, intentando ignorar la sensación de estar vigilada. Y no era solo por Aiden, estaba el mensaje, mi padre...

Después de dejar a Jesse en la puerta del cole, di un paso para volver a la calle y allí estaba él otra vez.

—Dame cinco minutos —dijo Aiden, apoyado en el capó del coche como si no me hubiera seguido dos veces el mismo día.

Suspiré, harta.

—Dos. Tienes dos minutos —dije, mirando el reloj—. Y no te acerques mucho.

Levantó las manos como si fuera inocente.

—Me tratas como si estuviera loco. Como si pegara a las mujeres.

—La culpa es tuya si me comporto así contigo.

—Sabes cómo es el padre de Austin, Lauren. ¿De verdad crees que va a aceptar que estéis juntos? Te va a machacar. Te va a humillar.

—Ah, ¿y el tuyo sí que lo aceptaría? —repliqué con ironía, arqueando una ceja.

Se le frunció el ceño por un segundo, como si no esperase mi respuesta.

—No soy como Austin —siguió—. Yo me voy a graduar. Voy a entrar en la NFL. Voy a hacer carrera. Él es un perdedor, Lauren.

Solo está donde está porque su padre tiene enchufe. Es solo fachada.

—Mensaje recibido —corté seca, dando un paso para marcharme—. Ahora, tengo clase.

—¿Vendrás a verme jugar este finde?

Me detuve. Me giré solo lo justo para lanzarle una mirada por encima del hombro.

—No tengo tiempo, Aiden, lo siento.

Y me fui sin mirar atrás.

El coche de Austin ya estaba en el aparcamiento cuando llegué a la uni. Y, claro, él también estaba allí rodeado de gente, riéndose con un café en la mano, sentado en la mesa junto a la entrada del campus.

No me había llamado. Ni un mensaje. Nada.

Su silencio lo decía todo y lo que gritaba era solo una cosa: *has sido una idiota, Lauren.*

Idiota por creer que había alguna diferencia entre él y los demás. Por pensar, aunque fuera un segundo, que lo que pasó entre nosotros en aquella terraza había sido algo más que sexo.

Apreté los libros contra el pecho, respiré hondo y aparté la mirada antes de que se diera cuenta de mi presencia. Si es que se daría cuenta.

Tenía cosas más importantes de las que preocuparme: el mensaje, mi padre, la vida real.



Austin Mason

Vi el momento exacto en que Lauren llegó. Apretó los libros contra el pecho como si fueran una armadura y apartó la mirada, como si yo ni existiera.

Estaba jodido. Literalmente. Y no tenía ni puta idea de qué hacer con eso.

—¿No vas a hablar con ella? —preguntó Chris, inclinándose sobre la mesa, con la mirada alternando entre Lauren y yo.

Negué con la cabeza, con un suspiro atascado en la garganta.

—Se suponía que era solo eso, yo ganaba la puta apuesta y ya está. Seguía con mi vida.

Chris frunció el ceño.

—Pero no fue solo eso, ¿verdad?

Me quedé en silencio. La imagen de ella tumbada conmigo en la terraza, la forma en que gemía mi nombre, sus ojos vidriosos después del orgasmo… quería más.

—¿Quieres más?

—¡Claro que sí, joder! —murmuré, pasándome las manos por el pelo—. Y ese es justo el puto problema.

—Pues sigue con ella. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más simple del mundo.

—Mi padre me mata si se entera. Odia la idea de que me meta con alguien como Lauren. Y, además… eso puede joderla a ella. Tiene contactos, influencia. ¿Tú crees que no sería capaz de cortar cualquier oportunidad que ella tenga en el campus si le da la gana?

—Entonces lo mantienes en secreto. Nadie tiene por qué enterarse. Ni tu padre.

—Ella no va a aceptar eso —dije, echándome hacia atrás en la silla, tenso—

Lauren es de las que no agachan la cabeza. Y odia las mentiras.

Chris soltó una risita sarcástica.

—¿Y tú, por casualidad, ya le contaste todo? ¿Lo de la apuesta?

Se me tensó la mandíbula y no tuve que responder.

—Exacto —siguió él—. Así que no vengas ahora con que eres el buenecito. ¿Y sabes qué? Puede que ella esté igual que tú, queriendo más, pero sin saber cómo coño manejarlo.

Saqué el móvil del bolsillo y le mandé un mensaje:

"Encuéntrame cerca del almacén. Necesito hablar contigo."

29



Lauren Morgan

Salía por la entrada lateral de la facultad, corriendo, jadeando, con las manos temblando y la rodilla raspada de la hostia que me pegué intentando correr más de lo que mis piernas aguantaban. Jesse había tenido una crisis de asma. De las feas. Se lo estaban llevando al hospital. Y yo tenía que estar allí, con él. Como siempre había estado.

Entré en el hospital y pasé de largo por recepción, empujando la puerta de cristal con demasiada fuerza.

—¡Jesse Morgan! —solté, casi sin aire.

La recepcionista levantó la vista despacio, como si no viera a una chica desesperada delante de ella.

—Urgencias pediátricas —dijo, señalando el pasillo de la izquierda.

Volví a correr. Casi resbalé en la curva y, al girar el pasillo, vi a mi madre sentada en un banco, con el gesto abatido.

—¿Está bien? —pregunté, dejándome caer a su lado.

—Le están medicando, el médico ha dicho que lo trajeron a tiempo.

—¿Puedo verle?

—Están terminando el procedimiento. En nada le dan el alta.

—¿Pariente de Jesse?

—¡Soy la madre! —Mi madre se levantó de un salto.

—Está bien ahora. Ha reaccionado rápido a la medicación. Pueden verle unos minutos, pero necesita descansar.

Mi madre corrió delante de mí para entrar en la habitación y yo fui justo detrás. Me acerqué a él sintiendo que los ojos me ardían. Odiaba verlo así, con la carita pálida y el inhalador puesto, pero respiré hondo y sonreí.

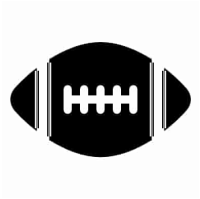
—Hola, campeón. Ya estoy aquí.

Sus ojos se movieron despacio hasta mí y, aunque aún respiraba un poco entrecortado, intentó sonreír.

Mi móvil vibró: otro mensaje de Austin. Me aparté un poco para contestar mientras el médico hablaba con mi madre.

Austin: *¿Está todo bien, Lauren? ¿Dónde estás?*

Lauren: *No pude ir a clase hoy, hablamos luego.*



Austin Mason

—¡Mierda! —Estampé el móvil contra la mesa con fuerza.

—¿Algún problema, Austin? —preguntó el profesor, sin mucha paciencia.

—Ninguno —respondí.

Sonó el timbre y salí del aula sin mirar a nadie. Cogí el coche y me fui directo al único sitio en el que quería estar en ese momento.

El barrio de Lauren estaba al otro lado de la ciudad, pero ya me daba igual, incluso solté un taco por lo bajo cuando el GPS intentó corregirme. Me sabía el camino de memoria a esas alturas.

Aparqué frente a su casa y bajé del coche. La calle estaba llena de movimiento, niños corriendo y jugando. Subí los dos escalones del porche y toqué el timbre, pero nadie contestó. Volví a tocar y esperé. Estaba a punto de darme la vuelta cuando vi a un hombre, a lo lejos, observándome.

—¿Algún problema? —pregunté, cruzando la calle hacia él. Solo levantó una comisura de los labios con cierta arrogancia y me dio la espalda. —¿Qué quieres? —insistí.

Se paró despacio y giró la cara por encima del hombro.

—¿Estás buscando a mi hija?

Abrí los ojos, recordando a Lauren confesando lo que su padre le había hecho a ella y a su madre.

—¿Hija?

"Recuerdo que dijo que estaba en la cárcel…"

No me contestó. Simplemente se giró y se marchó.

Pensé en llamarlo, insistir… pero en ese instante vibró mi móvil. Era una llamada de mi madre. Suspiré, me dejé caer de nuevo en el asiento y contesté desde el panel del coche.

—¿Hola, mamá?

—Ven a comer conmigo y con Clarissa. Te paso la ubicación.

—Vale —respondí, arrancando el motor—. Voy para allá.

No tardé en llegar. Mi madre y Clarissa estaban animadas, riendo y charlando. Era agradable verlas así, sonriendo.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunté, arrastrando la silla y sentándome al lado de Clarissa.

—Estábamos viendo tus fotos con Kya —dijo ella, aún riendo.

—¿Y eso tiene gracia?

—Es tierno —entró mi madre en la conversación—. Hacéis una pareja preciosa. Mira esta de aquí.

—Ni sabía que ya habían publicado eso.

—Está en el Instagram de Nike —añadió Clarissa, enseñándome el móvil.

—Hmm… —murmuré, sin mucho interés.

—¿Hablasteis después? —mi hermana quiso saber, curiosa.

—No. Le di las buenas noches y me fui a casa. Ni siquiera intercambiamos números.

—Austin, es guapísima —comentó mi madre—. Me encantaría tener una nuera así.

—Tranquila, mamá. Te voy a presentar a otra.

Las dos abrieron los ojos como platos, pegándose a la mesa.

—¿A quién? —mi madre fue rápida.

—Calma, lo organizamos bien. Quiero que la conozcáis en persona. Ella ni siquiera sabe que estamos saliendo… bueno, aún no. Pero voy a pedírselo.

—Guau… ¿entonces es en serio? ¿Estás enamorado? —Clarissa me dio un codazo.

—Me gusta. Me gusta estar con ella. No lo planeé, simplemente pasó.

—Tenemos que salir de aquí ya mismo —dijo Clarissa, riendo.

—¿Por qué? —Miré alrededor, confundido.

—Con semejante revelación, me parece que el edificio entero se nos cae encima.

—Ja, ja, ja… qué graciosa —repliqué, pero sonreí.

—Me recuerdas a tu padre, Austin. Él también se hacía el duro al principio. Casi tuve que dar yo el primer paso —dijo mi madre, con una sonrisa nostálgica—. Pero fue una buena época. Intensa.

—Espera. —Fruncí el ceño—. Siempre pensé que os habíais conocido en una de esas fiestas aburridas de negocios del abuelo. Y que papá dijo que había encontrado "a la mujer que necesitaba".

—Sí, mamá —intervino Clarissa—. Yo tampoco sabía que os conocisteis en la adolescencia.

—Sí que nos conocimos entonces —confirmó ella, después de titubear—. Tu padre era un chulito, igual que tú. Jugaba al fútbol, se lo tenía muy creído y decía que jamás se iba a atar a nadie. ¿Adiviná is quién le hizo tragarse esas palabras?

—Sinceramente, creo que estáis adornando la historia para que parezca más romántica de lo que fue —provoqué, dando un trago de agua—. Papá siempre dijo que nunca jugó bien.

—Eres igualito que él, incluso en el escepticismo —me señaló, sonriendo de lado—. Pero hazme caso, Austin. Cuando es de verdad, no hay escapatoria. Ese sentimiento no se puede controlar.

—Creo que voy a presentar un novio primero.

—No digas tonterías, Clarissa, vete a estudiar, mocosa.

—Dejad de pelearos y tú, Austin, encárgate de conquistar a esa chica ya —continuó mi madre—. Y tráela aquí.

Clarissa sonrió.

—Quiero conocer a la valiente.

Puse los ojos en blanco.

—¿Pedimos el postre? —corté el tema.

30



Lauren Morgan

A la mañana siguiente…

No hablé con mi madre sobre el mensaje de mi padre. Ya tenía bastante con preocuparse por Jesse, pero yo sabía que, tarde o temprano, tendría que contárselo. Al menos debía avisarla. Ella tenía que estar atenta, sobre todo ahora.

Mi madre seguía en el hospital con Jesse, y yo necesitaba ir a clase. Una parte de mí quería quedarme allí con ellos, pero la otra sabía que huir de la rutina solo aumentaba el caos en mi cabeza. Así que fui.

Caminé hasta la parada y, por suerte, pillé el bus casi vacío. Apoyé la frente en el cristal, mirando la ciudad pasar ahí fuera mientras mi mente daba vueltas en círculos.

¿Está suelto?

En la mochila, el móvil pesaba como una piedra. El mensaje seguía ahí, como un recordatorio de que nada queda enterrado para siempre.

"Muñequita, papá tiene ganas de verte."

Cerré los ojos con fuerza, intentando no venirme abajo a mitad de camino. Llegué al edificio de Psicología, subí los escalones

sin mirar a los lados. No quería ver a nadie. No quería que nadie me viera, como si eso fuera posible.

—¿Lauren? —La voz de Austin me alcanzó antes incluso de girar el pasillo. Estaba apoyado en la pared junto a mi clase, la mochila colgando de un hombro.

—Hola —respondí, sin poder disimular el cansancio en la voz.

Se despegó de la pared y vino hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —preguntó, parando a menos de un metro.

Asentí, pero fue un gesto tan leve que ni parecía un sí.

—Lauren… —insistió, más bajo—. Estás rara. ¿Ha pasado algo?

—Solo estoy cansada. Jesse tuvo una crisis, pasé la noche en el hospital con él.

—Si quieres hablar o si necesitas cualquier cosa, lo que sea.

—Vale. Gracias —dije, alejándome, pero él me sujetó del brazo.

—Lauren, estás siendo fría.

Yo sabía que estaba siendo fría. Pero no tenía ni idea de lo que él esperaba de mí ni de cómo debía actuar después de todo lo que pasó aquel fin de semana.

—Deberías haberme avisado. Habría ido al hospital.

—Tú tienes tu vida, Austin. Tus entrenamientos, tus obligaciones…

Él levantó la mano y me rozó los labios con los dedos, silenciándome con un toque suave.

—Y tú eres mi novia. O por lo menos, eso es lo que yo creo, así que quizá deberías compartir esas cosas conmigo.

—¿No-novia? —repetí, sorprendida.

—Joder. —Se pasó la mano por el pelo, tenso—. ¿No quieres? ¿O mierda, me he precipitado?

—¿Somos de verdad novios? —pregunté otra vez, todavía intentando creer que había oído bien.

—¿No quieres? —repitió él, con un tono inseguro.

—¿Lo dices en serio?

Me miró como si fuera obvio.

—Lo digo muy en serio. Jodidamente en serio.

—Es que… no sé cómo ser la novia de alguien como tú.

Sonrió.

—Lo descubrimos juntos. Pero, de momento, dime solo que quieres. Que lo vas a intentar.

—Quiero intentarlo, mucho —murmuré al fin.

—Ven, vamos a largarnos de aquí.

—¿Qué? Tengo clase, Mason.

—Lo sé. —Sonrió de lado, y esa sonrisa me volvía loca—. Pero necesitas vivir un día sin preocuparte tanto.

—Austin…

—Una cita, Lauren. Solo eso. Una cita de verdad, normal, entre dos personas que lo están intentando. Podemos fingir, por unas horas, que no existe nada más. Solo tú y yo.

—¿Estás loco?

—Hoy es nuestro primer día como pareja. Tiene que ser especial.

—Vale, de acuerdo, pero solo si me invitas a un batido.

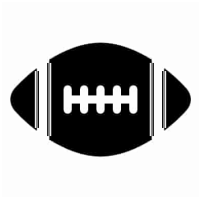
—Uno grande —contestó al instante.

—Con nata.

—Y una guinda encima, obviamente. —Me guiñó un ojo.

—Dos.

—Hecho.



Austin Masson

No tenía ni idea de cómo era tener novia. Hasta me sonaba raro usar la palabra, pero ahí estaba yo, mirando a Lauren y sintiéndome bien con la idea. Aunque no supiera exactamente lo que vendría después, había algo claro: quería aprovechar el ahora. Aprovecharla a ella. La forma en que se mordía el labio cuando se ponía nerviosa, el modo en que discutía conmigo con esa mirada que solo me daban más ganas de provocarla.

Y, claro, quería más. Mucho más de ese polvo tan jodidamente bueno que tuvimos. Quería oírla gemir otra vez. Sí, era raro pensar en eso como noviazgo. Pero si ser el novio de Lauren significaba tener todo eso, entonces que se joda. Yo estaba dentro.

—¿Lo mantenemos en secreto? —Se detuvo y yo me paré también, girando la cara hacia ella.

—¿El qué? —pregunté, aunque ya me imaginaba la respuesta.

—Lo nuestro. Aún no sé cómo va a reaccionar mi madre. Trabaja en tu casa y… bueno, es complicado.

Sus dedos jugaban con el borde de la camiseta y evitaba mirarme a los ojos.

—Tranquila, Lauren. Lo hacemos como tú quieras —dije antes de que terminara. Y lo decía en serio. Eso era todo lo que quería: solo nosotros dos, sin nadie metiendo las narices, sin juicios, sin presión. Solo ella y yo. Era perfecto, como si por fin el cielo se hubiera alineado con lo que más deseaba. Si ella quería secreto, lo tendría. Yo solo quería tenerla a ella.

—Perfecto —dijo con una sonrisa que me desmontó por completo.

—¿Y crees que ahora puedo besarte siempre que me apetezca, o todavía tengo que pedir permiso?

—Creo que podemos besarnos siempre que queramos.

—Eso sí que es perfecto.

La acerqué más, pegando nuestros cuerpos como si no fuera suficiente. La besé con ganas, con hambre, con esa excitación acumulada que solo ella despertaba en mí. Estaba enganchado: a su sabor, a la forma en que me miraba, a cómo veía al Austin de verdad, no a la cara de las campañas, ni al jugador de la uni, sino al tío detrás de todo eso.

Ella no me quiso por la fama. Me costó ganármela, y quizá por eso la deseaba tanto. Cada parte de ella. Cada suspiro. Cada maldita mirada, y cuanto más tenía, más quería.

—Vamos, se me ha ocurrido algo mejor. —Tiré de Lauren de vuelta hacia el coche antes de que pudiera decir nada.

—¿Qué idea? —frunció el ceño, confundida.

Sonreí de lado, agarrando el volante con una mano y la suya con la otra.

—Nata montada, cereza, besos, sexo. Te echo muchísimo de menos.

Ella se sonrojó y apartó la mirada hacia la ventana, pero no soltó mi mano.



Aparqué en el edificio donde compartía piso con los chicos y bajé primero, abriendo la puerta del copiloto para ella.

—Aquí es donde vivo, con Jaxon y Christopher, pero están en clase, puedes estar tranquila —dije, subiendo los escalones con ella justo detrás—. Y aunque estuvieran, no hay secretos entre nosotros. Pero si prefieres, podemos hacerlo en silencio.

—¡Austin! —se rió, empujándome suavemente.

—Es broma, a mí me gustan los ruidos que haces.

—¡Austin! —me empujó otra vez y yo solté una carcajada, sincera y ligera.

Abrí la puerta y la dejé pasar primero. El piso estaba más ordenado de lo normal, gracias a la limpieza que Jaxon había hecho antes del finde. Lauren miró a su alrededor con cara de sorpresa.

—Esperabas un desastre, ¿a que sí?

—No quería decirlo en voz alta, pero… sí. —Se rió.

—Ven, te enseño todo. El salón, la cocina… —dije señalando con la cabeza—. Y mi sitio favorito...

La llevé hasta mi cuarto, abriendo la puerta despacio.

Entró fijándose en los detalles: la cama algo deshecha, los trofeos, las medallas, la guitarra tirada en un rincón.

—Entonces, ¿este es tu sitio?

—Es donde me imagino que estás tú, tumbada en esa cama.

Ella me miró y yo me acerqué despacio, juntando nuestras frentes.

—Nuestra cama.

Lauren respondió con un beso, sus manos agarraron mi camiseta, tirando de ella con fuerza, como si también hubiese pasado días echándome de menos. Las mías fueron directas a su cintura, apretando, bajando con ganas. La llevé despacio hasta la cama.

—¿Nuestra? —susurró.

—Y de nadie más.

31



Austin Mason

La tiré de espaldas a la cama, el pelo despeinado cayendo por el borde, el pecho subiendo y bajando rápido. Se mordió el labio y luego abrió las piernas despacio, dejando ver las bragas empapadas de deseo. Mi polla palpitó con la visión. Me quedé de rodillas entre sus muslos y tiré de la tela, quitándoselas.

Arqueó el cuerpo cuando mi lengua tocó su piel caliente, deslizando desde la parte interna del muslo hasta llegar justo al centro.

La lamí de abajo arriba, despacio, saboreando cada pliegue, cada maldito centímetro de su coño que latía. Estaba empapada. Y su sabor era la puta droga más dulce que jamás había probado.

—Jesús… —gimió, agarrando las sábanas.

—Relájate… —murmuré contra su piel, con la boca aún pegada a ella—. Voy a hacer que te corras en mi lengua.

Separé sus labios con los dedos y hundí la lengua justo ahí, en medio. La metí hasta el fondo, luego subí hasta el clítoris y empecé a chupar como si fuera mi plato favorito. Chupé con ansia, con hambre.

Lamí fuerte. Succioné con fuerza. Hice ruido, dejé mi boca mojarlo todo.

—Austin… —gimió, intentando cerrar las piernas.

Las sujeté con firmeza contra mi cara.

—No vas a irte a ningún lado. Vas a correrte en mi boca y gritando mi nombre.

Tembló, y sus caderas se movieron solas, pidiendo más.

Metí dos dedos despacio mientras chupaba su clítoris en círculos, y su reacción fue inmediata: echó la cabeza atrás, gimiendo alto, desesperada.

—Así… sigue, no pares… —suplicó, y eso me puso aún más duro.

Curvé los dedos dentro hasta encontrar el punto exacto, y noté cuando apretó las piernas alrededor de mi cabeza.

—¿Vas a correrte? —pregunté, con los ojos fijos en los suyos.

Solo pudo asentir, temblando entera.

—Córrete para mí, Lauren. Ahora. —ordené.

Y se corrió, gritando. El coño palpitando contra mi boca. Seguí lamiendo mientras temblaba, bebiéndome todo lo que me dio, hasta que me rogó que parara.

Entonces subí, con la boca sucia, la barbilla mojada, el ego por las nubes y la polla demasiado dura para seguir jugando.

—El sabor de tu coño se me va a quedar en la boca todo el día, y tú te vas a acordar cada vez que te tumbes en esta cama.

Seguía jadeando, perdida, con los ojos cerrados, las piernas abiertas como si pidieran más. Se incorporó en la cama, el pelo revuelto, los ojos fijos en mí, mientras se arrastraba hasta alcanzarme. Me empujó contra el colchón, abrió mi pantalón y yo la ayudé a quitármelo todo. Se arrodilló entre mis piernas y su mirada subió desde mi polla dura hasta encontrar la mía.

—Ahora me toca a mí.

Alcé una ceja, sorprendido.

—No hace falta que hagas esto, Lauren —dije, con la voz ronca de tanto deseo.

Ella se acercó más, los dedos recorriendo mi muslo, subiendo lento hasta rodear mi polla con su mano pequeña y caliente. Su respiración ya temblaba.

—Pero quiero —susurró.

Se inclinó, la boca rozando la punta.

—Nunca has hecho esto, ¿verdad? —pregunté.

Negó con la cabeza, mordiéndose el labio. Joder… ese puto labio.

—Ven aquí. —Agarré mi polla y la golpeé una vez, fuerte, contra su lengua—. Abre la boca, Lauren.

Obedeció, con la respiración acelerada y los pezones duros rozando mi mano. Guié la punta hasta sus labios y empujé un poco, gimiendo bajo cuando ese calor me envolvió.

—Así… eso es… —gemí—. Buena chica… así mismo. Aprieta con los labios. Eso. Ahora lame despacio, desde la base hasta la cabeza. Eso, joder… —bufé, echando la cabeza atrás cuando su lengua tímida rozó el glande, húmeda, deliciosa.

Me miró con inseguridad, y yo acaricié su pelo, tirando un poco.

—No hace falta que te lo tragues todo ahora. Ve a tu ritmo. Pero no pares, me estás matando —dije entre dientes, controlando las ganas de follarle la boca de una embestida.

Fue ganando confianza. La mano pequeña apretando mi polla mientras la boca exploraba, chupando más hondo, más fuerte. Y cuando gimió con ella en la boca, sentí el puto infierno encenderse en mi interior.

—Eso… joder, Lauren, tu boca es perfecta. Si sigues así, voy a correrme dentro de ti —la avisé, los ojos fijos en la imagen de ella arrodillada, los labios rojos, la saliva escurriendo por la comisura.

Su mano se movía lenta en la base, acompañando el ritmo de su boca. La lengua lamía la punta, luego la chupaba con fuerza. Yo perdí el control, enloquecido con el sonido húmedo.

—Joder… —gruñí, tirando fuerte de su pelo—. ¿Intentas destruirme?

Y cuando gimió otra vez, con mi polla enterrada en su garganta, el cuerpo temblando, los ojos aún en los míos, joder, era el final para mí.

—Para. Lauren… hostia, si no paras ahora… —rugí, intentando apartarme.

Pero me agarró más fuerte y apoyó la otra mano en mi muslo. Me tragó otra vez, chupando más rápido, más fuerte. Todo mi cuerpo se tensó, los músculos rígidos, la respiración rota.

—Sí, así… joder… —grité, empujando hasta el fondo en su boca—. Me estoy corriendo…

No resistí. Me corrí fuerte, caliente, dentro de su boca. No se apartó. Se lo tragó todo mirándome. Me quedé ahí, jadeando, con la cabeza echada atrás y la mano aún en su pelo. Cuando volví a mirarla, se limpiaba la comisura con el dorso de la mano, sonriendo. Me dejé caer en la cama, las piernas flojas.

—Estás buenísima de la hostia —murmuré, tirando de ella a mi regazo y besándola.

El sabor de mi corrida seguía en su boca, y eso solo me puso duro otra vez. Sí, acababa de explotar, pero el gemido que soltó al subirse sobre mí, sudada, con los muslos temblando, me borró cualquier resto de cansancio.

Mis manos apretaron su culo con fuerza, pegándola contra mí. El calor de su coño mojado rozando mi polla me volvió loco.

—Mira cómo me has puesto otra vez, Lauren —murmuré, rozándola en su entrada, sin penetrar—. Ni he terminado de correrme y ya me tienes listo para otra.

Ella rodeó mi cuello con los brazos.

—Pues vamos a por otra —susurró en mi oído.

La sujeté por la cintura, me coloqué en la entrada y la hice sentarse sobre mi polla, despacio, primero la punta, luego hasta el fondo.

Echó la cabeza atrás, soltando un gemido largo al encajarse, y yo gruñí con la sensación de su coño apretado envolviéndome.

—Joder… —rugí, enterrando la cara en su cuello—. Has nacido para esto. Para sentarte en mi polla y volverme loco.

Empezó a moverse, cabalgando lento, con el cuerpo rebolando. Sus gemidos me sacaban de quicio.

Yo le tiraba del pelo, mordía su cuello, marcaba su piel con mi boca mientras subía y bajaba más rápido, más fuerte.

—¿Vas a correrte para mí otra vez, guarra? —murmuré en su oído—. ¿Vas a correrte mientras cabalgas mi polla?

Gemía, incapaz de hablar, desesperada.

La tumbé conmigo aún dentro, me giré con ella encima y empecé a follar desde abajo, las embestidas fuertes, el ruido de nuestros cuerpos llenando la habitación.

—Sí… así… córrete otra vez —ordené, sujetando sus caderas.

Y se corrió. Gritando. Temblando.

Yo tampoco aguanté, metí hasta el fondo y descargué todo dentro de ella, con un gruñido ronco, los ojos cerrados.

Nos quedamos ahí, jadeando, sudados, pegados. Ella se tumbó sobre mi pecho, yo con la mano en su pelo, aún sin entender

cómo había conseguido follarme así.

Ya no había vuelta atrás. Y estaba jodidísimo.

32



Lauren Morgan

Días después…

Austin dormía con los brazos alrededor de mi cintura. Su cara estaba pegada a mi cuello, y yo sentía su respiración cálida y tranquila. Era demasiado fácil olvidarme de todo cuando me abrazaba así, pero el cielo empezaba a oscurecer y yo tenía que irme. Empecé a moverme despacio, intentando no despertarle, pero no funcionó.

— No te vayas — murmuró, tirando de mí de nuevo contra su pecho.

— Tengo que ir al hospital a ver a mi hermano — susurré, pasándole la mano por el pelo.

— Voy contigo — respondió, como si fuera lo más lógico del mundo.

— No hace falta — repliqué, intentando levantarme otra vez.

— Ya sé que no hace falta. Pero quiero — dijo, abriendo los ojos y mirándome en serio.

— Mi madre seguramente todavía estará allí.

Él arqueó una ceja sin soltarme la cintura.

— ¿Y qué? ¿Ahora ser tu amigo es un delito?

— Claro que no. — Puse los ojos en blanco.

— Pues ya está. Voy contigo. Sin discusión.

Suspiré, apoyando mi frente en la suya.

— Eres imposible.

— Y tú estás jodida, porque ahora soy tu novio. Y me lo tomo en serio.

— ¿En serio? No sabía que eras así cuando tenías novia.

— Ni yo. Eres la primera — contestó encogiéndose de hombros.

Iba a decir algo, pero ya me estaba sacando de la cama.

— Vístete de una vez, muñequita. Vamos a ver a Jesse.

— ¿De verdad vienes conmigo?

— Pues claro. Ahora estoy comprometido, ¿te acuerdas?

— Eso es muy tierno, Mason — bromeé, mordiéndome el labio para contener la sonrisa.

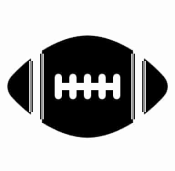
— ¿Tierno? Yo soy de todo, menos tierno — gruñó, fingiendo indignación.

— Vale, entonces digamos que eres un novio con pegada.

— ¿Quieres comprobarlo otra vez?

— ¡Austin!

— Entonces levántate antes de que no te deje salir de la cama — susurró contra mi oído.



Austin Mason

Nos vestimos y, por fin, salimos de la habitación, con todo el mundo en el piso… y cuando digo todo el mundo, es *todo el mundo*. Jaxon, Chris, incluso los agregados como Carter y Ryan estaban ahí, tirados en el sofá del salón, con palomitas y todo.

— ¡Hola, parejita! — gritó Jaxon desde la cocina, con la boca llena de cereales.

— Mira quién ha decidido aparecer después de desaparecer casi un día entero — añadió Carter, lanzándome un cojín.

— Habéis estado tanto tiempo encerrados que pensé que os habíais casado — remató Chris, partiéndose de risa.

— Que os den, a los tres — respondí, pasando con el brazo rodeando la cintura de Lauren. — Y más os vale respetar a mi novia.

— ¿¡Novia!? — gritaron los tres al unísono, como si fuese el anuncio de una final de campeonato.

— ¡Por fin! — celebró Jaxon, alzando el cuenco. — Yo dije que pasaría antes de acabar el semestre.

— Y me debes 20 dólares — señaló Chris a Ryan, que resopló.

— ¿Habéis apostado por eso? — preguntó Lauren, indignada.

— Tranquila, Morgan. Todo el mundo sabía que él estaba pilladito por ti — soltó Jaxon, con toda la guasa.

— Sí, y encima la ha traído al piso… directo a la habitación donde nunca metió a ninguna — añadió Chris.

Lauren me lanzó una mirada de soslayo, llena de desconfianza.

— ¿Cómo que nunca?

— Nada. Vámonos ya — corté la conversación, tirando de ella antes de que esos idiotas soltasen más barbaridades.

— ¿Nunca trajiste a ninguna otra aquí? — preguntó cuando ya estábamos lo bastante lejos.

— Oficialmente no.

Ella arqueó una ceja, curiosa e incrédula.

— ¿En serio?

Suspiré y me giré para mirarla de frente.

— Solo llevo a mi cuarto a quien de verdad importa, a quien es mi novia. Y tú, Lauren, eres la primera.

Se quedó callada, y yo continué.

— Aquí hemos montado muchas fiestas. Chicas iban y venían, pero ninguna puso un pie en mi habitación. Ninguna vino conmigo solo por venir.

Ella se mordió el labio. Dios, cómo me encantaba cuando hacía eso.

— ¿Entonces soy especial?

— Eres la única a la que quise traer aquí, así que diría que sí, bastante especial.

No dijo nada, pero eso me hizo ganar todavía más su confianza, lo cual es jodidamente difícil.

Cuando llegamos al hospital, agradecí mentalmente que su madre ya se hubiera marchado antes de que yo terminara de aparcar. Lauren bajó del coche rápido, casi corriendo hacia dentro. Seguramente su madre se había ido a casa a ducharse o descansar un poco después de que ella llegara.

Entré despacio en la habitación, intentando no hacer ruido. Lauren estaba sentada junto a la cama, acariciándole el pelo a su hermano, pero en cuanto él me vio, esbozó una sonrisa pequeña.

— ¿Qué pasa, campeón? — murmuré, acercándome con calma. — ¿Te sientes mejor?

Él asintió.

— Tú eres el del anuncio, ¿no? El de las botas de fútbol — preguntó, con una curiosidad divertida.

— En carne y hueso — respondí, guiñándole un ojo. Él soltó una risita contenida y Lauren dejó escapar un suspiro risueño.

— Y también soy el mismo que te llevó al cole aquel día. ¿Ya te has olvidado de mí, tío?

— ¡Ah, es verdad! — sonrió, más animado ahora. — Eres el que tiene ese coche que habla.

— El coche no habla, Jesse. Era solo el GPS — replicó Lauren, intentando disimular la risa.

— ¡Pues parece que habla! — se defendió él.

— Sí, sí que habla, y discutimos mucho cuando quiero equivocarme de camino y no me deja.

Él sonrió.

— ¿Qué te parece si entrenamos natación juntos, Jesse?

— ¿Natación? — intervino Lauren.

— Sí, ayuda con el asma, fortalece la respiración y, bueno, será genial para él. Tenemos una piscina enorme en la azotea del piso.

— Qué guay — dijo él, ilusionado.

— Piénsalo, Lauren, aprenderá a nadar con una estrella del deporte.

— ¿Estrella? — se burló Lauren.

— ¿Qué pasa, no me puedo echar flores? — repliqué, riéndome. — ¿Y entonces, Jesse, qué dices?

— ¡Vale! Pero tienes que prometerme que me enseñas a nadar de espaldas como en la peli de Aquaman.

— Trato hecho. Pero solo si tu hermana promete no distraerme demasiado durante los entrenos.

— ¡Austin! — exclamó Lauren, roja hasta las orejas.

— ¿Qué? — me encogí de hombros, con media sonrisa. — Que no se te ocurra aparecer en bikini.

— Iré bien vestida, tranquilo — contestó, todavía sonrojada.

— Bueno, tampoco te pases — levanté las manos, como rindiéndome. — Me gustan las falditas, los vestiditos… sobre todo los que se mueven cuando andas. Una distracción ligera me la banco.

— No tienes remedio — murmuró, negando con la cabeza, aunque sin poder ocultar la sonrisa.

Antes de que dijera nada más, la puerta se abrió. El médico entró con una tablet en la mano y una leve sonrisa en la cara.

— Buenas noches — saludó, inclinando la cabeza hacia nosotros. — Tengo buenas noticias.

Lauren se levantó enseguida.

— Jesse ha reaccionado muy bien a la medicación, y las pruebas de hoy están estables. Si sigue así, mañana por la mañana le damos el alta.

— ¿De verdad? — preguntó Jesse, todo emocionado.

— De verdad, campeón. Pero con una condición: nada de correr, gritar o emocionarse demasiado de golpe. Y seguir las indicaciones al pie de la letra, ¿vale?

— ¡Vale! — respondió él.

Lauren suspiró aliviada y sonrió.

— Gracias, doctor.

— Hago mi trabajo, pero este pequeñajo también ha puesto de su parte — dijo, despeinando a Jesse. — Os veo más tarde.

En cuanto el médico salió, Jesse soltó un gritito ahogado de alegría, y Lauren rió con alivio.

Se levantó y fue hasta la mesa en la esquina, cogió un papel, lo miró unos segundos y suspiró. Estaba claro que era la factura, y la forma en que se le cayó la expresión me hizo darme cuenta de que no era un importe fácil de asumir.

— ¿Necesitas ayuda? — pregunté, acercándome despacio.

— Está todo controlado — contestó sin mirarme siquiera, con una sonrisa que no engañaba a nadie.

No insistí. Jesse estaba pendiente de todo, y esa conversación no era para ahora. Pero cuando él se durmió, volví al tema.

— ¿La factura del hospital te preocupa? — solté, directo.

— ¿Eh? — Lauren alzó los ojos, sorprendida por la pregunta tan de repente.

— He visto cómo la mirabas. ¿De verdad está todo bien?

— Sí.

— Puedes contar conmigo si lo necesitas.

— Lo sé, de verdad que está todo bien.

— Vale, entonces voy a comer algo y vuelvo.

Usé eso como excusa para salir, pero sabía que no estaba todo bien. Así que antes de irme, decidí acercarme al departamento de administración para pagar la factura. No era ni siquiera una cantidad tan alta, al menos para mí. Ya me había fundido más que

eso llenando el depósito del coche o pagando una ronda de pizzas para todos.

Iba hacia allí cuando escuché esa voz que me heló por dentro.

— ¿Austin?

Me giré de inmediato.

— ¿Papá? — fruncí el ceño, sorprendido.

Se acercó con la postura firme y la mirada desconfiada.

— ¿Qué haces aquí?

— Jaxon… ayer se puso malo, bebió demasiado. Lo trajimos. Solo he venido a ver la factura — fue la primera excusa que se me ocurrió.

— ¿Esto es algún tipo de broma? — arqueó una ceja, como si mi respuesta fuera absurda.

— Es mi amigo, papá.

— Tus amigos no tienen talento, no tienen futuro. ¿Has pensado alguna vez en el tiempo que pierdes con esas estupideces? Borracheras, fiestas…

Suspiré, molesto.

— Ven conmigo. Vamos a casa. Ahora.

— Tengo que resolver la factura antes, papá.

Frunció el ceño, como si no creyera ni una palabra.

— ¿Y qué haces tú aquí, entonces?

— ¿Cómo que qué?

— Sí. ¿Qué has venido a hacer al hospital? ¿Está bien mamá? ¿Y Clarissa?

— Están bien — respondió demasiado rápido.

— ¿Entonces eres tú el que está enfermo? ¿Es eso?

Se quedó rígido. Durante unos segundos, me sostuvo la mirada.

— Haz lo que tengas que hacer, Austin. Y deja de hacer preguntas.

Seguí por el pasillo hasta el mostrador de administración, ignorando por completo a mi padre.

— Buenas tardes. Vengo a pagar la habitación de Jesse Morgan — dije directo, pasando la tarjeta que ya tenía preparada.

La mujer al otro lado tecleó en el sistema, hizo una pausa, frunció el ceño y me miró de nuevo.

— Esa factura ya está pagada, señor.

— ¿Cómo? — solté, sorprendido.

— El pago se hizo hace un rato. En efectivo — confirmó, mostrándome la pantalla por si dudaba.

Se me tensó la mandíbula.

¿En efectivo? Lauren seguro que no tenía ese dinero así, y yo sabía que no lo habría pagado de esa manera sin decir nada.

— ¿Sabe quién hizo el pago? — pregunté.

— Lo siento, señor. Esa información es confidencial.

— Vale, gracias — murmuré, asintiendo levemente y alejándome del mostrador.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Lo saqué y miré la pantalla.

Papá: "Quiero verte mañana en el despacho después de clase."

Suspiré, guardando el teléfono. Volví a la habitación de Jesse.

— Has tardado — dijo Lauren con una sonrisa.

— ¿Ya me echabas de menos? — bromeé, sentándome al lado de la butaca donde estaba ella.

— No seas tonto. — Rió bajito, apoyando la cabeza en el respaldo.

— Ven, siéntate aquí. — Le indiqué el sitio a mi lado en el sofá pequeño. — Podemos charlar hasta que te entre sueño, ¿te parece?

— Tengo sueño — murmuró, con los ojos medio cerrados, pero con esa sonrisa que me hacía querer besarla al instante.

— Pues duerme. Yo me quedo contigo — dije más bajo, tirando de ella hasta que se acurrucó contra mí.

Suspiró, apoyando la cabeza en mi pecho. Pasé un brazo alrededor de sus hombros y me quedé allí, escuchando su respiración hacerse cada vez más lenta, sintiendo los latidos de su corazón calmarse.

Tenía miedo. Miedo de engancharme aún más. Miedo de enamorarme de verdad. Pero quería quedarme, así que me quedé.

33



Lauren Morgan

Días después…

— No me puedo creer que hayas aceptado, tan tranquila y encima sonriendo, venir a ver el partido — comentó Rebeca mientras yo buscaba el mejor sitio en la grada.

— Quizá sea porque por fin seguí tu consejo y le dije "sí" a Austin. Ahora tengo un buen motivo para que me gusten los partidos, ¿no?

— ¿Vosotros estáis…? ¡No! ¿En serio?! — Abrió los ojos como platos, lista para gritar, pero fui más rápida y le tapé la boca con la mano.

— ¡Shhh! Es un secreto, no lo vayas gritando a los cuatro vientos.

— ¿Secreto? ¿Quién sale con Austin Mason y quiere mantenerlo en secreto?

— Yo. La persona que quiere que esto dure. Así que, cuanta menos gente lo sepa, menos posibilidades habrá de que alguien lo fastidie.

— Tienes toda la razón. No sabes la cola de animadoras que deben de estar listas para pillarte en el baño y dejarte hecha polvo.

— Genial. Ahora voy a morir, pero en silencio, con este secreto.

— Te presto un palo de golf y les revientes la cara si lo intentan — dijo con una sonrisa de psicópata fingida, y yo solté una carcajada.

La verdad es que estaba viviendo mis mejores días. Austin y yo cumplíamos una semana, y solo pensar en el mañana me calentaba el pecho. Me ilusionaban siempre los "mañanas", los momentos en que lo vería, aunque fuese de lejos, con un gesto de cabeza en el campus, o discutiendo por tonterías en el proyecto solo para mantener la costumbre.

Me estaba dejando llevar. Siendo ligera. Pensando menos. Y era tan bueno, tan intenso y tan simple a la vez, que me olvidé del maldito mensaje de mi padre. No recibí otro. Quizá había sido una broma de mal gusto, o un número equivocado. En el fondo quería creerlo, porque estaba feliz.

Los equipos ya estaban entrando al campo cuando mi móvil vibró con un mensaje de Austin.

Austin: *Necesito que vengas urgente.*

El mensaje llevaba una ubicación.

— Vuelvo enseguida, Rebeca.

— ¡No tardes, que van a empezar! — dijo, pero yo ya me estaba alejando, con el corazón acelerado sin razón aparente.

Seguí el mapa hasta el lateral del campo, donde casi no pasaba nadie. En cuanto giré el pasillo que llevaba a la parte trasera de las gradas, una mano me tapó la boca y me empujó hacia una puerta entreabierta.

— Shhh, no grites — susurró una voz conocida, la voz que me derrite.

— ¿Austin?! — exclamé, con el corazón disparado.

— Te he dicho que no grites — dijo, empujándome con cuidado contra la pared fría de las taquillas del vestuario. Su olor me golpeó, borrando toda mi cordura. Estábamos solos.

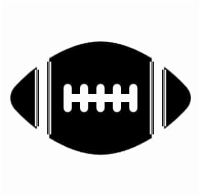
— ¿Te has vuelto loco? — pregunté, sin aliento.

— Puede… O quizá solo me haya vuelto loco de ganas de besarte antes de salir al campo. Me va a dar suerte — dijo con una sonrisa preciosa. Sí, qué sonrisa más bonita tiene, y ahora puedo afirmarlo porque me la dedica bastante.

— Esto es una locura…

— La mejor de las locuras — murmuró, pegando su cuerpo al mío. — Bésame, Lauren.

Y le besé. Era imposible resistirse.



Austin Mason

Mi mano trazó un camino por su cintura, subiendo despacio por debajo de la blusa suelta. Su piel estaba caliente, suave… adictiva. Sostenía el casco con una mano, lo que me obligaba a aprovechar bien la otra. Y, joder, vaya si lo estaba aprovechando.

— ¿Por qué no has venido con falda? — murmuré en su oído, rozando mis labios contra su cuello.

— ¡Austin! — me reprendió, intentando sonar indignada, pero estaba excitada.

Antes de que pudiera tirar de sus pantalones con los dientes —y lo juro, lo habría hecho—, la voz furiosa del entrenador cortó el

momento.



— ¡Mason! ¿Dónde coño te has metido?!

Salté rápido.

— Vamos, Princesa — susurré, riendo contra su boca mientras me apartaba sin la menor gana de irme. — Nos vemos después del partido. Hay fiesta en el piso. Y te quiero allí. Con falda.

Le guiñé un ojo y salí corriendo hacia el campo.

El silbato sonó y la adrenalina me explotó en las venas. Todo el estadio vibraba, pero mis ojos solo buscaban una cosa: Aiden. Era nuestra cuenta pendiente en el campo.

— ¿Listo para perder otra vez contra mí, Mason? — provocó en cuanto quedamos frente a frente en la línea.

Lo ignoré con una sonrisa.

Cuando lanzaron el balón, fui el primero en moverme. Corté a los defensores como si fueran conos, lo recibí, corrí, avancé. Primer touchdown. La grada se vino abajo y solo escuchaba mi nombre por todo el estadio.

Volví a la línea, y ahí estaba él otra vez, intentando sacarme de quicio.

— Sabes que ella era mía, ¿no? Solo estás aprovechando las sobras.

Seguí callado. Pero en la siguiente jugada avancé con tanta fuerza que se cayó intentando seguirme. No hables de mi chica, cabrón.

El partido se convirtió en una masacre. Jugué como nunca. Cada carrera, cada pase, cada bloqueo… el equipo entero estaba en mi misma sintonía, y yo no quitaba la vista del marcador subiendo. Uno por uno, fui superando todos los números que él había hecho en la temporada.

En la segunda parte lo intentó otra vez.

— ¿Vas a decir que no es increíble? ¿Lauren? Esa boquita, esa carita de niña buena.

La sangre me hirvió, pero me controlé y contesté en el campo.

Touchdown. Limpio, rápido y con estilo.

En el último cuarto, Aiden forzó una jugada y acabó interceptado. Yo aproveché el fallo y corrí como nunca. Esquivando defensas, crucé todo el campo y marqué otro.

Fue el mejor partido de mi vida.

— Disfrútalo mientras dure, Mason — gruñó Aiden al pasar junto a mí.

— Ya lo estoy disfrutando. Ella me dio suerte — respondí sin perder la sonrisa.

Christopher apareció enseguida, flipando.

— ¡Joder, has jugado de puta madre! — dijo, tirando de mi hombro mientras cruzábamos el campo. — ¡Ha sido brutal!

El entrenador me esperaba en la banda. Su mirada era distinta. No solo profesional, parecía realmente orgulloso.

— Enhorabuena, Mason. Ha sido el primer partido en el que no has mirado ni una sola vez al palco. Hoy has jugado por ti.

Asentí con la cabeza, respirando hondo mientras el sudor me corría por la cara.

— Hoy estaría orgulloso de ti. Si fueras mi hijo, yo lo estaría.

— Ya, pero no soy su hijo, y usted conoce muy bien a mi padre.

Me aguantó la mirada dos segundos largos.

— El campo no pregunta de quién eres hijo, Mason. Solo quiere saber si has venido a jugar o a rendirte. Y hoy has jugado como un grande.

— Gracias — murmuré, dándole la espalda y yendo hacia el resto del equipo.

Chris me recibió con una palmada en la espalda, Jaxon apareció en seguida tirándome una botella de agua.

— ¡Vamos a beber! — gritó emocionado. — ¡Vamos a celebrarlo, hostia!

— Este ha sido el partido del año — dijo Ryan, todavía sin aliento. — Mason, has sido una bestia.

— Con razón Aiden quería arrancarte la cabeza — Ryan se rió. — Tío, estaba echando espuma por la boca.

Yo solo reí, aceptando las felicitaciones y las palmadas.

34



Austin Mason

Ya me había bebido como cinco vasos de cerveza y mandado por lo menos quinientos mensajes a Lauren. Ni una respuesta. La música a tope, las luces de colores, la peña riendo y bebiendo, pero mi mirada seguía fija en la puerta.

— Creo que no va a venir — dijo Christopher, poniéndome otro vaso de cerveza en la mano.

— Claro que viene. Me crucé con ella antes del partido.

— ¿Te vas a quedar aquí plantado mirando la puerta o vas a divertirte?

— Me estoy divirtiendo. ¿Qué quieres que haga? ¿Bailar encima de la mesa?

— ¿Yo? Nada. Solo digo que estás completamente jodido por esa chica.

— ¿Y qué? Ya estuve jodido por muchas cosas, al menos esta me da placer.

Chris soltó una carcajada y me dio un empujón en el hombro.

— Voy al baño.

— Vigilo la puerta por ti.

— Que te follen, Chris.

La puerta del baño de abajo estaba sin cerrar, lo cual me vino de puta madre, no quería subir hasta el cuarto con toda esa gente borracha tirada por la casa.

Entré, cerré la puerta y me giré para mear.

— ¿Austin?

Me giré rápido.

— Joder. No sabía que estaba ocupado.

— Solo he venido a fumar algo sin que haya gente sacando fotos — respondió, apoyada en el lavabo, con un cigarro entre los dedos. — Habéis abierto esta fiesta a la plebe, y ahora hay peña subiendo stories, no quiero que me vean.

— Vale… es un poco raro charlar en un baño. Salgo y fumas tranquila.

Di un paso, pero se movió antes, apoyando el cuerpo contra la puerta.

— Fuma conmigo.

— No fumo. Soy atleta.

Se rió con malicia.

— Entonces hagamos otra cosa, puedo chupártela.

En cuestión de segundos, se bajó las bragas, se arrodilló delante de mí y levantó la mirada.

— Paso — dije, echándome atrás.

— ¿Pasas? — repitió con voz arrastrada, casi mimosa. — Tú relájate, yo hago el resto.

— No va a pasar — contesté, poniendo la mano en su hombro y apartándola.

Me mordió la polla por encima del pantalón, con esa mirada de cabrona, y mi cuerpo reaccionó. Pero mi cabeza ya estaba en otro sitio.

Ya estaba con Lauren. Si hubiese sido antes… antes de ella… me la habría follado hasta que olvidara su puto nombre. La habría agarrado del pelo y corrido en su lengua sin pensarlo dos veces.

Ahora lo único en lo que podía pensar era: "¿Y si fuese Lauren la que estuviera de rodillas aquí?"

La aparté otra vez. Le sujeté el hombro y la levanté despacio, sin brusquedad, pero dejando claro que no quería.

— No va a pasar, ¿vale? No es por ti. Es que tengo los ojos puestos en otra.

Ella arqueó una ceja, con cara de "¿en serio me estás rechazando?".

— Va a venir a esta fiesta — añadí, ajustándome los pantalones y respirando hondo.

Ella soltó una risita incrédula.

Abrí la puerta y me quedé helado. Lauren estaba allí, y entre nosotros, la otra, la misma que había intentado apartar. Sostenía las bragas en la mano como si fueran un puto trofeo.

— Perdona, no sabía que el baño estaba ocupado.

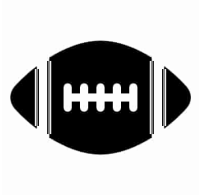
— Ya no lo está — respondió la otra antes que yo. — Puedes pasar.

Caminó delante de mí con una sonrisita satisfecha que me hizo apretar los dientes. Juro por Dios que no pasó nada, pero ni yo mismo me creería en ese momento.

Lauren se dio la vuelta y se fue.

Debería haber ido detrás de ella. Pero correr ahora sería lo mismo que admitir delante de todos nuestra relación. Ella no quería y, bueno… yo tampoco.

— Joder — murmuré, estampando el puño contra la pared del pasillo.



Lauren Morgan

Me giré rápido, me dieron ganas de partirle la cara a Austin mil veces y de agarrar del pelo a esa zorra y arrastrarla por el suelo, pero hice lo que mejor sé hacer: di media vuelta y salí corriendo.

— Vámonos, Rebeca.

— ¿Qué? ¡Si acabamos de llegar!

— Puedes quedarte si quieres.

— ¡Lauren!

Ignoré sus protestas y me giré de golpe… tan de golpe que choqué con Jimi, el capitán del equipo de hockey, y me tiró toda la bebida encima. Vodka con energético, eso fue lo único que olí, el tufo fuerte.

— ¡Mierda!

— Joder, perdona — soltó el vaso y empezó a intentar secarme la camiseta con las manos. Di un par de pasos atrás, pero ya era tarde.

Jimi se quitó su propia camiseta y, antes de que pudiera protestar, intentó ponérmela. Sus músculos casi rozándome la cara.

— ¡Eh! ¿Qué coño haces?! — la voz de Austin detrás sonó furiosa.

No le dio tiempo a Jimi a responder. El puñetazo llegó rápido y Jimi dio un par de pasos tambaleándose, aunque se mantuvo en pie

— ¿En serio, Austin?! — grité.

Varios móviles se levantaron. Cámaras grabando. La fiesta se había convertido en espectáculo.

— ¡Ya vale, joder! ¡Aquí todos han bebido demasiado! — Christopher apareció intentando separarles. — ¡Tranquilo, tío!

Me quité la camiseta que tenía en el hombro y se la devolví a Jimi, ignorando la sangre en la comisura de su boca.

— Gracias, pero no necesito esto — solté, dándome la vuelta y saliendo rápido.

— ¡Lauren, espera! — Rebeca vino detrás.

— ¡Rebeca! — Christopher la llamó, tirando de su brazo. Y detrás de él, él. Austin.

— Eh, ¿te vas a largar así? Te he esperado toda la noche — dijo, con los ojos fijos en mí.

Me detuve. Me giré despacio.

— Parecías ocupado cuando llegué.

— Estaba esperándote.

— ¿En el baño? ¿Con esa…? ¡Anda ya! — grité, levantando las manos, riéndome de puro nervio.

— Ella ya estaba allí cuando entré, Lauren. No sabía que estaba ocupado.

— Claro, y aprovechaste para echar un buen vistazo, ¿no? Te dio tiempo a observar todo. Salió de allí girando las bragas en los dedos como si hubiera ganado un puto trofeo.

— ¿Estás de verdad celosa de mí?

— ¿Qué? — solté, incrédula.

— ¿Estás celosa o solo cabreada? ¿O qué coño es?

— ¡Que te jodan, Austin! — escupí las palabras. — ¿Tú crees que es normal que llegue a una fiesta y vea a mi novio, bueno, exnovio, saliendo del baño con otra? ¿Qué mierda es esa?

Dio dos pasos y se plantó justo delante de mí. Demasiado cerca. Su respiración rozaba mi cara. Sentí el perfume mezclado con el calor de su piel. Quería odiar, pero mi cuerpo tembló.

— No quiero a ninguna otra, Lauren — me sostuvo la mirada. — No te habría pedido ser mi novia si quisiera a otra. ¿De verdad piensas que soy ese tío?

— Ya no sé qué pensar.

— Eso… eso pasa todo el tiempo. Beben, se tiran encima, quieren chupársela a cualquiera del equipo. Pero yo no quiero otra boca en mí. Quiero la tuya.

Me escocieron los ojos. Él acortó aún más la distancia. La nariz casi tocando la mía. Su mano agarró mi barbilla con fuerza, como si quisiera retenerme ahí, obligarme a escuchar.

— ¿Quieres saber en qué pensé mientras esa tía se arrodillaba? Que no era ella. Que no tiene tu boca. Ni tu olor. Ni tu sabor. Y por eso no hice una puta mierda. Porque no eras tú. Y si no eres tú, no me vale.

— Nos vemos mañana, Austin.

— ¿No puedes quedarte? ¿Dormir conmigo? — preguntó bajo.

— No — respondí, dándome la vuelta.

— No voy a dejar que te vayas en bus a estas horas. Voy a coger el coche.

— Cogeré un taxi — le corté.

Quería dudar de él. Quería echarle en cara que no confío, que no le creo. Pero no pude. Le creí cuando dijo que no pasó nada,

pero aun creyéndolo me sentí pequeña. Demasiado pequeña dentro de su mundo enorme.

35



Austin Mason

Me desperté con el humor en lo más profundo del infierno. La cabeza me martilleaba y el olor a tabaco de la fiesta seguía pegado a mi ropa. No había ni un mensaje en el móvil. Ninguna notificación. Ni un "he llegado bien" en respuesta a los míos.

Bajé a la cocina de mala hostia, abrí la nevera, llené un vaso de leche hasta el borde y me senté a la mesa.

— ¿Leche? — Jaxon se burló desde el otro lado, con esa cara de quien se levanta listo para tocar los cojones. — ¿El gran Austin Mason se ha despertado siendo un buen chico?

— Tengo resaca — mascullé, sin mirarle.

— ¿Resaca de alcohol o de mujer?

Puse los ojos en blanco y me bebí el vaso de un trago.

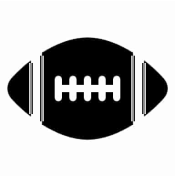
— Que te jodan.

Él se rió, apoyado en la encimera, con el pelo hecho un desastre y la cara arrugada de quien ha dormido poco y se lo ha pasado mejor de lo que debía.

Terminé de desayunar en silencio, la cabeza todavía me pesaba.

— Voy a casa de mis padres, luego vuelvo para ayudar a recoger la mierda.

— Eso es lo mínimo que esperamos de ti — dijo Jaxon dejándose caer en el sofá y frotándose la sien.



En cuanto aparqué el coche frente a la casa de mis padres, no vi a Clarissa en la terraza como siempre, con el café en la mano y los pies descalzos encima de la silla. Tampoco en el salón, con la pila de libros apoyada en el brazo del sofá.

Odiaba no verla, me hacía sentir en deuda con mi hermana. Hasta que escuché las voces que venían del despacho de mi padre. Bajitas al principio. Luego más alteradas.

Me acerqué por puro impulso, y escuché.

— Es todo culpa tuya. Si no hubieras sido el imbécil de siempre, yo no habría salido aquella noche.

La voz de mi madre.

— No vengas con esas acusaciones. Y ni vamos a fingir que esto funcionó alguna vez — mi padre gritaba. Mi madre tenía el don de sacarle de quicio, y yo aún no entendía cómo podía seguir funcionando esa casa, si él tenía tan poca, o casi ninguna, paciencia.

— Es tu hijo — dijo ella.

Me quedé helado. ¿"Él" quién?

— Tú lo sabes — continuó.

— ¿Le viste jugar ayer? No tienes ni idea de la rabia que me dio verlo en el campo… igualito que él.

¿Igualito a quién?

El pecho me apretó y me faltó el aire.

— Austin te quiere — dijo ella esta vez con la voz más suave.

Me alejé un paso, sin hacer ruido, y salí antes de escuchar nada más. Fui directo al jardín, hasta encontrar un rincón donde el silencio pudiera tragarme. Me senté allí, entre sombras y hierba húmeda, intentando ordenar lo que no tenía sentido. No quería oír el resto, me daba miedo lo que podía descubrir.

— ¿Austin? — escuché la voz de Clarissa llamándome.

Respiré hondo, intentando recomponerme antes de contestar.

— Hola. Acabo de llegar.

Ella se acercó despacio.

— ¿Qué haces aquí fuera? ¿Te encuentras bien?

— Bebí demasiado anoche — dije, encogiéndome de hombros. — Pero estoy bien.

— Austin… — se agachó frente a mí. — ¿Seguro?

Asentí.

— Sabes que, sea lo que sea, puedes contármelo, ¿no?

— Lo sé.

Volví dentro con Clarissa a mi lado. Mi padre estaba ahora en el sillón de cuero del salón, el portátil en las piernas, el móvil vibrando en la mesa de centro. Los ojos fijos en la pantalla.

En cuanto vio a Clarissa, sonrió, de esa manera en que solo sonreía para ella. Se levantó, le besó la mejilla y preguntó:

— ¿A qué hora llegaste?

— Hace unos minutos — respondió ella con voz ligera.

— Hiciste bien. Ese evento al que fuiste estaba lleno de gente innecesaria — comentó, ajustándose la solapa de la americana.

Yo permanecí quieto, esperando cualquier palabra. Pero, como siempre, no vino ninguna.

Mi madre apareció enseguida.

— ¿Mis dos hijos en casa al mismo tiempo? Esto es un milagro — dijo sonriendo, y nos atrajo a un abrazo apretado. Besó mi mejilla con cariño, luego la de Clarissa. — ¿Queréis zumo? — preguntó.

— Estoy bien — rechacé.

— Yo ya me he tomado quince vasos de zumo, mamá — dijo Clarissa, sentándose cerca de nuestro padre.

Me senté en el sofá en silencio, sin quitarme la mochila de la espalda. Mi padre ni apartó la vista del portátil cuando, al fin, habló:

— ¿Has visto las fotos de la sesión con Kya?

— Sí — respondí.

— La prensa está especulando con una relación entre vosotros. Al parecer, la narrativa la están comprando bastante bien. Ya tenemos tres marcas interesadas en campañas conjuntas.

Seguí callado, con los ojos fijos en la tele apagada.

— Puede ser muy bueno para la imagen de los dos. Nike ya ha pedido una nueva propuesta. Y ahora que Kya está oficialmente representada por nosotros, tenemos libertad total para trabajar a esa pareja como queramos.

— ¿Trabajar a esa pareja? — repetí.

— Sería genial para la imagen de los dos. Los patrocinadores ya están reaccionando bien, el tráfico en redes subió un 48% desde que salió la primera nota. Dos artículos ya os citan como "la nueva pareja del deporte universitario".

— No voy a ser el novio de pega de nadie.

— Estoy intentando construir lo que es mejor para tu carrera, Austin — respondió sin apartar los ojos de la pantalla. — Eres un producto valioso. Y un producto necesita imagen. Kya lo entiende. Incluso dijo que acepta, si a ti te parece bien.

— A mí no me parece bien.

— ¿Qué es esto ahora, Austin? ¿Desde cuándo cuestionas las decisiones que tomo para tu futuro?

— No es esa la cuestión.

Antes de que pudiera continuar, Clarissa soltó:

— Papá… Austin está enamorado de alguien. Eso va a estropearlo todo, forzar un noviazgo falso solo va a joder lo que ha conseguido. Estoy de acuerdo con él, no tiene que fingir nada.

Mi padre se levantó del sillón como si le hubieran dado una bofetada.

— ¿Enamorado? — gruñó, mirándome con una expresión de puro desprecio.

— Clarissa no sabe lo que dice — disparé.

— ¡Austin! — me rebatió ella, con las manos ya en la cintura. — Lo dijiste. Mamá también lo oyó. Dijiste que nos la ibas a presentar.

— ¡Cállate, Clarissa! — Mi voz salió alta, seca.

— ¿Quién es? — preguntó él, despacio. — ¿Quién es la chica que te está haciendo comportarte como un crío rebelde?

— No importa, es cosa de la cabeza de Clarissa.

— Para mí sí importa. Sobre todo si es un problema para tu carrera.

— Por favor, los dos… — empezó mi madre.

Él no sabía quién era Lauren, pero después de esto, era cuestión de tiempo que lo descubriera.

36



Lauren Morgan

Mi madre estaba sentada en la alfombra con Jesse. Jugaban a algún jueguecito tonto que él mismo había inventado, riéndose, y yo adoraba ese sonido. Les observaba desde lejos, con el portátil en las rodillas y la cabeza hecha un lío. Buscaba en internet mis opciones de trabajo para después de graduarme. Faltaba poco, y solo de pensarlo el pecho se me llenaba de ansiedad y esperanza al mismo tiempo.

Estaba planeando mi futuro como quien hace una lista de deseos y cree, con todas sus fuerzas, que todo va a cumplirse. Ser aceptada en el proyecto, conseguir una beca, entrar en el máster. Quería tanto que todo saliera bien, y parecía que estaba saliendo. Al menos hasta que alguien llamó a la puerta.

—Deja, ya abro yo —dije, levantándome y yendo hacia allí.

El tiempo se detuvo cuando vi quién era.

—Muñequita… te he echado de menos —dijo, antes incluso de que pudiera reaccionar.

Me quedé paralizada. Pero él entró, como si fuese el dueño de la casa, como si yo no estuviera allí, como si nunca nos hubiese hecho daño.

Mi madre se levantó de un salto, empujando instintivamente a Jesse detrás de ella.

—Por fin he vuelto —siguió, tirando una mochila en el sofá con toda la naturalidad. —Ya hace unos meses que salí de… bueno, ya sabéis de dónde. Fueron años. Echaba de menos mi casa. A mi familia.

Nadie dijo una palabra.

—¿Qué pasa? ¿Es que habéis visto un fantasma? Esta sigue siendo mi casa, ¿no? —Miró alrededor con esa sonrisa asquerosa de siempre, hasta fijarse en Jesse. —¿Y este es Jesse? He oído hablar de ti. Cara de niño rico —dijo, acercándose.

Me moví más rápido de lo que pensé que sería capaz.

—No le toques.

Él alzó las manos, teatral.

—Tranquila, Lauren. Solo he vuelto con mi familia. Ya he pagado mis errores, mis delitos. Tu madre ni siquiera renovó la orden de alejamiento. Eso solo demuestra que ahora todo va bien.

Pero no iba bien. Nunca iba bien con él cerca.

—Has crecido, Lauren. Mi muñequita ahora es adulta y está preciosa —dijo, con esa mirada que me daba náuseas, como si tuviera derecho a elogiarme. Como si no me hubiese roto años atrás.

Mi madre permanecía en silencio, con Jesse pegado a su pierna. Vi el miedo en sus ojos, el mismo miedo que siempre estuvo ahí. Nunca desapareció, solo quedó silenciado un tiempo.

—¿Qué quieres? —pregunté firme, aunque por dentro la voz me temblaba. —Esta ya no es tu casa. No puedes entrar así como así.

Él soltó una risita baja, como si yo fuera una cría intentando imponerme.

—Ah, sigues con esa manía de mandar. Pero no te preocupes. No he venido a dar problemas. Solo quiero quedarme un tiempo. Poner las cosas en orden. Recuperar a mi familia.

—Aquí no tienes familia —escupí. —Tienes una condena, un historial de violencia y una orden judicial que solo no fue renovada por descuido o por miedo. Pero yo no te tengo miedo.

—Sí que lo tienes. Conozco esa mirada vuestra. Es la misma de cuando eras pequeña —replicó, aún sonriendo. —Pero da igual, he cambiado. Soy distinto. Ya lo veréis.

—No toques a mi madre. Ni a Jesse. Y mantente lejos de mí. O voy directa a la policía. —Mi voz salió seca, afilada, sin hueco para discusión.

Él volvió a alzar las manos, teatral como siempre.

—Tranquila, muñequita. Sin dramas. Solo estoy de vuelta a mi hogar.

¿Hogar? Esto no era su hogar.

—No puedes quedarte —dijo mi madre.

—Claro que puedo. Me quedaré unos días. Así que olvidad que estoy aquí. En cuanto resuelva unos asuntos, un dinero que tengo que cobrar, me largo. Pasar hambre en esta pobreza no es precisamente lo que tenía planeado para mí.

La forma en que lo dijo… como si tuviera derecho a decidir quién podía o no vivir allí. Como si no hubiera dejado un rastro de trauma por donde pasaba.

—No tienes permiso para quedarte —intentó argumentar mi madre, con voz débil.

—Si no hay ninguna orden que me lo impida, entonces no podéis echarme. Y, sinceramente, ni quiero hablarlo. Solo voy a ducharme, comer algo y luego me piro. Relajaos.

Ya iba camino del baño como si la casa siguiera siendo suya.

Jesse apretó la mano de mi madre y susurró:

—Mamá, ¿quién es ese hombre?

Ella tragó saliva. Yo fui hasta él, me agaché y le susurré:

—Es solo un conocido. No tienes que preocuparte, ¿vale? Estoy aquí.

Pero yo sí estaba preocupada. Mucho.

Él hizo exactamente lo que dijo: se duchó, abrió nuestra nevera como si fuese suya, revolvió las ollas, comió lo que encontró y se fue. Sin dar explicaciones. Sin pedir nada. Como si no hubiese pasado nada, ni dolor, ni memoria.

El olor a su jabón masculino todavía flotaba en el pasillo cuando la puerta se cerró de golpe.

Me quedé allí, quieta, mirando a la nada.

Mi madre volvió a sentarse en la alfombra, pero ya no podía fingir que estaba todo bien delante de Jesse. Sus manos temblaban.

—No se quedará mucho tiempo —dijo en voz baja, casi como una excusa. —Solo hasta que resuelva sus cosas.

—Deberías haber renovado esa orden. No podía estar aquí —rebatí, sintiendo que la voz se me quebraba.

Ella no contestó. Solo agachó la cabeza.

37



Lauren Morgan

Me desperté con la rutina de siempre, aunque el escenario estuviera lejos de ser normal. Mi padre dormía en el sofá del salón como si fuera lo más natural del mundo. Cerré los ojos, respiré hondo y seguí. Vestí a Jesse, le puse la mochila en la espalda pequeña y salimos juntos, mi madre y yo.

Esta vez fuimos los tres, nadie quería quedarse solo en casa. Dejé a Jesse en el cole, ella siguió hacia el trabajo. Cada uno fingiendo que todo estaba bien.

Tendría unos minutos de paz. Era todo lo que quería. Solo eso. Unos minutos en los que pudiera fingir que él no estaba allí. Que nada de aquello había vuelto.

Pero era difícil olvidar cuando el pasado había vuelto y se había tirado en nuestro sofá.

Y ahora estaba aquí —el presente— desmoronándose delante de mis ojos.

—Sí, fue ella. —Oí el susurro, seguido de risitas ahogadas.

—¿Esa? —Otra voz, con desprecio.

—Está en el vídeo —confirmó una tercera, como si acabara de dictar la sentencia final.

Mis ojos recorrieron el pasillo, sintiendo las miradas quemando mi piel, las sonrisas burlonas, las charlitas que se cortaban en seco en cuanto yo pasaba.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es la gracia? —Estaba demasiado bajo presión como para aguantar chorradas.

—Se estaba arrodillando delante de los jugadores en la fiesta —respondió alguien con sorna, desde el fondo. —Debe de ser buena en eso. Hasta Austin montó un lío por ella.

El estómago se me revolvió.

Alguien giró la pantalla y vi la pelea, Austin dándole de hostias a Jimi. El capitán del equipo de fútbol americano y el capitán del equipo de hockey. Dos gigantes de la uni y yo justo en medio. Porque, claro, mi puta mala suerte no iba a dejarlo pasar. Claro que yo estaría en un vídeo viral, esparcido por todo el campus.

Sentí los ojos humedecerse, pero parpadeé, impidiendo que las lágrimas cayeran. No iba a llorar allí. No delante de ellos.

—¿Te dieron unas propinas por la mamada? —se burló una chica.

Antes de que yo respondiera, una nueva oleada de susurros recorrió el pasillo. Las miradas empezaron a girarse hacia atrás de mí, y lo sentí antes de girar yo misma. El olor del perfume de Austin.

—Repite. —Se encaró con uno de los tíos que más alto había reído. —Di otra vez que ella se arrodilló, que quiero ver si eres capaz de mantener los dientes en la boca después.

—¿Vas a decir que es mentira, Austin?

Él giró sobre los talones, con una sonrisa lenta y burlona dibujándose en los labios.

—¿Quieres que diga quién sí que se ha puesto de rodillas para todo el equipo? —Encajó la mirada en la chica que habló. —¿Estás segura? Porque puedo empezar contigo.

Ella se encogió de hombros y apartó la vista.

Austin entonces se volvió hacia mí. Enredó los dedos con los míos y con la otra mano subió despacio por mi brazo hasta rozar mi cara con suavidad. Se inclinó, su boca rozó mi oído.

—Sé que querías mantenerlo en secreto… —su voz fue baja, solo para mí. —Pero creo que este escenario pide otra cosa.

Entonces apoyó la frente en la mía y, sin prisa, me besó. Un beso público.

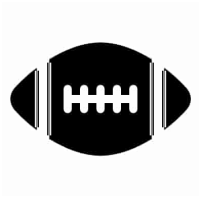
Y allí, en medio de miradas y juicios, Austin Mason empezó a convertirse en algo que nunca imaginé que sería: el lugar donde me sentía a salvo.

—Espero no volver a oír ningún cotilleo sobre mi novia. Porque la próxima vez, no me voy a limitar a hablar.

Austin volvió a mirarme.

—¿Nos vamos? —preguntó, como si no acabara de incendiar media universidad.

Yo solo asentí y dejé que me guiara lejos de allí. Ya no me importaban las miradas ni los susurros. Porque, por primera vez, no estaba enfrentando todo sola.



Austin Mason

—¿Estás bien? —la pregunta parecía fuera de lugar ahora, y ella sonrió.

—Creo que voy a sobrevivir.

—Claro que sí —dije, tirando de ella otra vez para abrazarla. Era fácil notar el asombro en las caras a nuestro alrededor, pero a mí me daba igual.

—No voy a acostumbrarme a esto.

—¿A qué? —alcé una ceja.

—A las miradas.

—Eso pasa, tranquila. Eres mi primera novia, seguro que están apostando cuánto duramos.

—Yo apuesto unos seis meses —dijo en tono de broma.

Él se detuvo, entornando los ojos con una sonrisilla torcida y se inclinó de nuevo.

—Seis meses es poco, entonces habrá que aprovecharlos bien.

—Solo no me vengas con la idea de saltarte clases otra vez.

—Quiero llevarte a dar una vuelta en moto esta noche.

—¿En moto?

—Sí. Me la acabo de comprar. Y quiero probarla contigo.

—Esta noche no puedo.

—¿Por qué? ¿Vas a salir con alguien? —Arqueé una ceja, fingiendo celos.

—No. Me voy a quedar en casa. Tengo unos asuntos que resolver.

—¿Es por Jesse?

—También.

—Vale, pues vamos otro día —dije.

No iba a sacar el tema del baño, las bragas o cualquier otra cosa de ese tipo, pero ella respiró hondo, se cruzó de brazos y me miró con esa cara.

—No pienses que olvidé lo del baño.

—Ni por un segundo creí que lo olvidarías.

—Menos mal que lo sabes.

—Lo sé. Y puedes estar tranquila, a partir de ahora solo tú te arrodillas delante de mí.

—¡Austin! —Me fulminó con la mirada.

—¿Qué?

—Eres un idiota.

—¿Qué pasa, no te gustó la última vez? Porque a mí me encantó. De hecho, mejor cambiamos de tema antes de que me entren ganas de repetirlo ahora mismo.

Ella me empujó del hombro, intentando contener la risa, pero vi el rubor subirle a la cara. Tan guapa.

No estaba cien por cien seguro de lo que hacía y, para ser sincero, tampoco sabía exactamente qué sentía por ella. Pero lo que sí supe en ese momento, al verla allí rodeada de esos buitres, fue puro instinto. Un sentido de responsabilidad.

Lauren no era cualquiera. Yo fui el primero de ella. El primero. Y aunque no supiera poner en palabras todo lo que me pasaba por dentro, sabía que eso importaba. Importaba para ella. Importaba para mí. Y tenía la jodida responsabilidad de estar a la altura.

38



Austin Mason

De todas las cosas que me imaginé haciendo en la vida, esta definitivamente nunca fue una de ellas. Ir a casa de Lauren de noche. Ya odiaba ese sitio con la luz del día, por la noche era como tragarme mis palabras en varios dialectos distintos.

Aparqué delante de su casa y llamé dos veces a la puerta. Sabía que su madre no estaba, había oído que pasaría la noche trabajando, lo que significaba que podía llevarme a ella y a Jesse conmigo.

Lo tenía todo planeado en la cabeza: los chicos se encargarían de entretener al crío, jugar a la consola, lo que fuera para tenerlo ocupado. Mientras tanto, yo tendría mi momento con Lauren.

La puerta se abrió, pero no fue Lauren quien apareció. Era el mismo tío del otro día, ese que por un segundo pensé que podía ser algún novio de su madre. Ella me había dicho que su padre estaba en la cárcel, así que…

—Buenas noches —dijo él, echándole un buen vistazo a mi coche antes de mirarme con una expresión cínica.

—He venido a por Lauren —respondí.

—Pasa. Voy a llamarla —dijo, apartándose.

Entré. Era la primera vez que pisaba allí, y todo era exactamente como me lo había imaginado: sencillo.

Él fue hasta una puerta del pasillo y golpeó más fuerte de lo necesario.

—Lauren, tienes visita —dijo en voz alta, con un tono medio burlón. Luego volvió y señaló el sofá. —Siéntate, saldrá en cuanto se le pase la rabieta.

—¿Y tú quién eres? —pregunté, sabiendo perfectamente la respuesta, pero queriendo confirmarla.

—Su padre. ¿Lo has olvidado? Ya te lo dije el otro día.

—Sí, tienes razón.

Minutos después, Lauren apareció. Los ojos abiertos de par en par, el rostro tenso. Parecía sorprendida, y no precisamente de forma agradable.

—¿Austin?

—He venido a por ti.

—Te dije que hoy no podía.

—Por eso he venido a buscarte a ti y a Jesse. Vamos a hacer algo tranquilo, salir un poco de aquí.

Ella dudó.

—Espera un minuto —respondió, y desapareció de nuevo por el pasillo.

—¿Y tú eres su novio? —preguntó él, mirándome fijamente.

—Lo soy —contesté sin apartar los ojos de los suyos.

Él inclinó un poco el cuerpo hacia delante y soltó:

—¿Y qué quieres exactamente con mi hija?

—Si tienes alguna duda sobre mis intenciones, puedes preguntárselo a ella.

—Valiente… Apostaría a que nunca te has llevado una paliza de verdad en tu vida.

Antes de que pudiera contestar, escuché la voz entusiasmada de Jesse desde el pasillo.

—¡Austin!

Jesse corrió hacia mí y saltó a mis brazos con toda la emoción. Lo cogí fácilmente, riéndome de su energía.

—¡Qué pasa, campeón! Tenía ganas de verte, ¿eh?

—Vamos, Austin —dijo Lauren, pasándome por delante, y yo la seguí con Jesse en brazos.

En cuanto entramos en el coche y cerré la puerta, solté la pregunta que me estaba quemando por dentro.

—¿Qué hace él aquí?

Lauren suspiró, mirando la calle por la ventana del copiloto, como si eso la librara de responder. Sabía que estaba intentando mantener el control.

—Austin… no vamos a entrar en ese tema ahora. No quiero meterte en mis problemas.

—Demasiado tarde —dije, pero bajando la voz por Jesse. —Si ese cabrón te toca un solo dedo, Lauren, me lo dices. Al instante. Sin pensártelo dos veces.

Ella giró despacio el rostro hacia mí. Su mirada era una mezcla de sorpresa, alivio y miedo.

—No lo entiendes…

—Entiendo lo suficiente. Entiendo que no debería estar allí. Y que tú no deberías fingir que todo va bien solo porque la poli no hizo su trabajo como tocaba.

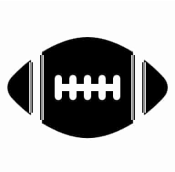
—No quiero que te metas en esto.

Jesse nos sacó del tema desde el asiento trasero:

—¿Vamos a comer hamburguesas?

Me reí, aflojando los hombros y arrancando el coche.

—Eso es, campeón. Hoy toca hamburguesa y batido con nata montada.



Después de la hamburguesa, dejamos a Jesse dormido en mi cama. Christopher se ofreció a echarle un ojo hasta que volviéramos, y Lauren no puso pegas cuando señalé la moto en el garaje.

Ella no volvió a sacar el tema de su padre, y yo lo respeté.

Subimos a la moto y conduje sin rumbo, la sensación era brutal. Libertad pura.

Ella se agarraba fuerte a mí, pero poco a poco se fue soltando. Apoyó la cabeza en mi espalda, las manos firmes alrededor de mi cintura. Aparqué en un mirador vacío en lo alto de la ciudad. La vista era increíble, llena de luces parpadeando. Lauren bajó primero y se quitó el casco.

—Joder… —murmuró, mirando el paisaje—. Es precioso.

—Sabía que te iba a gustar —respondí, quitándome el casco y bajando también.

Se giró hacia mí con una sonrisa suave y el pelo despeinado por el viento.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Adivina. —Me apoyé en el asiento de la moto, abriendo las piernas, invitándola a acercarse—. Quería estar a solas contigo.

Ella caminó despacio hacia mí, se mordió el labio, y cuando se plantó entre mis piernas, mi polla reaccionó al instante. Sujeté su cintura y la atraje.

—Sube —murmuré contra su boca—. Siéntate aquí.

—¿Aquí? —susurró, con los ojos abiertos de par en par.

—Aquí. En mi moto. En medio de la nada. Con mi boca en tu piel y tus gemidos en mi oído.

—Austin, alguien puede vernos.

—Aquí no viene nadie, Lauren —dije montando en la moto y apoyando los pies en el suelo.

Ella subió con un movimiento vacilante, acomodándose en mi regazo, de frente a mí. La falda se subió y sus muslos desnudos calentaban mi vaquero. Mis dedos fueron directos a su braga, empapada. Chorreando.

—Joder, Lauren…

Ella gimió contra mi cuello mientras apartaba el tejido a un lado. Mi polla ya latía dentro del pantalón.

—Bájame la cremallera —pedí.

Obedeció. Me quitó el cinturón, bajó la cremallera, tiró de la ropa interior. Mi polla saltó, dura, palpitando. La cogió con una mano.

—Vamos, baja despacio —la sujeté de la cintura y la guié.

La punta entró caliente, apretada, haciéndonos gemir a los dos al mismo tiempo.

—Austin…

—Shhh… siéntela. Despacio. Eso es.

Gimió más alto cuando me tragó entero, su cuerpo encajando con el mío a la perfección. Empezó a moverse, rebotando lento sobre mí.

La tumbé sobre el depósito de la moto, su pelo cayendo hacia atrás. Sus muslos se abrieron más. Me encajé aún más entre ellos. Esa imagen… hostia. Lauren, tumbada sobre mi moto, con las piernas rodeando mi cintura, las manos apretándome los brazos y yo follándola con ganas, era lo más jodidamente sexy que había probado nunca.

—Estás preciosa así —murmuré—. Abierta para mí.

—Mírame —ordené, clavando con fuerza, mis caderas chocando contra ella—. Quiero verte cuando te haga correrte.

—Austin… —susurró.

Salí y volví a entrar despacio al principio, para sentir cada centímetro. Para saborear cómo su coño me tragaba entero.

Ella gimió alto, justo cuando noté sus piernas temblar.

—Joder… —gruñí—. Qué apretada estás…

Apreté sus caderas con las dos manos y aceleré el ritmo.

—Eso es, guarra… muévete para mí… así, coño.

Ella gemía, jadeaba, se movía contra mí con desesperación.

—Más, Austin…

Me incliné sobre ella, mi mano bajó hasta su clítoris. Empecé a frotar mientras la embestía con todo, y sentí su cuerpo tensarse.

—¿Te vas a correr, Lauren?

—Sí…

—Pues córrete. Córrete ahora.

Y explotó. Su coño palpitaba alrededor de mi polla, apretándome.

La atraje contra mí, aún jadeando, aún duro. Apenas podía sostenerse. Bajé de la moto con ella en brazos, la giré de espaldas y la incliné sobre el asiento, con el pecho aplastado contra el cuero caliente y los brazos apoyados.

Le levanté el culo con las manos, abriéndole las piernas. Gimió, rendida.

—Así… con el culo bien arriba, el coño abierto para mí. Eso es lo que quiero.

La embestí de nuevo, de una sola vez. Gritó, echando la cabeza hacia atrás.

La sujeté de las caderas con una mano, y con la otra le tiré del pelo, arqueando su cuerpo mientras la follaba duro.

—Joder, Lauren…

Sus piernas temblaban. Tiré de su melena con más fuerza, arqueándola, gruñí, dándole más profundo, más rápido, sintiendo el placer subir salvaje por mi espalda.

—Eso es… apriétame… así…

Ella gimió alto, temblando contra mí.

—Córrete conmigo —ordené—. Vamos a correrno juntos, Lauren.

Y en ese instante lo sentí. Su cuerpo convulsionando. Su coño apretando mi polla. Y me corrí con ella, con un gemido bruto, explotando dentro, dejándome ir del todo en su interior.

Nos quedamos allí, pegados. Sudando. Temblando.

—Te quiero siempre así, gimiendo mi nombre.

39



Austin Mason

Días después…

— ¡Mira, Austin, soy un pez! — gritó Jesse, saltando a la piscina con el flotador naranja apretado en la cintura.

El agua salpicó casi hasta alcanzarme.

— Tranquilo, campeón — dije riendo, agachándome en el borde de la piscina. — Aún tienes que aprender lo básico antes de ponerte a nadar por ahí.

— ¡Pero un pez no necesita aprender! ¡Ya nace sabiendo! — respondió, chapoteando el agua con los brazos descoordinados.

— Los peces no tienen un entrenador tan guay como tú tienes — señalé hacia mí con una sonrisa presumida.

Lauren rió desde el otro lado de la piscina, sentada en la tumbona con los pies metidos en el agua. Llevaba un vestido ligero sobre el bikini y las gafas de sol deslizándose por la nariz.

— Te lo tienes muy creído, ¿eh, Mason?

— Solo estoy diciendo la verdad. Además, soy oficialmente el entrenador particular de tu hermano. Y ya sabes que mis entrenamientos son los mejores.

— Ah, claro — contestó con sorna.

— ¡Voy a nadar hasta el otro lado! — anunció Jesse con orgullo.

— Despacito, nadador — dije, metiéndome al agua y poniéndome a su lado. — Vamos juntos, ¿vale? Un paso cada vez. Brazada, respira. Eso es, chico.

No sabía cuándo había empezado a desear tantos momentos así, pero ahora que los tenía, no quería soltarlos.

Noté a Christopher de pie junto a la puerta que daba acceso a la escalera interna, y su mirada me alertó de inmediato de que algo no iba bien.

— Austin… — me llamó con un tono tenso. — Tu padre está subiendo.

Mierda.

Respiré hondo, enderecé los hombros y volví hacia Lauren.

— Lauren, tengo que bajar a resolver una cosa. Quédate aquí con Jesse, ¿vale?

Ella frunció el ceño, preocupada, pero asintió.

— Está bien… ve.

Bajé los últimos peldaños de la escalera y vi a mi padre, que ya estaba en el salón, de traje como siempre, mirando a su alrededor con ese aire crítico que llevaba hasta en los entierros.

— ¿Algún problema, papá?

Él miró su reloj de pulsera y luego a mí, como si acabara de arruinarle la agenda.

— ¿No deberías estar entrenando a esta hora?

— El entrenador liberó al equipo hoy. Estoy aprovechando el tiempo… en la piscina.

— ¿Piscina? Nunca te gustó, ni de niño.

— Aun así, hice clases durante años. A veces me apetece.

Antes de que pudiera seguir el interrogatorio, un sonido de resbalón nos llamó la atención.

— ¡Ay! — Miramos los dos hacia la puerta de cristal que daba acceso a la azotea. — ¡Austin, he dado dos brazadas! — anunció Jesse, levantándose con el pelo mojado y el pecho inflado de orgullo.

Vi a mi padre palidecer. Los ojos se le abrieron de par en par y las manos empezaron a temblarle levemente. Esa expresión la conocía: no era sorpresa, era pánico disfrazado de desprecio.

— ¿Qué hace este crío aquí?

— Le estoy enseñando a nadar — respondí. — Tiene asma. La natación ayuda a fortalecer la respiración.

— Austin… lleva a ese niño a su casa ahora mismo.

— Papá, es hijo de Elisa, nuestra empleada, y…

— Austin — gruñó, autoritario, como siempre.

— ¡Jesse, ven aquí! — La voz de Lauren resonó por el pasillo y, en ese instante, todo se congeló. Lo supe. Estábamos jodidos.

Ella apareció, con el pelo recogido en un moño deshecho y el vestido pegado al cuerpo mojado. Al ver a mi padre, se paralizó. Los ojos se le abrieron, el brazo instintivamente tiró de Jesse hacia ella, como si necesitara protegerlo.

— ¿Y esto? — preguntó él, girándose lentamente hacia mí.

Tragué saliva.

— Ella es Lauren. Hermana de Jesse… y mi novia.

Mi padre se quitó las gafas, aflojó la corbata y se pasó la mano por el pelo, como si le faltara aire. Se rió, pero no había humor en ese sonido.

— ¿Me estás diciendo que estás saliendo con… la hija de nuestra empleada?

Lauren seguía quieta. No parpadeaba. No decía nada. Solo esperaba algo de mí.

— Eso es irrelevante — contesté, intentando mantenerme firme.

— Señorita. — Se giró hacia ella con desdén. — Cámbiese ahora mismo, coja al niño y márchese.

Lauren esperó a que yo dijera algo. Esperó… porque confiaba en mí, pero yo no dije nada.

Porque, en el fondo, aunque mi cuerpo gritara que la defendiera, mi cerebro se bloqueaba, esa parte de mí todavía atada a la necesidad de su aprobación. Mi padre aún tenía ese maldito poder. Y siempre supe que ella nunca sería aceptada, aunque yo la hubiera elegido.

— ¿Novia? Eso es una broma — siguió él con esa sonrisa burlona. — Solo espero que estés usando preservativo, Austin, o esto se convertirá en un problema aún mayor.

Lauren pareció despertar de un trance. Su expresión se endureció, los hombros se alzaron y sus ojos brillaron de rabia contenida.

— ¿Sabías que tu madre limpia los baños de mi casa? — remató él con desprecio.

Ella no contestó de inmediato. Solo caminó hasta el sofá, cogió la mochila como si ya hubiera decidido marcharse, respiró hondo y, al pasar entre nosotros, se detuvo frente a mí y a él.

Se giró, con la postura erguida y la voz serena.

— El trabajo de mi madre es digno. Con él mantuvo nuestra casa y aún lo hace. Todos los días llega agotada, pero me besa, se sienta en el suelo y juega con Jesse. Nos quiere y es querida.

Hizo una breve pausa, mirándole directamente a los ojos.

— Al final de su vida, mi madre tendrá a nosotros… sus hijos, los recuerdos, el cariño. Se irá sabiendo que hizo lo mejor. ¿Y usted?

Sonrió, pero no fue una sonrisa dulce, fue una sonrisa triste.

— Usted tiene un nombre, tiene dinero. Pero acabará solo. Con un nombre bonito grabado en una lápida fría. Porque no supo querer a nadie.

Entonces se giró hacia mí. Durante un segundo, nuestras miradas se encontraron, pero yo seguía mudo, y ella se fue, llevándose a Jesse de la mano.

Mi padre se ajustó los puños de la camisa y dijo:

— Elecciones, Austin. Cada una tiene su precio y acabas de hacer la tuya.

40



Lauren Morgan

Cogí un taxi y me derrumbé en cuanto entré en casa. Lloré. Lloré todo lo que tenía atragantado. La rabia, la humillación, el dolor. Podría haber aguantado, haber hecho el papel de fuerte, mirarme al espejo y decirme "Te lo dije." Pero en ese momento solo necesitaba permitirme llorar.

Me acurruqué en el sofá con Jesse tumbado sobre mi regazo. Me miró con esos ojos grandes, asustados. Sus deditos pequeños recorrieron mi mejilla, limpiando una lágrima.

— Lauren, ese hombre… es malo, y Austin tuvo miedo.

Me quedé quieta. Las lágrimas seguían cayendo, pero guardé silencio, procesando lo que acababa de decir.

Austin tuvo miedo.

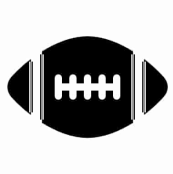
Un niño vio lo que muchos adultos fingirían no ver, y tenía razón.

Austin se quedó paralizado. Bloqueado. Atrapado en la sombra de su propio padre y, de repente… dejé de llorar.

No porque el dolor se hubiera ido, sino porque entendí que su ausencia en ese momento no tenía que ver conmigo. Tenía que ver con él. Con la prisión invisible que su padre había construido

alrededor de lo que es y de lo que intenta ser. Creo que nunca ha levantado la voz contra ese hombre y quizás yo haya sido la primera persona a la que vio hacerlo.

Miré a Jesse, lo acerqué más a mí y besé la parte superior de su cabeza.
— Gracias por recordármelo, pequeño. Has visto más de lo que yo vi.



El ruido de cosas rompiéndose en la cocina me hizo saltar de la cama. Me había quedado dormida con Jesse a mi lado, después de volver del piso de Austin.

— ¡Basta ya, Raymond! ¡Vas a asustar a los niños! — escuché los gritos de mi madre.

— ¡Que te jodan a ti, a ese crío bastardo y…!

— ¡Cállate! ¡Ya le has hecho demasiado daño a Lauren!

— ¡Se ha quedado igualita que tú! — gritó. — ¡En nada tendrá un hijo sin padre, fregando baños y chupándole la polla al jefe para poder sobrevivir!

El corazón se me partió por dentro cuando miré a Jesse con los ojos abiertos de par en par, húmedos y el cuerpo temblando. Me agaché hasta quedar a su altura y forcé una sonrisa, aunque la garganta se me cerraba.

— Jesse, vamos a jugar al escondite. ¿Qué te parece? — mi voz temblaba, pero intenté que sonara ligera.

— Pero… tengo miedo, Lauren.

— Lo sé, cariño. Pero mira, mamá ya está arreglando todo y ahora yo voy a ayudarla, ¿vale? Mientras tanto necesito que te escondas en el armario. Muy calladito. Y solo sales cuando yo te diga que el juego se ha acabado. ¿De acuerdo?

Dudó, mordiéndose el labio inferior. Le acaricié la cara con ternura y le insistí:

— Va a ser rápido. Confía en mí. Eres mi hermano más valiente.

Jesse asintió con lágrimas en los ojos y entró en el armario. Lo cubrí con una manta y cerré la puerta con cuidado.

Entonces me levanté y fui hasta donde estaba mi madre.

Entré en la cocina justo en el momento en que él la agarraba del brazo con fuerza, los ojos rojos de rabia, la respiración pesada como un animal a punto de atacar.

— ¡Suéltala! — grité, lanzándome contra él sin pensarlo dos veces.

Se giró con un puñetazo, y fue demasiado rápido.

Sentí cómo la violencia explotaba en un lado de mi cara. La visión se me nubló y el mundo pareció girar durante un segundo. Tropecé hacia atrás, golpeándome la cabeza con fuerza contra la esquina de la encimera antes de caer al suelo.

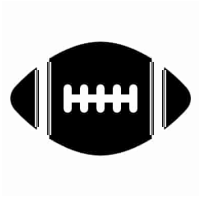
— ¡Lauren! — escuché la voz de mi madre, desesperada, pero los sonidos parecían apagados, lejanos. El dolor me latía, la frente me ardía. Algo me corría por la cabeza.

— ¡Maldita sea! ¡Mira lo que me has hecho hacer! — gritó él, pero no tuve fuerzas para levantarme. Solo vi los pies de mi madre intentando ponerse entre nosotros.

— ¡Has pasado todos los límites, Raymond! ¡Es tu hija! — Su voz estaba rota de desesperación.

— ¡La culpa fue tuya!

Quise responder, quise levantarme, pero el cuerpo no me obedecía. Lo último que vi fue a mi madre corriendo hacia mí, arrodillándose a mi lado, gritando mi nombre entre lágrimas. Todo se volvió negro después de eso.



Austin Mason

Sentí vergüenza de mandarle un mensaje a Lauren y miedo de la respuesta que me daría. La cabeza me iba a mil y el campo parecía más asfixiante que nunca. El balón se me escapaba de las manos como si tuviera vida propia, como si me rechazara igual que yo me sentiría si ella me rechazaba a mí.

— ¡Concéntrate, Mason! — gritó el entrenador.

— ¡Joder, Austin! ¡Has hecho la jugada mal otra vez! — oí que alguien se quejaba.

Las voces alrededor empezaron a sonar apagadas. La respiración se me cortaba, entrecortada, y el pecho parecía comprimirse por dentro. Me doblé, apoyando las manos en las rodillas, intentando coger aire que no llegaba.

— ¡Veinte minutos de descanso! — gritó el entrenador, y yo apenas pude reaccionar.

Me dejé caer en la hierba, de espaldas, los ojos fijos en el cielo, sintiendo que todo giraba.

— ¿Austin? Eh, tío, ¿qué te pasa? — Miles se arrodilló a mi lado. — Estás pálido.

— No puedo… respirar… — murmuré entre jadeos, el sudor me chorreaba y las lágrimas salían de la nada.

— ¡Austin! Mírame, aquí, ahora. Respira conmigo, despacio. No hay nada más importante que tú, ¿entendido? Olvídate del partido, olvídate de todo. Concéntrate en mí. Respira. Uno a la vez.

Lo intenté. Juro que lo intenté. Pero todo parecía demasiado lejano. La grada giraba en mi visión, los alumnos mirando, y los ojos de las chicas fijos en mí, como si fuera una escena de película que no esperaban ver.

— ¿Dónde está Lauren? — pregunté con la voz rota. — Hoy iba a venir, dijiste que iba a entrevistar al equipo…

— Austin… concéntrate en ti. — Me sujetó por los hombros.

— ¿Por qué no ha venido? — levanté un poco la cabeza. — ¿Qué ha pasado?

— Ayer arrestaron otra vez a su padre — dijo con cuidado. — Y… Lauren…

— ¿Qué pasa con Lauren? — me incorporé de golpe y la cabeza me dio vueltas.

— Está en el hospital.

— ¿¡Qué!? ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

— Tranquilo, todo va a salir bien. Ahora necesitas ducharte, respirar…

Pero yo ya no escuchaba nada. Esas palabras no entraban en mi cabeza. La visión se me tiñó de rojo, la sangre me golpeaba en los oídos, el corazón latiendo como si quisiera salirse del pecho.

Me levanté tan rápido que casi tropecé conmigo mismo. No esperé a nadie. Cogí el móvil, la cartera y salí corriendo. Crucé el campus como un loco, el sudor mezclado con las lágrimas que fingía que eran solo cansancio. Cogí el coche en el parking, las manos temblando al volante. El cuerpo seguía reaccionando como si todavía estuviera en el campo.

Aceleré más de la cuenta, frené delante del hospital sin pensar. Ni siquiera cerré el coche. Entré por las puertas de cristal como un huracán.

— Necesito información de una paciente. Lauren Morgam. — La recepcionista me miró asustada, luego pasó los ojos por la pantalla.

— Señor, solo podemos dar información a familiares.

— Es mi novia. — La voz me salió más alta de lo que debía. — Por favor. Dígame que está bien.

Hubo un momento de duda, quizá por ver la desesperación escrita en mi cara. Entonces respiró hondo.

— Ingresó anoche. Está en la segunda planta, habitación 212. Pero tiene que mantener la calma, por favor.

Salí casi corriendo. Subí dos tramos de escaleras, ignorando el ascensor.

Habitación 212. Habitación 212.

Cuando me paré en la puerta, dudé. El corazón parecía quererse salir por la garganta y allí estaba ella, tumbada en la cama, con una venda en la frente, el rostro marcado por moratones, un hematoma formándose en la esquina del ojo. El brazo vendado.

Se me revolvió el estómago. Ella giró la cara despacio, sus ojos se encontraron con los míos.

— Austin… — murmuró, como si no creyera que yo estaba realmente allí.

Me acerqué, tragándome el nudo en la garganta.

— ¿Qué te ha hecho? — mi voz se quebró, entre el dolor y la rabia.

No contestó. Solo me miró, y una lágrima solitaria se deslizó por la comisura de su ojo.

— Lo siento — dije en voz baja, sentándome junto a la cama y agarrando su mano. — Tenía que haber dicho algo aquella noche. Tenía que haberte protegido.

Ella apretó mis dedos.

— Estás aquí ahora.

41



Austin Mason

Me quedé sentado en el sillón mientras Lauren dormía, después de que le dieran la medicación. Yo no me merecía a esta chica. Ni de coña.

— ¿Austin? — levanté la mirada al oír la voz. Bajé la cabeza al instante. La segunda parte del drama estaba a punto de empezar. La parte en la que la suegra descubre que tiene yerno.

— Hola. — Saludé con la mano.

Ella entornó los ojos, acercándose.

— Perdón, yo… no escuché cuando usted me dijo que era mejor mantenerme alejado.

— ¡Madre mía! — dejó el bolso con fuerza sobre la silla. — Tu padre va a montar un numerito.

— No puedo seguir lejos de ella.

— Esto no tendría que haber pasado.

— Lo siento.

— ¡Deja de disculparte, joder! ¿Vale? Sois jóvenes, esto… esto se os pasará. Es cosa de un momento.

— Vale. Vamos a pensar así, entonces.

— Sí. Vamos a pensarlo así. Lauren va a estudiar en otro estado. Está centrada en eso, en la beca, en otro estado. Al final todo se resolverá — hablaba más para sí misma que para mí.

— ¿Otro estado?

— Sí. Y ahora parece que el tiempo se va a hacer eterno hasta entonces.

— ¿Hasta cuándo?

— ¡Austin! Hasta que acaben las clases, la graduación… cada uno por su camino. Tú en la NFL, ella en el máster.

— Vale.

— Perfecto. Menos mal que estamos de acuerdo. — Asintió, dando por zanjado el asunto.

¿De acuerdo? Yo no estoy de acuerdo con una puta mierda, pero bueno, acepté la tregua. Solo se olvidó de un detalle: yo tengo jet privado, yate, helicóptero… Puedo ir al fin del mundo si es para ver a Lauren. Y puedo animar, gritar y verla defender cada tesis suya desde cualquier rincón del planeta. ¿Que va a estudiar en otro estado? Perfecto, no lo veo como un problema.

— ¿Dónde está? ¿El hijo de puta?

— No te metas en eso, Austin.

— Te juro que si me encuentro con ese cabrón, lo mato.

— Tendrás que ir a la cárcel entonces. Lo trasladaron esta mañana.

— Ahora entiendo de dónde ha sacado Lauren esa sangre afilada. Nunca habías mostrado este lado tuyo en el trabajo.

— Nunca hablamos demasiado, la verdad. Y mejor sigamos así.

— Justo. ¿Puedo quedarme hasta que despierte?

— Mejor vete.

— Está bien. Pero… cuando despierte, dile que me quedé aquí. Que tuve que irme, pero volveré en cuanto pueda.

Ella suspiró, se pasó las manos por el pelo, y por un momento pareció cansada de luchar contra algo que ya se le escapaba de las manos.

— ¿De verdad te gusta tanto?

— Mucho.

Me miró seria.

— ¿Tanto como para defenderla de tu padre?

Me quedé en silencio. No podía contestar a eso todavía. No con la intensidad que yo sabía que exigía. Pero llegaría el momento.

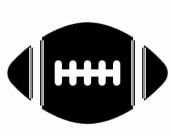
— Cuando sepas lo que quieres… cuando seáis lo bastante maduros para entender que la vida no son solo enamoramientos pasajeros… entonces, quizá, consiga miraros con otros ojos. — Respiró hondo antes de seguir. — De momento, Austin, solo le haces daño. Pero si me meto o intento acabar con esto a la fuerza, será peor. Así que seguid, pero sé responsable. Y, sobre todo, aprende a defenderla.

— Gracias. ¿Aun así quieres que me vaya?

— Puedes quedarte si quieres, voy a buscar algo de comer y aún tengo que recoger a Jesse del cole.

— Gracias otra vez, voy a honrar tu confianza.

Me miró de reojo y suspiró, otra vez con esa expresión de quien ya espera decepciones… ya no era tan difícil entender por qué Lauren no confiaba, por qué no se abría.



Días después…

Era una cena en familia: mi padre, Clarissa, mi madre y yo. Uno de esos raros momentos en los que estábamos todos sentados a la misma mesa y, por más que supiera que iba a fastidiar el ambiente, no pude callarme.

— Voy a traer a Lauren para que la conozcáis — solté de golpe, mirando fijamente el plato delante de mí.

— ¿Lauren? — preguntó mi madre, sorprendida, mientras mi padre permanecía inmóvil, mirándome con esa expresión fría de desprecio que solo él sabía poner.

— ¡Guau! ¿Lauren? ¡Tiene nombre! — comentó Clarissa, entusiasmada, sin darse cuenta de la bomba que acababa de soltar.

— Creí que nuestra última conversación había quedado clara — mi padre no levantó la voz, pero habló con firmeza.

— Sí, quedó claro que no aceptas. Y aun así, es lo que quiero. Estamos saliendo, papá. No hay planes de boda, es solo lo que quiero ahora. Hoy.

— Entonces lo que quieres hoy es destrozar tu imagen paseando con la hija de nuestra empleada.

— ¡No! — Mi madre abrió mucho los ojos. — ¿Es Lauren? ¿La hija de Elisa?

Mi padre apoyó las manos sobre la mesa y se desabrochó dos botones de la camisa. El corazón me latía descompasado. Las manos, bajo la mesa, me temblaban. Era la primera vez que de verdad le plantaba cara.

Por fin, respiró hondo.

— Está bien.

Levanté la mirada, sorprendido. Una chispa de esperanza se encendió dentro de mí.

— Llévate a la chica al evento de Nike contigo.

— ¿Estás de broma?

— En absoluto. Será una buena oportunidad para ver si sabe comportarse. Si consigue encajar. Pero llévala como tu amiga. No como novia. Vamos a ver cómo se desenvuelve frente a la prensa, los patrocinadores… en tu mundo.

— Perfecto — respondí, aun sin saber qué esperar de todo aquello. ¿Así de fácil? ¿Lo había aceptado?

No sonaba bien. Mi padre nunca aceptaba nada con facilidad. Y menos algo que contradecía todo lo que él predicaba: estatus, imagen, reputación.

Cogió la copa de vino, giró el líquido despacio, sin apartar los ojos de mí.

— Es solo un evento — dijo al fin, con un tono demasiado suave. — Ella sabrá manejarlo.

Mi madre se mantuvo en silencio. Pero su expresión lo decía todo: preocupación. Clarissa, en cambio, parecía encantada con la idea.

— Va a ser divertido. — Sonrió. — Tengo curiosidad por conocer a esa Lauren. La hija de Elisa, según nos cuenta, siempre ha sido muy calladita.

¿Calladita?

Terminé la cena en piloto automático, sin escuchar ya nada más. Yo estaba satisfecho: todo iba a salir bien de aquí en adelante.

42



Lauren Morgan

Las gradas estaban llenas de chicas gritando el nombre de Austin, pero él ni parpadeaba. Seguía con esa pose arrogante de siempre, concentrado en el entrenamiento. Ni siquiera un saludo. Era tan típico de él que casi me sacaba una sonrisa.

Rebeca apareció a mi lado, sentándose con un suspiro exagerado y alargándome un vaso de Coca-Cola.

— Llévame contigo al evento — suplicó, por décima vez solo esa tarde.

— Rebeca, no puedo llevar a nadie. Me invitaron a mí, ¿recuerdas?

— Pero puedes hablar con Austin. Imagínatelo, tú allí sola, mientras él se hace fotos, saluda a gente famosa… Hazme caso, mejor tener a una amiga cerca.

— No te voy a mentir, me encantaría que vinieras.

— Genial, pues decidido. No hace falta insistir más.

— ¿Ah, sí?

— Claro, los amigos sirven para esas cosas.

Me dio un codazo suave y una sonrisa pícara.

— Por cierto, me he fijado en Jaxon, ¿te has dado cuenta del tamaño de esos brazos? ¿Va también a ese evento?

— Creo que no.

— Pues entonces invítame a su piso, a ver si así me nota un poco más.

Puse los ojos en blanco.

— No tienes remedio, ¿verdad?

— Ni pienso tenerlo — dijo ella, saludando descaradamente a Jaxon, que, al darse cuenta, le devolvió la sonrisa.

El silbato del entrenador dio por terminado el entrenamiento. Austin levantó la vista y, en cuanto me vio, sonrió. Tenía una sonrisa preciosa, y me encantaba que fuera para mí. ¿Estaba realmente enamorada de él? Sí, lo estaba.

Mientras se acercaba, los murmullos empezaron detrás de mí.

— "Vaca."

— "Aprovechada."

— "Qué poca vergüenza."

No era ninguna novedad. Últimamente me habían llamado de todo, y nada bonito. Estar con Austin tenía un precio, y ya lo había entendido.

— Entonces, ¿qué vais a hacer ahora? — preguntó él con una sonrisa, colgándose la toalla al hombro.

La palabra "vais" hizo que Rebeca se iluminara.

— ¡Nada! — contestó antes de que yo pudiera abrir la boca, tan rápido que hasta Austin se rió.

— Vamos al piso — dijo él, mirándome.

— ¡Me apunto! — se adelantó Rebeca otra vez, demasiado emocionada, como si la invitación fuera solo para ella.

Austin arqueó una ceja, divertido.

— Perfecto. Solo me ducho y os veo en el coche — dijo, caminando ya hacia los vestuarios.

En cuanto se alejó, Rebeca se giró hacia mí y me agarró del brazo con emoción.

— Dime, ¿huelo bien?

— Rebeca, huelo tu aroma a cereza mezclado con gloss de tutti frutti a metros de distancia.

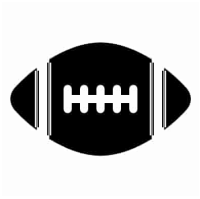
Sonrió satisfecha, arreglándose el pelo con los dedos.

— Perfecto. Quiero causar una buena primera impresión. A ver si hoy es el día en que Jaxon se da cuenta de que soy el amor de su vida.

— O el día en que se muda de piso — murmuré, riendo.

— Qué mala eres — replicó, dándome un golpecito en el brazo.

Reímos juntas mientras caminábamos hacia la salida.



Austin Mason

Iba dejando besos suaves por el rostro de Lauren mientras ella seguía tumbada con la cabeza en mi regazo. Mis dedos recorrían despacio el moratón casi invisible que aún marcaba su piel delicada. Esa mancha pequeña me dolía más que cualquier golpe que hubiera recibido en el campo.

Sentía odio hacia mí mismo por no haber estado allí, por no haberlo impedido y por ese cabrón seguir respirando.

— Tendría que haberle partido la cara —susurré, más para mí que para ella.

Lauren respiraba despacio, con los ojos cerrados, mientras yo le pasaba la mano por el pelo y tragaba el nudo en la garganta. En ese momento me sentía completamente inútil. Porque lo que ella necesitaba de verdad era paz. Y la paz era algo que yo aún no podía darle.

— ¿La parejita va a seguir de mimitos o viene a beber y jugar? —Christopher interrumpió con su voz burlona desde el salón.

Lauren abrió los ojos despacio y levantó el rostro hacia mí, los labios dibujando una sonrisa pequeña.

— Ya vamos —murmuré, ayudándola a incorporarse.

Fuimos al salón, donde el juego ya estaba montado: vasitos rojos alineados al borde de la mesa, pelotas de ping-pong esparcidas y una botella de tequila en el centro.

— Reglas básicas, Lauren —dijo Christopher, ya medio animado—. Si encestas la bola en el vaso, bebe el otro. Si fallas, bebes tú. Y nada de chantaje emocional aquí, ¿eh?

— ¿Tipo "cariño, déjame ganar"? —replicó Lauren mirándome con cara tierna.

— Exacto. Aquí cada uno va a lo suyo —contestó Jaxon con una sonrisa.

— Si me lo dice así, la dejo ganar —repliqué.

— Seamos justos, Austin, nada de ablandarse con las chicas, ¿vale?

— Vale, me has convencido —dije, cogiendo una pelota y haciéndola girar entre los dedos—. Yo solo juego para ganar.

— Chulito —murmuró Lauren, sonriendo.

— ¡Venga, parejita! —gritó Jaxon, ya con una pelota en la mano y en plan sobrado con la camiseta colgada del hombro—. Hemos montado los equipos.

— ¿Equipos? —preguntó Lauren, acomodándose mejor en el sofá.

— Claro, princesa —dijo Christopher, pasándole una bebida —. Esto es serio, hay trofeo moral en juego.

— ¿Y eso qué significa exactamente? —Lauren rió, aún un poco tímida.

— Que si pierdes, pagas prenda —respondió Rebeca, dando palmaditas—. Y la escojo yo.

— Tú no vales, Rebeca —murmuré riendo, abrazando a Lauren—. Hagamos parejas entonces. Lauren y yo contra todos vosotros.

— ¿Ah, sí? —Jaxon arqueó una ceja—. Te crees mucho solo porque tienes buen brazo en el campo.

— Y fuera del campo también —soltó Lauren sin pensar, poniéndose colorada al segundo.

— ¡Oooohhh! —todos gritaron a la vez.

— Esa ha estado buena —Christopher se partió de risa, lanzándome un cojín—. Lauren hoy está afilada.

— Ya lo verás —provocó Rebeca—. En nada también te gana al beer pong.

Lauren sonrió, mordiéndose el labio.

La primera ronda empezó con Jaxon acertando a la primera y haciendo que Rebeca bebiera. Luego Christopher falló a lo grande y yo me reí fuerte.

— Y eso que eres el rey del tiro, ¿eh? —le piqué.

Cuando le tocó a Lauren, respiró hondo, cerró un ojo y lanzó. La bolita botó una, dos veces y se hundió directo en el vaso de Christopher.

— ¡Uooooh! —gritó Jaxon—. ¡Chica afilada de verdad!

— Bebe, colega. Sin llorar —dijo Rebeca, empujándole el vaso a Christopher.

Lauren me miró con esa sonrisita victoriosa que me daba ganas de cogerla en brazos y desaparecer con ella en la habitación. Me incliné a su oído y le murmuré:

— Si ganamos, también tienes prenda especial.

— ¿Qué tipo de prenda? —susurró ella de vuelta, con un brillo en los ojos.

— Lo descubrirás después… —murmuré, rozando mis labios por su mejilla.

Rebeca nos interrumpió otra vez:

— ¡Eh, parejita! ¿Jugáis o vais a comeros con los ojos toda la noche?

— Jugamos. Pero luego nos comemos con calma —contesté, haciendo reír a Lauren, que me dio un golpe suave en el pecho.

Solo tenía una certeza en la vida: no quería que esto se acabara. Quería vivirlo con ella por mucho, mucho tiempo.

43



Austin Mason

Los días estaban pasando demasiado rápido. Tan rápido que un escalofrío helado me recorría la espalda. Podía ser solo paranoia, una premonición o ese tipo de presentimiento que te entra cuando algo bueno pasa y enseguida aparece el miedo, como si todo fuera a venirse abajo.

Tenía miedo de estar feliz y de disfrutar tanto viendo a Lauren sonreír. Era todo nuevo para mí, incluso improbable. ¿Yo y ella, sabes? Nunca estuvo en mis planes. Ni en mil vidas. Una becada, hija de la empleada de mi casa. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que me enamoraría de ella, me habría reído. Me habría burlado. Le habría llamado loco.

Porque yo siempre fui ese tío que se cree mejor, que aprendió a medir el valor por las apariencias y los apellidos. Nunca he sido un ejemplo de persona. Todo lo contrario.

Siempre miré por encima del hombro a quien tenía menos. Siempre fui un cabrón podrido y la verdad, la más dura y cruda, es que lo sigo siendo, solo que no con ella. Su risa me hacía querer vivir un día más, y cada vez que la besaba, cada vez que me tocaba, sentía que todo iba a desmoronarse. Que estaba a un paso de descubrir quién soy de verdad.

Y si veía la basura que soy, si descubría todo lo que intenté esconder, ¿me elegiría igualmente?

— Entonces, ¿cómo estoy? —su voz me sacó del ensimismamiento.

Me giré de inmediato y me quedé sin palabras. Lauren apareció en el salón con un vestido que se le ceñía al cuerpo de una forma indecente, pero con una elegancia que me hacía querer arrodillarme. Sexy sin ser vulgar. Guapa hasta doler.

— Depende —murmuré, levantándome y tirando de ella por la cintura.

— ¿Depende de qué?

— De si llevas o no llevas bragas.

— ¡Austin! —rió, empujándome suavemente el pecho.

— Quítatelas. Y dámelas.

— ¡Ni de coña!

— Lauren… —sonreí, provocándola.

— Vamos ya antes de que se te quiten las ganas de salir —dijo, cogiendo el bolso—. Estás un poco salido hoy.

— ¿Un poco? Estoy completamente salido por ti.

Fuimos hasta el coche. Ella se sentó en el asiento del copiloto y yo me quedé parado un segundo, solo mirándola.

— ¿Qué pasa, no vas a arrancar? —preguntó, frunciendo el ceño.

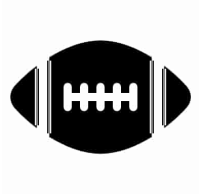
— ¿Me vas a dar las bragas?

— Estás fatal. Claro que no.

— Vale. —Me encogí de hombros, arrancando el coche con una sonrisa irónica—. Las consigo antes de que acabe la noche.

— Me estás poniendo competitiva, Mason. Te vas a quedar sin nada.

— Reto aceptado.



Lauren Morgan

Austin conducía con las dos manos firmes en el volante y, a cada kilómetro más cerca del evento, parecía encerrarse aún más en sí mismo. Claro que me di cuenta. Y claro que me molestó. Me miré de reojo en el espejo del coche, acomodé el vestido sobre las piernas y repasé mentalmente si el pintalabios seguía intacto.

— ¿Pasa algo? —pregunté.

— ¿Has visto las fotos de la campaña? La previa que Nike subió a Instagram.

— Todavía no... Perdona, las miro ahora. Pero seguro que sales guapísimo. Es imposible que no.

Alargué la mano hacia el bolso, pero él cubrió mis dedos con los suyos.

— ¿En qué planeta vives que aún no has visto las fotos?

— No sigo a la marca. La sigo ahora mismo...

Suspiró y volvió la vista a la carretera. Mientras tanto, abrí Instagram y empecé a deslizar. Bastaron unos pocos toques para que la imagen apareciera en la pantalla: Austin y Kya. Una pose preciosa, demasiado íntima para mi gusto.

— ¿Una campaña en plan pareja?

— Ajá. Mola, ¿eh?

— Han quedado muy bonitas. Las fotos son increíbles. —Tragué saliva y forcé una sonrisa—. Pero, como ya te dije, es imposible que salgan mal, tú eres guapo y ella...

— Es Kya —me interrumpió.

— Sí, brilla sobre el hielo. Y es guapa.

Él soltó una mano del volante y entrelazó mis dedos.

— No más que tú.

— ¿En serio? Eso puedes decirlo con propiedad... al fin y al cabo, has visto a las dos muy de cerca.

— No tan de cerca como te veo a ti. Y nunca me he parado a contar cada centímetro de la cara de nadie... solo de la tuya.

— Eres rarísimo cuando intentas ser tierno —dije, riendo.

— Es que tú me pones así. —Se giró hacia mí ya sonriendo —. ¿Hacemos un trato?

— ¿Qué tipo de trato?

— No le cuentes a nadie que tengo este lado tierno. Puede arruinar mi reputación.

— Prometo guardarlo en secreto. Pero solo si no olvidas que ese lado tierno es mi favorito.

Apretó suavemente mi mano y volvió a mirar al frente.

— ¿Ella va a estar allí? —pregunté.

— Sí.

— Claro que sí. —Solté una risita incómoda—. Vaya pregunta más tonta la mía...

— Te la voy a presentar —dijo rápido, como si con eso se solucionara todo—. No es relevante. Apenas hemos cruzado dos palabras. Solo es posar y ya.

— Lo entiendo —murmuré, sin entender nada. O mejor dicho, entendiéndolo demasiado bien.

Aparcó frente al lugar del evento y el corazón me empezó a latir con fuerza en el pecho. Había muchísima gente, cámaras, flashes estallando como disparos de luz y una alfombra roja extendida ante nosotros como una trampa.

En cuanto Austin salió del coche, todo pasó demasiado rápido. Dio dos pasos hacia mi puerta, pero no tuvo tiempo ni de estirar la mano para abrirla. Una multitud se arremolinó a su alrededor en un abrir y cerrar de ojos, fotógrafos gritando su nombre, reporteros empujándose, y entonces... la lanzaron allí. Kya. Sonriente, deslumbrante, perfectamente vestida para la ocasión.

Y los empujaron juntos.

Como si fueran pareja.

Como si todo estuviera planeado.

Me quedé allí, dentro del coche, atrapada en mi propia burbuja de silencio mientras los flashes estallaban fuera y la imagen de los dos, lado a lado, parecía demasiado perfecta para cualquiera que no supiera la verdad.

"Solo es posar y foto", había dicho.

Pero, en ese momento, parecía mucho más que eso. Parecía que yo estaba fuera de su vida. Aun así, respiré hondo, cerré los ojos un instante y conté hasta cinco. Después hasta diez. Entonces abrí la puerta yo sola, acomodé el vestido y bajé del coche con la cabeza bien alta.

44



Lauren Morgan

Mis ojos lo buscaron en cuanto entré, y lo encontraron. Austin estaba justo delante, de pie bajo una de las luces principales, con la mano en el bolsillo y una sonrisa ensayada en la cara. Lo sabía, porque yo conocía sus sonrisas de verdad. Kya a su lado, riéndose como si todo aquello estuviera hecho a medida para los dos.

Él me vio. Su mirada se cruzó con la mía, pero no se movió. No podía. En ese momento yo no era más que la chica de los bastidores frente al escenario en el que él brillaba.

—¿Lauren, verdad? —una voz masculina me sacó del trance.

Me giré y vi a un hombre elegante, camisa negra bajo una americana gris claro, el pelo ligeramente despeinado y una sonrisa curiosa en los labios.

—¡Sabía que te conocía! Presentaste aquel proyecto sobre salud emocional en el deporte durante el viaje de la universidad. Fue genial.

Parpadeé, sorprendida.

—Ah... sí. Yo... lo presenté, sí. Gracias. No sabía que tú...

—Trabajo en una de las agencias de marketing deportivo asociadas a Nike. Me impresionó tu contenido. ¿Sigues desarrollando

la investigación?

—Lo intento. —Sonreí, un poco incómoda.

—Tienes una visión muy humana en un medio tan competitivo. Eso es raro —dijo acercándose un poco más—. Podría presentarte a algunos directores hoy. Les encantaría hablar contigo.

Noté el calor subirme a las mejillas y solo pude sonreír.

—Thomas Keller —dijo, extendiendo la mano.

La estreché, sorprendida. Parecía algunos años mayor que yo, quizá veintisiete o veintiocho. Alto, de hombros anchos, barba bien recortada y una voz que transmitía calma.

—Encantada —dije, intentando ignorar que, al otro lado de la sala, Austin me miraba con la mandíbula apretada.

—Tu enfoque ha sido de los mejores que he visto en los últimos años. Y mira que he visto de todo. ¿De verdad piensas seguir con el máster?

—Sí. Estoy terminando el TFG y tratando de conseguir una beca. Tengo un proyecto aprobado en UCLA, centrado en deportistas de base y cómo la presión influye en la construcción de su identidad emocional.

—Impresionante. —Sonrió, pareciendo genuinamente interesado—. Estamos buscando gente con esa visión para desarrollar un programa de apoyo e investigación entre universidades y startups deportivas. Quizá podríamos hablar después, con más calma.

Asentí, sorprendida y halagada.

—Claro. Me encantaría.

Vi los ojos de Thomas moverse rápido, como si notara algo más allá de mí. Seguí su mirada y encontré a Austin. Nos observaba desde lejos con una expresión sombría.

—¿Tienes algo con Austin? —preguntó Thomas, con una sonrisa ladeada.

—Ah, no, no... somos amigos —mentí, tal y como me habían dicho que hiciera.

Thomas arqueó una ceja, la sonrisa curvándose aún más, como si dudara, pero decidió no confrontarme directamente. Simplemente asintió.

—Curioso... —dijo, mirando algo detrás de mí—. No parece nada contento de verte hablar conmigo.

Solté una risita nerviosa y miré disimuladamente por encima del hombro. Austin estaba ahora más lejos, rodeado de patrocinadores, pero con los ojos aún clavados en mí.

—Están insinuando un romance entre ellos. Si mantienen esa historia, los dos se van a forrar. Pareja romántica, pareja de oro del deporte. A Nike le encanta eso.

Intenté sonreír, pero fue forzado.

—Sí, es parte del marketing, ¿no?

—Claro —dijo, siguiéndome con la mirada—. Apunta aquí tu número, te llamaré para que quedemos con calma. Quiero entender mejor tu proyecto. Tiene muchísimo potencial.

Me tendió el móvil ya con la pantalla de contactos abierta. Dudé un segundo. Miré alrededor, y mis ojos chocaron con los de Austin, al otro lado del salón. Estaba serio, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa, como si ya hubiera entendido perfectamente lo que estaba pasando —o al menos lo que parecía estar pasando.

Volví a mirar a Thomas. Tecleé mi número sin pensar demasiado. No le debía nada a nadie. Y si eso me abría puertas, no iba a desaprovecharlo.

—Listo —dije, devolviéndole el móvil.

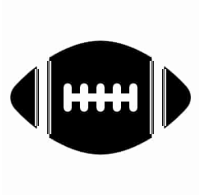
—Perfecto. Te prometo que no te voy a llenar de mensajes sin sentido. Solo quiero hablar de verdad. Eres inteligente, Lauren, y la gente inteligente me interesa.

Sentí mi móvil vibrar. Era un mensaje de Austin:

Austin: Sal de ahí.

Miré la pantalla un par de segundos antes de bloquearla de nuevo. Respiré hondo y volví la mirada hacia Thomas.

—Comentabas lo de las startups deportivas. ¿Me cuentas más sobre eso?



Austin Mason

—¿Entonces es verdad que estáis saliendo? —la pregunta vino de un periodista, amigo de uno de los directores de la marca. Sostenía la grabadora con una sonrisa enorme, encantado con la oportunidad de tener la confirmación en primera mano.

—Sí, lo están —respondió mi padre antes de que yo abriera la boca.

Joder. Quise reventar la pared. Literalmente.

Sentí el brazo de Kya enredarse aún más en el mío. Sonreía, saludaba y se echaba el pelo a un lado. Aquello era un escenario, y ella tenía el papel principal, brillando. Igual ni le importaba si eso me estaba destrozando la vida. Para ella era estatus, contratos, dinero entrando.

—Sonríe —ordenó mi padre en mi oído.

—Ese no era el trato —murmuré entre dientes.

—Seis contratos cerrados. Otros dos patrocinios de marcas internacionales que estaban peleando por ti. Así que sonríe y acércate más a tu novia.

Mi "novia". Mientras fingía una sonrisa para la foto, Kya se inclinó todavía más, apoyando la cabeza en mi hombro, y vi a ese cabrón de Thomas acercarse al oído de Lauren y susurrarle algo que la hizo sonreír.

Estaba deslumbrante con ese vestido. Deslumbrante de una forma que me daban ganas de arrancar cada mirada que se atreviera a posarse en ella. Era lo único bonito en aquella sala. Y el idiota de Thomas lo sabía y estaba disfrutando cada segundo.

Sal de ahí, Lauren.

—Vamos, Austin —me llamó Kya—. Quieren más fotos.

—¿No te cansas? —pregunté entre dientes, sin dejar de mirar a Lauren al otro lado del salón.

—¿Yo? Claro que sí. He entrenado horas hoy, incluso me caí y me raspé la rodilla en el hielo.

—¿Estabas sin protección?

—A veces me gusta sentir dolor. Los movimientos demasiado perfectos pierden la gracia con el tiempo.

—Qué puta mierda.

—Deja de mirar a otra, Austin —murmuró entre un clic y otro—. Ahora eres mi novio. No quiero que empiecen a decir que me estás poniendo los cuernos.

—Están tonteando con mi mujer delante de mis narices. ¿Qué quieres que haga?

—Sonríe, joder. Tírame más hacia ti. Finge que estás enamorado. Dentro de nada la prensa se cansa, les damos lo que quieren y luego ya vas con ella.

—Vale. —Respiré hondo, forzando otra sonrisa—. Vamos a terminar de una vez con esta farsa.

45



Austin Mason

—¿Pasándolo bien? —pregunté, acercándome a Lauren y Thomas en cuanto vi una oportunidad.

—Mason. —Él extendió la mano para saludarme, y yo la estreché por educación, notando cómo se me tensaba la mandíbula mientras Lauren evitaba mirarme.

—Estaba charlando con Lauren. Me dijo que sois amigos.

—¿Amigos? —repetí, girándome hacia ella—. ¿Eso le dijiste, Lauren?

Por fin me sostuvo la mirada, los ojos cargados de rabia.

—Sí, amigos. Y tu novia debe de estar aburrida esperándote —respondió, mirando directamente a Kya al otro lado del salón.

Me volví hacia Thomas con una sonrisa tensa.

—¿Nos disculpas? Quiero enseñarle algo a Lauren.

Antes de que contestara, la agarré y la llevé unos pasos más allá.

—¿Qué coño estabas haciendo dándole conversación?

—Solo quiero irme a casa. Estos zapatos me están matando y esta fiesta es insoportable.

—Lauren, ¿le diste tu número?

—Se lo di.

Mi mano voló contra la pared junto a ella y la golpeé, sintiendo la punzada subir por el brazo.

—¿Por qué no me dijiste que tenías novia? —preguntó.

—Ya lo sabes. La estás viendo ahora mismo.

—Hablo de la oficial. De la que conoce todo el mundo.

Tragué saliva, cerrando los ojos un instante.

—Dame tiempo, Lauren. Voy a arreglar esta mierda.

—¿Ah, sí?

—No me hagas esto. Ya estoy bastante jodido. Si me dejas, no voy a tener ningún puto motivo para levantarme mañana.

—Voy a coger un taxi y me voy. Quédate y termina tu noche.

—Lauren...

—Necesito pensar, Austin.

—Dame el móvil.

—¿Qué?

—Tu móvil, Lauren.

—No.

Estiré la mano.

—Por favor.

Ella suspiró, derrotada, y me puso el teléfono en la palma. Borré el número de Thomas delante de ella y se lo devolví.

—No vuelvas a coger el número de otro tío.

—Estás siendo ridículo.

—Lo sé, ¿sabes por qué? Porque me pasé toda la puta noche al lado de alguien que me da igual, mientras mi mujer hablaba con otro. Y ahora voy a tener que borrar tu número también de su móvil.

—No lo vas a hacer.

—Por supuesto que sí.

—Estábamos hablando del proyecto. Del máster, de...

—Me da igual. No voy a darle la oportunidad de que te encandile. Todo lo que te ofreció, yo puedo dártelo. ¿Un trabajo en tu área? ¿Una clínica de psicología? Dime lo que quieres.

—¡Yo no soy tu capricho, Austin! No necesito que me des nada. Puedo conseguirlo con mi esfuerzo.

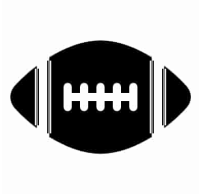
—Perfecto. Pero no con él. No después de cómo te miraba.

—Vale. Entonces arreglas lo de Kya. Y nosotros sobrevivimos, ¿no? Igual hasta os casáis para mantener contentos a los patrocinadores, y yo me quedo esperándote en casa, calladita, para que nadie sepa que soy la amante.

—No digas eso. No digas esas gilipolleces.

—Lo digo porque es real. Es lo que parece.

—Estoy enamorado de ti, Lauren. Joder... No estaría aquí si no lo estuviera. Ya le habría dado la espalda a todo esto —dije, tragándome el orgullo—. Pero me quedé. Porque eres tú.



Lauren Morgan

Él se agachó despacio delante de mí y sacó algo del bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, confusa.

No respondió. Simplemente me quitó el zapato con cuidado y pegó una tirita discreta en el talón herido. Luego me lo calzó de nuevo con la misma delicadeza de quien protege lo que ama.

—Vamos a arreglar esto ahora mismo —dijo, poniéndose en pie de golpe.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

Antes de que pudiera volver a preguntar, me agarró de la mano mientras cruzaba el salón conmigo y se detenía en medio de todos, como si no hubiera cámaras, prensa ni un padre controlador. Con un movimiento rápido, me rodeó la cintura con un brazo, mientras el otro se deslizaba hasta mi nuca y me besó.

No fue un beso cualquiera, fue el tipo de beso que se convierte en titular. Que hace que los flashes disparen como armas y los murmullos se transformen en oleadas.

—Ya está —susurró contra mi boca al separarse, con los ojos aún fijos en los míos—. He echado gasolina. Ahora sobrevivamos al fuego.

Y allí, por primera vez, Austin Mason me eligió.

El salón enmudeció, apenas un segundo que pareció eterno. Los flashes explotaron enseguida, los ojos y sonrisas hambrientas de

la prensa se clavaron en nosotros como si acabáramos de anunciar un escándalo de Hollywood. Austin aún me sujetaba con firmeza, su pulgar rozaba suavemente mi cintura.

Miré de reojo a su padre, quieto al lado de un patrocinador. Su sonrisa se congeló, pero la expresión siguió impasible. No montaría una escena delante de los medios.

—Qué grata sorpresa —dijo a uno de los reporteros, forzando una risa—. Mi hijo siempre ha sabido cómo sorprender.

—Un giro interesante —murmuró alguien del equipo de Nike, con los ojos clavados en nosotros.

Y entonces, claro, estaba Kya. Guapísima, con aquel vestido plateado que brillaba bajo las luces, y que simplemente rió. Rió alto y relajada, como si se divirtiera más de lo que debía.

—Sabía que ibas a dar espectáculo —dijo, sonriendo mientras daba un sorbo de champán—. Solo pensé que sería conmigo, pero da igual. Salisteis preciosos en las fotos, ¿eh?

—Kya… —empezó Austin, pero ella levantó la mano, aún riendo.

—Tranquilo, novio rebelde. A la prensa le va a encantar. Los escándalos venden. Y yo fingiré sorpresa en las entrevistas, ¿vale? —Me guiñó un ojo divertida—. Ah, y Lauren… tu vestido es una pasada. De verdad. ¿Quién te vistió, un hada?

—Yo misma —respondí, todavía un poco mareada con todo.

Ella volvió a reír, sincera, y desapareció entre los invitados como flotando. Kya no era la villana y, por lo visto, estaba disfrutando del caos.

Austin se inclinó y me susurró al oído:

—Si quieres irte, nos vamos.

Miré alrededor. Las cámaras. Las sonrisas falsas. La mirada calculada de su padre.

—Vámonos —respondí.

Los flashes aún estallaban cuando él me arrastró fuera del salón.

46



Austin Mason

Al contrario de lo que imaginaba, no salió nada sobre mí y Lauren en ningún sitio de cotilleos, revista o periódico. Ni una línea, ni un comentario.

Yo estaba plantado en medio del salón, esperando lo peor, mientras mi hermana se mordía las uñas mirándome con nerviosismo. Todos estaban en el evento, lo cual, en cierto modo, era bueno. No tendría que repetir lo mismo una y otra vez.

—Tienes que respirar y tranquilizarte —murmuró mi madre.

—¡Déjame, Graziela! —mi padre apareció a gritos, bajando las escaleras con ella detrás, intentando seguirle el paso.

—Buenos días —dije con la voz serena.

Se detuvo en el último escalón, mirándome con odio. Vi cómo levantaba la mano. Y por un segundo pensé que iba a pegarme, pero no me moví.

—¿¡Estás loco?! —gritó mi madre, corriendo para ponerse entre los dos.

—¡Este crío me ha avergonzado delante de todo el mundo! —escupió las palabras.

—Estoy fuera de la campaña, papá, y si tengo que fingir un noviazgo con Kya tampoco quiero el patrocinio.

—¿¡Has perdido la cabeza?! ¡Esa putita te ha embrujado!

—No hables así de ella —grité, fuera de mí.

—¡Claro que hablo! ¡Y digo lo que me da la gana! Esa chica y su madre son dos aprovechadas. ¡Dos putas detrás de dinero!

Fue justo en ese momento cuando la puerta se abrió.

El bolso se le resbaló de la mano a Elisa y cayó al suelo, atrayendo todas las miradas. Estaba pálida.

—Mira ahí, la zorra a la que tu madre insiste en tener cerca —disparó él.

—Sabes perfectamente por qué, Jonathan —dijo mi madre, alto y claro, con los ojos fijos en él.

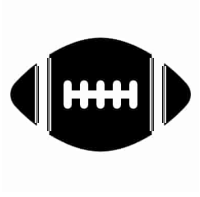
—Estoy harto de esta mierda. De tu hijo, de esa mujer en nuestra casa, de toda esta farsa —rugió, con el rostro rojo de ira—. ¡Estoy hasta la polla, Graziela!

—Entonces márchate —respondió ella, sin alzar la voz.

Él la miró, incrédulo.

—No se preocupe más por mí, papá —dije, intentando mantener el tono bajo pero firme—. Ya no soy problema suyo.

—¡Crío desagradecido! —escupió, dando un paso al frente—. Te vas a arrepentir de esta decisión, Austin, y no tardarás.



Semanas después…

Corría hacia la universidad. Aquellos días estaban siendo un caos. Mi madre había dejado el trabajo en casa de los padres de Austin y ahora buscaba uno nuevo. Todo había pasado tan rápido que apenas podía asimilarlo. Era como si la vida hubiera apretado el botón de avance rápido y me hubiese dejado atrás, intentando entender qué estaba ocurriendo.

Y, en medio de ese torbellino, surgió la propuesta de mi vida: Thomas me había presentado el proyecto de una startup y quería que yo estuviera al frente. Una oportunidad real. Pero era una decisión demasiado grande para tomar a la ligera, y todavía tenía que hablar con Austin sobre ello.

—¡Señorita Morgan! —escuché mi nombre en el pasillo, lo bastante alto como para que todos alrededor se girasen.

Me volví hacia la voz, jadeando, con los libros apretados contra el pecho, intentando no llegar tarde a la primera clase.

—¿Sí? —respondí, acercándome a mi coordinador con las mejillas encendidas por el esfuerzo y la curiosidad.

Él me examinó con una sonrisa.

—En cuanto termine su clase, pase por mi despacho. Tengo muy buenas noticias sobre su máster.

El corazón me dio un vuelco, los ojos se me abrieron de par en par.

—¿De verdad? —solté, casi sin voz.

—De verdad. Y traiga su mejor sonrisa, la va a necesitar.

—Hasta luego, entonces.

Salí corriendo por el pasillo como si el mundo ardiera detrás de mí. Solo necesitaba llegar a clase a tiempo.

Fue entonces cuando giré la esquina y choqué de lleno contra un pecho firme y demasiado conocido.

—¿Adónde va mi novia con tanta prisa? —Austin me sujetó por los brazos, con esa media sonrisa sexy que desmontaba cualquier argumento mío.

—A clase… —jadeé, intentando zafarme de sus brazos—. ¡Estoy casi llegando tarde!

Intenté seguir, pero él me atrajo de nuevo con suavidad por la cintura.

—Pero tienes tiempo para darme un beso.

—Austin…

—Solo uno. Rápido. Te prometo que no te robo más tiempo.

Suspiré, intentando parecer seria, aunque ya sonriendo.

—Tienes un problema serio con el autocontrol.

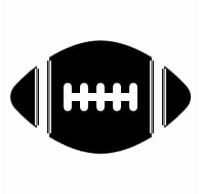
—Solo cuando se trata de ti —murmuró antes de rozar sus labios con los míos.

Fue un beso rápido, suave y lo bastante cálido como para hacerme olvidar, durante dos segundos, que estaba corriendo contra el reloj. Cuando me aparté, él seguía con los ojos clavados en los míos, como si quisiera detener el tiempo allí mismo.

—Ve con calma, miss Arizona —susurró con malicia, bromeando sobre el estado de mi inscripción en el máster.

Puse los ojos en blanco, riendo mientras volvía a correr.

—De eso hablaremos luego, quarterback.



Austin Mason

—No sé cómo puedes sonreír con tu mundo desmoronándose —comentó Christopher, acercándose.

—Porque fui yo quien eligió esto. Voy a jugar en la NFL, hacer lo que me gusta… y tener a Lauren conmigo. Nunca quise esta vida de modelo, campañas, sonrisas falsas. Estoy hasta los cojones de esta mierda.

—Las campañas forman parte de nuestra carrera, Mason. Es la imagen la que sostiene la mayoría de los contratos.

—Vale, pero sin excesos. No es eso lo que quiero. Yo solo quiero jugar.

Christopher soltó una risa baja.

—Quién lo diría… Austin Mason, enamorado de la becaria.

—Y yo digo lo mismo de ti. Ten cuidado con lo que andas tramando.

—Ah, tío… —negó con la cabeza, impaciente—. Si es por lo de Selena, relájate. Ella solo me está ayudando con mi imagen, nada más. No hay nada serio ni real entre nosotros.

—Ya…

—Deberías preocuparte más por ti. Por la apuesta.

Levanté la vista despacio.

—Lauren no tiene por qué enterarse de eso.

—Entonces más te vale rezar para que nadie se lo cuente.

47



Austin Mason

Yo y Lauren no hablamos mucho sobre la salida de su madre de la casa de mis padres. En realidad, evitábamos cualquier tema que tuviera que ver con ese universo asfixiante, donde todo giraba siempre en torno a los caprichos de mi padre. Ahora me esquivaba como si yo fuese un problema. Y quizá lo era. Un problema que había decidido pensar con el corazón por primera vez.

Todo lo que pasé la vida intentando construir para agradarle parecía no valer nada. Al final, daba igual cuánto me esforzara o cuánto jugara bien, nunca sería suficiente si no obedecía ciegamente sus reglas. Todo era sobre él. Lo que él quería. Sus imposiciones. Sus planes para mi vida.

Lauren se levantó, quedándose de pie justo delante de mí. Sus dedos sujetaban el papel con el discurso. Estaba ensayando lo que presentaría junto al proyecto.

—…y me siento inmensamente agradecida por esta oportunidad. Ser aceptada en la Arizona State University es más que un sueño —decía, con los ojos brillantes—. Es la prueba de que nuestro origen no define nuestro destino, lo definimos con esfuerzo y con valentía.

Hizo una pausa y me miró sonriendo. Esa sonrisa que parecía arrancar el suelo bajo mis pies y, al mismo tiempo, mantenerme en pie.

—Y a veces, con personas que creen en nosotras… incluso cuando una duda de sí misma.

El pecho se me encogió. Quizá ni lo sabía, pero esas palabras también iban por mí. Por el tipo que nunca fue bueno expresando lo que sentía, que se perdió entre las expectativas de los demás, hasta encontrarla a ella.

—Maravilloso, perfecto, increíble —dije levantándome despacio—. Ahora quítate la ropa y siéntate en mi regazo. Vamos a celebrarlo.

Abrió mucho los ojos, pero se mordió el labio intentando contener la risa.

—¡Austin!

—¿Qué? Soy un hombre enamorado, orgulloso de mi chica y ligeramente obsesionado con verla desnuda.

—¿Ligeramente? —me provocó, acercándose.

—Completamente —susurré, atrayéndola de la cintura hasta sentir la curva perfecta de su cuerpo contra el mío.

Lauren se subió a mi regazo sin dudar, con las piernas rodeando mi cintura mientras yo la sujetaba con fuerza por los muslos.

—¿De verdad estás feliz por mí? —preguntó en voz más baja, con los ojos fijos en los míos.

—Nunca he estado tan orgulloso de nadie en mi vida.

—¿Incluso aunque me vaya?

—Precisamente por eso. Porque tienes valor —susurré contra su piel, mordiéndole suavemente el cuello antes de volver a mirarla —. Y voy a visitarte todas las semanas. En jet privado, si hace falta.

—Te quiero, ¿lo sabías?

El corazón me dio un vuelco.

—Yo también te quiero, Lauren Morgan. Incluso cuando finges que no me deseas, incluso cuando llevas esos vestidos que me vuelven loco y dices que no te vas a quitar las bragas.

—¿Y quién ha dicho que llevo alguna ahora?

Sentí la sangre dispararse con violencia. Deslicé una mano entre sus piernas, subiendo despacio hasta encontrar la piel húmeda, caliente, desnuda.

—Vas a acabar conmigo así —gruñí contra sus labios.

—Esa es la idea.

La sujeté fuerte de la cintura y la llevé hasta la cama. La tumbé de espaldas, arrancándole aquel vestido fino de un tirón. Ella sonrió con picardía, desnuda, abierta, solo para mí.

Me desnudé deprisa y cuando me subí encima, sus brazos ya estaban abiertos, esperándome.

Gimió bajito mientras bajaba besos firmes por su cuello, disfrutando de cada suspiro desesperado que escapaba de sus labios.

—Austin… por favor… —suplicó, arqueando el cuerpo.

—¿Quieres que te la chupe, Lauren?

—Por favor, te necesito ya…

Sus palabras salieron temblorosas, casi desesperadas. Recorrí su cuerpo sin prisa, besando cada pedazo de piel suave y

ardiente que encontraba en el camino. Primero, volví a su cuello sensible, arrancándole un gemido bajo. Luego bajé entre sus pechos, mordiendo suavemente cada pezón duro hasta hacerla arquear la espalda con un grito ahogado.

—Austin… no tardes, por favor… —rogó, temblando bajo mí.

Sonreí contra la piel suave de su vientre mientras mi lengua descendía más, mucho más. Llegué entre sus piernas y separé sus muslos con firmeza, abriéndola por completo para mí.

La visión de ella así —expuesta, húmeda, palpitando de deseo— me hizo gemir bajo, a punto de perder la cabeza incluso antes de tocarla.

Pasé la lengua despacio por los labios mojados de su coño, probándola, saboreándola, provocando. Su sabor dulce e intenso me inundó la boca, volviéndome completamente loco.

—Estás tan buena así, Lauren —murmuré contra su piel sensible, lamiendo de nuevo con más fuerza, deslizando mi lengua entre sus pliegues mojados—. Tan mojada, tan lista…

Ella gimió alto, levantando la cadera de forma involuntaria, buscando mi boca con urgencia.

—Austin… por favor, cómeme ya…

No necesité oírlo dos veces.

Empecé a chuparle el clítoris con fuerza, succionando, lamiendo con intensidad, sin pausa, sin tregua. Mis manos apretaban sus muslos, manteniéndola abierta mientras mi boca la devoraba sin piedad.

Lauren me agarró del pelo, tirando fuerte, al mismo tiempo que sus caderas se movían contra mi cara en un ritmo desesperado. Sus gemidos eran altos.

—Dios mío, Austin… no pares… —gritaba, temblando, suplicando más.

Hundí dos dedos en ella, curvándolos por dentro mientras mi boca seguía trabajando su clítoris. Su cuerpo respondió al instante, los gemidos convirtiéndose en gritos agudos, descontrolados.

—Eso es, Lauren, córrete para mí… así… córrete en mi boca.

Ella explotó. Temblando bajo mi lengua y mis dedos, gritando mi nombre sin poder parar, empapando mi boca, mis labios, mi barbilla con su placer.

Seguí chupando hasta sentir su cuerpo relajarse, pero yo estaba lejos de estar satisfecho. Me levanté, limpiándome la boca con el dorso de la mano, mirándola completamente entregada, los ojos medio cerrados de placer, la respiración pesada.

Mi polla latía, dura, dolorosa. Necesitaba meterme en ella. Subí rápido encima, abriendo sus piernas aún más, colocándome justo en la entrada mojada y palpitante.

—Me vuelves completamente loco, Lauren —murmuré ronco, empujando despacio, centímetro a centímetro, sintiendo su calor apretado engullirme entero—. No tienes ni idea de cuánto…

Ella gimió alto, abrazando mi espalda con fuerza, atrayéndome más cerca, más hondo.

Empecé a moverme con fuerza, entrando y saliendo rápido, sin control.

—Joder… eres perfecta, Lauren… —gruñí contra su boca, metiendo más profundo—. Nunca me voy a cansar de esto… nunca…

Ella respondió con un gemido desesperado, moviendo el cuerpo contra el mío. Levanté su cadera, colocándola mejor para poder entrar aún más hondo, sintiendo cada centímetro de mi polla siendo tragado por su coño apretado y ardiente.

—Córrete conmigo, Lauren… ahora… quiero sentirte corriéndote conmigo…

Ella gritó, temblando con tanta fuerza que sentí todo su cuerpo contraerse a mi alrededor. Su orgasmo me arrastró con ella, llevándome al límite y más allá. Embestí una última vez, explotando dentro de ella, sintiendo mi corrida caliente llenándola por completo mientras gemía su nombre.

Mi cuerpo se desplomó sobre el suyo, sin fuerzas, temblando, respirando con dificultad contra su piel sudada.

—Voy a darme una ducha —dijo, levantándose con las piernas aún temblorosas.

—Voy contigo.

—Austin, quédate ahí… ¿No te cansas nunca?

—No —respondí con media sonrisa.

Desapareció en el baño, y poco después su móvil vibró sobre la mesilla. Una notificación encendió la pantalla.

Thomas.

Después, una llamada.

Sin pensarlo, contesté y permanecí en silencio.

—¿Lauren? Buenísimas noticias. He conseguido que el proyecto en Arizona salga adelante. La startup va a ponerse en marcha, pero necesito saber si cuentas conmigo. Solo espero que esa relación con Austin no se convierta en un problema. Sería una pena…

—¿No respiras entre frase y frase? —dije con sorna.

—¿Austin?

—Creí que ya había dejado claro cuando te mandé dejar a Lauren en paz.

—Estamos hablando de negocios, Austin.

—Que te jodan a ti y a tus putos negocios.

—Creo que quien tiene que decidir eso es Lauren.

—¿No vienes? —escuché la voz de ella detrás.

Estaba en la puerta del baño, envuelta en la toalla, con los ojos muy abiertos al ver su móvil en mi mano. Mi cara debía reflejar toda la rabia que sentía.

—No tienes derecho a contestar a mi teléfono —dijo, fría.

Le tendí el aparato sin decir nada.

—Toma —solté, pasando por su lado.

Entré en el baño, con la sangre hirviendo. El puñetazo al espejo fue automático. El cristal se rajó y profundos cortes se abrieron en mi mano, haciendo que la sangre me chorreara por los dedos.

Ella entró segundos después. Sus ojos fueron directos a la herida.

—Iba a contártelo.

—¿Cuándo? —la encaré sin parpadear—. ¿Desde cuándo lleváis estas charlitas?

—Austin, escúchame…

—No voy a fingir que sacrifiqué poco por ti. Hice lo que hice porque quise. Porque merecías la pena. Porque te quería a ti.

—Austin…

—No me toques, Lauren.

Vaciló, dando un paso atrás.

—Es una buena oportunidad. Voy a poder ayudar a atletas sin recursos y…

—Sí. Es una oportunidad cojonuda. No la dejes pasar. Vete.

Giré la cara y solté el aire con fuerza.

—Voy a salir unos minutos. Necesito respirar.

48



Lauren Morgan

Austin estaba en la cocina, curándose la mano. Los nudillos estaban hinchados y marcados con sangre seca. Cuando me vio bajar, agachó la cabeza y se dio la vuelta.

—¿De verdad no vas a escucharme? —pregunté en voz baja.

—Hablamos en otro momento —dijo sin girarse.

—Austin...

—Por favor, Lauren —me cortó.

Asentí en silencio y salí del piso. Bajé los pocos escalones hasta la calle y sentí que el mundo me daba vueltas. Un mareo repentino me obligó a detenerme y tuve que apoyarme en la pared para recuperar el aliento.

Aún pegada a la pared, intenté recuperar el equilibrio. Tenía las manos temblorosas y el sabor amargo en la boca no desaparecía. El móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta.

REBECA: "Tía, ¿estás bien? Vente a casa, mi madre quiere verte".

Solté un suspiro. No me apetecía hablar con nadie, pero estar sola parecía aún peor.

Minutos después, llamé a la puerta de su casa. Rebeca me abrazó fuerte nada más abrir.

—Venga, siéntate —dijo guiándome hasta el sofá—. ¿Quieres té? ¿Zumo?

Me llevé la mano al vientre y cerré los ojos.

—Lauren, estás muy pálida.

De repente, la madre de Rebeca apareció por el pasillo. Doña Lucía era auxiliar de enfermería, y su mirada recorrió mi cara como si leyera señales invisibles.

—¿Has vomitado hoy, Lauren?

—Todavía no, pero tengo náuseas.

Se acercó, observándome con atención.

—¿Tu ciclo está al día?

La miré sin saber qué responder de inmediato. Sentí que la sangre me abandonaba la cara.

—No lo sé. Hace unas semanas que… bueno, creo que no.

Ella intercambió una mirada con Rebeca y habló con calma:

—No quiero asustarte, pero mejor que salgamos de dudas. ¿Te has hecho un test de embarazo?

El corazón me dio un vuelco.

—No —susurré—. Tomo la píldora, todos los días.

—Nada es cien por cien seguro, Lauren, y más a vuestra edad, que siempre se os olvida algo. Tengo uno aquí. Ven conmigo al baño.

Intenté protestar, pero no había espacio para negarme. Minutos después, estaba encerrada en el baño con el test sobre el lavabo, mirándolo fijamente, como si pudiera cambiar la respuesta con la fuerza de mis pensamientos.

Pero la segunda raya apareció rápido. Roja, clara y definitiva. Estaba embarazada.

Me costó asimilarlo. Mis ojos no parpadeaban, mi cuerpo entero parecía flotar y pesar a la vez. Todo sonaba amortiguado, como si estuviera bajo el agua. Solo volví a la realidad cuando escuché a Rebeca golpear suavemente la puerta.

—¿Tía? ¿Estás bien ahí dentro?

No me salió la voz. No podía decirlo. Abrí la puerta despacio y le puse el test en la mano, con los ojos vidriosos.

Rebeca lo miró y se quedó de piedra.

—Lauren…

Asentí, intentando mantener el control. Pero bastó con que me abrazara para que rompiera a llorar.

—No puedo estar embarazada… No puedo. No ahora —dije entre sollozos—. Él apenas puede con su propia vida, Rebeca… y yo… yo acabo de ser aceptada en el máster y tengo la propuesta de la startup… todo estaba encajando…

—Eh, tranquila, tranquila. Respira —me dijo, acariciándome la espalda—. Vamos a pasar por esto juntas. No estás sola.

—No sé qué hacer.

—Harás lo que sea mejor para ti, y solo para ti, ¿me entiendes? ¿Qué quieres tú, Lauren?

—No lo sé, Austin… ya perdió los papeles por una llamada. ¿Te imaginas cuando se entere de esto?

Doña Lucía apareció en la puerta con un vaso de agua.

—Tienes que mantener la calma, cariño. Mañana te haces una analítica, ¿vale? Pero la posibilidad de que este test falle es mínima.

Cogí el vaso y me senté en el sofá.

—¿Se lo vas a contar? —preguntó Rebeca, sentándose a mi lado.

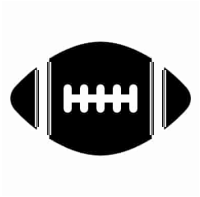
Mi mano fue instintivamente a parar al vientre.

—Hoy no. No puedo. Primero necesito entender lo que quiero yo antes de escuchar lo que él quiere.

Rebeca asintió.

—Vale. Esta noche duermes aquí. Y mañana, lo vemos juntas. ¿Ok?

—Voy a avisar a mi madre de que me quedo.



Austin Mason

Tuve la peor noche de mi vida. La imagen de Lauren yéndose a Arizona con ese gilipollas no se me quitaba de la cabeza. Joder, ¿de verdad se iba a ir? Negaba con la cabeza, intentando apartar el pensamiento, pero volvía una y otra vez, jodiéndome la vida.

Metí a la fuerza el material de la uni en la mochila y bajé las escaleras. Ni ganas de pensar en desayunar. Fui directo a la nevera, abrí y cogí la botella de leche, bebiendo a morro.

—Eh, cabrón —apareció Jaxon detrás de mí—. La leche no es solo tuya, ¿sabes?

—Tengo prisa. Hoy no voy a comer nada —murmuré, esquivándole con la botella en la mano.

—¿Y esa cara? ¿Y qué coño es eso en tu mano? —señaló el vendaje ya medio manchado de sangre.

—Luego hablamos, ¿vale? —corté el tema, pasando de largo hacia la puerta.

Mis pies se movieron solos. Cuando me di cuenta, estaba delante del despacho del entrenador. Por alguna razón, hablar con él siempre me ponía en mi sitio, como si fuera el único adulto en quien podía confiar cuando estaba hecho un lío. Respiré hondo, a punto de llamar, pero me detuve al escuchar voces dentro. Me apoyé en la pared, esperando a que salieran.

Entonces vi a Ryan pasar por el pasillo. Se estaba riendo de algo que dijo Ashley, y ella le agarraba del brazo como si fueran novios. Ashley aún me mandaba mensajes como si nada hubiera cambiado, como si insistir fuera gracioso. En el chat era todo: “Sabes que soy mejor para ti” y “Te echo de menos”. Y allí estaba, sonriendo como una cría de instituto al lado de Ryan. Aparté la vista, sin interés.

Escuché la puerta abrirse y el entrenador salió acompañando a la madre de algún jugador. Cuando me vio allí parado, frunció el ceño.

—¿Qué haces ahí, Mason? —bajó la mirada a mi mano vendada—. Entra. ¿Qué ha pasado?

—Necesito hablar.

—Soy todo oídos —dijo señalando el sofá—. Pero empieza contándome qué le ha pasado a esa mano.

—Le pegué un puñetazo al espejo. Ni siquiera fue tan fuerte, pero… se rajó.

Él arqueó las cejas, recostándose en la silla.

—Vale. ¿Y por qué?

—Lauren fue aceptada en el máster, en Arizona. Se va a mudar en breve.

—Eso es maravilloso.

—Sí. Es increíble. Yo quería que pasara. Solo que… —me pasé la mano por la cara, intentando ordenar mis pensamientos—. Hay otro tío en medio. Le ofreció un puesto en una startup. Y yo no sé cómo manejar tener a otro hombre tan cerca de ella.

El entrenador se quedó en silencio un momento antes de soltar uno de esos sermones que siempre juré que odiaba, pero que ahora necesitaba escuchar.

—Espero que la próxima vez que quieras pegar a un espejo, o a cualquier otra cosa, recuerdes que Lauren tiene un historial de violencia doméstica. La agresividad asusta, aleja. ¿De verdad crees que va a quedarse con alguien que pierde el control?

—Jamás le pondría una mano encima.

—Lo sé. Te conozco desde que estabas en la barriga de tu madre. Pero Lauren no lo sabe. Todavía está aprendiendo a confiar en ti. Y la confianza no sobrevive al miedo, Austin.

—¿Qué hago? —De verdad no tenía ni idea de qué hacer.

El entrenador se inclinó hacia delante.

—¿Tú crees que Lauren te quiere?

—Claro que me quiere —respondí al instante, sin dudar.

—Entonces ya tienes la respuesta. El otro tío no importa. La puta startup no importa. Esa chica es tuya. Y eso solo cambia si dejas de ser el hombre que ella eligió.

Me quedé en silencio, tragando cada palabra.

—Siempre has sido seguro de ti mismo, confiado. Es hora de recuperar eso. Y, más que nada, apóyala. Demuéstrale que vas a estar a su lado en cualquier lugar del mundo. Porque cuando la mujer adecuada encuentra a un hombre que cree en sus sueños, no lo cambia por nada.

—Gracias.

—Y, Mason, me alegra que hayas decidido seguir tu corazón.

Asentí y salí de su despacho.

49



Lauren Morgan

El campus estaba más concurrido de lo normal. Estudiantes, profesores, invitados, todos reunidos para el evento de la promoción de Fisioterapia, que se celebraba al aire libre, con pantallas gigantes mostrando homenajes a los deportistas que marcaron la historia de la universidad, incluso algunos en centros de rehabilitación, con historias de superación y despedidas dolorosas tras lesiones.

Mi mano apretaba el asa del bolso, donde estaba el sobre con la prueba de embarazo. Necesitaba encontrar a Austin. Necesitaba contárselo todo.

Entonces lo vi, al otro lado del césped, como si viniera de algún sitio.

—¡Lauren! —escuché mi nombre alto por el micrófono, desde un lateral del escenario montado bajo la pantalla gigante.

Era Ashley, sonriendo. El micrófono chirrió con el eco.

—La novia del quarterback —continuó, marcando cada sílaba con énfasis—. Tengo un regalito para ti. Era para guardarlo para el baile, pero qué más da, ¿no? Vamos a divertirnos ahora.

Las risas del público fueron nerviosas. La pantalla detrás de ella se apagó un segundo y luego volvió a encenderse con un nuevo

contenido.

Los mensajes empezaron a aparecer en cadena. Nombres de jugadores, fechas, capturas de pantalla de un grupo privado de WhatsApp.

"100 pavos si acaba en tu cama en la primera cita."

"200 si hay foto de ella de rodillas."

"Triplica la apuesta si llora después."

"Austin, cierra esa mierda ya. Sabes que te la follas en una semana."

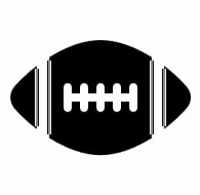
Y entonces llegó el audio.

"La voy a tener de rodillas, chupándomela, antes de que acabe la semana. Déjamelo a mí."

La voz era de él. De Austin.

El mundo se paró. El ruido desapareció. Solo el sonido de mi respiración entrecortada llenaba mi cabeza. El estómago se me revolvió. Las piernas me flaquearon.

Austin, al otro lado del campo, miró la pantalla. El pánico le invadió la cara. Intentó abrirse paso entre la multitud. Pero ya era demasiado tarde, todo el mundo lo había visto y ahora no solo yo, todos sabían que no era más que una apuesta.



Austin Mason

—¡Joder! —gruñí al ver lo que estaban poniendo en la pantalla gigante.

Intenté abrirme paso entre la multitud. El rostro de Lauren estaba congelado, los ojos clavados en la pantalla, la decepción escrita en cada línea de su cuerpo. Quería matar a Ashley y al cabrón de Ryan, que permitió que esa desgracia saliera a la luz.

Corrí tras ella, pero se dio la vuelta y salió, apartando a empujones a los que intentaban grabar. Escuchaba gente gritando su nombre, otros riéndose como si todo aquello fuera simple entretenimiento. No podía respirar.

—¡Lauren! —la llamé otra vez, con el pecho encogido, como si me faltara el aire—. ¡Espera!

Se detuvo un segundo, como si quisiera creer que yo podía arreglarlo todo. Pero no miró atrás.

—No quiero hablar ahora —respondió con la voz rota.

—Déjame explicarte, por favor.

—Necesito tiempo, Austin —dijo, alejándose más.

—Voy a por el coche y hablamos en un sitio tranquilo. Solo espérame —supliqué.

Corrí de vuelta al aparcamiento. Ryan estaba al lado de mi coche, cabizbajo, con cara de culpable.

—Lo siento, tío. No sabía que iba a hacer eso. Te lo juro por Dios —soltó de golpe.

—Ya hablaré contigo después. Ahora tengo que arreglar las cosas con mi novia. O ex, no lo sé ya —respondí, desbloqueando el coche.

—Tío, de verdad, perdóname...

No escuché el resto. Salté dentro del coche, giré la llave y salí como un loco hacia la avenida principal, esperando verla en la acera, esperándome. Pero no estaba.

El móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. "Papá" parpadeaba en la pantalla.

¡Mierda! No era momento para eso, aun así contesté.

—¿Sí, papá?

—Necesito que vengas a la oficina. Tenemos contratos pendientes que debes firmar —dijo con ese tono frío y autoritario de siempre.

—Ahora no puedo. Estoy resolviendo algo urgente —respondí, mirando alrededor, buscando alguna señal de ella.

—Ahora, Austin. Sé responsable de tus cosas —replicó y colgó.

Pisé el acelerador y detuve el coche en una calle cualquiera, lejos de todo y de todos. Solo necesitaba unos minutos para respirar. Pero los minutos se hicieron horas. Me quedé allí, tumbado en el asiento reclinado, con el móvil vibrando en el bolsillo y la cabeza hecha un caos. No quería oír a nadie.

Cuando por fin reuní valor para volver al piso, lo primero que vi fueron las miradas pesadas de los chicos. Chris y Jaxon, todos callados, demasiado serios para lo normal. Y entonces lo vi a él, a mi padre, sentado en el salón como un rey en su trono.

—Os dejamos hablar —dijeron los chicos, saliendo rápido, como si quisieran librarse de la bomba.

Respiré hondo y me dejé caer en el sillón, masajeándome la frente.

Mi padre sacó una carpeta del maletín de cuero y la tiró con fuerza sobre la mesa de centro.

—Esto es todo lo que hemos construido juntos —dijo, sin mirarme—. Está ahí, en los contratos. Tu carrera. Tu nombre. Tu imagen. Tu éxito. Un éxito que yo creé, Austin. ¿Y ahora quieres tirarlo todo por la borda por un enamoramiento?

—Creo que ya no tienes que preocuparte por ella —solté, con la voz ronca.

—¿Cómo que no?

—Lo ha descubierto. La apuesta. Lo ha descubierto todo.

Esperé alguna reacción. Un suspiro. Una mirada dura. Cualquier cosa.

Pero sonrió.

—Austin… —dijo con calma—. Creo que ya eres lo bastante adulto para saber la verdad. Y quizá ahora entiendas por qué soy tan exigente contigo.

—¿De qué estás hablando?

—La chica va a buscarte. Se va a hacer la ofendida, la dolida, pero volverá. Porque eres el bote de oro, hijo. Fue así con su madre. Me sedujo una noche y se quedó embarazada. Pensando que así tendría mi dinero, mi nombre. Y ahora… repite el ciclo.

Lo miré, confundido.

—¿Qué? ¿Estás… estás diciendo que… el hermano de Lauren… es tu hijo?

—Sí. El bastardo que ella cría. Tu madre lo sabía. Le dio pena. Y dejó que esa mujer viviera en nuestra casa como si nada. Yo pago la escuela. El seguro médico. Cumplo con mi parte. Pero todas son iguales, Austin. La madre. La hija. Si dejas embarazada a esa chica… bueno. Fin de la partida. Ella gana.

—Estás enfermo. Eso no puede ser verdad...

—Espera y verás. Si Thomas no ha metido mano antes, aparecerá. Porque va a elegir lo más rentable para ella. Y, seamos sinceros, hijo, eres una buena inversión.

—¿Cómo sabes lo de Thomas?

—Porque no soy idiota, Austin. El proyecto. La startup. Arizona. ¿De verdad crees que ese tío solo quiere negocios con ella? Lauren es joven, guapa, con ese aire de chica inocente. Eso encanta a cualquiera. Y ya habla de ella con demasiado entusiasmo a los directivos de Nike. Está claro el tipo de "interés" que tiene.

—Lauren no es así.

—¿Y su madre tenía pinta de ser distinta? —me quedé buscando la respuesta—. Pues eso. Solo quieren estabilidad. Seguridad. Alguien con nombre, dinero y puertas abiertas. Y tú eres el camino fácil.

—Voy a dejarte los contratos y las propuestas comerciales —continuó, con esa voz fría y cortante—. Mira qué merece más la pena: seguir corriendo detrás de esa chica… o centrarte en tu futuro. Que, por cierto, es exactamente lo que ella está haciendo. Cerrando acuerdos con Thomas.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Lo sé perfectamente. Te estás perdiendo por culpa de una chica que, al final, va a elegir su propia ascensión. No la culpo. Es inteligente. Práctica. Deberías ser más como ella.

—Papá…

—Piénsalo bien. Porque en el mundo real, Austin, los sentimientos no pagan patrocinio.

50



Lauren Morgan

Llegué a casa con la cabeza a mil, intentando ordenar todo lo que sentía, pero bastó cruzar la puerta para secarme las lágrimas, como si esconder mi dolor fuera posible. Mi madre estaba sentada a la mesa, rodeada de facturas y recibos. El rostro cansado. Los ojos apagados.

—Lauren. —Se levantó despacio, con voz preocupada—. ¿Has estado llorando?

—¿Yo? No —intenté negar, pero la voz me falló.

—Lauren…

Fue suficiente que dijera mi nombre así, con tanta ternura, para que me rompiera. El dolor salió antes de que pudiera contenerlo.

—Era una apuesta, mamá. Él… él apostó que podía estar conmigo.

Vi cómo sus hombros se hundían. Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas, como si sintiera el dolor conmigo.

—Es igual que papá —susurré—. Yo pensaba… te juro que pensaba que era distinto.

—Confié en él.

—Lo sé, cariño. Siempre confiamos cuando queremos creer… —se acercó y me abrazó fuerte—. Pero tú eres fuerte. Y tienes un futuro increíble por delante, no puedes dejar que esto te destruya.

Se apartó y miró a Jesse, que veía dibujos en el sofá, distraído. Luego volvió a mirarme, dudando.

—Al contrario que yo… que, incluso después de todo… —murmuró, y vi que había mucho más en esa frase.

—¿Después de todo qué, mamá?

Volvió a dudar, como si al fin decidiera abrir una herida antigua.

—Ya te habías dado cuenta, Lauren. El padre de Jesse tiene otra familia. Lo conocí cuando trabajaba en aquella cafetería. Venía siempre, traía flores, bombones… decía que su matrimonio era solo de fachada. Que él y su esposa llevaban vidas separadas, que eran libres.

Respiró hondo.

—Fue solo una noche. Porque eso era lo que él quería. Cuando descubrí el embarazo y lo busqué, me acusó de querer darle el golpe. Lo negó todo. Fue su esposa… sí, ella, quien me tendió la mano. La mujer a la que él pintaba como un monstruo fue quien me ayudó. Cuando Jesse nació, yo estaba sin trabajo, sin saber qué hacer. Necesitaba cuidados especiales, te acuerdas. Y fue ella quien insistió en que trabajara allí. Dijo que era lo justo, que Jesse no podía pagar por el error de los padres. Y… así empezó todo. Lo acepté, por vosotros.

Su voz era firme, pero herida.

—Graziela siempre me trató con respeto. Y a pesar de todo yo pensaba que estaba haciendo lo correcto.

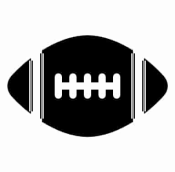
—¿Graziela? Mamá… ¿cómo que Graziela?

—Perdóname, hija —susurró mi madre.

Negué lentamente con la cabeza, retrocediendo un paso.

—El padre de Austin… —dije—. ¿Me estás diciendo que el padre de Austin es el padre de Jesse?

Ella solo asintió en silencio, mientras yo sentía que el mundo me daba vueltas y me dejaba caer en el sofá, como si mis piernas ya no pudieran sostenerme.



Los días pasaron como si cada minuto me arrastrara más lejos de él. Austin y yo nos estábamos convirtiendo en dos extraños otra vez. Y quizá esa fuera su verdadera versión: el gilipollas arrogante, el hijo perfecto del empresario cabrón, el tío que finge no sentir nada. Tal vez el chico que me hizo creer en el "nosotros" nunca existió de verdad. Solo que ahora yo llevaba en el vientre el fruto de mi mayor estupidez.

—Tienes que hablar con él —insistió Rebeca por tercera vez, mirándome como si la respuesta estuviera escrita en mi frente.

—Lo sé. —Suspiré, hundiéndome en el sofá de su casa—. Solo… necesito esperar a que se me pase la rabia. Si tardo demasiado, acabaré hablando con rabia igualmente.

Ella soltó una risita corta.

—De rabia en rabia, vas a acabar pariendo en medio de la pelea.

Faltaban pocos días para el baile de graduación. Para la mayoría de las chicas era el cierre de una etapa mágica. ¿Para mí? Una broma de mal gusto. Un escenario donde todos sabían que yo era la apuesta del quarterback.

Quería matar a Austin. Quería gritarle hasta quedarme sin aire, golpearle el pecho hasta que sintiera al menos la mitad del dolor que yo sentía.

Estaba terminando las negociaciones con Thomas sobre la startup y mi mudanza definitiva a Arizona. Faltaban pocos días para que todo se concretara. Mi madre se quedaría en la ciudad por Jesse, por el colegio, los tratamientos, y también porque no teníamos medios para mantenernos en otro estado. Yo viviría en la residencia de la universidad, en el campus.

—Todavía no me creo que él sea hermano de Jesse.

—Ni yo —respondí, hundiéndome aún más en el sofá de Rebeca. La cabeza me latía, el estómago se me revolvía y, incluso con la prueba positiva encima de la mesa de centro, nada parecía real todavía.

—Tu madre tiene que saber lo del embarazo.

Mi móvil vibró. Miré la pantalla. Thomas.

Respiré hondo antes de contestar.

—¿Lauren? ¿Podemos vernos? —fue directo, con esa voz demasiado tranquila para un momento así.

—¿Ahora?

—Sí. Quiero enseñarte la documentación, hablar de tu mudanza. Hay algunas decisiones importantes que tenemos que alinear. ¿Dónde estás ahora?

—En casa de Rebeca.

—Voy a buscarte.

—Vale. Te espero —cerré la llamada.

No tardó en sonar el claxon suave de su coche. Cogí mi bolso y salí a su encuentro.

—Sube —dijo, aparcado junto a la acera—. Vamos a una cafetería nueva que han abierto aquí cerca. Hace menos de un mes. Quiero conocerla y aprovechamos para hablar con calma.

—De acuerdo —contesté, entrando en el coche.

Charlamos durante el trayecto. Thomas era divertido, inteligente y, lo más importante: nunca me hizo sentir que quería algo más de lo que ofrecía. Hablábamos de negocios, de futuro, de posibilidades y, en ese momento, era lo único que me interesaba.

El día que le conté lo del embarazo abrió los ojos sorprendido. Pero después de escuchar toda mi historia con Austin, su expresión cambió. Respiró hondo y dijo:

—Esto no va a ser un problema, Lauren. Puede que nos haga ir un poco más despacio, pero no va a impedir nada. La oportunidad sigue en pie.

Aquellas palabras me devolvieron el aire.

Todo estaba bien y, más que nunca, creía que mi hijo tendría un futuro digno. Con o sin Austin a mi lado.

51



Austin Mason

Esperé. Esperé a que Lauren viniera a pedirme explicaciones, a exigirme una respuesta, a acusarme, a gritarme, cualquier cosa que demostrara que le importaba. Pero, en lugar de eso, pasaba por mi lado como si yo fuese invisible, como si todo lo que vivimos se hubiera borrado con la facilidad de una sonrisa a su lado.

Mi padre estaba equivocado. O quizá tenía razón. Ya no lo sabía. Tal vez tenía razón cuando dijo que ella ya tenía otro objetivo, otro plan: Thomas, que en ese mismo momento entraba con ella en la nueva cafetería, a la que mis amigos prácticamente me habían arrastrado.

Entraron sonriendo. Su sonrisa me desgarraba por dentro, porque era ligera, fácil, como si él pudiera darle todo lo que yo no supe: paz. Ella estaba bien, parecía feliz. Y eso era lo que más me destruía.

Seguí cada uno de sus movimientos con la mirada mientras se sentaban cerca de la ventana. Thomas le apartó la silla y ella rió, aceptando el gesto.

—Tío, suéltalo ya —masculló Jaxon a mi lado, rodando los ojos con impaciencia—. Llevas días con lo mismo. Déjala ir.

Le ignoré, incapaz de apartar los ojos de la mesa donde ella hojeaba un menú, hablando relajada con él.

—Austin, vámonos —me llamó Christopher.

Mi mandíbula se tensó con tanta fuerza que sentí una punzada dolorosa que me irradiaba hasta las sienes. Ellos no lo sabían. No tenían ni idea de cómo había estado yo estos últimos días, dándole vueltas a todas nuestras conversaciones en la cabeza, repasando cada caricia, cada promesa que le hice, cada maldito instante que ahora parecía no significar nada.

—Voy a saludarles —avisé, levantándome ya.

—¡Austin! —Christopher intentó detenerme, pero no le hice caso.

Caminé hacia su mesa, y solo cuando me acerqué, Lauren por fin me notó. Su sonrisa murió poco a poco.

—Thomas, Lauren —los saludé con frialdad, clavando la mirada en ellos.

—Austin, cuánto tiempo —respondió Thomas con una educación irritante.

Lauren apretó los labios y solo asintió con la cabeza.

—Parece que olvidas las cosas rápido, ¿eh? —empecé.

—Austin, creo que aquí no es el momento —intentó intervenir Thomas.

—No hablo contigo, hablo con ella.

—Austin… aquí no es lugar para eso —volvió a decir.

—¡Cállate de una puta vez! —solté, perdiendo totalmente la paciencia.

—¡Austin, basta! —Lauren se levantó de golpe y se dirigió hacia la salida de la cafetería—. Ven, vamos a hablar fuera.

La seguí sin dudar. Se detuvo en la acera, los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome fijamente.

—Habla, entonces. ¿Qué crees que queda por decir? —preguntó.

Me reí con desprecio, sacudiendo la cabeza.

—No te hagas la víctima ahora, Lauren. Está claro que no te importa, ya tienes a otro.

—Ah, ya entiendo. ¿Quieres empezar así, Austin? Perfecto. Pues respóndeme una cosa: ¿por qué te importa? Ya que estamos aclarando, ¿por qué no me explicas lo de la apuesta?

—La hice, Lauren. Hice la puta apuesta. Nunca tuve intención de estar contigo. ¿Sabes lo que les dije? Que quería verte de rodillas, chupándomela. ¿Y sabes qué fue lo mejor? Que ni siquiera tuve que pedírtelo. Tú solita fuiste, te arrodillaste e hiciste exactamente lo que yo quería. —Sonreí cínico, acercándome a ella, entornando los ojos con desprecio—. Mírame, Lauren, y luego mírate a ti. ¿De verdad crees que yo tenía alguna intención real contigo? Eres igual que tu madre. Menos mal que no te has quedado embarazada, una preocupación menos para mí.

—¿Qué has dicho? —Su voz salió temblorosa, y pude ver claramente cómo sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—Lo has oído bien, Lauren. Sobre tu madre, sobre Jesse… —Hice una pausa, estudiando su expresión. No había sorpresa—. Lo sabías, ¿verdad? Claro que lo sabías. Sobre tu hermano… El hijo bastardo de mi padre.

Lauren dio un paso atrás. Tragó saliva, apartando la mirada, pero no respondió. Su silencio lo decía todo.

—¿Cuánto tiempo lo has ocultado, eh? —presioné, sintiendo cómo la rabia volvía a crecer en mí.

Ella levantó el rostro despacio, las lágrimas deslizándose ya por sus mejillas.

—Ya no importa, Austin —respondió en voz baja—. Has dejado claro que todo entre nosotros fue mentira. Enhorabuena, ganaste la apuesta.

Me quedé allí parado, viéndola alejarse, sintiendo el peso asfixiante de haber sido un imbécil para ella, mientras Lauren regresaba a la cafetería. A él.

52



Austin Mason

No volví a la cafetería. No podría. Miré hacia mi coche y allí estaba Christopher, apoyado en la carrocería con las manos en los bolsillos, como si llevara horas esperándome.

— Que se joda —murmuré al acercarme, sin ocultar la irritación en mi tono.

No dijo nada. Solo se apartó de la puerta cuando abrí el coche y se metió en el asiento del copiloto sin hacer preguntas.

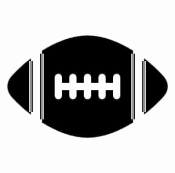
— Solo espero que me elijan en el draft bien lejos —solté, mirando la calle frente a mí sin ver realmente nada.

Christopher dejó escapar una risa corta.

— ¿Estar cerca es tan malo?

No respondí. Solo apreté el volante con más fuerza de la que debía.

La respuesta estaba escrita en mi cara. Si me quedo cerca, pierdo la cabeza.



Cuando llegué al edificio, me encontré de frente con Kya sentada en la recepción, las piernas cruzadas y el móvil en la mano. Saltó de prisa en cuanto me vio.

— Qué pasa, novio rebelde. ¿Cómo estás?

— Estás bien loca —murmuré, negando con la cabeza con desdén y pasando de largo.

Ella me siguió con pasos rápidos.

— He pensado en cerrar una campaña antes del draft. ¿Qué te parece?

— Sigues estando loca. Te humillé públicamente, ¿te acuerdas?

— Hm… no había caído en eso —dijo, como si lo reflexionara de verdad. — Pero bueno… tampoco salió en ningún lado, ¿no? Tu padre es un crack tapando escándalos.

— Y por eso mismo tu padre lo contrató para llevar tu carrera.

— Exacto —respondió sin vergüenza alguna. — Entonces… ¿una campaña más? ¿Qué me dices?

— ¿De verdad quieres asociar tu imagen a la mía después de todo?

— Claro. Tú vendes que te cagas. Yo solo no sé qué coño ven en ti.

— Músculos y sonrisa de malote —respondió Christopher, apareciendo detrás de nosotros con una expresión burlona.

Kya soltó una carcajada y guiñó un ojo.

— Bien dicho, Chris. Nunca halagues el cerebro de un hombre. Aún hay que fingir que son peligrosos, no inteligentes.

Subimos juntos al piso.

— Mi padre ya me soltó la propuesta —dije, abriendo la puerta.

— ¿En serio? Hum… entonces, perfecto —dijo Kya, entrando como si fuese la dueña del sitio. Fue directa a la cocina, abriendo la nevera como si conociera cada rincón. — ¿Qué hay por aquí de bueno?

— Si fuera tú, no abriría. Alguien le dijo a Jaxon que meter las zapatillas en el congelador las hace más cómodas.

— ¡Joder! —Abrió mucho los ojos al encontrarse con las "zapatillas congeladas". — ¿Pero no usa Nike?

— Sí —respondí con una media sonrisa. — Pero ¿has visto sus pies? Parecen una tabla de surf. Tienen que ser hechas a medida.

— Tal cual. —Christopher apareció en la sala y añadió— Los pies de Jaxon deberían tener seguro médico propio.

Kya se rió a carcajadas, cerrando la nevera de golpe.

— Bueno, os dejo charlando. Yo subo —dije, pasándome las manos por la cara. — Tengo la cabeza hecha un lío.

— Dale —dijo Chris. — Yo me pillo una birra y pongo algo en el sofá.

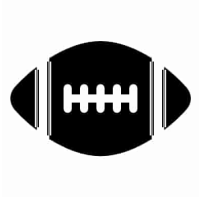
— ¿Puedo quedarme? —preguntó Kya.

— Claro. Ponte cómoda. Aunque más cómoda de lo que ya estás, no sé si es posible.

Kya se dejó caer en el sofá con una sonrisa torcida.

— Me ha encantado la hospitalidad. Casi me siento parte del mobiliario.

No respondí. Solo seguí subiendo las escaleras.



Lauren Morgan

Días después…

Ni me di cuenta de cómo pasó el tiempo. Pero pasó. Y ahora estoy aquí, deshaciendo maletas en mi nuevo piso en Phoenix.

Thomas insistió en que no me quedara en una residencia. Dijo que, con la rutina de la startup y un embarazo en marcha, me merecía un poco más de comodidad, de estabilidad. Argumentó sobre espacio, privacidad, descanso... y, después de tantas justificaciones, acabé aceptando.

Ha sido servicial, amable, todo lo que alguien en mi situación debería agradecer por tener cerca.

Pero, aunque las cajas se vayan vaciando, los armarios tomen forma y las cortinas bailen con el viento, hay un vacío en el pecho que ni la nueva ciudad consigue llenar.

El móvil vibró sobre la mesita improvisada del salón, y mi corazón dio un brinco al ver el nombre de Rebeca en la pantalla. Me apresuré a contestar.

La habían aceptado en una universidad en Texas. Lo que, en la práctica, nos dejaba todavía más lejos la una de la otra: geografías distintas, rutinas nuevas y una amistad intentando sobrevivir a través de la pantalla.

— ¿Cómo está mi única y mejor amiga embarazada y brillante? —preguntó con una sonrisa enorme en cuanto la videollamada se conectó.

— Con morriña, claro. ¿Quién más me va a estar enseñando a los tíos buenos de la uni?

— Ah, eso sabes hacerlo tú sola. Pero, seamos sinceras, mis ojos están más entrenados. Analíticos —respondió, guiñando con gracia y moviendo el pelo.

Solté una risa ligera.

— Creo que tu análisis tendría más sentido si dejaras de enamorarte de tíos que se creen los reyes del universo.

— ¡Eh! Eso fue solo una fase.

Sonrió, pero la sonrisa se volvió más suave.

— Te echo de menos.

— Yo también —respondí bajito.

— Ahora me tengo que ir, pero prométeme que me vas a contar todo, ¿vale? —dijo con ese brillo en los ojos que siempre hacía que todo pareciera más fácil. — Te juro que te voy a mandar como cincuenta reels al día, treinta memes y una actualización cada minuto sobre mi vida.

Me reí suave.

— Te quiero, amiga.

— Yo también —respondió, lanzando un beso hacia la cámara antes de colgar.

Suspiré, dejando el móvil sobre la mesa. Pero antes de que pudiera volver a lo que estaba haciendo, escuché golpes en la puerta. Me apresuré a abrir.

Thomas estaba allí, con una sonrisa amplia y una caja en las manos, desprendiendo olor a comida rica.

— Apuesto a que todavía no has comido —dijo, levantando la caja como si fuera un trofeo.

— Has acertado —respondí con una sonrisa, dejándole pasar.

— Murfs de la esquina. Los mejores de Phoenix. Y antes de que digas que no hacía falta… sí, hacía falta. Las embarazadas no viven solo de té frío y barritas de cereales —dijo él, yendo directo a la encimera de la cocina.

— ¿Te estás volviendo un experto en mí, o qué?

— Yo diría que simplemente estoy atento —contestó con sencillez, sacando las cosas de la caja como si estuviera en su casa.

Me apoyé en el marco de la puerta, observando en silencio. Era amable, cuidadoso, y eso, de alguna manera, me confundía más de lo que ayudaba.

— Gracias, Thomas. De verdad.

Él alzó los ojos y sonrió de nuevo. Una sonrisa tranquila, que no exigía nada, solo ofrecía.

— Cuidamos de quienes importan, Lauren.

Y yo no supe qué responder.

53



Austin Mason

Los días empezaron a pasar despacio, como si el tiempo se hubiera olvidado de correr desde que ella se fue.

Me despierto, entreno, como, entreno otra vez, intento dormir. Repito. Pero nada parece en su sitio. El campo ya no sabe igual y hasta las fiestas han perdido la gracia.

La apuesta terminó. La temporada terminó. Y ella se fue. El mundo siguió como si nunca hubiera pasado por aquí, mientras yo todavía escucho su voz cada vez que entro en un maldito cuarto vacío.

El míster ha empezado a presionarme con las pruebas del Combine. Me dio una lista con ciudades posibles, equipos interesados, analistas que llevan años siguiendo mi rendimiento. "Estás en la cima, Mason. No lo jodas."

¿Y mi padre? Bueno, él solo aparece para recordarme que "la imagen todavía se vende" y que "por suerte, esa chica se alejó antes de causar más destrozo".

Pero la verdad es que, desde que Lauren se fue, lo único que me queda es esta rabia atravesada y un vacío que

no consigo enterrar.

Sé que ella siguió con su vida y que ya no se acuerda de mí.

— ¿Austin? — La vocecita de Jesse me sacó de los pensamientos. Estaba parado cerca de la verja del cole, mirando a los críos correr durante el recreo.

Me giré despacio, y ahí estaba él, con el uniforme arrugado y el pelo despeinado por el viento.

— Qué pasa, campeón — dije, forzando una sonrisa. — ¿Cómo estás?

— Te esperé… para que entrenáramos en la piscina — murmuró, mirando al suelo y dándole patadas a una piedrecita con la zapatilla.

— He estado un poco ocupado — contesté, sintiendo el nudo en la garganta que venía con la culpa.

— Estás igual que Lauren. La llamo y siempre está ocupada, pero hablamos, ¿sabes?

Asentí despacio, sin saber si el apretón en el pecho venía más por sus palabras o por la nostalgia que fingía no sentir.

— He venido a verte antes de irme — dije, agachándome un poco para quedar a su altura.

— ¿Irte? ¿Vas a ver a Lauren? — sus ojos se encendieron, llenos de ilusión.

— No. — Pausé, buscando las palabras. — Me han drafteado en un equipo con sede en Nueva York. Hay muchas posibilidades de que no vuelva a cruzármela nunca más.

— ¿Me puedes llevar contigo? — se animó, como si fuera lo más sencillo del mundo.

Tragué saliva, sintiendo el pecho doler con más fuerza.

— Ojalá pudiera, Jesse. De verdad. Pero no puedo llevarte conmigo. Tu madre no lo permitiría, y tú tienes que seguir yendo al cole, haciendo tu tratamiento y siendo el niño increíble que eres.

Frunció el ceño, aguantándose las ganas de insistir.

— Pero me gustas — dijo bajito. — Y yo también te echo de menos.

Bajé la cabeza y le pasé la mano por el pelo con cuidado.

— Yo también te quiero, chaval. Mucho más de lo que imaginas.

Jesse era especial. Uno de esos niños que, con solo mirarlos, sabes que tienen el corazón más limpio que mucha gente adulta por ahí. Y aun así, mi padre era capaz de mirarle como si fuera un problema.

A veces intento entenderlo, analizando cómo también me trata a mí, como un lastre mal envuelto que necesita ser arreglado todo el tiempo.

Jesse no tiene culpa de nada. Ni de cómo nació, ni del error de su madre, ni del hecho de llevar la misma sangre que yo.

Y por más que intente alejarme, ignorarlo, fingir que puedo seguir sin importarme… no puedo. Porque ya quería a este chaval antes de saber que éramos hermanos.



Mi madre preparó el desayuno como si me fuera a la guerra. Pan caliente, huevos revueltos, zumo de naranja.

— ¿Seguro que quieres ir hoy? — preguntó por tercera vez, con la voz más baja de lo normal.

— Cuanto antes me vaya, antes se arregla todo — respondí.

Clarissa estaba sentada en las escaleras, apretando la almohada contra el pecho e intentando fingir que no estaba llorando.

— ¿Y el nombre del equipo…? — preguntó mi madre, como si solo quisiera alargar la conversación.

— New York Sentinels. Empiezo a entrenar esta misma semana.

Ella asintió despacio, intentando sonreír.

— Va a ser bueno, Austin.

Yo necesitaba un nuevo comienzo, y ese era mi sueño.

— Todo irá bien, mamá. Te lo prometo.

Me abrazó con fuerza, como no lo hacía desde el instituto. Cálido, apretado, verdadero.

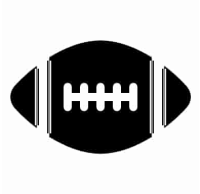
— Eres mucho más de lo que la gente dice, hijo.

Clarissa se levantó y vino corriendo hacia mí. Me abrazó como si quisiera pegarme a ella.

— Si no vienes a visitarme, voy a pegar tu cara en carteles de "fugitivo" por toda la ciudad.

Sonreí, besándole la frente. Cerré la puerta de casa. El GPS marcaba poco más de cinco horas de vuelo hasta Nueva York.

Una nueva ciudad. Una nueva rutina y ninguna promesa real de paz.



Lauren Morgan

El móvil vibraba insistentemente en la encimera de la cocina mientras terminaba de colgar uno de los cuadros en la pared. Respiré hondo, intentando ignorar el lío en mi cabeza y centrarme en el desorden a mi alrededor.

Otra notificación más.

Cogí el aparato con la intención de silenciarlo todo, pero me detuve al ver el mensaje de Rebeca:

"Amiga, ¿has visto ESTO???"

Pinché en el enlace adjunto.

Su imagen apareció de golpe: Austin Mason, con traje oscuro, expresión seria, sujetando la camiseta de los New York Sentinels con el número 10 estampado en el pecho.

"Austin Mason es anunciado como el nuevo quarterback de los New York Sentinels."

El corazón me dio un vuelco sin aviso. Sentí las rodillas flaquear por un segundo. Me senté en el brazo del sofá, leyendo la noticia.

"Tras una temporada universitaria, un gran rendimiento y partidos decisivos, Mason fue la elección sorpresa de los Sentinels en el draft. El equipo neoyorquino apuesta por el talento en bruto y la fuerza de imagen de Austin para renovar su base de aficionados…"

Las fotos de él desfilaban por la pantalla. Un vídeo del momento en que sube al escenario firma el contrato y sonríe para los flashes.

Esa misma sonrisa que un día fue solo mía.

Respiré hondo. Deslicé la pantalla.

Los comentarios estaban llenos de corazoncitos, emojis de fuego y preguntas sobre su vida amorosa.

Dejé el móvil a un lado y cerré los ojos. Él estaba lejos. Literalmente al otro lado del país, y eso me dio una falsa sensación de ligereza.

54



Austin Mason

Un mes después…

Tenía mil cosas que hacer, bueno, cosas de la hostia. Entre entrenos, campañas, reuniones y entrevistas, mi agenda estaba tan a reventar que apenas me quedaba tiempo para respirar.

Pero aun así, allí estaba yo, sentado en el sofá, móvil en mano, viendo los stories del gilipollas de Thomas.

Patético. Eso era lo que estaba siendo. Un idiota sin amor propio buscando cualquier excusa para llenar la cabeza de mierda.

No era difícil ver a Lauren en sus publicaciones, aunque no saliera en ellas, estaba ahí. Dos tazas sobre la mesa, un par de pies descalzos en la terraza, una risa apagada al fondo de algún vídeo.

Reconocería la risa de ella incluso en medio de un puto huracán. Odiaba a ese tío con todas mis fuerzas.

Di un portazo en la terraza, dejando el móvil en el sofá como si eso pudiera evitar que volviera a stalkearles otra vez.

Diez minutos después, sonó el timbre.

— Está abierta — grité, sin muchas ganas.

La puerta se abrió con la risa escandalosa de alguien que, definitivamente, no venía solo.

— ¡BROOOO! — Leo entró, el suplente más parlanchín del equipo. — ¡He traído compañía para animar tu noche! Estilo NY, colega.

Dos chicas entraron detrás de él, riéndose alto y quitándose los abrigos como si vivieran allí.

— Este sitio es un lujo — dijo una, mirando alrededor.

— ¿Te importa si nos tomamos una copa? — preguntó la otra, guiñando un ojo.

— Poneos cómodas — contesté, yendo a la nevera a por una botella de agua.

Leo me lanzó una mirada atravesada.

— Tío… ¿agua? Con estas dos diosas aquí y tú bebiendo agua.

— Estoy en off. — Me encogí de hombros, apoyándome en la encimera.

Las chicas se acercaron, una de ellas echándose el pelo hacia un lado y rozándome a propósito.

— He visto tus campañas, eres mucho más guapo en persona.

— Y bastante más callado también — respondí.

Ella rió, sin inmutarse.

— Eso me da todavía más curiosidad.

Leo se partía de risa al fondo, sirviendo vodka en los vasos.

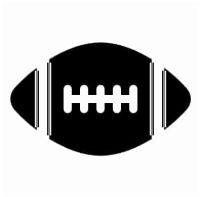
— Venga ya, Mason, ¿ahora vas de difícil?

— Estoy tranquilo.

Ellas soltaron risitas forzadas, intercambiaron miradas y se apartaron un poco, ocupando el sofá. Una encendió la tele, la otra se puso a hacerse selfies como si yo fuese un trofeo de fondo.

Pero mi cabeza no estaba allí. Seguía en las tazas de Lauren, en su pie grabado en el story, en la sonrisa que ya no era mía, en la rabia que alimentaba cada día para no coger un avión e ir hasta allí como siempre dije que haría.

Pensé en irme a la habitación, pensé en pedirles que se fueran, pero al final, solo me senté en la esquina del sofá con un vaso de agua en la mano, riéndome cuando me parecía que el chiste había sido bueno.



Lauren Morgan

— Estos números están increíbles, Lauren — dijo Thomas, inclinándose sobre la pantalla del portátil. — El proyecto está avanzando con más solidez de lo que cualquiera de nosotros esperaba en tan poco tiempo.

Sonreí, algo cortada, apretando el bolígrafo entre los dedos. Había trabajado días enteros en ese informe. Solo saber que él lo había notado ya hacía que todo el esfuerzo mereciera la pena.

— El equipo de la mentoría también ayudó mucho. Pero creo que la idea de llevar apoyo psicológico a comunidades periféricas

tocó más hondo de lo que imaginábamos.

— No fue solo la idea. Fue la ejecución. Y eso es todo mérito tuyo — dijo, señalándome con el dedo y regalándome una sonrisa tranquila y segura.

Estábamos sentados en la terraza de nuestro espacio de coworking improvisado, que él insistía en llamar "oficina estratégica".

Thomas volvió a mirarme mientras suavizaba aún más la sonrisa y sus ojos bajaron discretamente hasta mi tripa.

— La barriga todavía está pequeña, pero se nota cuando te ríes. O cuando apoyas la mano ahí sin darte cuenta — dijo con dulzura.

Me puse colorada al instante. Era verdad. A veces, en mitad de una frase, me sorprendía a mí misma protegiendo la barriga con los dedos, sin darme cuenta.

— Estoy intentando disimular… — murmuré, casi como si pidiera perdón.

— No hace falta. No tienes nada que ocultar, Lauren.

El silencio se alargó unos segundos. Respiré hondo, fijando la mirada en la taza de té a medio acabar sobre la mesa.

— A veces me da miedo no poder con todo. Con la startup, el máster, el bebé…

— Claro que vas a poder. Porque ya lo estás haciendo. Y cuando necesites ayuda… no tendrás ni que pedirla dos veces.

Levanté los ojos hacia él y pensé: ¿cómo podía existir alguien como Thomas?

Era demasiado amable. Demasiado atento. Casi irreal, como un personaje de novela.

— Ayer le conté a mi madre lo del embarazo — confesé, soltando un suspiro al final. — Creo que tardé demasiado, pero, como ya te dije, preferí esperar a que todo estuviera bien. Así estaría más tranquila.

— ¿Y aun así se volvió loca, verdad?

— Sí. — Reí, cubriéndome la cara con las manos un segundo. — Se volvió loca. Hizo mil preguntas, lloró, me llamó inconsciente y luego lloró otro poco y me pidió perdón por llorar. Luego quiso saber de quién era el bebé y, cuando se lo dije, se volvió loca otra vez.

Thomas rió, recostándose en la silla.

— Al final se va a enamorar del nieto. La mayoría de las madres son así, tienen un mini colapso antes de derretirse.

— Sí, supongo que en algún momento lo entenderá. Por lo menos ahora ya lo sabe. Es un secreto menos carcomiéndome por dentro.

Thomas volvió a mirarme, y por un instante, su mirada se quedó demasiado tiempo.

— No estás sola, Lauren. No lo vas a estar.

Era dulce, sincero. Casi demasiado bueno para cualquier mujer.

Pero no era a él a quien mi corazón echaba de menos, aunque odiara seguir pensando en Austin, aunque me obligara a seguir adelante.

— Quiero verte decir eso cuando llegue tarde después de una noche sin dormir — bromeé.

Thomas sonrió.

— Voy a estar aquí diciéndotelo incluso cuando estés despeinada, con ojeras y un biberón en la mano. Tendrás que

acostumbrarte.

— ¿Eso ha sido un cumplido? — pregunté, riendo.

— Las dos cosas. Pero de alguien que va a llevarte el bolso, correr detrás de pañales y hasta fingir que sabe cocinar cuando estés demasiado cansada para entrar en la cocina.

Tragué saliva. No porque me emocionara con facilidad, sino porque una parte de mí quería escuchar todo eso de Austin. Aun así, seguí sonriendo.

— Gracias, Thomas. Por todo. De verdad.

— Si aún ni he empezado.

55



Austin Mason

Dos meses después…

Me desperté varias veces durante la noche, sudado, con el corazón a mil y la mente atrapada en la misma pesadilla.

Soñaba con una niña, siempre la misma, llamándome, pidiéndome ayuda mientras caía por un acantilado, con los bracitos estirados, la voz desesperada, la mirada clavada en mí como si fuese su única esperanza. Pero nunca llegaba a tiempo y me despertaba con la garganta seca, las sábanas hechas un lío y la sensación de que algo dentro de mí se estaba desmoronando sin previo aviso.

Nunca he maltratado a los niños, al contrario, paso horas después de los partidos haciéndome fotos, firmando gorras y hasta bailando chorradas para TikTok con ellos. Siempre me ha gustado esa parte. Entonces, ¿por qué coño sigo soñando con eso?

El campo de entrenamiento estaba a reventar. Entrenadores gritando, cronómetros pitando, jugadores corriendo como si estuvieran disputando una final.

Y yo, presente solo en el cuerpo, pero ausente en todo lo demás.

— ¡Mason, vamos! Ruta corta, giro y vuelve — gritó el entrenador.

Asentí con la cabeza, respiré hondo y corrí. Los músculos ardían, el sudor me caía a chorros, pero nada conseguía borrar el maldito sueño. Esa voz infantil seguía gritando en mi cabeza.

"¡Ayúdame, por favor…!"

Giré con fuerza, recibí el pase, pero el balón se me escurrió entre los dedos.

— ¡Otra vez! — bramó el entrenador. — ¿Dónde coño tienes la cabeza, Mason?

En el precipicio de mis pensamientos, eso era lo que quería contestar.

Leo pasó a mi lado, dándome una palmada fuerte en el hombro.

— Tío, ¿qué te pasa? Estás empanado desde que llegaste.

— Nada — gruñí. — Solo una noche en vela.

Mentira. Era un puto presentimiento que crecía cada hora, como si algo estuviera a punto de pasar y yo no pudiera impedirlo.

Corrí otra vez, caí al suelo durante un bloqueo, el hombro palpitando, la vista nublada por un segundo.

— Eh, ¿estás bien? — preguntó el entrenador.

Me levanté, me limpié la palma en el pantalón corto y fingí que no pasaba nada.

— Todo bien.

Pero nada estaba bien.

El sudor me resbalaba aún por las sienes cuando el entrenador se acercó, con el cronómetro colgado del cuello y la

pizarra bajo el brazo.

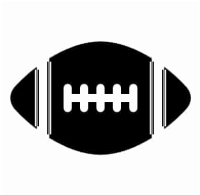
— Deberías pasar este fin de semana con tu familia, Austin. Despejar la mente, respirar un poco fuera del campo.

Asentí, sin fuerzas para discutir.

— Puede que sea buena idea.

— No "puede" — remarcó él. — Es buena idea. Nadie juega bien con la cabeza en otro sitio.

Yo lo sabía, y por eso solo asentí.



Lauren Morgan

— Tengo miedo, Thomas — confesé, sintiendo cómo la punzada volvía a apretarme, como si algo me estuviera desgarrando por dentro. Mi mano fue instintivamente a la barriga, intentando proteger lo que ya formaba parte de mí.

— Lauren… el médico dijo que todo está bien. Que lo peor ya pasó — habló con calma, intentando tranquilizarme.

— Casi pierdo a mi hijo — susurré, con la voz rota y el corazón desbocado.

— Pero no lo perdiste. — Se agachó a mi lado, sujetando mi mano. — Está aquí. Contigo. Y lo único que tienes que hacer es descansar, cuidaros a los dos. Lo que pasó fue una advertencia, Lauren. Solo eso.

Cerré los ojos con fuerza.

— Fui imprudente.

— Te lo advertí — dijo con una media sonrisa triste. — Te dije que no debías coger esas cajas ni intentar bajar escaleras con ellas.

— Solo quería terminar rápido con eso…

— Lo sé. Pero ahora… la prioridad eres tú y este bebé, ¿vale?

Asentí en silencio, notando las lágrimas resbalar por mis mejillas.

— Este fin de semana voy a Los Ángeles. Puedo llevarte conmigo y así aprovechas para visitar a tu madre. Te va a venir bien, despejarte un poco, estar cerca de ella.

Levanté la mirada despacio, asimilando sus palabras.

— No sé si es buena idea, después del susto, de la presión… ¿y si empeora en medio del viaje?

— Conduzco tranquilo. Paramos todas las veces que haga falta. No hay nada más importante que tú estés bien. Y apuesto a que tu madre se va a emocionar cuando sepa que puede verte así, en persona.

— Tienes razón, iré contigo. Echo de menos a mi madre y a Jesse.

56



Austin Mason

No le conté a nadie que iba a Los Ángeles. Quería sorprender a mis padres y a Clarissa. Solo me di cuenta de cuánto echaba de menos la ciudad cuando empecé a reconocerla por la ventanilla del coche, mientras conducía rápido por sus calles.

Fue entonces cuando vi el coche de Miles aparcado frente a una cafetería. Aparqué al lado. Me había enviado varios mensajes en los últimos meses que nunca respondí. Me sentí un desagradecido, pero no lo pensé dos veces antes de bajar del coche.

— ¡Miles! — llamé al entrar en el local.

Se giró enseguida y una sonrisa enorme le cruzó la cara antes de tirarme de un abrazo.

— ¿Mason? ¡Joder, qué buena sorpresa!

— Iba a visitar a mis padres y vi tu coche fuera. ¿Aún no lo cambiaste? Me acuerdo de que estabas pensando hacerlo.

— He tenido otras prioridades estos meses — respondió con una sonrisa algo cansada.

— Me lo imagino. ¿Puedo tomar un café contigo?

— Claro, siéntate. Cuéntame cómo te va en el equipo.

Me senté en la silla, respirando hondo antes de contestar.

— El entrenador me mandó tomarme un tiempo fuera de los campos. Dijo que necesitaba despejar la cabeza.

Miles me miró con atención.

— ¿Ha pasado algo?

— No sé cómo explicarlo. Siento como si lo tuviera todo y nada al mismo tiempo. No me ilusiona absolutamente nada.

— ¿Ni con chicas? — intentó bromear, aunque su mirada seguía seria.

— No puedo pensar en eso ahora. No me involucro con nadie, estoy intentando centrarme en la carrera.

— Todavía no has olvidado a Lauren, ¿verdad?

Respiré hondo, desviando la mirada.

— No sé si tiene que ver con ella.

— Fue tu única novia, Austin. Es normal que cueste olvidarla.

— Ella solo me estaba utilizando.

— Y para ti ella fue solo una apuesta — replicó sin dudar.

— ¡No! Quiero decir… al principio, sí, pero después…

— ¿Entonces eso es lo que intentas decirme? Que los sentimientos cambian, ¿qué recapacitaste porque te diste cuenta de que te gustaba, pero piensas que es imposible que ella sintiera algo de verdad por ti?

— Miles, su madre sedujo a mi padre. Tuvo a Jesse…

Me interrumpió de golpe, sin paciencia:

— Austin, lo siento si tu madre no tiene valor para decírtelo, pero yo sí lo tengo. Tu padre es un cabrón, siempre lo ha sido. No quiere a tu madre, ni a ti, ni a Clarissa…

Sentí la respiración cortarse, el pecho apretado de rabia.

— Miles…

— Lo que hizo con la madre de Lauren estuvo mal. Se aprovechó y luego desapareció.

— ¡Eso no lo justifica! Mi padre está casado y ella lo sabía.

— ¿Casado? ¿De verdad crees que ahí hay un matrimonio? Eso nunca fue más que un acuerdo, Austin. Tu madre nunca quiso a ese hombre. Siempre fueron libres y prisioneros a la vez, viviendo una mentira para guardar las apariencias. Nadie engañó a nadie.

Fruncí el ceño, notando la sangre subir a la cara.

— Sabes demasiado sobre mi familia, ¿no crees?

— Sí. Sé mucho más de lo que imaginas.

— ¿Y por qué sabes tanto? No me vengas con el cuento de que eres amigo de mi madre.

Miles sostuvo mi mirada.

— Es exactamente lo que estás pensando. Yo amo a tu madre, Austin. Siempre la he amado, desde la adolescencia. Solo que tu padre tiene métodos muy eficaces para mantener a la gente atada a él. Lo hizo con tu madre, y ahora lo ha hecho contigo y con Lauren. Todo lo que toca, lo destruye.

— ¡Cállate la puta boca!

— Miro tu cara y pienso que debería pedirle explicaciones a Graziela por el hecho de que te parezcas tanto a mí — soltó de golpe.

Abrí los ojos de par en par, incrédulo.

— Pero tengo miedo — continuó él. — Miedo de descubrir que la única mujer a la que he amado en mi vida me escondió un hijo todo este tiempo.

— ¿Has bebido?

— Solo me di cuenta de cuánto me dolía cuando ya no pude seguir entrenándote. ¿Te acuerdas, Austin? Apenas sabías andar y ya corrías conmigo en el campo.

Me levanté, saqué dinero de la cartera y lo dejé sobre la mesa. Las manos me temblaban.

— Estás loco.

— Quizá me equivoque al decirte todo esto en un lugar público. Pero estoy harto de verte sufrir por culpa de un hombre que no quiere a nadie más que a sí mismo.

— No soy tu hijo — dije entre dientes.

— Pero siempre he sido más tu padre que ese hombre. Y lo sabes. Te acuerdas de nuestras charlas, de los consejos que venías a buscarme a mí en vez de a él. De hecho, lo acabas de hacer ahora. Me viste y viniste hacia mí, como siempre, porque en él no encontrabas el afecto que buscabas. Yo te vi crecer, Austin, te vi en la barriga de tu madre, te cogí en brazos, te ayudé a dar tus primeros pasos. Por eso me da miedo descubrir la verdad, porque no quiero sentir rencor hacia ella.

— ¡Cállate! No tienes ni idea de lo que estás diciendo — respondí, saliendo a toda prisa de la cafetería, dejándolo con las lágrimas contenidas en los ojos.

Entré en el coche todavía temblando, intentando asimilar sus palabras. Fue entonces cuando vi otro coche aparcar cerca, y Thomas bajó, seguido de ella, de Lauren.

Todo mi cuerpo se congeló al verla, tan guapa como la recordaba. Cuando rodeó el coche y se detuvo frente a mí, mis ojos se clavaron en su barriga ya crecida y en la forma en que la acariciaba.

Bajé del coche inmediatamente. Thomas entró en la cafetería, donde se había formado una cola, y aproveché la oportunidad.

— ¿Lauren?

Su rostro palideció al instante, mientras intentaba disimular, tirando del abrigo para cubrirse.

— ¿De cuántos meses estás?

— Hola para ti también, Austin — contestó seca, apartando la mirada.

— ¿De cuántos meses?

— Eso no te incumbe.

Miré rápido hacia dentro de la cafetería. Thomas estaba distraído en la cola, y Miles aún seguía sentado, mirándome fijamente.

Respiré hondo, volviendo a enfocarme en ella.

— Entonces cambiemos la pregunta, ¿quién es el padre? ¿Quién es el padre de ese bebé?

— El bebé es solo mío.

Una lágrima me resbaló por la cara sin que pudiera controlarlo.

— Puedo haber sido un cabrón contigo, Lauren. Puedes odiarme. Pero si ese niño es mío, tengo derecho a saberlo.

— Perdiste todos tus derechos cuando dijiste que te alegraba que yo no estuviera embarazada. Así que, olvida lo que has visto y sigue con tu vida, porque yo ya estoy siguiendo con la mía.

— ¿Austin? — Thomas salió de la cafetería, con las manos vacías. — ¿No había partido hoy?

Me giré hacia él, sintiendo la rabia recorrerme entero.

— En el campo, si yo no entro, entra otro en mi lugar. Me da igual. Pero con Lauren y con el hijo que lleva, no acepto que nadie me sustituya. Mi hijo no va a llamar a otro hombre papá.

57



Austin Mason

Ella hinchó el pecho y levantó la barbilla, desafiándome sin un ápice de miedo en la mirada.

— No tienes que aceptar ni dejar de aceptar nada.

— Claro que sí — respondí firme, sosteniendo su mirada.

— Tú ni siquiera querías tener un hijo, Austin.

— Tienes razón, no lo quería. Pero ahora existe, Lauren. Eso me da todo el derecho a aceptar o cuestionar tus decisiones.

Ella negó con la cabeza, soltando una risa amarga.

— Basta, Austin — dijo, con la voz quebrada mientras se alejaba de mí, volviendo al coche.

No tenía ni idea del caos que tenía en mi cabeza. No tenía derecho a simplemente darme la espalda e ignorar todo lo que sentía ahora.

Acababa de descubrir que quizá era hijo de otro hombre. Acababa de descubrir que iba a ser padre. Joder, no quería ser Miles. No quería mirar atrás en el futuro y ver solo dudas y arrepentimientos. No quería vivir como él, atado al miedo de

afrontar la verdad, consumido por la idea de que el hijo que tanto había deseado quizá estaba allí, delante de él, todo el tiempo.

Eché un vistazo al café, donde Miles seguía sentado, mirándome con el dolor reflejado en los ojos. Sentí algo desgarrarse fuerte en mi pecho, porque le quería. Siempre le había querido. Igual que quería a Lauren.

Odiaba todo lo que había hecho hasta hoy. Odiaba cada decisión equivocada, cada mentira que me conté a mí mismo. Odiaba sobre todo la idea de ver a Lauren seguir con su vida con otro tío, y a mi hijo crecer lejos de mí, criado por alguien que quizá nunca le quisiera como yo sé que lo voy a querer.

La verdad era que no soportaría esa realidad.

— Vamos a hablar en otro sitio, solo los dos — propuse, lanzando una mirada fría a Thomas.

Lauren se encogió de hombros y entró en el coche.

— Su número sigue siendo el mismo — dijo Thomas al pasar junto a mí, entrando después en el vehículo y arrancando de allí.

Miré por última vez a Miles antes de meterme en mi coche. Conduje sin pensar, acelerado y arrastrado por un torbellino de emociones hasta la casa de mis padres. Aparqué de cualquier manera y entré.

Mi madre saltó del sofá en cuanto me vio y corrió a abrazarme. Mi padre, sentado a la mesa con papeles esparcidos, ni siquiera mostró sorpresa.

— ¿No tenías partido hoy? — preguntó con esa expresión fría de siempre.

— Lo sé.

— ¿Entonces por qué estás aquí?

— Jonathan, nuestro hijo ha venido a visitarnos — respondió mi madre, molesta con su actitud.

— Nuestro hijo debería estar jugando, no en mi despacho en horario laboral.

En ese instante, sentí que algo se rompía dentro de mí. El odio me llenó el pecho de una forma incontrolable. Me giré hacia mi madre, con un nudo apretándome la garganta.

— Mamá, ¿por qué me hiciste esto?

Ella frunció el ceño, agarrándome del brazo con fuerza.

— ¿Qué hice?

— Dejaste que yo le llamara padre. Dejaste que me pasara la vida humillándome detrás de las migajas de su atención.

Mi padre por fin se levantó, acercándose con curiosidad.

— ¿De qué hablas, Austin? — preguntó mi madre, asustada.

— Mi vida es una mierda, dejé a la mujer que amo, podría haber luchado por ella, que se joda si quería mi dinero, podría haberme quedado con ella, solo la dejé ir con él.

— Austin… — mi madre intentó interceder, con la voz rota.

— ¡Cállate, Austin! — gritó mi padre. — Tú no eres el seguro de vida de nadie.

— Si no lo soy, ¿entonces por qué me trataste como si lo fuera? ¿Vas a negar que te lucraste toda la vida con mi imagen? ¿Vas a negar que tenías miedo de que lo dejara todo por Lauren y te quedaras sin tu producto principal? Porque eso es lo que soy para ti, ¿no?

Mi madre respiraba rápido, casi llorando. Volví a mirarla fijamente.

— ¿Por qué me hiciste esto, mamá? Si existía la posibilidad de que yo tuviera otro padre, ¿por qué dejaste que viviera esta mentira?

— ¿De qué hablas, chaval? — bramó mi padre.

— ¡De Miles! Ahora todo encaja. De él hablaban a escondidas, por eso decían que me parecía a él, que jugaba como él. Es por eso que nunca pudiste quererme, ¿verdad? Porque siempre supiste que no era tu hijo.

Mi madre cayó sentada en el sofá, mirando a mi padre con desesperación. Él permanecía inmóvil, furioso e indiferente.

— Quiero una prueba de ADN. Quiero saber ahora si él es mi padre.

Mi madre suspiró.

— No hace falta ninguna prueba, Austin — dijo bajito, mirando al suelo. — Miles es tu padre biológico.

Una lágrima me resbaló por la cara, pero estaba sonriendo. No era tristeza, era alivio. La sequé con el dorso de la mano.

— Jesse tiene suerte de no saber quién es su padre. Es un buen chico y tú no le destrozaste la vida como hiciste con la mía — dije, saliendo de la casa.

— ¡Austin! — gritó mi madre, pero yo ya estaba lejos, corriendo hacia el coche y saliendo de allí a toda prisa.

Conduje sin rumbo por las calles de la ciudad. Ya no tenía dónde ir. Ya no tenía a nadie. Me sentía completamente solo en el mundo. El móvil vibraba sin parar con llamadas de mi madre, pero no contesté a ninguna. Lo dejé sonar, indiferente. Nada de lo que pudiera decir cambiaría el caos que sentía dentro de mí en ese momento.

Hasta que el móvil volvió a encenderse, ahora con un mensaje distinto.

Lauren: "No vamos a seguir huyendo de esta conversación. Necesitamos vernos."

Paré el coche en seco en el arcén, mirando la pantalla del móvil durante un tiempo que me pareció eterno. Mi corazón latía a toda velocidad en el pecho, desbocado por culpa de un solo mensaje suyo.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos, pero era imposible. Mis dedos teclearon rápido, como si el móvil fuera a escaparse de mis manos en cualquier instante:

— ¿Dónde estás? Voy a ti.

58



Lauren Morgan

— Has hecho lo correcto, Lauren. Tenéis que hablar por el bien de la criatura — dijo mi madre mientras servía un trozo generoso de tarta a Thomas.

Yo solo asentí, intentando ignorar el nudo en el estómago que la idea de ver a Austin me provocaba. Después de todo lo que él dijo, de todo lo que yo escuché, era difícil imaginarme enfrentándole de nuevo. Pero quizá había llegado el momento. Por el bebé. Por la paz que yo tanto necesitaba.

— Sí — completó Thomas, cogiendo el plato de la mano de mi madre con una sonrisa educada. — Nunca pensé que estuviera bien que Mason no lo supiera. Pero siempre apoyé a Lauren, en cualquier decisión que tomara.

Mi madre entrecerró los ojos hacia él, evaluando sus palabras con esa mirada de radar que solo las madres tienen.

— Os habéis hecho bastante cercanos, ¿verdad? — soltó, disfrazando la curiosidad con un tono demasiado casual.

Thomas no dudó. Ni siquiera tartamudeó. Respondió con la calma de quien no tiene nada que ocultar.

— No lo tome a mal, doña Elisa. Solo somos amigos y socios.

Ella arqueó una ceja, como si se debatiera entre creerlo o no.

Abracé mi barriga de forma instintiva, como si ese gesto pudiera recordarme el propósito. Lo que realmente importaba ahora.

— Mamá — susurré. — Si él quiere formar parte de la vida del bebé, no sé si voy a poder impedírselo.

Me miró un momento, luego se sentó a mi lado y me cogió la mano.

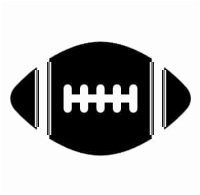
— Entonces prepárate para lo que venga, hija.

Yo todavía no había respondido al mensaje de Austin sobre mi ubicación, así que cogí el móvil y escribí:

Lauren: ¿El piso cerca de la uni sigue siendo tuyo?

Austin: Sí.

Lauren: Llego en una hora.



Austin Mason

Dejé la puerta entornada y me dejé caer en el sofá. Había una botella de cerveza medio vacía en la mesita de centro. Escuché los pasos suaves en el pasillo, luego un golpecito leve en la puerta antes de que Lauren la empujara con cautela y entrara.

Se detuvo delante de mí, vacilante. Señalé con la barbilla hacia el sillón frente a mí, y ella se sentó sin decir nada durante unos segundos. Sus ojos recorrieron el piso antes de volver a mí.

— El hijo es tuyo — soltó, directa, sin rodeos, como si fuera una novedad. — Y necesitamos llegar a un acuerdo.

Cerré los ojos un instante, escuchando con paciencia.

— Como yo vivo en Arizona y tú en Nueva York, la distancia va a ser un reto. Al principio, el bebé va a depender mucho de mí, y después vendrá la etapa del cole, así que…

— ¿Cómo estás? — la interrumpí.

Frunció levemente el ceño, soltando un suspiro impaciente.

— Estoy bien, Austin.

— Me alegro — murmuré, apartando la mirada. — Al menos estás bien y feliz.

Hubo un silencio incómodo entre los dos. Se podía escuchar hasta el tic-tac del reloj en la pared. Ella pasó la mano por la barriga, gesto automático, protector. Yo quería hacer lo mismo. Pero aún no me sentía digno.

— Vale, básicamente, eso es todo — retomó, acomodándose en el sillón. — Tengo pruebas médicas programadas, todavía no sé el sexo del bebé. Si quieres acompañarme, puedes. No voy a impedirlo.

— Lauren… — dije más bajo, mirando sus manos entrelazadas. — Tranquila. Vamos a hacer que esto funcione.

Ella asintió, pero sin emoción en el rostro.

— Entonces… eso es todo. Te voy a dejar mi dirección — dijo, levantándose ya.

Antes de que diera otro paso, me apresuré a ponerme en pie y bloqueé su salida. Llevé la mano con cuidado a su rostro, obligándola a mirarme.

— ¿Tú y Thomas estáis juntos?

— Adiós, Austin — replicó, intentando apartarse.

— ¿Le quieres?

Cerró los ojos un segundo. Respiró hondo, impaciente.

— Tú y yo no tenemos vuelta atrás.

— ¿Le quieres?

— Aquel día en la uni, la apuesta, todo lo que me dijiste en esa cafetería, la forma en que me miraste cuando me acusaste de usarme… mató cualquier posibilidad.

— Lauren. Solo quiero saber si le quieres. Solo eso.

— Solo somos amigos. Desde siempre, pero eso ya no es asunto tuyo — respondió por fin.

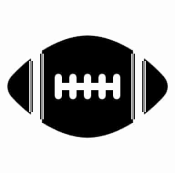
Sonreí. Una sonrisa pequeña, aliviada, casi imperceptible. Claro que la idea de otro hombre cerca de ella me seguía jodiendo. Pero saber que su corazón aún no se lo había entregado a nadie me daba un hilo de esperanza.

— Gracias por contestar — susurré, dejando que mi mano resbalara hasta su barbilla antes de apartarme.

Me miró un instante, como si quisiera decir algo más, pero se giró y caminó hacia la puerta.

— Lauren… — la llamé, antes de que saliera. — Gracias por dejarme formar parte de esto, no por obligación, sino porque quiero.

Se detuvo en la puerta. No miró atrás. Solo asintió una vez con la cabeza y se fue.



Fui al campo de la uni. Ese césped conocía mi historia mejor que nadie. Allí viví mis mejores momentos. Lancé la pelota con fuerza, como si pudiera descargar junto con ella todo lo que me ahogaba. Corrí detrás una y otra vez, hasta sentir el sudor resbalando y los músculos arder. Correr era la única manera de callar la cabeza.

— ¡Buena jugada! — la voz de Miles me hizo detenerme en medio del campo.

Me giré despacio y le vi allí, en la entrada lateral, con una sonrisa orgullosa.

— Estás en plena forma, Austin.

— ¿Jugamos un partido? — solté, lanzando la pelota al aire y atrapándola de nuevo.

Miles caminó hacia mí, con calma.

— Sí, vamos a jugar un partido — respondió, cogiendo la pelota de mis manos.

— ¿Sabes jugar? — bromeé, chasqueando los dedos mientras me alejaba unos pasos.

— Yo te enseñé, ¿recuerdas? — replicó con una sonrisa. — Solo aprendiste a lanzar porque pasabas horas jugando conmigo.

— Y tú solo me enseñabas porque no tenías hijos. O porque sabías que yo era tu hijo.

Miles sujetó la pelota con más fuerza, y los ojos le brillaron con las lágrimas que se le formaban. No contestó. Solo giró la pelota entre las manos.

— Tu madre me llamó.

— Lo imaginé. ¿Está muy cabreada?

— Tú y yo hemos vivido buenos momentos, siempre los hemos tenido.

— Si quieres puedo llamarte padre.

— Me encantaría — respondió Miles, con la voz tomada. — Pero solo si te sale natural. No necesitas darme ese título solo para consolarme.

— No es por consuelo — murmuré, pateando la hierba con la punta de la zapatilla. — Es porque, en el fondo, siempre lo fuiste. Incluso cuando yo no lo sabía.

Asintió, tragando saliva, y se pasó la mano por los ojos intentando disimular la lágrima que caía.

— Tienes mi forma de andar. Esa misma manera insoportable de poner los ojos en blanco cuando alguien suelta una tontería. Y la misma maldita cabezonería de no querer escuchar consejos — dijo con una sonrisa entre lágrimas. — Desde la primera vez que te vi, lo supe.

— Sentí rabia contra ella por dejarme creer que aquel hombre era mi reflejo. Que yo era solo otro proyecto mal hecho suyo.

Miles se acercó y puso la mano en mi hombro.

— Tú nunca has sido el proyecto de nadie. Eres un tío de puta madre, Austin. Y no es por tu apellido, por tu posición en el campo ni por una puta genética. Es porque, incluso con toda la mierda que te lanzaron, seguiste intentando hacerlo bien. Eso ya te hace más hombre de lo que él jamás fue.

Respiré hondo y miré el césped. El mismo donde aprendí a jugar, a caer, a levantarme. Donde fui feliz sin saber por qué.

— Entonces… juguemos. Pero esta vez, como padre e hijo.

Miles soltó una risa ronca, cogió la pelota y se alejó unos pasos.

— Como padre e hijo.

Lanzó, y yo corrí, como tantas veces antes. Pero ahora todo era distinto. Esta vez, sabía exactamente quién me estaba pasando la pelota.

59



Lauren Morgan

Una semana después…

Oí unos golpes en la puerta, pero Thomas se adelantó a abrir. Austin entró justo detrás de él, con los ojos atentos, explorando cada rincón del piso.

— No hacía falta que vinieras, te dije que nos veríamos en la clínica — solté.

— Lo sé, pero quise venir de todas formas — contestó, sin disimular la mirada que recorría el sitio. — ¿Vivís juntos?

— No — respondí, ya imaginando adónde quería llegar.

— Pero es como si lo fuera — añadió Thomas. — Paso aquí todo lo que puedo. Lauren es terca, ya lo sabes. La última vez bajó escaleras con cajas y se pegó un buen susto.

La mandíbula de Austin se tensó. Se mordió el labio y soltó, crispado:

— ¿Qué tipo de susto?

— Me caí de la escalera. Pensé que había perdido al bebé — dije en voz baja.

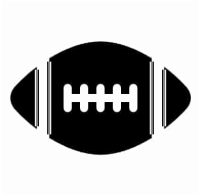
Austin cerró aún más la cara.

— Pues eso. Por eso vigilo todo lo que puedo — dijo Thomas. — ¿Quieres tostadas con esa mermelada que traje, Lauren?

— ¿La misma de la otra vez?

— Exacto. Esa que te encantó. Vete preparando que yo lo hago aquí.

— Vale. Vuelvo en quince minutos.



Austin Mason

Sentía la sangre latiéndome por todo el cuerpo. La mandíbula rígida, el puño cerrado al lado del cuerpo. Podría reventarle la cara. Podría tirarlo por esa terraza y aun así me parecería poco.

Me acerqué, viéndole untar esa mierda de mermelada en la tostada como si fuera el dueño de todo.

— Voy a luchar por ella — solté firme, en voz baja.

— Hazlo — respondió sin mirarme.

— No te hagas el inocente. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo?

— ¿Qué estoy haciendo, Austin?

— Quieres a mi mujer y a mi hijo.

Thomas dejó el cuchillo, sin prisa, y me miró de frente.

— Si quisiera a Lauren de esa forma, lo habría intentado con otras armas.

— Claro. Voy a fingir que me creo eso.

— No hace falta que me creas. Pero entiendo tu desconfianza. En tu lugar, pensaría lo mismo. Si ella me hubiera dado la mínima señal, quizá habría ido a por ello. Pero no lo hizo y yo lo respeté.

Golpeé la mesa con fuerza contenida.

— Ella solo me ve como amigo, Austin. Y yo acepto eso.

— Que te jodan a ti y a tu amistad.

Thomas paró lo que hacía para mirarme.

— Estuve aquí cuando tú no estabas. Cuando fuiste un imbécil. Cuando la humillaste en el café. Cuando lloraba con miedo al embarazo. Si hoy ella está entera para que tú vuelvas y luches, es porque alguien recogió los pedazos que dejaste tirados.

Tragué saliva.

— Pero tranquilo — continuó. — No lo hice por ti. Ni por reconocimiento. Lo hice porque Lauren es increíble. Y porque aprendí a quererla como a una hermana.

— Ella no es Pérola, Thomas.

Bajó la mirada un segundo, la mandíbula le tembló.

— Lo sé. Pérola murió. Y yo no estaba allí. No había nadie con ella cuando me necesitó. Si pudiera volver atrás, lo haría todo distinto. Así que hoy, si puedo hacer por alguien lo que no hice por mi hermana, lo hago. Y eso fue lo que hice con Lauren.

— Estoy lista — dijo Lauren al volver al salón, con una sonrisa suave y ese brillo en los ojos que me destrozaba por dentro.

Llevaba un vestido sencillo, pero que marcaba la tripita con perfección. Aquello me jodió. Porque verla embarazada, de mi hijo, con un vestido… joder, siempre me encantó verla así. No solo porque facilitaba ciertas cosas, sino porque estaba preciosa, tierna.

Mi mirada bajó por sus hombros descubiertos, después recorrió las curvas suaves que conocía tan bien. Solo podía pensar en una cosa: besar esa boca.

— ¿Vamos? — preguntó, mirando entre mí y Thomas.

Me acerqué sin pensarlo, y antes de que girara el rostro o me soltara una respuesta fría, llevé la mano hasta su barriga, apoyándola con cuidado.

— Estás guapísima. — Fue lo único que me salió.

— He dejado las tostadas aquí para que te las lleves en el camino — dijo Thomas, entregándole una cajita con tapa.

— ¿No vienes? — preguntó Lauren, ajustándose la tira del bolso en el hombro.

— No. — Sonrió leve. — Tengo cosas de trabajo que resolver. Y… Austin vino. Creo que va a ser un momento importante para que lo disfrutéis juntos.

Lauren asintió, un poco dudosa.

Yo no dije nada, su manera me sacaba de quicio: el típico tío que siempre hace lo correcto. El puto hombre perfecto. Atento, servicial, educado. Pero yo iba a recuperar a Lauren.

Pasó por mi lado izquierdo y le dio un último toque en el brazo a Lauren, un gesto demasiado íntimo para mi gusto.

— Si necesitas cualquier cosa, me avisas — dijo, y solo entonces se fue.

— ¿Lista? — pregunté.

— Sí. — Salió delante, y yo la seguí.

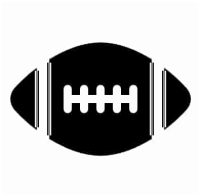
En el coche, quería preguntarle mil cosas, quería decirle otras tantas, pero me contuve. Hasta que ella rompió el hielo:

— La prueba de hoy es rápida, solo una ecografía. Si el bebé colabora, quizá la doctora pueda ver el sexo. Pero si no, da igual.

— Espero lo que haga falta — respondí sin apartar la vista de la carretera. — Quiero estar en cada etapa, Lauren. Aunque aún pienses que no lo merezco.

Ella se giró hacia mí.

— Nunca he dicho que no lo merezcas. Solo… no sé si puedo confiar en ti otra vez.



Lauren Morgan

Austin estaba sentado en el sillón de al lado, pero parecía demasiado inquieto para relajarse. Tenía las manos entrelazadas y miraba la pantalla con la expectativa de ver al bebé en el monitor.

—¿Va a doler? —preguntó, creo que más para romper el silencio que por preocupación real.

Sonreí, aunque estaba nerviosa.

—Solo está frío.

La doctora extendió el gel sobre mi piel y yo respiré hondo. El corazón me latía a mil, y no solo el mío.

—Vamos a ver a este bebé —dijo, apoyando el aparato sobre mi vientre.

El sonido llenó la sala de repente. Tum-tum, tum-tum, tum-tum.

Cerré los ojos. Ya había escuchado ese sonido antes, pero esta vez era distinto. Aunque no quisiera admitirlo, me gustaba que

él estuviera aquí conmigo.

Cuando abrí los ojos, Austin estaba con la cara pegada al monitor, los ojos muy abiertos, como si acabara de descubrir que el universo era real.

—¿Ese es…? —empezó, pero la voz se le quebró. —¿Ese es nuestro hijo?

La doctora sonrió.

—O hija. Aún no consigo verlo con claridad, pero vamos a intentar desde otro ángulo.

Austin se levantó de la silla y dio un paso más cerca. No me tocó, pero sentí su presencia como un calor directo en el pecho.

—¿Está bien? —preguntó.

—Está perfecto. Frecuencia cardíaca normal, peso acorde y… —sonrió ajustando el monitor—. Está con las piernas cruzadas, nada colaborativo.

—Testarudo como la madre —murmuró. Yo puse los ojos en blanco, pero sonreí.

—O como el padre —repliqué, y vi que él sonrió de verdad.

La doctora sacó unas fotos y después apagó la pantalla.

—Todo correcto. No se pudo ver aún el sexo, pero el bebé está sano, y eso es lo más importante.

Mientras me limpiaba, Austin se quedó allí quieto, como si no supiera qué hacer con todo aquello. Cuando por fin me puse de pie y bajé el vestido, él seguía parado, como si aún lo estuviera procesando todo.

—No quiero volver a perderme nada de esto. Ningún momento. Ningún latido de su corazón.

Quise decir algo. Decir que estaba exagerando. Que era solo una prueba. Pero no lo hice. Simplemente salí de la sala con él a mi lado. Caminamos en silencio hasta el pasillo.

—Voy a tener que volver a Nueva York. Tengo un partido y entrenamientos programados.

—Está bien —respondí, sin mirarle—. Que tengas buen viaje de vuelta.

—No quería irme.

—Pero tienes que hacerlo. Y ya hemos terminado todo lo que teníamos que hacer.

Se paró en medio del pasillo y yo también me detuve. Cuando me giré hacia él, encontré esa mirada perdida, desesperada, la que siempre escondía de todos menos de mí.

—Estoy dispuesto a dejarlo todo y seguirte.

—No puedes dejarlo todo, y aquí no hay nada que puedas hacer.

Él dio un paso hacia mí.

—Te tengo a ti.

Respiré hondo, intentando ordenar lo que sentía. Pero todo estaba mezclado. Rabia, añoranza, dolor, amor. Todo revuelto como un nudo que no quería desatar.

—No puedo ser la razón por la que lo dejes todo, Austin. Tu carrera, tu futuro. Lo que pasó entre nosotros ya causó suficiente daño.

—¿Y si a mí no me importa?

—A mí sí me importa.

Bajó los ojos, negando en silencio con la cabeza.

—No te rindas conmigo todavía, Lauren.

—No me estoy rindiendo —susurré—. Solo estoy intentando protegerme de ti.

60



Austin Mason

Era un partido importante. De esos que definen la temporada, el tipo de partido en el que todo el mundo espera que brill es y en el que tú mismo te exiges el doble. Estaba nervioso, aunque había entrenado como un loco en los últimos días. Aunque Miles estaba en la grada, sentado entre los aficionados, mirándome con esa expresión que siempre me transmitía confianza. Siempre fue así con él, desde que yo era un crío corriendo por los campos del colegio hasta ahora, adulto, a punto de tomar decisiones que cambiarían toda mi vida.

Mi padre también estaba allí.

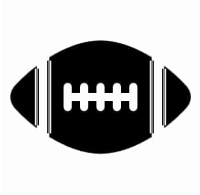
Claro que sí. Él era el dueño de mi imagen, el arquitecto de mi carrera, el hombre que me había moldeado como un producto. Le veía de lejos, en el palco reservado, probablemente analizando cada jugada como si fuera una inversión. Nada más.

Y aun así, pensaba en ella, en Lauren. Pensé en la ecografía. En el sonido de los latidos del corazón de nuestro hijo. En la forma en que evitaba mi mirada y, al mismo tiempo, apretaba el vestido contra la barriga como si protegerle fuese su misión en el mundo. Pensé en lo que me dijo:

"No puedes dejarlo todo".

Y tenía razón. Porque jugar es parte de lo que soy, igual que ella. El árbitro pitó. El equipo se colocó. Yo me ajusté el casco y respiré hondo. El corazón me latía acelerado, pero no solo por la adrenalina del campo. Latía por la vida que quería tener, la que me esperaba fuera de las cuatro líneas.

La que empezaba con nuestro hijo. Y con la mujer a la que nunca dejé de amar.



Elliot Miles

Austin brilló en el campo, y no lo digo como entrenador, empresario ni nada de eso, lo digo como padre. Como alguien que siempre supo de lo que era capaz. El corazón casi se me paró cuando marcó ese touchdown y, en medio de toda la euforia, señaló hacia mí y sonrió. Eso fue para mí.

Él era mi chico. Siempre lo fue.

Le esperé fuera del estadio, cuando vi a Graziela acercarse. La mujer que siempre supo joderme en el mejor y en el peor sentido. Amé y sigo amando a esa mujer. Tanto, que a veces llego a tenerme rabia por ello.

— No entiendo mucho de fútbol — empezó, parándose a mi lado. — Pero, por las caras satisfechas de Jonathan, imagino que Austin habrá brillado.

— Ha estado magnífico — respondí, sin apartar la vista de la puerta por donde saldría el equipo.

Se quedó callada un instante antes de preguntar:

— ¿Nunca me vas a perdonar?

— “Nunca” es mucho tiempo, Graziela.

— Me voy a separar de Jonathan. Él todavía no lo sabe, pero ya está decidido.

— Espero que seas feliz — dije, sin emoción.

— ¡Elliot!

— ¿Qué pasa?

— Perdóname. Fui una idiota. Pensé que, si contaba que Austin era tu hijo, solo le iba a destrozar la cabeza. Creí que ocultarlo era el mejor camino.

— Y al final… nadie fue feliz. Ni tú. Ni él.

Ella respiró hondo.

— Por lo menos ahora lo sabe. Las cosas se han aclarado.

— Sí…

— Me dijo que quiere que seas tú quien lleve su carrera a partir de ahora.

— Lo sé, pero, aun con todo, reconozco el trabajo de Jonathan. Es la mejor empresa del sector. Austin no necesita irse, solo aprender a imponerse.

Ella asintió despacio.

— Me alegra que pienses así y que apoyes lo que él ama.

Miré al cielo, buscando fuerzas para no hacer lo que siempre hago cuando estoy cerca de ella.

— Bueno… me voy. Que tengas una buena noche, Graziela.

Me agarró del brazo antes de que pudiera girarme.

— Elliot… ¿crees que todavía podemos tomarnos un vino? Como hacíamos antes.

Quería decir “no”. Quería seguir sin responder, pero volví a ser idiota.

— Claro. Me ilusionan esas noches — respondí, aún con los ojos puestos en ella.

— ¿Papá? ¿Mamá? — la voz de Austin nos alcanzó.

Nos giramos a la vez, y ahí estaba él, nuestro hijo. El fruto de un amor que nunca tuvo el valor de vivirse de verdad.

Pude ver a Jonathan más al fondo, hablando con el entrenador. Cuando escuchó la voz de Austin, levantó la mirada. Y yo deseaba con todas mis fuerzas entender qué pasaba por esa cabeza calculadora suya. ¿Qué clase de pensamiento surge cuando el hijo al que moldeaste como un producto, ahora mira a otro hombre como a su padre?

Austin se plantó delante de nosotros, jadeando, con el pelo revuelto por el partido, la cara aún roja del esfuerzo.

— Hijo, ¿vamos a celebrar? — pregunté.

— ¿Celebrar? — Austin arqueó una ceja. — ¿Te refieres a los puntos que marqué?

— Claro, ¿a qué otra cosa podría ser?

— Mamá, ¿vienes?

Ella dudó, mirando a lo lejos a Jonathan, y después de vuelta a nosotros dos.

— Creo que necesito hablar con Jonathan. Resolver algunas cosas.

— Vale — murmuró Austin, dándonos la espalda. — Nos vemos luego, mamá.

Le seguí sin decir nada, pero mi corazón gritaba. Ese chico llamándome padre…

61



Austin Mason

Los meses pasaron volando, como si el tiempo tuviera prisa por ver la cara de ese bebé. Yo no estaba luchando contra el tiempo. Estaba viviendo.

Lauren y yo no volvimos, no de la forma en que todos esperaban, pero estábamos juntos en todo lo que de verdad importaba. Iba con ella a las consultas, grababa el sonido del corazoncito del bebé en el móvil, le compraba polos de mango cuando le entraban los antojos más raros. A veces discutíamos por tonterías, como por la cantidad de mensajes que yo le mandaba para saber si estaba bien. Otras veces nos reíamos tanto que parecía que habíamos retrocedido en el tiempo, antes de la apuesta, antes del dolor, antes del caos.

Ella me llamaba "amigo" con una naturalidad que me sacaba de quicio, y yo fingía que me daba igual. Pero la manera en que apoyaba la cabeza en mi hombro cuando veíamos una serie juntos, o cómo se reía cuando yo hablaba con la barriga como si el bebé pudiera contestar, era mejor que no tenerla cerca nunca.

Dividido entre Nueva York y Arizona, en Los Ángeles mis conflictos familiares se intensificaron. Recibí una maldita foto de mi hermana con nada menos que Aiden Dalton. Perdí los papeles. Estallé en una videollamada con Clarissa, intentando por todos los

medios que viera quién era él en realidad: un manipulador que solo quería alcanzarme a través de ella.

Estuve cabreado un buen tiempo. Pero después decidí que ya tengo demasiados problemas como para cargar también con esa mierda... de momento. El día que ella llore, Aiden va a sentir mi puño otra vez, y esta vez le va a doler más.

Mientras tanto, mi carrera no hacía más que crecer. Mi nombre salía en los titulares, llenos de elogios. Pero nada de eso se comparaba con lo que de verdad me movía: volver a Arizona y ver a Lauren con la mano en la barriga, oír al bebé dar patadas cuando escuchaba mi voz.

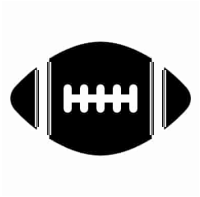
— Le gusta tu voz — dijo una vez, con los ojos cerrados y una sonrisa pequeña en los labios.

— Porque sabe que soy yo quien le va a enseñar a jugar — respondí, tirado en el suelo, con la cara pegada a su vientre.

— ¿Y quién te ha dicho que es "él"? Puede ser una niña.

— Pues entonces también le enseño a jugar y encima le partiré la cara a cualquier gilipollas que se le acerque.

Ella se rió. Y su risa era mi música favorita.



Lauren Morgan

Yo no sabía si confiaba en el amor, pero estaba aprendiendo a confiar en Austin, día tras día. Gesto tras gesto.

Él nunca fallaba, ni cuando yo estaba insoportable de cansada, ni cuando lloraba sin motivo, ni cuando me cerraba por miedo. Yo quería tener la certeza de que estaba allí porque quería quedarse, y no porque se sintiera responsable.

En la recta final del embarazo, se quedó en Arizona a tiempo completo, ayudándome a organizar la habitación, leía libros sobre paternidad, compró una butaca de lactancia y fingía que no era él quien pasaba horas montando muebles con cara de tonto feliz.

Y yo me estaba enamorando de ese Austin: el hombre, el padre y el amigo.

Estaba en el suelo del cuarto del bebé, intentando montar la cómoda por tercera vez después de que la estantería se cayera, otra vez.

El manual estaba abierto por el lado equivocado, para variar. La frente sudada, la camiseta levantada dejando ver un trozo de abdomen. Resoplaba y hablaba con la barriga como si el bebé se estuviera riendo de él.

— Lauren, pásame la llave que tienes ahí al lado — pidió, jadeando. — Si me levanto de aquí, todo esto se viene abajo.

Le alargué la herramienta, al mismo tiempo que nuestros dedos se rozaron y yo le miré más de lo que debía. Austin sostuvo mi mirada. Mi corazón martilleó fuerte en el pecho.

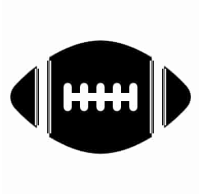
Dejó la llave en el suelo y vino hacia mí de rodillas, con las manos aún manchadas de grasa y tornillos.

— Sé que dijimos que íbamos a ir despacio, pero, Lauren… — susurró. — Ya no quiero fingir que no te quiero.

— Austin…

— Shhh… — Llevó la mano a mi cara. — Te quiero, Lauren. Dame solo una oportunidad… una oportunidad de hacer todo diferente esta vez.

Antes de que pudiera decir nada, se inclinó, y cuando sus labios tocaron los míos, fue como si mi alma hubiera vagado demasiado tiempo y ahora volviera a su lugar.



Austin Mason

— ¡La pizza ha llegado! — la voz de Thomas nos devolvió a la realidad.

Lauren y yo nos separamos rápido, como dos adolescentes pillados con las manos en la masa. Ella se acomodó el pelo, intentando ponerse seria, pero la sonrisa en la comisura de sus labios la delataba.

Thomas apareció en la puerta con dos cajas equilibradas en los brazos y una mirada sospechosa, aunque divertida.

— Vaya, vaya… — arqueó una ceja. — No sé qué está más caliente aquí, si el horno de la pizzería o el ambiente en este cuarto.

Lauren puso los ojos en blanco, riéndose, y yo solo levanté las manos como quien se rinde.

— Tranquilo. Solo ha sido un beso.

— Solo un beso — repitió él, irónico, dejando las cajas sobre una mesa improvisada con una silla al revés y una pila de libros. — ¿Quieres ayuda, Austin? Porque si sigues intentando montar esa cuna tú solo, la criatura va a dormir encima de la caja de pizza.

— ¡Eh! Ya casi lo tengo — dije, orgulloso.

— Eso lo ha dicho como cinco veces — comentó Lauren, sentándose en el colchón. — Y en todas, algo se cayó, se rompió o quedó torcido.

— Esa pieza claramente venía defectuosa — murmuré, señalando el tornillo que sobraba. — No es culpa mía.

Thomas se agachó, cogió la llave inglesa y giró la cuna.

— Permiso, ingeniero. Deja que un adulto lo resuelva.

— Soy el padre, ¿recuerdas? — gruñí.

— Y yo soy el amigo sensato que sabe usar un manual de instrucciones. Sin ponerlo del revés.

— ¡Ay, para! ¡El bebé está dando saltos de tanto que me río! — Lauren estalló en carcajadas, sujetándose la barriga mientras Thomas y yo discutíamos quién sabía montar mejor la cuna.

Sonreí, porque verla reír era de las pocas cosas que me hacían olvidar el resto del mundo. Solo que, de repente, su sonrisa se borró. Literalmente desapareció.

— ¿Qué pasa? — pregunté, entrando en alerta.

Ella frunció el ceño.

— Creo que ha sido una contracción. Pero distinta a las otras, más fuerte.

Mi cuerpo se congeló. Thomas se puso de pie en el acto.

— ¿Cómo que distinta? ¿Fuerte en plan "vamos al hospital" o fuerte en plan "ayúdame a levantarme de la cama"?

— ¡No lo sé! — contestó ella, y antes de que yo pudiera reaccionar, gimió otra vez. — ¡Ay! ¡Otra vez! ¡Austin!

Me arrodillé a su lado en la alfombra, sujetando su mano.

— Respira, respira conmigo. Despacio.

— Estoy respirando — respondió, apretando mi mano como si quisiera arrancarme el brazo.

— ¿Cuántos minutos entre una y otra? — preguntó Thomas, sacando el móvil.

— ¿Ahora eres ginecólogo? — le solté, irritado.

— ¡Solo intento ayudar, idiota!

— Idiota será tu puta madre, está de parto.

— ¡¡¡ENTONCES DEJAD DE DISCUTIR!!! — gritó Lauren, y los dos nos callamos al instante.

Ella se llevó la mano a la barriga y se quedó mirando al vacío.

— Es ahora, lo sé, está empezando.

Me levanté de un salto.

— Vale. Vamos al hospital. Ya. Thomas, la maleta está en el pasillo. ¡Cógela! Vamos, Lauren, despacio. Yo te ayudo. Tranquila, amor. Vamos a llegar bien.

— ¿Amor? — murmuró Thomas por detrás. Le ignoré.

Agarré a Lauren por la cintura, aún jadeaba, pero consiguió caminar conmigo hasta la puerta.

Thomas tiró la maleta al maletero y se subió al asiento trasero. Yo encendí el coche con las manos temblando, el corazón desbocado, la mente a mil.

La mujer de mi vida estaba a punto de dar a luz a mi hijo.

62



Austin Mason

La mano de Lauren apretaba la mía con tanta fuerza que sentía crujir mis huesos, pero, sinceramente, no me importaba. El sudor me corría por la frente mientras sus respiraciones se volvían cada vez más cortas, más desesperadas. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan vulnerable y tan impotente.

— Va a salir todo bien, amor — murmuré en su oído, apartando un mechón de su pelo húmedo de la frente. — Lo estás haciendo muy bien.

Lauren no contestó, solo gimió y apretó más fuerte. Vi el dolor en sus ojos y quise poder cargar yo con cada punzada.

— ¡Un poquito más, Lauren, la cabeza ya está asomando! — dijo la doctora, animada.

La miré a los ojos y sonreí, intentando tranquilizarla.

— ¿Has oído? Solo un poco más, tú puedes.

Lauren asintió con dificultad, con lágrimas resbalando por su rostro cansado.

— ¡Venga, Lauren, empuja ahora! — insistió de nuevo la doctora.

Con un grito final, Lauren se entregó, y escuché el sonido más hermoso y aterrador, el llanto de mi hijo.

— ¡Enhorabuena, es un niño! — anunció la doctora con una sonrisa, levantando a ese pequeño ser que en un instante dominó toda mi existencia.

Las lágrimas me brotaron de los ojos sin poder contenerlas. Era como si toda mi vida se resumiera en aquel momento. Colocaron al bebé sobre el pecho de Lauren, y la mirada de ella al sujetar a nuestro hijo hizo que mi corazón se detuviera un segundo.

— Es perfecto — susurré, besándole la frente.

Lauren sonrió entre lágrimas y acarició la carita pequeña y enrojecida del bebé.

— Bienvenido al mundo, mi pequeño.

La miré, sorprendido y emocionado.

— ¿Cómo le vamos a llamar?

— Heitor, ¿qué te parece?

— Es perfecto.

En ese momento, mientras contemplaba a mi recién formada familia, entendí por fin el significado de todo. No necesitaba la aprobación de mi padre, no necesitaba el mundo a mis pies. Todo lo que necesitaba estaba allí, delante de mis ojos.

Mientras Heitor se dormía tranquilo en los brazos de Lauren, prometí ser todo lo que mi padre nunca fue para mí. Sería un padre presente, que apoyaría y protegería, pasara lo que pasara.

— Os quiero a los dos más que a nada en esta vida — murmuré, viendo a Lauren sonreír de nuevo.



Días después…

Lauren dormía con Heitor en el cuarto cuando escuché los golpes en la puerta del piso. Me apresuré a abrir, temiendo que el ruido despertara a los dos. La noche había sido agotadora, entre tomas, el ritual de hacer eructar al bebé y otra lucha más para conseguir que se durmiera de nuevo.

Abrí la puerta con el corazón acelerado, dispuesto a pedir silencio.

— ¿Papá? — pregunté, sorprendido, al verlo ahí parado en el pasillo con las manos en los bolsillos.

Entró despacio, observando el piso sencillo, pasó junto al sofá, los juguetes en la esquina del salón, el cochecito apoyado en la pared. Nada de eso encajaba con los ambientes lujosos en los que él solía moverse.

Caminé hasta el sillón al lado de la estantería improvisada con libros de Lauren y me senté. Por un instante, me vino a la memoria el sillón del despacho de él, de cuero oscuro, frente a la mesa de caoba donde me hacía firmar contratos desde los quince. Pero, por primera vez, allí, en ese lugar apretado y real, no me incliné. No pedí aprobación. No temí el juicio.

Se quedó de pie frente a mí y me miró.

— Enhorabuena por el bebé — dijo, con un tono bajo.

— Se llama Heitor — respondí.

— Bonito nombre — murmuró, apartando la mirada, como si intentara adaptarse al nuevo papel que aún no sabía cómo ocupar.

Se acercó y se sentó en el borde del sofá, con la misma rigidez de siempre.

— No sé cómo hacer esto — dijo, y esas palabras sonaron como un terremoto en la boca de un hombre que siempre lo había

sabido todo.

Levanté la vista, sorprendido.

— ¿Hacer qué?

— Ser el padre que necesitabas. Ser el abuelo que Heitor merece.

Me quedé callado, dejándole continuar.

— Siempre fuiste brillante, Austin. Desde niño. Fuerte, rápido, con una inteligencia estratégica increíble. Pero no sabía cómo llevarlo, cómo lidiar con el hecho de que te parecías a él.

Bajó la mirada, los hombros tensos, y la voz oscilaba entre el arrepentimiento y la memoria.

— Graziela tenía dudas sobre la paternidad, y yo recé para que fueras mío. Un chico. Un hijo. Alguien a quien pudiera llamar mío y convertir en algo grande.

Se frotó las manos en la rodilla, nervioso, como si intentara borrar las huellas de todo lo que había reprimido hasta ese momento.

— Pero eras idéntico a él. Cada vez más, y en el fondo, yo quería que fueras como yo.

Solté un suspiro, sintiendo un nudo en la garganta. Nunca imaginé oír eso. Nunca pensé que su rechazo tuviera tanto que ver con el miedo a perderme.

— Yo solo quería que estuvieras orgulloso de mí — confesé. — Que vieras más que al atleta, más que a una campaña de marketing. Que vieras al hijo.

Me miró. Y, por primera vez, sus ojos estaban vidriosos. Sin orgullo, sin máscara, solo dolor.

— Estuve orgulloso. Siempre lo estuve. Solo que no sabía cómo demostrarlo. Perdóname, hijo. Por todo. Sé que ahora tienes a tu padre biológico y quizás ya no me necesites.

Respiré hondo. Sus palabras ya no me golpeaban como antes. Porque ahora sabía quién era.

— Aún estamos a tiempo — dije. — No para arreglarlo todo. Pero sí para construir algo nuevo. Y puedes empezar siendo mejor con Jesse. Haciendo lo correcto por él.

Asintió despacio. La mirada ya no era la del empresario frío. Era la de un hombre roto.

— No puede jugar, es irónico — murmuró, casi con una sonrisa triste.

— Puede ser un nadador increíble. O un biólogo marino. O el mejor contador de historias del mundo. Puede ser lo que quiera y puede ser el hijo que tú no me dejaste ser — respondí.

— Te juro que lo voy a intentar.

Mi padre respiró hondo. Luego miró hacia la puerta del cuarto.

— ¿Puedo ver a Heitor?

Asentí con un gesto breve.

Caminó hasta el marco y se detuvo, como si no supiera si tenía derecho a entrar. Miró a Lauren durmiendo con el bebé en la cama.

— Es precioso — susurró. — Tiene tu barbilla, pero la calma de ella.

— De momento — murmuré, sonriendo. — Me va a dar guerra.

— Y tú podrás con ello — dijo, volviéndose hacia mí. — Porque te has convertido en el hombre que yo nunca logré ser.

Sentí los ojos arderme.

— No va a ser fácil olvidar todo, todo el dolor que me causaste. Eso de aparecer de repente arrepentido… han sido

muchos años. Necesito tiempo.

Asintió, limpiándose discretamente los ojos con el dorso de la mano.

— Gracias por darme una esperanza y por dejarme intentarlo.

63



Lauren Morgan

Todos habían decidido venir a Phoenix ese fin de semana.

Rebeca no paraba de darme la brasa al oído con que Thomas era maravilloso, el sueño de toda una vida, y que yo tenía que ayudarla con él. Y, esta vez, no era solo una petición casual, estaba oficialmente obsesionada con la idea de convertirlo en su novio. Thomas, claro, se reía cada vez que ella forzaba una aproximación, fingiendo que no se daba cuenta. Pero lo hacía. Y, en el fondo, le encantaba.

Jesse estaba con su padre. Sí, con su padre, el señor Mason, viendo el partido de Austin en directo en el estadio. Tuvo un pequeño ataque cuando se enteró de que los dos eran hermanos. Lloró, hizo preguntas raras y concluyó, con la lógica inquebrantable de los niños, que eso solo podía significar una cosa:

— ¿Ahora soy como el hermano de un famoso?

Me eché a reír. Me alegré de que fuera lo bastante inocente como para no ver el peso de la situación como nosotros, los adultos, solemos hacer. Al fin y al cabo, el señor Mason lo estaba intentando.

Aunque nada borra los años de ausencia. Las preguntas sin respuesta. Los cumpleaños en los que Jesse miraba la puerta

esperando a alguien que nunca llegó. O las veces en que me preguntó, en voz baja, por qué su padre no quería saber nada de él.

Pero ahora estaba ahí. El hombre que falló y que ahora tenía que luchar para merecerlo. Austin se encargaba de recordárselo siempre que podía.

— No se trata de ti, papá. Se trata de Jesse. Demuestra que mereces su amor.

La madre de Austin tenía a Heitor en brazos mientras veíamos el partido por la tele. Lo acunaba de un lado a otro.

— Va a hacer otro touchdown, ya verás — decía, emocionadísima.

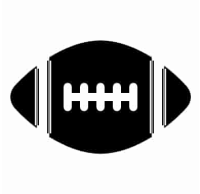
— Si lo hace, Heitor grita con él — respondí, sonriendo.

— Ya grita cuando ve a su padre en la pantalla. — Se echó a reír.

La madre de Austin parecía feliz. No solo en paz, sino realmente feliz. Desde el divorcio, sus ojos llevaban un brillo distinto, suave, que se encendía cada vez que sonaba el teléfono y aparecía el nombre de Miles en la pantalla. Intentaba disimular, pero no hacía falta. Yo lo veía. Siempre se sabe cuándo alguien ama de verdad.

Creo que no existe mejor sensación que estar con quien te elige todos los días. Con quien te hace sentir que, no importa adónde te lleve la vida, siempre habrá un camino de vuelta. Y alguien esperándote al final.

Volví la mirada hacia la tele justo en el momento en que la cámara se acercaba a Austin. Estaba en medio del campo, el casco en la mano, los ojos puestos en la grada. Serio, concentrado, pero con esa pequeña curva en la comisura de los labios. Una casi sonrisa. Sabía que yo estaba mirando. Sabía que, por muy lejos que fuera, yo era el lugar al que siempre volvería.



Coloqué a Heitor en la cuna con todo el cuidado del mundo. Se había puesto nervioso con tanta gente aquí en casa hoy. El reloj marcaba casi las cinco de la mañana cuando oí el ruido en la puerta.

No hacía falta mirar para saber quién era. El sonido de la llave girando, los pasos en el pasillo y el golpe de la mochila dejada en el suelo ya lo delataban todo.

Entró en la habitación en silencio y me encontró allí, apoyada en el marco, observando a nuestro hijo dormir.

— Has llegado — murmuré.

— Vuelo tranquilo. He tenido suerte con el tiempo — respondió; podía sentir el cansancio en su voz. Cinco horas desde Nueva York hasta aquí. Una rutina que repetía con frecuencia solo para no perderse ni un fin de semana con nosotros.

Se acercó a Heitor antes de volver los ojos hacia mí.

— Está creciendo tan rápido — susurró.

Asentí.

— Austin, tenemos que hablar. En serio.

Asintió, me siguió hasta el salón y se dejó caer en el sofá, abriendo un poco la cremallera de la chaqueta. Me solté la coleta y respiré hondo.

— No quiero que sigas partiéndote en dos por mí. Tú ya tienes una vida en Nueva York, contratos, partidos, prensa… y yo tengo el máster, la startup con Thomas y un bebé que todavía se despierta tres veces por noche.

— Lo sé — respondió, firme. — Y por eso vengo. Porque mi vida está aquí, incluso cuando estoy allí.

— Austin...

— Escucha. — Se levantó, sacó algo del bolsillo y me lo enseñó. Una cajita pequeña. Sencilla. — Es lo que estás pensando. Pero calma. — La abrió antes de que yo pudiera decir nada. Un anillo, delicado, con una pequeña piedra. Discreto y precioso. — No voy a pedirte que te cases conmigo ahora — dijo, tranquilo. — No mientras estés en medio de un máster y gestionando una startup con Thomas. Tú tienes metas. Tienes tu ritmo. Y yo te quiero demasiado como para atropellarte.

Mi corazón se aceleró.

— Pero quiero que sepas que estoy aquí contigo, hasta el final. Quiero verte terminar ese máster, consolidar la startup con Thomas, trasnochar y quejarte de las madrugadas con Heitor. Quiero todo eso.

Respiró hondo.

— Así que, cuando estés lista… — continuó. — Cuando termines. Cuando sientas que puedes confiar en mí otra vez… te juro que no te volveré a fallar.

Tragó saliva, acercando su cuerpo al mío.

— Por favor, Lauren. Cásate conmigo.

El tiempo se detuvo.

No me estaba pidiendo prisa. Me pedía una oportunidad. Una segunda oportunidad para hacerlo bien, aunque tardase.

Me acerqué y cerré su mano con la mía, empujando la cajita de vuelta con delicadeza.

— Confío en ti, Austin. No del todo, todavía. Pero lo suficiente como para saber que quieres quedarte. Y eso ya es un comienzo.

Él sonrió, con los ojos vidriosos.

— ¿Es un "sí"?

— Es un "sí, cuando llegue el momento". Después del máster. Después de la startup. Después de mí, con todas mis partes enteras.

Me incliné y apoyé mi frente contra la suya.

— Pero si prometes no desaparecer, yo prometo volver entera. Y lista para decir "sí" otra vez.

Austin asintió, sin poder contener una risa apagada.

— Esperaré. Por la mujer que eres y por todo lo que aún vas a ser.

Nos besamos allí mismo, en medio del salón.

Él siempre volvía. Y yo siempre esperaba por eso. Esperaba por él. Esperaba sentirle tocarme con ese cuidado torpe y apasionado. Esperaba el momento en que todo se detenía y solo quedábamos nosotros dos.

Sabía que aún tendríamos días difíciles. Madrugadas en silencio. Dudas. Cansancio. Pero, allí, entre maletas por deshacer y los informes de la startup esparcidos en el sofá, entendí algo:

No sería feliz si no lo intentaba de nuevo. Y con él estaba dispuesta a intentarlo.

64



Lauren Morgan

Dos años después…

Terminar el máster fue como soltar el aire después de una inmersión demasiado larga.

Fueron dos años intensos. Dos años equilibrando artículos académicos, noches sin dormir, reuniones con inversores de la startup y tomas de madrugada. Dos años mirándome al espejo mil veces preguntándome si me estaba volviendo loca y contestándome que sí, pero que valía la pena.

Hoy he recibido mi diploma y Thomas gritó "¡es mi socia, joder!" desde el fondo del auditorio. Fue perfecto. Imperfecto, pero perfecto. Como todo lo que construí con mis propias manos.

— Entonces... — Thomas se acercó mientras yo salía de la facultad, los ojos escondidos detrás de unas gafas de sol estilosas. — ¿Cuál es la sensación de ser oficialmente la tía más increíble que conozco?

— Agotadora — respondí, riendo. — Pero alucinante.

Nuestra empresa nació del desespero y creció a base de pura cabezonería. Y ahora ya la usaban más de cuarenta

instituciones sociales en cinco estados.

— ¿Sabes cuál va a ser la mejor parte de tu diploma? — dijo él, con esa sonrisa de sobrado.

— ¿Cuál?

— Verte presentando en el TEDx de Los Ángeles el mes que viene. Ya está confirmado.

Me atraganté.

— Estás de coña.

— Sí. Pero te lo has creído un segundo.

Le lancé un bolígrafo, muerta de risa.

— Idiota.

Antes de que pudiera contestar, una voz familiar sonó detrás de mí, cortando el aire como una buena canción al final de la fiesta.

— Opa, opa, opa... — dijo Austin, metiéndose en medio entre Thomas y yo con una sonrisa enorme y Heitor en brazos. — ¿Me das permiso para besar a mi mujer? ¿La más guapa de todas?

Me rodeó la cintura y me dio un beso suave. Heitor estiró los bracitos hacia mi cara, intentando alcanzarme, así que Austin lo giró un poco y nuestro hijo me plantó un beso sonoro en la mejilla.

— Ahora sí, listo para casarme — remató Austin.

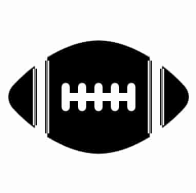
Thomas puso los ojos en blanco, pero sonrió.

— Esta familia es demasiado creída.

— Y demasiado feliz — respondí entre risas, pasando los dedos por el pelo alborotado de Heitor.

Rebeca apareció enseguida, haciéndome fotos, diciendo que tenía que subirlo todo antes de la ceremonia. Porque sí, mi boda era hoy. Justo hoy. Porque cuando sobrevives a todo lo que sobrevivimos

Austin y yo, aprendes que esperar demasiado a veces no es más que perder el tiempo.



En la habitación del hotel donde me arreglaba, no podía apartar los ojos del vestido más bonito que había visto en mi vida.

Era blanco, liso, de un tejido con cuerpo, sin bordados ni brillos, pero con un corte tan perfecto que parecía dibujado sobre mi cuerpo. Mangas largas de tul transparente con botones de perla, escote discreto en V y una pequeña cola que se arrastraba detrás.

Heitor corría de un lado a otro con un mini traje azul claro, intentando escapar de la pajarita que su abuela se empeñaba en ponerle.

Mi corazón iba a mil, y no era miedo, era certeza. Después de todo, de la apuesta, de la distancia, del orgullo, del dolor, yo lo sabía. Era él. Siempre había sido él. Incluso cuando decía que lo odiaba, incluso cuando me hizo daño, incluso cuando tuve que marcharme. Él nunca dejó de volver y yo nunca dejé de esperarle.

— Estás guapísima, hija — dijo mi madre, con los ojos vidriosos y la voz entrecortada. Sus manos temblaban un poco mientras ajustaba mi vestido.

Graziela se acercó riendo, aún intentando controlar a Heitor, que corría con la pajarita en la mano y los calcetines torcidos.

— Mi hijo tiene buen gusto — bromeó, y luego me miró con ternura. — Y suerte. Mucha suerte.

Sonreí entre las lágrimas que había prometido no soltar.

— ¿La novia ya está lista? — Rebeca entró en la habitación como un huracán contenido, arreglándose el recogido y alisándose el vestido de dama de honor frente al espejo. — ¿Te he dicho ya hoy que eres la mejor amiga del mundo? Yo y Thomas de padrinos… vaya ideaza.

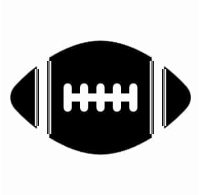
— Ahora toca pelear por el ramo — bromeé, secándome los ojos antes de que la maquilladora volviera a regañarme.

— No te preocupes — respondió con una sonrisa pícara. — Nadie me lo va a quitar. Ya hasta he ensayado la carrera.

— No lo dudo — murmuré, riéndome.

Ella se acercó y me cogió la mano un segundo, más seria.

— Te lo mereces. Todo este amor… ya es hora de que seas todavía más feliz.



Austin Mason

La ceremonia era en el jardín de la casa de mi padre, Jonathan. El lugar estaba increíblemente bonito. Con vistas a las montañas, flores blancas por todas partes, guirnaldas de luces colgadas entre árboles centenarios.

Ahora, a falta de treinta minutos para que ella bajara por ese pasillo, yo iba de un lado a otro intentando parecer tranquilo, pero mi corazón estaba en modo final de campeonato.

Jonathan, agachado, ajustaba la corbata de Jesse, que parecía más interesado en perseguir una mariposa que en ser el mini-hombre de honor. Rebeca, con el móvil en la mano, no paraba

de sacar fotos compulsivamente del jardín, de las flores, del cielo, de Thomas que, por su parte, se quejaba del calor como si estuviera a punto de derretirse en el traje claro.

Mi padre, Miles, estaba allí, de pie a mi lado, intentando mantener la seriedad, pero aprovechando cada segundo para alimentar las bromas de Christopher sobre mí.

— ¿Estás temblando, quarterback? — me susurró.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí.

Ese no era solo el día de la boda. Era el día en que, por fin, yo me probaba a mí mismo, a ella, al mundo, que estaba preparado. No para ser perfecto, sino para ser constante, para quedarme.

Cuando empezó la música, mi corazón se aceleró al mismo ritmo en que los invitados se giraban hacia la entrada.

Ella venía. La mujer que lo cambió todo, en lo alto del camino de piedras cubiertas de pétalos blancos, entre arcos de flores y luces colgadas de los árboles, Lauren apareció como si el mundo entero se hubiera parado solo para verla pasar.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, fijos en los míos, como si atravesaran cada centímetro entre nosotros sin desviarse.

Me dolía el pecho, porque recordaba cada vez que pensé que la había perdido, cada error que cometí, cada vez que lloró por mi culpa y aun así seguía caminando hacia mí.

Heitor iba unos pasos delante de ella, sujetando la cajita de las alianzas con las dos manos, como si llevara un tesoro. El traje azul claro le quedaba demasiado grande para su cuerpecito, y la corbata estaba torcida, pero a nadie le importaba. Estaba allí. Nuestro hijo. Nuestro lazo eterno.

— ¡Paaaapá! — gritó, en medio de la ceremonia.

Todos se rieron. Yo casi me puse a llorar.

Se detuvo a mitad de camino, me miró, luego miró a Lauren, y terminó el recorrido trotando como un campeón.

— Aquí — dijo, entregándome la cajita.

Me agaché, besé la coronilla de su cabeza y le susurré:

— Tú eres nuestro mayor regalo, ¿lo sabías? — Él asintió. Como si lo entendiera todo.

Lauren llegó justo después. Cogí su mano, besé sus dedos y lo único que pude decir fue:

— Estás preciosa.

El juez dijo algo. Seguro que era importante, pero, sinceramente, lo único que escuchaba era el sonido de su respiración.

Las palabras estaban ahí, ensayadas, pero cuando ella se detuvo delante de mí, nada de lo que había preparado parecía suficiente.

Entonces respiré hondo, mantuve los ojos clavados en los suyos, y cuando el celebrante esperó mis votos, simplemente hablé con el corazón.

— Yo creía que sabía lo que era el amor cuando te conocí. Pensaba que amar era desear, era poseer. Pero tú me enseñaste que amar de verdad es estar, es quedarse.

La voz me falló un segundo. Heitor se enroscó en la pierna de Lauren, mirándome como si entendiera lo que pasaba en ese momento.

— Tú fuiste la mujer que me plantó cara cuando yo solo sabía huir. La que me dio un hijo antes siquiera de tener una historia resuelta y la que volvió, cuando yo te di todos los motivos para no volver.

Ella lloraba y sonreía.

— No soy el tío más fácil del mundo, ni el más romántico, pero soy el hombre que te ama. Con todos mis fallos y todos mis intentos.

Apreté su mano con más fuerza.

— Prometo seguir volviendo, todos los días, por ti, por nuestro hijo y por esta vida que hemos construido desde cero.

Tragué el nudo en la garganta y terminé con lo que importaba.

— Prometo ser tu hogar, incluso cuando todo ahí fuera parezca derrumbarse. Porque lo que importa es que, ahora, me quedo para estar completo con la mujer que se fue, que volvió, que me eligió de nuevo y, esta vez, para siempre.

Fin.

Agradecimientos

Escribir *Un Lance de Amor y Odio* fue como entrar en un campo de batalla emocional. Tuve que convivir con un bad boy egocéntrico, que habla demasiado y escucha demasiado poco, y con una chica que aprendió pronto a sobrevivir con el corazón blindado. No fue fácil. Pero fue intenso. Y no lo cambiaría por nada.

Gracias a ti, lectora, que elegiste esta historia entre tantas. Que animaste, insultaste, suspiraste, quisiste golpear y luego abrazar. Que entendiste que esta trama no va de perfección, sino de límites, cicatrices, elecciones y segundas oportunidades.

A mi equipo: revisora, beta, ilustradora de la portada, diseñadora, cada una que ayudó a que este libro naciera de la forma correcta, con alma. Sin vosotras, esto no habría sido posible.

A los personajes que me atormentaron durante madrugadas en vela: Austin, eres un imbécil encantador y te odio un poco por eso. Lauren, gracias por no doblegarte. Por decir "no". Por mostrar que la fuerza también es saber marcharse.

Y por último… gracias a mí misma.

Por no rendirme cuando las palabras se escapaban.Por seguir adelante incluso cuando la voz del perfeccionismo gritaba más fuerte.

Por recordar que escribir también es un acto de valentía.

Que este libro toque corazones, confunda certezas y despierte deseos.

Porque si hay algo que Austin me enseñó, es que a veces necesitamos perderlo todo para, finalmente, aprender a luchar por lo que de verdad importa.

Con amor,

Adri Luna